



Mosquitos

WILLIAM FAULKNER

Traducción de Daniel Gascón
Prólogo de Justo Navarro



ae

Lectulandia

La señora Maurier, protectora de las artes, invita a un nutrido y excéntrico grupo de artistas, intelectuales y prohombres de Nueva Orleans a pasar unos días en su yate y navegar plácidamente por el lago Pontchartrain y el inevitable Mississippi. Pronto la cubierta del Nausikaa se ve poblada de escultores, poetas, novelistas, diletantes y alguna que otra Lolita, pero el encuentro entre exquisitos rápidamente deviene farsa. A través de unos personajes frívolos, ociosos e intrigantes, básicamente fútiles y mediocres, Faulkner nos presenta su peculiar visión sobre la *jet-set* sureña de la época, a la que fustiga sin piedad. La cháchara incesante de esta camarilla es parangonada al insufrible zumbido de esos insectos diminutos y obstinados, legión inevitable y odiosa, que asolan nuestros veranos y dan título al libro. Tras el dardo afilado de Faulkner subyacen reflexiones nada cómicas sobre la creación, la vejez y el deseo.

Lectulandia

William Faulkner

Mosquitos

ePub r1.0

Titivillus 06.10.16

Título original: *Mosquitoes*
William Faulkner, 1927
Traducción: Daniel Gascón
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Helen, Hermosa y Sabia

ZUMBIDO DE PALABRAS

Nunca son nombrados los mosquitos en *Mosquitos* (1927), de William Faulkner, pero están omnipresentes. Revolotean, pican, fastidian conversaciones y fugas amorosas. Aparecen en los gestos humanos, espantados con pañuelos y manotazos, aplastados, liquidados, siempre vivos, «una plaga bíblica vista a través del extremo equivocado de los prismáticos». Marca las horas su zumbido, «ubicuidad y pura repetición», mientras el agua golpea el casco del yate, el Nausikaa. Es lo que cuenta la novela de Faulkner, una excursión de cuatro días en barco, en Nueva Orleans, en agosto.

Cuando Faulkner llegó a Nueva Orleans en enero de 1925, tenía 28 años y acababa de publicar en Boston su primer libro, los poemas de *El fauno de mármol*, título robado a una novela de Nathaniel Hawthorne. Iba a tomar el barco para Europa, pero se quedó seis meses. Había nacido en New Albany, Mississippi, y se sentía descendiente de un bisabuelo legendario, coronel del ejército confederado, novelista, muerto a tiros, banquero y constructor de ferrocarriles. Un amigo y protector describió a Faulkner como un individuo de porte aristocrático. La gente lo consideraba un raro, conde sin condado, el conde Faulkner, fracasado inofensivo. Trabajó en el banco del abuelo. Fue oficinista en la fábrica de armas Winchester. La guerra mundial lo hizo piloto, aunque no fue a la guerra. La aviación de los Estados Unidos lo rechazó por corto de talla, así que emigró a Canadá, donde, pasándose por inglés y mintiendo sobre su edad, se alistó en la Royal Air Force en el verano de 1918, cuando la guerra se acababa. El día del armisticio, para celebrarlo, Faulkner cogió sin permiso una avioneta y, un poco ebrio y en la euforia de ser piloto y poeta simbolista, la estrelló. No presumía de saber pilotar, sino de saber estrellar aviones.

Escribía poemas y prosas más o menos poéticas, pero en Nueva Orleans se lanzó a escribir una novela, *Paga de soldado* (1926), sobre un aviador derribado en Europa, dado por muerto, herido en la cabeza, sin memoria y con una cicatriz mortal. Había decidido escribir novelas de riesgo, en las que el novelista se lo juega todo para, como mucho, ganar un éxito mediocre o un glorioso fracaso. El joven Faulkner cultivó el fracaso con obstinación. Naufragó en la universidad, a la que fue por obediencia al padre y de la que se ríe en *Mosquitos*. Obtuvo un triunfo de 100 dólares pintando honrosamente la torre de la Facultad de Derecho en el verano de 1920. Le dio empleo una librería de Nueva York, dirigida por Elizabeth Prall. Fue despedido. Resistió dos años como encargado de la oficina de correos de la Universidad de Mississippi. Descubrieron su diligencia en tirar las sacas de correspondencia a la

basura. Lo despidieron. Entonces viajó a Nueva Orleáns.

Allí participó por primera vez en una comunidad de literatos y artistas, y aprovechó la hospitalidad y el estímulo del gran Sherwood Anderson, escritor famoso, recién casado precisamente con Elizabeth Prall. Faulkner se sumergió en el barrio antiguo de Nueva Orleáns, en la insustancialidad encantada de las redacciones de los periódicos y sus tertulias. Callaba, oía, bebía. Se declaraba un genio. Escribía *Paga de soldado*. Publicó algún poema en revistas. Voló con una escuadrilla acrobática. Se enamoró de Helen Baird, que casi inmediatamente se casó con otro. Participó, a bordo de un yate alquilado por Anderson, en una excursión por el lago Pontchartrain y el río Mississippi. Vivió al principio con el matrimonio Anderson, y luego el matrimonio se cansó y lo mandó al ático del artista William Spratling, en el Callejón del Pirata, detrás de la catedral, y con Spratling colaboró en un libro de caricaturas de personajes de Nueva Orleáns. En el prólogo parodió al maestro Anderson, que se molestó moderadamente. Escribió algunas estampas de Nueva Orleáns, mientras en las noches de fiesta improvisada nacía el mundo de *Mosquitos*: escritores, pintores, músicos, actrices, caricaturistas, ricos encaprichados con el arte y la literatura, traficantes de bebidas prohibidas por la Ley Seca, buena conversación incansable.

Mosquitos cuenta una excursión de cuatro días en barco, día por día y hora por hora. Los viajeros se reúnen en torno a la señora Maurier, millonaria por matrimonio, viuda sensible, amiga de las artes. Hay también un prólogo y un epílogo, dos jornadas más. El barco de los artistas de la millonaria Patricia Maurier pasea por el lago Pontchartrain y el río Mississippi, como el yate de Anderson en el que navegó Faulkner. El Nausikaa, de nombre homérico, recuerda a la joven virgen que acogió y alimentó al náufrago Ulises en la isla de los feacios. «Ahora que has llegado a nuestra tierra, ni abrigo te faltará ni ninguna otra cosa», dijo la virgen. Maurier es una señora cómica, marxiana, como las que salen en las películas de los hermanos Marx, pero al final del segundo día desastroso llora de noche en su camarote, y al final de todo se revela como un auténtico personaje trágico del Faulkner maduro. La acompañan dos sobrinos, gemelos, de 17 años. Pat, andrógina, es una flapper como las de Scott Fitzgerald, a la moda, belleza y caradura implacable. Tiene una rodilla desollada. Se corta el pelo como su hermano, Theodore o Josh o Gus, o su hermano se corta el pelo como Patricia, porque en Patricia hay algo masculino, como hay algo femenino en Josh, ensimismado generador de catástrofes.

El eje de la excursión náutica, artística y literaria es la conversación y el roce entre los viajeros, el escritor Fairchild, el crítico Julius, la poeta Wiseman, el escultor Gordon, la pintora Jameson y el poeta Frost. La tripulación los mira espantada, el camarero David y el Capitán. Hay más excursionistas: el inglés Ayers, antiguo militar que busca hacerse rico en América, rápido, «con cualquier cosa que no exija trabajo», y la joven Jenny, «con el vestido un poco sucio», seductora inconsciente de mujeres y hombres, «flor abundante», y su amigo, el contrabandista de licor Pete Ginotta, dueño

de «ese tipo de cara temeraria y sin humor que combina perfectamente con un sombrero duro». El intermediario, mensajero o ángel que convoca a los navegantes es Talliaferro, comerciante del ramo de la lencería femenina. Según Maurier, «conoce a toda la gente interesante» y es un ejemplo de caballerosidad sureña. Se llamaba Tarver, pero es un fantástico. Se ha buscado un nombre que recuerda al de Taillefer, el juglar que cantó la *Chanson de Roland* para dar coraje a las filas normandas antes de la batalla de Hasting. Talliaferro es un triste condenado a los deseos imposibles. Le interesa el arte porque intuye que hay ahí algo profundamente relacionado con el sexo.

Los viajeros charlan, juegan a las cartas, beben, se bañan, bailan al son del gramófono. Y empiezan los desastres ridículos. El timón es sabotado. El Nausikaa encalla. Se desata el temporal. La sobrina andrógina se fuga con el camarero. Jenny está a punto de ahogarse. Se oye el canto de amor, ronco y sin gracia, de los cocodrilos. El paisaje se convierte en un insostenible paraíso terrenal de mariposas y pájaros gigantes, árboles «como profetas del Génesis» y serpientes. El fuego invisible de agosto arde en la jungla y la ciénaga. Los mosquitos muerden, sanguinarios. El escultor Gordon desaparece, posiblemente ahogado. El amor es un desencuentro perpetuo en el yate estrechísimo. El escritor Fairchild dice que la vida a bordo es un poco aburrida, que no pasa absolutamente nada. Y, por fin, desembarcamos en una noche de cenas insostenibles, locales nocturnos, prostíbulos y más desengaños amorosos.

William Faulkner terminó *Mosquitos* en la costa, no muy lejos de su casa, en el verano de 1926. Dedicó la novela a Helen Baird, su amor de Nueva Orleans, a quien había mandado poemas y dibujos con las mismas palabras que, en *Mosquitos*, cruzan la mente de Gordon el escultor, encendido de amor por la andrógina Pat: «Tu cuerpo es como una campanilla dorada en mi corazón». No eran palabras ni de Faulkner ni de Gordon: están tomadas del *Cyrano* de Edmond Rostand. La casi adolescente Pat de *Mosquitos* era Helen. Nueva Orleans era Nueva Orleans, con su vida y sus ambientes literarios. El gran Sherwood Anderson era el bebedor Fairchild, y decía: «Nuestra vida artística en Nueva Orleans me gusta, tiene una especie de encantadora futilidad». Faulkner se atrevió a escribir la sátira, la comedia de aquella vida, riquísima en palabras, pero con humor de película muda: caídas, sombreros pisados, apariciones sorprendentes, barcos sabotados por un solo gesto inconsciente y caprichoso. Y siempre, de fondo, sonaba la verborrea de los protagonistas, un parloteo infinito sobre arte, literatura, sexo y otras naderías fundamentales, demostración práctica de que la sátira consiste en enfrentar irónicamente la realidad con el mundo de los ideales más altos.

Sherwood Anderson se molestó esta vez mucho más que con el libro de caricaturas de Faulkner y Spratling. Había en *Mosquitos* una alegre borrachera de palabras y había también una borrachera continua, y eran tiempos de Ley Seca. Fue una época de alcohol prohibido que dio una de las generaciones más alcohólicas de la

historia de la literatura angloamericana, Anderson, Hemingway, Fitzgerald, Faulkner, por ejemplo. El ebrio Fairchild era indudablemente Anderson, reconocido escritor de mediana edad. Anderson ayudó a Faulkner y a Hemingway a publicar su primera novela, y tanto Faulkner como Hemingway lo parodiaron sin remordimientos. Pero Faulkner le dedicó *Sartoris* en 1929, su tercera novela, cuando ya Anderson confesaba que no le gustaba Faulkner, autor de ese tipo de novelas que venden, un listo demasiado moderno. «Ha sido tan desagradable conmigo que no quiero hablar con él», le decía al editor, pero seguía recomendándolo generosamente.

Faulkner se había atrevido incluso a incluir en *Mosquitos* un juicio contra Anderson, o contra Fairchild, pronunciado por su amigo Julius, el crítico, una vez que Fairchild sale de la habitación. Tenía indudable talento Fairchild, o Anderson, pero era torpe cuando manejaba emociones complicadas. Y escribía acomplejado por las instituciones académicas y su «atmósfera de volúmenes encuadernados en piel». Era un provinciano sin sentido del humor y creía ciegamente en la bondad de la vida. Le dolió a Anderson el juicio de Julius, o de Faulkner, y no lo consoló que el propio Faulkner se autorretratara en *Mosquitos*, a través de los ojos de Jenny, como una especie de negro blanco, desharrapado, loco y presumido, aparte de embustero profesional. Ni lo consoló que Faulkner atribuyera a la poeta Wiseman poemas que Faulkner publicaría más tarde con su firma y que, siempre a juicio de Julius, solo eran palabrería, «una especie de cóctel de palabras».

Es como si William Faulkner hubiera vivido en los círculos literarios de Nueva Orleans una experiencia semejante a la de encerrarse en grupo hasta que las cosas se disparatan y los reunidos empiezan a contar historias y decirse lo que piensan. El Nausikaa se parece a esas mansiones de novela policíaca en las que coinciden individuos variopintos y más o menos honorables, uno de los cuales será el autor del asesinato que está a punto de cometerse. Pero en el Nausikaa no hay delito, si no es el delito de hablar y hablar, de dilapidar palabras, palabras, palabras, hasta caer en «la absoluta y desoladora estupidez de las palabras», como dice el narrador de *Mosquitos*. Faulkner descubría la enfermedad de sustituir las cosas y los hechos por palabras, o, como decía Fairchild-Anderson, el síndrome del marido viejo y cornudo que se llevaba el *Decamerón* a la cama matrimonial.

Anderson se peleó con Faulkner, el discípulo que necesitaba apartarse del maestro, pero Faulkner compartía la teoría de la literatura que se desprende de las espléndidas discusiones entre el crítico Julius y el escritor Fairchild, doble voz de Faulkner. Porque las palabras podían ser como los mosquitos, plaga bíblica, pero también un motivo de fervor, o de lo que Fairchild-Anderson llama «enamoramiento de las palabras». El Faulkner de *Mosquitos* está fascinado por la realidad, y por las palabras con que intentamos nombrarla, y por los experimentos que en aquellos años hacían con las palabras Joyce, Eliot o Aldous Huxley. Y confía en la fascinación y el fervor del lector.

MOSQUITOS

En primavera, la primavera dulce y joven, engalanada con pequeños verdes, enjoyada con cantos de pájaros bobos, espuria, dulce y hortera como una dependienta con lujo barato, como un idiota con dinero y sin gusto, eran pequeños, jóvenes y confiados: a veces podías matarlos. Pero ahora, mientras agosto aleteaba lentamente como un pájaro lánguido y repleto a través del verano pálido hacia la luna de podredumbre y muerte, eran más grandes, fieros; ubicuos como enterradores; astutos como prestamistas; seguros e inevitables como políticos. Llegaron a la ciudad llenos de lujuria como chicos del campo, tan apasionadamente íntegros como un equipo de fútbol de la universidad, dominantes y confiados pero carentes de majestad: una plaga bíblica vista a través del extremo equivocado de unos prismáticos. La majestad del Destino se vuelve despectiva a través de la ubicuidad y la pura repetición.

PRÓLOGO

1

—El instinto sexual —repitió el señor Talliaferro con su esmerado acento *cockney*, con la petulante complacencia de quien se confiesa culpable de una característica que íntimamente considera una virtud— es bastante fuerte en mí. La franqueza, sin la que no puede existir la amistad, sin la que dos personas no pueden «conectar» una con otra, como dicen ustedes los artistas; la franqueza, como iba diciendo, creo...

—Sí —asintió su anfitrión—, ¿Le importaría apartarse un poco? —accedió con cortesía obsequiosa, observando el destello inquietante y ligero de un cincel bajo un martillo rítmico. La madera gratamente perfumada se deslizaba de su destello mudo, y, mientras golpeaba en vano con el pañuelo a su alrededor, penetró en un gabinete de Barba Azul de pelo rubio disperso y coágulos de sangre, examinando preocupado un polvo leve y constante que caía sobre sus pulcros y pequeños zapatos de charol. Sí, hay que pagar un precio por el arte... Observando el poder rítmico de la espalda y el brazo del otro especuló brevemente sobre lo que era más deseable: una constitución musculosa y una camiseta interior, o su propia manga simétrica, y continuó confiado:

—La franqueza me obliga a admitir que el instinto sexual es quizá mi impulso dominante —el señor Talliaferro creía que la conversación (no la charla: la Conversación) con un igual intelectual consistía en admitir tantos hechos de los considerados inconfesables sobre uno mismo como fuera posible: el señor Talliaferro a menudo se lamentaba al pensar en el grado de intimidad que podría haber establecido con sus conocidos artistas si simplemente hubiera adquirido el hábito de masturbarse en su juventud. Pero ni siquiera lo había hecho.

—Sí —volvió a asentir su anfitrión, que le dio un fuerte empujón con la cadera.

«En absoluto», murmuró el señor Talliaferro rápidamente. Una pared áspera restauró su equilibrio bruscamente y, al escuchar la fricción de tela y yeso, reaccionó con reprimida presteza.

—Perdón —dijo. Toda su manga señalaba su brazo cubierto de un blanco arenoso, y, mientras miraba consternado su chaqueta, se puso fuera del alcance y se sentó sobre un trozo de madera. Como cepillar no servía de nada y la desagradable superficie sobre la que se sentó le recordó sus pantalones, se levantó para extender su pañuelo sobre ella. Cada vez que iba allí se manchaba invariablemente la ropa, pero, sujeto al encantamiento que nos producen aquellos a los que admiramos por hacer algo de lo que nosotros somos incapaces, siempre regresaba.

El cincel mordía continuamente bajo el lento arco del martillo. Su anfitrión lo

ignoraba. El señor Talliaferro se palmeó con fuerza y en vano el dorso de la mano al sentarse en la sombra tibia, mientras la luz llegaba sobre los tejados y las chimeneas, pasaba a través de un tragaluz sucio y empezaba a fatigarse. Su anfitrión continuaba trabajando en la luz cansada, mientras el invitado se sentaba en su duro trozo de madera y se lamentaba por su manga, y observaba el cuerpo duro del otro con sus pantalones y su camiseta manchados, el rizado vigor de su cabello.

Al otro lado de la ventana, Nueva Orleáns, el Vieux Carré, cubierto de una languidez levemente empañada como una cortesana madura pero todavía hermosa en una habitación llena de humo, ávida pero también fatigada de hábitos ardientes. Sobre la ciudad el verano se había callado tibiamente en la pasión cóncava y fatigada del cielo. La primavera y los meses más crueles habían pasado, los meses crueles, los meses lascivos que rompen el gordo tedio en hibernación y el consuelo del Tiempo; agosto ya había empezado, y septiembre: un mes de días lánguidos, pesarosos como el humo de la madera. Pero la juventud del señor Talliaferro, o su falta de ella, ya no le preocupaba. Gracias a Dios.

Ninguna juventud que preocupara al individuo en esa habitación. Lo que preocupaba en esa habitación era algo eterno en la raza, algo inmortal. Y la juventud no es ajena a la muerte. Gracias a Dios. Ese suelo de tablas desiguales, esas paredes de manchas ásperas interrumpidas por pequeñas ventanas altas prácticamente inútiles y hermosamente dispuestas, dinteles combados que cortaban el immaculado y ruinoso ángulo de paredes que había albergado esclavos hacía tiempo, esclavos que llevaban mucho tiempo muertos y son polvo como la época que los produjo y a la que sirvieron con una dignidad amable y cortés: sombras de sirvientes y amos ahora en una región más amable, que prestaban dignidad a la eternidad. Después de todo, solo unos pocos elegidos pueden aceptar que les presten servicio con dignidad: el impulso del hombre es hacer las cosas por sí mismo. Es cosa del sirviente prestar dignidad a un procedimiento antinatural. Y fuera, por encima de los tejados que se teñían lentamente de color violeta, el verano yacía supino, impúdico de decadencia.

Al entrar en la habitación atraía tu mirada: te volvías de pronto como si fuera un sonido, esperando un movimiento. Pero era mármol y no podía moverse. Y cuando apartabas los ojos y le dabas la espalda al fin, percibías de nuevo desempañada, alta y limpia esa especie de rapidez, de espacio abarcado; pero al mirarlo de nuevo era igual que antes: inmóvil y apasionadamente eterno, el torso virginal y sin pechos de una chica, sin cabeza ni brazos ni piernas, en mármol atrapado y acallado temporalmente pero todavía apasionado por escapar, apasionado, simple y eterno en la equívoca oscuridad desdeñosa del mundo. Nada que molestara a tu juventud o a tu falta de ella: más bien algo que perturbaba la auténtica integridad fibrosa de tu ser. El señor Talliaferro se abofeteó el cuello salvajemente.

El manipulador del cincel y el martillo interrumpió su labor y se puso recto, flexionando los músculos de sus brazos y sus hombros. Y, como si hubiera esperado gentilmente hasta que terminara, la luz se desvaneció de forma callada y abrupta: la

habitación era como una bañera después de que se hubiera quitado el tapón. El señor Talliaferro también se levantó y su anfitrión se volvió hacia él con una cara que parecía la de un halcón pesado, rompiendo su sueño. El señor Talliaferro volvió a lamentarse por su manga y dijo vivamente:

—Entonces, ¿puedo decirle a la señora Maurier que usted va a venir?

—¿Qué? —preguntó el otro con brusquedad, mirándolo fijamente—. Oh. Demonios. Tengo trabajo. Lo siento. Dígale que lo siento.

La decepción del señor Talliaferro se tiñó levemente de exasperación mientras observaba al otro cruzar la habitación que se oscurecía hasta un banco basto de madera y levantar una jarra de agua barata, metálica y esmaltada.

—Pero, digo —dijo el señor Talliaferro con impaciencia.

—No, no —repitió el otro con aspereza, secándose la barba con el antebrazo—. Otra vez será, quizá. Estoy demasiado ocupado para molestarme con ella ahora. Lo siento —se movió hacia la puerta abierta y sacó de un gancho atornillado a la pared una chaqueta fina y una maltrecha gorra de tela. El señor Talliaferro observó cómo sus músculos se marcaban bajo la tela delgada con envidioso desagrado, recordando de nuevo el énfasis sin músculos de su propia franela planchada. Era evidente que el otro estaba a punto de partir abruptamente y el señor Talliaferro, para quien la soledad, y particularmente la soledad deslucida, era insoportable, cogió su sombrero de paja de ala recta del banco donde alardeaba de su banda lasciva y alegre sobre el brillo amarillo de su recto bastón de malaca.

—Espere —dijo—, voy con usted.

El otro se detuvo, miró hacia atrás.

—Voy a salir —dijo con beligerancia.

El señor Talliaferro, confuso momentáneamente, dijo con fatuidad:

—Ah, pensé... Debería... —la cara de halcón meditó por encima de él en la luz del crepúsculo, y él añadió rápidamente—: Puedo volver, sin embargo.

—¿Seguro que no es molestia?

—En absoluto, querido amigo, en absoluto. Llámeme: estaré encantado de volver.

—Bueno, si está seguro de que no es molestia, podría traerme una botella de leche de la tienda de la esquina. La conoce, ¿verdad? Aquí tiene la botella vacía.

Con uno de sus característicos movimientos precipitados, el otro franqueó la puerta y el señor Talliaferro se quedó sumido en una sorpresa elegante y preocupada, agarrando firmemente una moneda con una mano y una botella de leche sin lavar con la otra. En las escaleras, mientras observaba cómo el otro bajaba hacia la oscuridad de la escalera, se detuvo otra vez y, de pie sobre una pierna como una grulla, sujetó la botella bajo el brazo y se palmeó el tobillo, con fuerza y en vano.

Bajó el último peldaño, giró hacia un corredor tenebroso, pasó junto a dos personas imposibles de distinguir que se besaban y se apresuró hacia la puerta de la calle. Se detuvo allí en activa indecisión y se abrió la chaqueta. Sentía la botella húmeda en la mano: la contempló a través del sentido del tacto con una repugnancia aguda. Sin verla, parecía haberse puesto insoportablemente sucia. Deseó algo, vagamente: un periódico, quizá; pero antes de encender una cerilla miró rápidamente por encima del hombro. Se habían ido, acallando sus pasos resonantes en la oscura curva de la escalera: su recorrido juntos era como un abrazo físico. Su cerilla encendió un oro emplumado y enclenque que siguió su bastón de madera apretado y brillante como si fuera un reguero de pólvora, pero el corredor estaba vacío, con su suelo de piedra e inminente de humedad fatigada... la cerilla ardió hasta el borde regular y pulido de sus uñas, y volvió a sumergirlo en una oscuridad más intensa.

Abrió la puerta de la calle. El crepúsculo llegó como un silencioso perro violeta y, mientras arrullaba su botella, echó una ojeada a una plaza unidimensional y engalanada, a las palmeras mimeografiadas y a la efigie infantil de Andrew Jackson, a horcajadas sobre la terrible inclinación de su caballo en ondulado equilibrio, a la larga falta de énfasis del edificio Pontalba y a tres chapiteles graduados por la perspectiva de una catedral pura y soñolienta bajo la languidez decadente de agosto y de la tarde. El señor Talliaferro sacó la cabeza hacia delante con modestia, mirando a ambos lados de la calle. Después retiró la cabeza y volvió a cerrar la puerta.

Empleó su immaculado pañuelo blanco a regañadientes antes de meter la botella bajo la chaqueta. Abultaba angustiosamente por debajo de su mano exploradora, y sacó la botella con una creciente desesperación. Encendió otra cerilla y dejó la botella a sus pies para hacerlo, pero no había nada en lo que pudiera envolver, ocultar la cosa. Sintió el impulso de agarrarla y lanzarla contra el muro: experimentó un placer anticipado al imaginar el estallido del cristal. Pero el señor Talliaferro era bastante honorable: había dado su palabra. O podía volver a la habitación de su amigo y conseguir un trozo de papel. Se quedó quieto, en candente indecisión, hasta que unos pasos en las escaleras decidieron por él. Se agachó y tanteó para encontrar la botella, la golpeó y escuchó su desconsolada huida vacía, la atrapó por fin, abrió de nuevo la puerta de la calle y avanzó con prisa.

El crepúsculo violeta suspendía suavemente luces lentas como campanadas, ahora Jackson Square era un lago verde y silencioso en el que habitaban luces redondas como medusas, adornado con mimosas, granados e hibiscos bajo los que sangraban y sangraban las lantanas y las achiras. Pontalba y la catedral eran recortes de papel negro pegados sobre el cielo verde; por encima, palmeras más altas se adherían en explosiones negras y mudas. La calle estaba vacía, pero desde Royal Street llegaba el murmullo de un tranvía que se transformaba en un estrépito tambaleante, que pasaba de largo y se marchaba y dejaba un intervalo lleno del amable sonido de la goma inflada sobre el asfalto, como un desgarrón de seda interminable. Agarrando su abominable botella, sintiéndose como un criminal, el señor Talliaferro se apresuró.

Caminó rápidamente junto a una pared oscura, pasó por pequeñas tiendas indistinguibles que estaban débilmente iluminadas con gas y olían a comida de todo tipo y ligeramente pasada. Los propietarios y sus familias se sentaban delante de ellas en sillas inclinadas, las mujeres acunaban a sus bebés para dormirlos y charlaban entre ellas con suaves sílabas del sur de Europa, los niños corrían por delante del señor Talliaferro y a su alrededor, ignorándolo o percibiendo su presencia y agachándose entre las sombras como animales, defensivos, pasivos e inmóviles. Dobló la esquina. Royal Street brotaba en dos direcciones y aceleró hacia una tienda de ultramarinos en la esquina, pasando junto al propietario, que estaba sentado ante la puerta con las piernas cómodamente extendidas y arrullaba el globo italiano de su vientre sobre el regazo. El propietario se quitó su pipa corta y terrorífica, eructó y se levantó para seguirle. El señor Talliaferro bajó la botella con prisa.

El tendero volvió a eructar, con franqueza.

—Buenas tardes —dijo, con un acento del West End que se parecía mucho más al auténtico que el del señor Talliaferro—, Leche, ¿eh?

El señor Talliaferro extendió la moneda, murmurando, observando los muslos anchos y reacios del hombre mientras este cogía la botella sin repugnancia y la guardaba en una caja con estantes, abría el frigorífico y sacaba una nueva. El señor Talliaferro retrocedió.

—¿No tiene un poco de papel para envolverla? —preguntó tímidamente.

—Claro —dijo el otro amablemente—. La ponemos en un paquete, ¿eh? —Cumplió con una lentitud exasperante, y, más libre pero todavía agobiado, el señor Talliaferro cogió su compra, miró apresuradamente a su alrededor y salió a la calle. Y se detuvo, helado.

Ella caminaba a toda vela y seguida por una mujer más esbelta cuando lo vio, pero viró en ese instante y se acercó con un callado silbido de seda y un caro sonido metálico de complementos: bolso, cadenas y abalorios. Su mano florecía gorda tras un brazalete, con anillos y manicura, y su cara de invernadero tenía una expresión de confiado asombro infantil.

—¡Señor Talliaferro! ¡Qué sorpresa! —exclamó, acentuando la primera palabra de cada frase, como era su costumbre. Y estaba sorprendida de verdad. La señora Maurier iba por el mundo continuamente sorprendida por la casualidad, independientemente de que ella la hubiera instigado. El señor Talliaferro puso el paquete rápidamente tras él, arriesgándose a una destrucción inminente, y se vio obligado a aceptar la mano de la señora Maurier sin quitarse el sombrero. Solucionó esto tan pronto como pudo.

—Nunca habría esperado verle en esta parte de la ciudad a esta hora. Pero ha visitado a alguno de sus amigos artistas, supongo.

La mujer esbelta también se había parado y examinaba al señor Talliaferro con una fría falta de interés. La mujer mayor se giró hacia ella.

—El señor Talliaferro conoce a toda la gente interesante del barrio, querida. Toda

la gente que... que crea, que crea cosas. Cosas hermosas. Belleza, ya sabes —la señora Maurier hizo un gesto con su mano reluciente en dirección a Rampart Street. O quizá hacia el cielo, en el que las estrellas habían empezado a florecer como gardenias pálidas y deslucidas—. Oh, perdone, señor Talliaferro. Esta es mi sobrina, la señorita Robyn, de la que me ha oído hablar. Ella y su hermano han venido a consolar a una anciana solitaria —su mirada albergaba una decaída coquetería y el señor Talliaferro reconoció el pie y dijo:

—Tonterías, querida. Somos nosotros, sus infelices admiradores, los que necesitamos consuelo. Quizá la señorita Robyn también se apiade de nosotros —se inclinó ante la sobrina con calculada formalidad. La sobrina no estaba entusiasmada.

—Mira, querida —la señora Maurier se volvió hacia su sobrina con arrobamiento—. Aquí tienes un ejemplo de la caballerosidad de nuestros hombres del Sur. ¿Puedes imaginarte a un hombre de Chicago diciendo eso?

—Casi no —concedió la sobrina.

Su tía dijo impetuosamente:

—Por eso tenía tantas ganas de que Pat me visitara, para que pueda conocer a hombres que son, que son... Mi sobrina se llama así por mí, señor Talliaferro. ¿No es bonito? —presionó al señor Talliaferro con su asombro alegre y recurrente.

El señor Talliaferro hizo otra reverencia, estuvo a punto de soltar la botella, pero movió rápidamente la mano que sujetaba su sombrero y su bastón, y se la puso a la espalda para sujetarla.

—Encantador, encantador —asintió, transpirando bajo el cabello.

—Pero, de verdad, estoy tan sorprendida de encontrarle aquí a esta hora. Y supongo que usted estará igual de sorprendido de encontrarnos aquí, ¿verdad? ¡Pero acabo de encontrar la cosa más maravillosa! Fíjese, señor Talliaferro, me interesa tanto conocer su opinión —extendió una anodina placa de plomo desde la que, en un oscuro bajorrelieve de desvaídos colores rojo y azul, sonreía tontamente una Virgen con una expresión de asombro infantil idéntica a la de la señora Maurier, y un Niño tan petulante y satisfecho de sí mismo como un anciano. El señor Talliaferro sentía el precario equilibrio de la botella y no se atrevió a liberar la mano. Se inclinó sobre el objeto que le mostraban—. Cójalo, así podrá examinarlo a la luz —insistió su dueña.

El señor Talliaferro volvió a transpirar levemente y la sobrina dijo de pronto:

—Yo le guardo el paquete.

Se movió con rapidez juvenil y antes de que él pudiera objetar había tomado la botella de su mano. «¡Agh!», exclamó, a punto de soltarla, y su tía habló a borbotones.

—Oh, usted también ha descubierto algo, ¿verdad? Yo he ido y le he enseñado mi tesoro y mientras tanto usted ocultaba algo mucho, mucho más bonito —meneó las manos con un gesto de desánimo—. Usted considerará lo mío basura, ya lo sé —continuó con un disgusto pesado y asumido—, ¡Oh, ser un hombre, para poder investigar en las tiendas todo el día y descubrir cosas de verdad! Enséñenos qué tiene,

señor Talliaferro.

—Es una botella de leche —señaló la sobrina, estudiando al señor Talliaferro con interés.

Su tía chilló. Su pecho se movió con fuerza, intentó reprimirlo, sus insignias y abalorios brillaron.

—¿Una botella de leche? ¿Usted también se ha vuelto artista?

Por primera y última vez en su vida el señor Talliaferro deseó que una dama estuviera muerta. Pero era un caballero: solo estaba furioso por dentro. Se rió con frustrada sinceridad.

—¿Un artista? Me halaga, querida señora. Me temo que mi alma no tiene aspiraciones tan altas. Me contento con ser meramente un...

—Lechero —sugirió la joven diablesa.

—Solo un mecenas. Si puedo decirlo yo mismo.

La señora Maurier suspiró con desilusión y sorpresa.

—Ah, señor Talliaferro, estoy terriblemente decepcionada. Por un momento esperaba que alguno de sus amigos artistas le hubiera convencido para que le diese algo al mundo del arte. No, no, no diga que no puede: estoy segura de que es capaz, con su... con su alma delicada, su... —volvió a mover la mano vagamente hacia el cielo sobre Rampart Street—. Ah, ser un hombre, sin más ataduras que las del alma. Crear, crear —volvió fácilmente a Royal Street—, ¿Pero de verdad, una botella de leche, señor Talliaferro?

—Es para mi amigo Gordon. He ido a verlo esta tarde y estaba bastante ocupado. Así que he ido a buscarle leche para la cena. ¡Estos artistas! —El señor Talliaferro se encogió de hombros—. Ya sabe cómo viven.

—Sí, es cierto. El genio. Un capataz duro, ¿verdad? A lo mejor es usted sabio al no entregarle su vida. Pero ¿cómo está el señor Gordon? Estoy tan ocupada todo el tiempo con deberes inevitables, de los que mi conciencia no me permite escapar (yo soy muy concienzuda, ya lo sabe), que simplemente no tengo tiempo de ver el barrio tanto como quisiera. Le había prometido al señor Gordon que iría a visitarlo, e invitarlo a cenar pronto. Estoy segura de que piensa que lo he olvidado. Por favor, haga las paces con él por mí, ¿lo hará? Dígale que no lo he olvidado.

—Estoy seguro de que sabe cuántos compromisos tiene —la tranquilizó el señor Talliaferro galantemente—. No se angustie por eso.

—Sí, la verdad es que no sé cómo consigo hacer nada: siempre me sorprende cuando encuentro un momento libre para mi propio placer —volvió de nuevo hacia él su expresión de feliz asombro. La sobrina giró lenta y esbelta sobre uno de sus tacones; la curva dulce y joven de sus piernas, recta y quebradiza como las patas de un pájaro, rematada en las manchas puntiagudas y negras de sus zapatos, lo cautivó. Su sombrero era una pequeña campana brillante sobre su cara y llevaba la ropa con una informalidad acanallada, como si hubiera abierto el armario y hubiese dicho «Vamos al centro». Su tía decía:

—Pero ¿y nuestra fiesta en el yate? ¿Le transmitió mi invitación al señor Gordon? El señor Talliaferro estaba apurado.

—Bueno, verás, está bastante ocupado. Él... Tiene un encargo y no puede retrasarse —terminó, inspirado.

—¡Ah, señor Talliaferro! No le ha dicho que está invitado. ¡Qué vergüenza! Entonces debo decírselo yo misma, puesto que usted me ha fallado.

—No, la verdad...

Ella interrumpió:

—Perdóneme, querido señor Talliaferro. No quería ser injusta. Me alegra que usted no lo invitara. Es mejor que lo haga yo misma, para que pueda superar cualquier escrúpulo que tenga. Es bastante tímido, ya sabe. Oh, bastante, se lo aseguro. El temperamento artístico, ¿comprende?, tan espiritual...

—Sí —asintió el señor Talliaferro, observando disimuladamente a la sobrina, que había dejado de girar y había colocado su cuerpo aparentemente carente de huesos en un ángulo unidimensional plano tan puro como un relieve egipcio.

—Así que me encargaré yo misma. Iré a verlo esta noche: zarpamos mañana a mediodía, ya sabe. Eso le dará tiempo suficiente, ¿no cree? Es uno de esos artistas que nunca tienen mucho, gente afortunada —la señora Maurier miró su reloj—, Santo Cielo, son las siete y media. Tenemos que irnos. Vamos, querida. ¿Podemos dejarle en algún sitio, señor Talliaferro?

—No, gracias. Tengo que llevarle la leche a Gordon, y luego tengo un compromiso para esta noche.

—¡Ah, señor Talliaferro! Es una mujer, lo sé —levantó los ojos con picardía—. Es usted un hombre terrible —bajó la voz y le dio un golpecito en la manga—. Tenga cuidado con lo que dice delante de esta criatura. Mis instintos son bohemios, pero ella es... poco sofisticada —su voz lo bañó tibiamente y el señor Talliaferro se molestó: si hubiera tenido un bigote se lo habría acariciado. La señora Maurier chirrió y brilló de nuevo: adoptó una expresión de puro deleite—. ¡Pero por supuesto! Le llevaremos a la casa del señor Gordon y así podré entrar e invitarlo a la fiesta. ¡La cosa misma! Qué suerte que se me haya ocurrido. Ven, querida.

Sin detenerse, la sobrina movió la pierna hacia arriba y hacia afuera, rascándose el tobillo. El señor Talliaferro recuperó la botella de leche y asintió agradecido, se puso a caminar junto a ellas por el lado exterior de la acera con meticulosa consideración. El coche de la señora Maurier relucía lujosamente a poca distancia en la misma calle. El conductor negro descendió y abrió la puerta y el señor Talliaferro se hundió en la agradable tapicería, arrullando su botella, oliendo las flores cortadas y metidas en jarrones con delicadeza, prometiéndose a sí mismo un coche el año siguiente.

Circularon despacio, pasaron bajo farolas espaciadas y por esquinas estrechas, mientras la señora Maurier hablaba constantemente de su alma, de la del señor Talliaferro y de la de Gordon. La sobrina iba sentada en silencio. El señor Talliaferro era consciente de su olor limpio y joven, como el de los árboles jóvenes; y cuando pasaban bajo las farolas podía ver su forma esbelta, la revelación impersonal de sus piernas y sus rodillas desnudas y asexuadas. El señor Talliaferro se deleitaba, agarraba su botella de leche y deseaba que el paseo no terminase. Pero el coche volvió junto a la acera, y debía bajarse, por mucho que le pesara.

—Entraré y lo traeré —sugirió con tacto premonitorio.

—No, no, subimos todos —objetó la señora Maurier—. Quiero que Patricia vea cómo es el genio en casa.

—Vaya, tía, ya he visto esos antros —dijo la sobrina—. Están por todas partes —dobló su cuerpo sin esfuerzo, rascándose las rodillas con sus manos morenas.

—Es muy interesante ver cómo viven, querida. Te encantará —el señor Talliaferro protestó de nuevo, pero la señora Maurier se impuso con meras palabras. Así que, a su pesar, encendió cerillas para ellas y las llevó por las escaleras tortuosas y oscuras, mientras sus tres sombras los imitaban, subiendo y cayendo monstruosamente sobre la pared antigua. Mucho antes de que llegaran al último piso, la señora Maurier jadeaba y resoplaba: el señor Talliaferro sintió una pueril alegría vengativa al oír su respiración trabajosa. Pero era un caballero y apartó esa sensación, reprimiéndose a sí mismo. Llamó a una puerta, le dijeron que entrara, abrió.

—¿Ha vuelto? —Gordon se sentó en su única silla, mientras masticaba un sándwich, con un libro entre las manos. La bombilla desnuda refulgía salvajemente sobre su camiseta interior.

—Tiene visita —el señor Talliaferro ofreció su tardía advertencia, pero el otro ya había visto tras su hombro el rostro interesado de la señora Maurier. Se levantó y maldijo al señor Talliaferro, que había empezado de inmediato su infeliz explicación—. La señora Maurier insistió en venir...

La señora Maurier lo derrotó de nuevo.

—¿Señor Gordon? —Irrumpió en la habitación, con su cara de feliz asombro como un plato redondo apoyado sobre un borde—, ¿Cómo *está*? ¿Podrá perdonarme alguna vez por importunarle *así*? —continuó, con sus cursivas demasiado afectuosas—. Acabamos de encontrarnos con el señor Talliaferro en la calle, llevaba su leche y hemos decidido enfrentarnos al león en su jaula. ¿Cómo *está*? —Le puso encima su mano efusiva, miró atentamente a su alrededor con alegre curiosidad—. Así que aquí es donde trabaja el genio. Es precioso. Muy... muy original. Y eso... —indicó una esquina tras un biombo de harapienta tela ribeteada— es su dormitorio, ¿verdad? ¡Qué agradable! Ay, señor Gordon, cómo envidio su libertad. Y una vista. También

tiene una vista, ¿verdad? —Le cogió de la mano y miró extasiada una ventana alta e inútil, que enmarcaba dos cansadas estrellas de cuarta magnitud.

—La tendría si midiera dos metros y medio de alto —corrigió él. Ella volvió la mirada hacia él rápidamente, feliz. El señor Talliaferro rió con nerviosismo.

—Eso sería encantador —respondió entusiasmada—. Tenía tantas ganas de que mi sobrina viera un estudio de verdad, señor Gordon, en el que trabaja un artista de verdad. Querida —se detuvo, sin dejar de apresar su mano, mirando por encima del hombro—. Querida, voy a presentarte a un escultor de verdad, del que esperamos grandes cosas... Querida —repitió más alto. La sobrina, a la que las escaleras no habían molestado, había caminado sin rumbo tras ellos y ahora estaba frente a la pieza de mármol—, ven a hablar con el señor Gordon, querida —bajo la modulación de sacarina de su tía había un rastro de algo que, después de todo, no resultaba tan dulce. La sobrina volvió la cabeza y asintió ligeramente sin mirarlo. Gordon liberó su mano.

—El señor Talliaferro me cuenta que tiene usted un encargo —la voz de la señora Maurier había vuelto a ser miel atónita y feliz—. ¿Podríamos verlo? Sé que a los artistas no les gusta enseñar una obra inacabada, pero, entre amigos... Los dos saben lo sensible a la belleza que soy, aunque se me haya negado el impulso creador.

—Sí —dijo Gordon, observando a la sobrina.

—Hacía mucho que tenía intención de visitar su estudio, como prometí, seguro que lo recuerda. Así que aprovecharé esta oportunidad para echar un vistazo. ¿Le importa?

—Adelante: Talliaferro puede enseñarle cosas. Perdone —se tambaleó de una manera característica entre los dos y la señora Maurier canturreó:

—Sí, es cierto. El señor Talliaferro, como yo misma, es sensible a lo hermoso en el arte. Ah, señor Talliaferro, ¿por qué se nos dio a usted y a mí el amor por lo bello y se nos negó la capacidad de crearlo a partir de la piedra, la madera y la arcilla...?

Su cuerpo, enfundado en su vestido breve y sencillo, estaba inmóvil cuando él se acercó hasta ella. Al cabo de un rato dijo:

—¿Le gusta?

De perfil, su mandíbula era pesada: había algo masculino en ella. Pero de frente no resultaba pesada, solo tranquila. Tenía labios gruesos y descoloridos, sin pintar, y sus ojos eran opacos como el humo. Ella afrontó su mirada, percibió el azul gélido de sus ojos (como los de un cirujano, pensó) y volvió a mirar el mármol.

—No lo sé —respondió lentamente—. Es como yo.

—¿Como usted? —preguntó con seriedad.

No respondió. Después dijo:

—¿Puedo tocarla?

—Si quiere... —contestó, examinando la línea de su mandíbula, su nariz firme y breve. Ella no hizo ningún movimiento y él añadió—: ¿No va a tocarla?

—He cambiado de idea —dijo con calma. Gordon miró por encima del hombro

hacia el lugar en el que la señora Maurier estudiaba algo meticulosa y locuazmente. El señor Talliaferro le daba la razón con pasión contenida.

—¿Quizá porque es como usted?

Ella dijo, como si fuera irrelevante:

—¿Por qué no tiene nada aquí? —Su mano marrón destelló esbelta en la elevada ausencia de énfasis del pecho del mármol, y se retiró.

—Usted tampoco tiene mucho —ella afrontó su mirada insistente—. ¿Por qué debería tener algo? —preguntó.

—Tiene razón —asintió con la imparcial amabilidad de una igual—. Ahora lo veo. Por supuesto que no debería. No lo... entendí por un momento.

Gordon examinó con creciente interés su pecho plano y su vientre, el cuerpo de chico que su desenvoltura y la delgadez de sus brazos ocultaban. Asexuada, aunque de alguna manera vagamente perturbadora. Quizá solo joven, como un ternero o un potro.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Gordon abruptamente.

—Dieciocho, si es asunto suyo —respondió sin rencor, mientras contemplaba la escultura de mármol. De pronto volvió a mirarle—. Me encantaría que fuera mía —dijo, con repentina sinceridad y añoranza, como una niña de cuatro años.

—Gracias —dijo Gordon—. Eso era bastante sincero, ¿verdad? Pero por supuesto no puede ser suya. Lo sabe, ¿no?

Ella estaba callada. Él sabía que no podía encontrar ninguna razón por la que no debiera ser suya.

—Creo que sí —asintió al fin—. Pero he decidido que lo pensaré.

—¿Para no pasar por alto ninguna oportunidad?

—Bueno, seguramente mañana ya no la querré de todas formas... Y si todavía la quiero, puedo conseguir algo igual de bueno.

—Quiere decir —corrigió él— que si la sigue queriendo mañana, puede llevársela, ¿verdad?

Como si fuera un organismo distinto, su mano se alargó y acarició lentamente el mármol.

—¿Por qué es usted tan negro?

—¿Negro?

—No su pelo y su barba. Me gustan su pelo y su barba rojos. Pero usted... Usted es negro... Quiero decir —su voz se apagó y él sugirió «¿Alma?»—. No sé lo que es —declaró quedamente.

—Yo tampoco. Pero puede preguntarle a su tía. Parece entender de almas.

Ella miró por encima del hombro, mostrando su otro perfil desigual.

—Pregúntele usted mismo. Viene hacia aquí.

La señora Maurier hinchó entre los dos su mole tapizada y fragante.

—Maravilloso, maravilloso —exclamó con asombro sincero—, Y esto... —su voz se desvaneció y miró el mármol, aturdida. El señor Talliaferro la imitó sin tacha,

y asumió el crédito del guía.

—¿Ve lo que ha captado? —Trompeteó melodiosamente—, ¿Lo ve? El espíritu de la juventud, de algo refinado, duro y limpio que existe en el mundo: algo que todos deseamos hasta que el polvo detiene nuestra boca —un deseo que hacía tiempo que el señor Talliaferro había convertido en un hábito insatisfecho que ya no requería ningún objeto particular.

—Sí —se mostró de acuerdo la señora Maurier—, Qué hermoso. ¿Qué... qué significa, señor Gordon?

—Nada, tía Pat —dijo la sobrina bruscamente—. No tiene que significar nada.

—Pero, realmente...

—¿Qué quieres que signifique? Imagínate que significa un perro, o un refresco con helado. ¿Qué cambiaría? ¿No está bien como está?

—Sí, es cierto, señora Maurier —asintió el señor Talliaferro con balsámica rapidez—, no es necesario que tenga un significado objetivo. Debemos aceptarla tal como es: pura forma irrestricta por cualquier relación con un objeto familiar o utilitario.

—Oh, sí: irrestricta —ahí había una palabra que la señora Maurier conocía—. El espíritu irrestricto: libre como el águila.

—Cállate, tía —le dijo la sobrina—. No seas tonta.

—Pero tiene lo que Talliaferro llama significado objetivo —interrumpió Gordon brutalmente—. Este es mi ideal femenino: una virgen sin piernas para abandonarme, sin brazos para agarrarme, sin cabeza para hablarme.

—¡Señor Gordon! —La señora Maurier lo miró fijamente sobre su pecho comprimido. Después pensó en algo que verdaderamente tenía un significado objetivo—, Casi olvido la razón por la que hemos venido tan tarde. No es que —añadió rápidamente— necesitemos ninguna razón para... Señor Talliaferro, ¿cómo era eso que decían los antiguos de detenerse un momento en el atareado camino de la Vida para arrodillarse a los pies del Maestro...? —La voz de la señora Maurier se desvaneció y su cara adoptó una expresión de leve inquietud—, ¿O estoy pensando en la Biblia? Bueno, qué más da. Hemos pasado para invitarle a una fiesta en mi yate, unos días en el lago...

—Sí, me lo comentó el señor Talliaferro. Lo siento, pero no puedo ir.

La señora Maurier abrió los ojos sorprendida. Se volvió hacia el señor Talliaferro.

^¡Señor Talliaferro! ¡Me dijo que no se lo había dicho!

El señor Talliaferro se retorció con fuerza.

—Perdóneme si le he dado esa impresión. No era mi intención. Solo deseaba que hablara con él usted misma y le hiciera reconsiderarlo. La fiesta no sería completa sin él, ¿verdad?

—En absoluto. De verdad, señor Gordon, ¿volverá a pensarlo? Seguro que no nos decepciona —dejó de chirriar y se dio una palmada en el tobillo—. Perdón.

—No. Lo siento. Tengo trabajo.

La señora Maurier transfirió al señor Talliaferro su expresión de asombro y abatimiento.

—No puede ser que no quiera venir. Tiene que haber otra razón. Dígale algo, señor Talliaferro. Simplemente tenemos que tenerlo. El señor Fairchild viene, y Eva y Dorothy. Tenemos que tener un escultor. Convéncelo, señor Talliaferro.

—Estoy seguro de que su decisión no es definitiva: estoy seguro de que no nos privará de su compañía. Unos días en el agua le harán un bien infinito... Lo refrescarán como un tónico. ¿Eh, Gordon?

La cara de halcón de Gordon meditó por encima de ellos remota, con una arrogancia insufrible. La sobrina se había apartado, vagaba lentamente por la habitación, seria y callada y curiosa, recta como un álamo. La señora Maurier le imploró con los ojos, como un perro, temporalmente silenciosa. De repente le llegó la inspiración.

—Venga, vamos a mi casa a cenar. Así podremos hablar tranquilamente.

El señor Talliaferro objetó:

—Tengo un compromiso esta noche, ya lo sabe —le recordó.

—Oh, señor Talliaferro —puso la mano sobre su manga—. No me falle usted también. Siempre confío en usted cuando la gente me falla. ¿De verdad no puede aplazar su compromiso?

—La verdad, me temo que no. No en este caso —el señor Talliaferro contestó con petulancia—. Aunque estoy desolado...

La señora Maurier suspiró.

—¡Esas mujeres! El señor Talliaferro es absolutamente terrible con las mujeres —informó a Gordon—, Pero usted vendrá, ¿verdad?

La sobrina había llegado hasta ellos y estaba de pie, frotándose el muslo de una pierna contra la espina contraria. Gordon se volvió hacia ella.

—¿Usted estará allí?

«Maldita sea su alma», susurró ella. Bostezó.

—Oh, sí. Como. Pero me iré a la cama condenadamente pronto —volvió a bostezar, tocó el pálido óvalo de su cara con sus dedos marrones.

—¡Patricia! —exclamó su tía con escandalizado asombro—. Por supuesto que no harás nada de eso. ¡La mera idea! Venga, señor Gordon.

—No gracias. Yo también tengo un compromiso —respondió con rigidez—. Otra vez, quizá.

—No aceptaré un no por respuesta. Ayúdeme, señor Talliaferro. Tiene que venir.

—¿Quieres que venga tal y como va? —preguntó la sobrina.

Su tía miró brevemente la camiseta interior, y sintió un escalofrío. Pero dijo con valentía:

—Por supuesto, si lo desea. ¿Qué son las ropas, comparadas con esto? —describió un arco con la mano; los diamantes brillaron en la órbita—. Así que no puede escapar, señor Gordon. Tiene que venir.

La mano de la señora Maurier se cernía sobre su brazo, se abalanzaba. Él la eludió bruscamente.

—Perdone —el señor Talliaferro evitó su movimiento súbito justo a tiempo y la sobrina dijo, malvada:

—Hay una camisa detrás de la puerta, si es eso lo que está buscando. No necesitará una corbata, con esa barba.

Él la cogió de los codos, como si fuera una mesa alta y estrecha, y la echó a un lado. Después su cuerpo alto y controlado llenó y vació la puerta y desapareció en la oscuridad del vestíbulo. La sobrina miró tras él. La señora Maurier observó fijamente la puerta, después al señor Talliaferro, con silencioso asombro.

—¿Qué diantre...? —Sus manos chocaron en vano entre sus distintas pertenencias engalanadas—, ¿Adonde va? —dijo al fin.

La sobrina dijo de pronto:

—Me gusta —ella también miró largamente la puerta a través de la cual Gordon parecía haber vaciado la habitación—. Apuesto a que no vuelve —señaló.

Su tía chilló:

—¿Que no vuelve?

—Bueno, yo no volvería si fuera él —volvió al mármol, acariciándolo con un deseo lento. La señora Maurier miró al señor Talliaferro desamparada.

—¿Dónde...? —comenzó.

—Voy a ver —se ofreció, rompiendo su propio trance. Las dos mujeres observaron cómo desaparecía su pulcra espalda.

—En la vida... Patricia, ¿por qué has sido tan grosera con él? Por supuesto que está ofendido. ¿No sabes lo sensibles que son los artistas? ¡Después de todo lo que he trabajado para cultivarlo!

—Tonterías. Le vendrá bien. Tiene una opinión demasiado buena de sí mismo.

—Pero insultar al hombre en su propia casa... No puedo entender a los jóvenes. Si yo le hubiera dicho una cosa así a un caballero, a un desconocido... No consigo imaginar lo que pretendía tu padre, dejando que crecieras así. Sin duda él sabe comportarse mejor...

—Yo no tengo la culpa de su forma de actuar. La tienes tú. Imagina que estás sentada en tu habitación en combinación y dos hombres a los que apenas conoces entran y te intentan convencer de que vayas a un sitio al que no quieres ir. ¿Qué harías?

—Esta gente es distinta —le dijo su tía con frialdad—. No los entiendes. Los artistas no necesitan intimidación como nosotros: para ellos no significa nada. Pero cualquiera, artista o no, protestaría...

—Oh, cierra el pico. No digas chorradas —interrumpió la sobrina con aspereza.

El señor Talliaferro reapareció reprimiendo sus jadeos delicadamente.

—Gordon ha tenido una llamada urgente. Me ha pedido que le disculpe y transmita su decepción por haber tenido que marcharse de un modo tan descortés.

—Entonces no viene a cenar —suspiró la señora Maurier, sintiendo su edad, la inminencia de la oscuridad y la muerte. No solo parecía incapaz de conseguir nuevos hombres, sino también de conservar a los antiguos... El señor Talliaferro, también... La edad, la edad... Volvió a suspirar.

—Vamos, querida —dijo en un tono extrañamente escarmentado, más tranquilo, en cierta manera lastimoso.

La sobrina puso sus manos morenas y firmes en el mármol, con fuerza. «Hermoso», susurró como saludo y despedida, y se apartó rápidamente.

—Vámonos —dijo—. Me muero de hambre.

El señor Talliaferro había perdido su caja de cerillas: estaba desolado. Así que tuvieron que bajar a tientas las escaleras, perturbando años y años de polvo sobre el pasamanos. El pasillo de piedra era húmedo y frío y estaba habitado por un murmullo contenido. Se apresuraron.

Era totalmente de noche y el coche relucía en la calle con una silueta paciente; el conductor negro estaba dentro con todas las ventanillas cerradas. El ánimo de la señora Maurier volvió a mejorar con su amistosa familiaridad. Le dio la mano al señor Talliaferro, endulzó de nuevo la voz con una coquetería decaída.

—Vendrá a verme, ¿verdad? Pero no lo prometa: sé que está muy solicitado —se inclino hacia delante, golpeándole suavemente en la mejilla—. ¡Donjuán!

Él rió modestamente, complacido. La sobrina dijo desde la esquina:

—Buenas noches, señor Tarver.

El señor Talliaferro se quedó quieto, levemente inclinado a partir de la cadera, helado. Cerró los ojos como un perro que espera que caiga el palo, mientras el tiempo pasaba y pasaba... volvió a abrir los ojos, no sabía cuánto había transcurrido. Pero los dedos de la señora Maurier acababan de abandonar su mejilla, y la sobrina era invisible en su rincón: una maldad sin cuerpo. Después se puso derecho, sintió que sus tripas frías retomaban el lugar adecuado. El coche se alejó y él lo observó, pensando en la juventud de la chica, su juventud dura y limpia, con miedo y un molesto deseo infeliz como un viejo pesar. ¿Los niños eran realmente como los perros, podían descubrir lo que uno oculta, conocerlo instintivamente?

La señora Maurier se acomodó en el asiento.

—El señor Talliaferro es absolutamente terrible con las mujeres —informó a su sobrina.

—Apuesto a que sí —asintió la sobrina—, absolutamente terrible.

4

El señor Talliaferro se había casado bastante joven con una chica del montón a la

que intentaba seducir. Pero ahora, a los treinta y ocho, era viudo desde hacía ocho años. Era el resultado final de una investigación biológica conducida por dos personas que, como la gran mayoría, no tenían ninguna razón para producir hijos. La familia era originaria de Alabama, y se había desplazado hacia el oeste lentamente, demostrando que cierto impulso racial, que un tal Horace Greeley resumió en un eslogan tan dolorosamente eficaz que no tuvo que seguirlo él mismo, todavía no se ha extinguido. Tenía varios hermanos que lograron situarse en distintos ambientes principalmente por casualidad; ambientes que abarcaban desde un cielo prematuro por medio del caballo de otra persona y una cuerda y un álamo en Texas, pasando por una cátedra de clásicas en una pequeña universidad de Kansas, hasta un escaño en un parlamento estatal a través de votos para otra persona. Aquel llegó hasta California. Nunca supieron qué fue de la hermana del señor Talliaferro.

El señor Talliaferro había tenido lo que se conoce como una educación esmerada: cuando aún era joven y maleable le habían obligado a hacer todas las cosas a las que se oponían sus impulsos naturales y a privarse de todas aquellas que le habrían podido producir la menor diversión. Después de cierto tiempo la naturaleza cedió y se convirtió en una costumbre en él. La naturaleza lo entregó sin reparos: hasta los gérmenes de las enfermedades parecían ignorarlo.

El matrimonio lo había llevado al trabajo como la sequía lleva a los peces desde los arroyos a los ríos más grandes, y las cosas habían sido duras para él en los años en los que había cambiado de un empleo a otro, de un curso por correspondencia a otro, hasta que poseyó unas ligeras nociones incorrectas y nada prácticas sobre todos los métodos respetables de ganar dinero, antes de gravitar final e irremediabilmente hacia la sección de ropa de mujer de unos grandes almacenes.

Allí sentía que por fin había encontrado su sitio (siempre se entendió mucho mejor con las mujeres que con los hombres) y su renovada fe en sí mismo le permitió ascender con cómoda facilidad hasta la codiciada posición de comprador al por mayor. Sabía de ropa de mujer y le interesaban las mujeres, creía que su conocimiento de las delicadas cosas íntimas que preferían le daba una perspectiva sobre la psicología de las mujeres que no tenía ningún otro hombre. Pero solamente especulaba sobre eso, porque era fiel a su esposa, aunque ella estaba encamada: una inválida.

Y entonces, cuando el éxito estaba a su alcance y la vida se había vuelto, por fin, fácil para los dos, su esposa murió. Él se había habituado al matrimonio, sentía un cariño sincero por su mujer, y le costó reajustarse. Pero con el tiempo se acostumbró a la novedad de la libertad madura. Se había casado tan joven que esta era un campo inexplorado para él. Encontraba placer en su comfortable alojamiento de soltero en un barrio acomodado, en su solitaria rutina de cada día: volver a casa andando al atardecer para mantener la línea; examinar los cuerpos suaves de las chicas en la calle, sabiendo que, si quería llevarse a una, no había nadie, salvo las propias chicas, que pudiera decirle que no; cenar solo o acompañado con un amigo literato

disponible.

El señor Talliaferro recorrió Europa en 41 días, y adquirió un aire mundano y unas nociones de estética y un acento precioso, y volvió a Nueva Orleans sintiéndose Completo. Lo único que le alarmaba era que el cabello empezaba a escasearle, lo único que le preocupaba era que había nacido Tarver, no Talliaferro.

Pero hacía tiempo que el celibato había empezado a oprimirle.

5

Manejando su bastón con elegancia, se presentó en Broussard's. Como esperaba, allí estaba Dawson Fairchild, el novelista, que parecía una morsa benévola que había salido de la cama hacía demasiado poco como para haber podido asearse, y cenaba en compañía de tres hombres. El señor Talliaferro se paró dubitativo en la entrada y un camarero de mejillas sonrosadas, que parecía un aplicado estudiante de Harvard con la chaqueta de un actor, lo asaltó cortésmente. Al fin captó la mirada de Fairchild y el otro lo saludó desde el otro lado de la pequeña habitación, después dijo algo a sus tres acompañantes que hizo que girasen las sillas para observar su aproximación. El señor Talliaferro, para quien entrar solo en un restaurante y conseguir una mesa era un proceso atroz, se unió a ellos aliviado. El camarero querúbico giró una silla de una mesa cercana contra las rodillas del señor Talliaferro con destreza mientras este estrechaba la mano de Fairchild.

—Llega justo a tiempo —dijo Fairchild, apoyando el puño y un tenedor apretado sobre la mesa—. Este es el señor Hooper. Conoce a los demás, me parece.

El señor Talliaferro bajó la cabeza en dirección a un hombre con el pelo de color gris hierro y una cara pomposa y desprovista de humor como el director frustrado de una escuela dominical, que insistió en estrecharle la mano; después su mirada se dirigió a los otros dos miembros del grupo: un joven alto y espectral con una rala nube de pelo rubio y una boca pálida y prensil, y un semita calvo con mejillas flácidas y ojos tristes y curiosos.

—Estábamos hablando... —empezó Fairchild cuando el forastero le interrumpió con una descortesía insulsa y totalmente inconsciente.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó, fijando los ojos en el señor Talliaferro. El señor Talliaferro encontró su mirada y sintió de inmediato un ligero malestar. Contestó la pregunta pero el otro dejó de lado la respuesta—. Quiero decir su nombre de pila. No lo he oído hoy.

—Claro, Ernest —le dijo el señor Talliaferro alarmado.

—Ah, sí. Ernest. Tiene que perdonarme, pero viajando, conociendo caras nuevas cada martes, como hago —se interrumpió con la misma inconsciencia insulsa—,

¿Qué impresión tiene de la reunión de hoy? —Antes de que el señor Talliaferro pudiera contestar volvió a interrumpirse—, Tienen aquí una organización espléndida —les informó en general, convenciéndolos con la mirada—, y una ciudad que la merece. Si no fuera por esa pereza sureña que tienen... Necesitan más sangre del norte para sacar sus mejores cualidades. Aun así, no me quejo: me han tratado bastante bien, chicos —se metió algo de comida en la boca y la masticó apresuradamente, adelantándose a cualquiera que hubiera esperado hablar—. Me alegro de que mi ruta me llevara hasta aquí, para ver la ciudad y estar hoy con los chicos, y que uno de sus reporteros me diera la oportunidad de ver un poco su vida bohemia al mandarme al señor Fairchild que, según tengo entendido, es escritor —afrontó de nuevo la expresión de asombro cortés del señor Talliaferro—, Me alegra ver que siguen haciendo un buen trabajo, chicos; podría decir, el trabajo del Maestro, porque solo si llevamos al Señor a nuestra vida diaria... —miró al señor Talliaferro una vez más—, ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Ernest —sugirió Fairchild afablemente.

—Ernest. La gente, el hombre de la calle, el que ha de ganarse el pan, aquel sobre el que recae la pesada carga de la vida, ¿acaso sabe lo que defendemos, lo que podemos darle a pesar de sí mismo? El olvido de las dificultades del día a día. No sabe nada de nuestro ideal de servicio, de nuestros beneficios, de los demás, de los suyos, chicos —encontró la mirada rotundamente interrogativa de Fairchild—, de los que él recibe. Y, por cierto —añadió, regresando a la tierra—, hay unos aspectos en este asunto que voy a abordar con su secretario mañana —volvió a mirar al señor Talliaferro—, ¿Qué opinión tiene de mis observaciones de hoy?

—¿Perdone?

—¿Qué le parece mi idea de conseguir un cien por cien de asistencia a la iglesia haciendo que la gente tema perderse algo bueno si no va?

El señor Talliaferro volvió su cara atónita hacia los demás, uno tras otro. Después de un rato su interrogador dijo en un tono de frío desagrado:

—¿Quiere decir que no me reconoce?

El señor Talliaferro se avergonzó.

—La verdad, señor... Lo siento muchísimo.

El otro lo interrumpió violentamente.

—¿No estaba en la comida hoy?

—No —dijo el señor Talliaferro, efusivamente agradecido—, Al mediodía solo tomo un vaso de suero de mantequilla. Desayuno tarde, ya ve —el otro lo miró con una gélida expresión de desagrado, y el señor Talliaferro añadió con inspiración—: me ha confundido con otra persona, me temo.

El forastero miró a Talliaferro durante un frío instante. El camarero puso un plato ante el señor Talliaferro, que se abalanzó sobre él en una ráfaga de incomodidad aguda.

—¿Quiere decir...? —empezó el forastero. Después dejó el tenedor en la mesa y

trasladó su desaprobación fríamente sobre Fairchild—, ¿No entendí que usted me decía que este caballero era rotario?

El señor Talliaferro soltó el tenedor y miró a Fairchild con una expresión de asombrado escepticismo.

—¿Yo? ¿Rotario? —repitió.

—Pues yo tenía la impresión de que lo era —admitió Fairchild—, ¿No han oído ustedes que Talliaferro era rotario? —preguntó a los otros. Se mostraron evasivos y él continuó—. Creo recordar que alguien me dijo que usted era rotario. Pero, bueno, ya sabe cómo corren los rumores. Puede que fuera por su importancia en la vida económica de nuestra ciudad. Talliaferro forma parte de una de las mayores empresas de ropa de señoras —explicó—. Es el hombre adecuado para ayudarle a pensar en una manera de meter a Dios en el negocio mercantil, enseñarle el significado del Servicio. ¿Verdad, Talliaferro?

—No, la verdad, yo... —objetó alarmado el señor Talliaferro.

El forastero volvió a interrumpir.

—Bueno, no hay nada mejor en la viña del señor que los rotarios. El señor Fairchild me había dado a entender que usted era un miembro —acusó, repitiendo fríamente su sospecha. El señor Talliaferro se retorció con una expresión desdichada de negación. El otro lo miró fijamente, después sacó su reloj—. Bueno, bueno. Tengo prisa. Llevo mi día según un programa. Les sorprendería saber cuánto tiempo se ahorra recortando un minuto de aquí y otro de allá —les informó—, Y...

—¿Qué hace con ellos? —preguntó Fairchild.

—¿Perdón?

—Cuando ha recortado los suficientes minutos de aquí y allá como para formar un lío considerable, ¿qué hace con ellos?

—...Y establecer un límite de tiempo para todo lo que haces permite que el hombre ponga toda la carne en el asador, que levante la vista al cielo, podríamos decir.

«Una gota de nicotina al final de tu lengua mataría a un perro», pensó Fairchild, riendo entre dientes.

—Nuestros antepasados reducían el proceso de la ganancia a refranes, pero nosotros los hemos vencido: hemos reducido toda la existencia a fetiches —dijo en voz alta.

—A monosílabos que quedan bien en tipografía grande y roja —corrigió el semita.

El forastero los ignoró. Estaba medio girado en su silla. Hizo un gesto al camarero, que estaba de espaldas, luego chasqueó los dedos para atraer su atención.

—El problema con los sitios pequeños de segunda —les dijo— es que no hay vitalidad, no hay eficiencia para llevar el negocio. La cuenta, por favor —dirigió bruscamente. El camarero querúbico se inclinó sobre ellos.

—¿Les ha gustado la cena? —preguntó.

—Claro, claro, está bien. Trae la cuenta, ¿vale, George?

El camarero miró a los demás dubitativo.

—No se preocupe, señor Broussard —dijo rápidamente Fairchild—, Nosotros nos quedamos. El señor Hooper tiene que coger un tren. Le invito —explicó al forastero. El otro protestó convencionalmente; ofreció unas monedas, pero Fairchild repitió—: usted es mi invitado esta noche. Una pena que tenga que marcharse.

—Sí. Pero no tengo el tiempo de ocio que tienen ustedes, los nativos de Nueva Orleans. Tengo que adelantar —se levantó y les estrechó la mano a todos—. Encantado de conocerles, chicos —dijo por turnos. Palmeó el codo del señor Talliaferro con su mano izquierda mientras se daban la mano. El camarero llevó su sombrero y él le dio medio dólar con un movimiento estilizado—. Si va alguna vez a la ciudad —se detuvo para decirle a Fairchild.

—Claro, claro —asintió Fairchild calurosamente, y volvieron a sentarse.

El invitado se detuvo en la puerta de la calle un momento, después salió hacia fuera gritando «¡Taxi! ¡Taxi!». El coche lo llevó al hotel Monteleone, a tres manzanas, donde compró dos diarios de la mañana y se sentó una hora en el vestíbulo, dormitando sobre ellos. Después subió a su habitación, se tumbó mirándolos y hostigó su mente hasta la inconsciencia a través de la pura imbecilidad de los textos.

6

—Ahora —dijo Fairchild—, que esto sea una lección para ustedes, jóvenes. A eso es a lo que llegarán si se unen a cosas, si cogen la costumbre. En cuanto un hombre empieza a entrar en clubes y logias, su fibra espiritual comienza a desintegrarse. Cuando eres joven, entras porque tienen ideales elevados. A esa edad se cree en ideales, ya saben. Lo que está bien, siempre y cuando creas en ellos como ideales y no como criterios de conducta. Pero después de un tiempo, entras en más cosas, te haces viejo y más reposado y «sensato»... Creer en ideales es demasiada molestia, así que empiezas a cumplirlos de puertas afuera, en tus contactos con otra gente. Y cuando has construido una forma de comportamiento a partir de un ideal ya no es un ideal, y te conviertes en un incordio público.

—Es culpa de uno si le molestan los adictos a los fetiches —dijo el semita—. Ahora hay suficientes cosas para que todo el mundo pertenezca a algo.

—Pero es un precio bastante alto para pagar por la inmunidad —objetó Fairchild.

—Eso no tiene que molestarte —le dijo el otro—. Ya lo has pagado.

El señor Talliaferro dejó el tenedor a un lado.

—Espero que no se haya ofendido —murmuró. Fairchild rió.

—¿Por qué? —preguntó el semita. Él y Fairchild miraron al señor Talliaferro con amabilidad.

—Por la bromita de Fairchild —explicó el señor Talliaferro.

Fairchild se echó a reír.

—Me temo que le hemos decepcionado. Probablemente no solo no cree que seamos bohemios, sino que también duda de que seamos artistas. Probablemente esperaba como mínimo que le lleváramos a cenar al estudio de dos personas que no están casadas, y que le ofreciéramos hachís en vez de comida.

—Y que le sedujera una chica con un blusón naranja y sin medias —añadió el joven espectral con un tono fúnebre.

—Sí —dijo Fairchild—. Pero no habría sucumbido.

—No —asintió el semita—, Pero, como a todo cristiano, le habría gustado la oportunidad de rechazar la tentación.

—Sí, eso es verdad —admitió Fairchild—. Supongo que piensa que si no te quedas despierto toda la noche y te emborrachas y violas algún cuerpo no tiene sentido ser artista.

—¿Qué es peor? —murmuró el semita.

—Sabe Dios —respondió Fairchild—, Nunca me han violado —bebió un trago de café—, Pero no es el primer hombre que esperaba que lo violasen y se queda decepcionado. Me he puesto al descubierto muchas veces en sitios diferentes y siempre he salido inmaculado. ¿Eh, Talliaferro?

El señor Talliaferro volvió a retorcerse, indeciso. Fairchild encendió un cigarrillo.

—Bueno, los dos son vicios, y todos hemos visto esta noche hasta dónde puede llevar un vicio incontrolable a un hombre... Definiendo vicio como un impulso natural que te domina, como el instinto gregario de Hooper —se detuvo un momento. Después volvió a reír entre dientes—. Dios debe ver nuestra escena estadounidense con mucha consternación, cuando observa las payasadas de esos voluntarios que intentan ayudarlo.

—O le entretiene —corrigió el semita—, ¿Pero por qué la escena estadounidense?

—Porque lo que hacemos nosotros es mucho más cómico. Otras naciones parecen capaces de admitir la posibilidad de que puede que Dios no sea un rotario o un alce o un *boy scout* después de todo. Nosotros no. Nuestras convicciones siempre son alarmantes, a no ser que las mires desde atrás.

El camarero se acercó con una caja de puros. El semita cogió uno. El señor Talliaferro terminó su cena con decorosa rapidez.

—Mi pueblo produjo a Jesús, tu pueblo lo cristianizó. Y desde entonces vosotros habéis intentado expulsarlo de vuestra iglesia. Y ahora que prácticamente lo habéis conseguido, mira lo que está llenando el vacío que deja Su partida. ¿Crees que el nuevo ideal desordenado de servicio, sin petición ni recurso, es mejor que vuestro viejo ideal de humildad? No, no... —continuó, puesto que Fairchild iba a hablar—. No me refiero a los resultados. Los únicos que ganan algo con las maquinaciones

espirituales de la humanidad son esa pequeña minoría que obtiene ejercicio emocional, mental o físico en la propia actividad, nunca la mayoría pasiva para la que se pone en marcha la cruzada.

—Catarsis por peristalsis —murmuró el hombre rubio y joven, que alimentaba una reputación de inteligencia.

Fairchild dijo:

—¿Entonces te opones a la religión, en general?

—Por supuesto que no —respondió el semita—. El único sentido en el que la religión es general es cuando beneficia al mayor número de personas de la misma manera. Y el beneficio universal de la religión es que saca a los niños de casa el domingo por la mañana.

—Pero la educación los saca de casa cinco días a la semana —señaló Fairchild.

—Eso también es verdad, pero yo no estoy en casa esos días: la educación ya me ha sacado de casa seis días por semana.

El camarero trajo el café del señor Talliaferro. Fairchild encendió otro cigarrillo.

—¿Así que piensas que el único logro de la educación es que nos mantiene fuera de casa?

—¿Qué otro resultado general puedes citar? No nos hace valientes o sanos o sabios, ni siquiera nos mantiene casados. De hecho, seguir una educación según el procedimiento moderno es como casarse con prisa y pasar el resto de tu vida sacando lo mejor de eso. Pero entiéndeme: no tengo ninguna discrepancia con la educación. No creo que te haga mucho daño, si exceptuamos que te hace infeliz e inútil para el trabajo, una maldición que los dioses lanzaron al hombre antes de enterarse de lo que era la educación. Y si no hubiera educación, habría algo igual de malo, quizá peor. El hombre tiene que ocupar su tiempo de alguna manera, ya sabes.

—Pero, para volver a la religión —«el eterno espíritu protestante», murmuró roncamente el hombre rubio y joven—, ¿te refieres a alguna religión particular, o a la enseñanza de Jesucristo en general?

—¿Qué tiene que ver Jesucristo?

—Bueno, generalmente se acepta que instigó una rama determinada, por los motivos que fuera.

—Generalmente se acepta que debes tener un efecto para discernir una causa. Y es una característica humana endilgarle los errores del tiempo y la raza a alguien o algo demasiado remoto o descuidado o débil como para resistirse. Pero cuando dices religión, tienes en la cabeza una secta particular, ¿no es así?

—Sí —admitió Fairchild—. Siempre pienso en la religión protestante.

—La peor de todas —añadió el semita—. Para educar a los niños, quiero decir. Por alguna razón uno puede ser católico o judío, pero ser religioso en casa... Aunque un protestante en casa es siempre un protestante. Me parece que la fe protestante fue inventada con el único propósito de llenar nuestras cárceles y morgues y reformatorios. Ahora hablo de sus manifestaciones más rabiosas, particularmente de

sus maquinaciones en asentamientos más pequeños. ¿Cómo pasan los jóvenes protestantes de las ciudades pequeñas las tardes de los domingos, donde se les deniegan el béisbol y toda esa clase de respiraderos musculares? Matan, asesinan y roban y queman. ¿Te has dado cuenta alguna vez de la cantidad de accidentes con armas de fuego entre jóvenes que se producen los domingos, de cuántos incendios en granjas y edificios anexos hay los domingos por la tarde? —Se detuvo y echó la ceniza de su cigarro cuidadosamente en su taza de café.

El señor Talliaferro vio una oportunidad, tosió y habló.

—Por cierto, hoy he visto a Gordon. He intentado convencerlo para que venga a nuestra fiesta en el yate mañana. No le entusiasma, por decirlo así, aunque le he dicho lo mucho que nos gustaría a todos que viniera.

—Oh, vendrá, creo yo —dijo Fairchild—, Sería un idiota si no dejara que ella lo alimentara unos días.

—Pagaría un precio bastante alto por su comida —señaló secamente el semita. Fairchild lo miró y él añadió—: Gordon todavía no ha hecho su aprendizaje, ya sabes. Tú ya has terminado el tuyo.

—Oh —Fairchild sonrió ampliamente—. Bueno, sí, me cansé un poco de ella —se volvió hacia el señor Talliaferro—. ¿Ya ha ido a verlo en persona para venderle el viaje?

El señor Talliaferro escondió su tímida incomodidad retrospectiva tras una cerilla encendida.

—Sí, ha ido esta tarde. Yo estaba con él en ese momento.

—¡Bien hecho! —Aplaudió el semita, y Fairchild dijo con interés:

—¿De verdad? ¿Y qué ha hecho Gordon?

—Se ha marchado —admitió tímidamente el señor Talliaferro.

—La ha dejado plantada —Fairchild miró fugazmente al semita. Rió—. Tiene razón —asintió. Volvió a reír, y el señor Talliaferro dijo:

—Debería venir, ya sabe. Pensé que quizás —inseguro—... que usted me ayudaría a convencerlo. El hecho de que usted vaya a estar con nosotros, y su, eh, posición consolidada en el mundo creativo.

—No, creo que no —decidió Fairchild—, no se me da bien cambiar la opinión de la gente. Creo que no me voy a meter.

—Pero, de verdad —insistió el señor Talliaferro—, el viaje beneficiaría el trabajo de ese hombre. Además —añadió con inspiración—, redondearía nuestra fiesta. Un novelista, un pintor...

—Yo también estoy invitado —dijo sepulcralmente el joven rubio.

El señor Talliaferro lo aceptó con efusión apologética:

—Por supuesto, un poeta. Estaba a punto de mencionarle, querido amigo. Dos poetas, de hecho, con Eva W...

—Yo soy el mejor poeta de Nueva Orleans —interrumpió el otro, con beligerancia sepulcral.

—Sí, sí —asintió el señor Talliaferro rápidamente—... Y un escultor, ¿lo ve?

El semita devolvió la mirada inoportuna del señor Talliaferro amablemente, sin responder. Fairchild se volvió hacia él.

—Bueno —empezó. Luego—: ¿qué piensas?

El semita lo miró brevemente.

—Creo que necesitamos a Gordon por todos los medios.

Fairchild sonrió ampliamente y asintió.

—Sí, supongo que tienes razón.

7

El camarero le dio el cambio a Fairchild y se quedó de pie junto a ellos cortésmente mientras se levantaban. El señor Talliaferro captó la mirada de Fairchild y se inclinó hacia él, tímidamente, bajando la voz.

—¿Eh? —dijo Fairchild con su voz fornida y jovial, sin bajar el tono.

—Me gustaría un momento, si tiene tiempo. Su consejo...

—¿Esta noche? —preguntó alarmado Fairchild.

—Bueno, sí —el señor Talliaferro tenía una leve expresión apologética—. Solo un momento, si está usted solo —hizo un gesto con la cabeza hacia los otros dos.

—No, esta noche no. Julius y yo vamos a pasar la velada juntos —la cara del señor Talliaferro se hundió y Fairchild añadió amablemente—: En otra ocasión, quizá.

—Sí, por supuesto —asintió, impecable, el señor Talliaferro—, en otra ocasión.

8

Fairchild se detuvo en la esquina de Bourbon Street para reírse. El señor Talliaferro y el joven rubio se retiraron hacia Royal Street, el señor Talliaferro caminando pausada aunque intensamente junto a la figura alta y espectral del otro. Pronto dieron la vuelta a la esquina, se perdieron de vista. Fairchild, que llevaba su mustio sombrero panamá, reía con fuerza. El semita le dio una palmada en la nuca.

—La raza —dijo Fairchild— se acaba. En otros tiempos hacíamos las cosas con músculo. Después descubrimos que no todas las criaturas tienen la misma clase de músculo, así que inventamos formas de hacer cosas con palos y piedras. Después alguien inventó una forma de usar baratijas brillantes para que la gente con palos y

pedras hiciera lo que ellos querían que hicieran. Y ahora la gente con palos y pedras va a conseguir todas las baratijas brillantes, de forma que solo nos quedarán las palabras. Y ese es el último recurso. Cuando alguien invente una forma de producir palabras sin proceso mental, ¿dónde estaremos nosotros, los usuarios de palabras?

—El que inventó la política estadounidense ya ha hecho eso —dijo el semita.

—Pero la política estadounidense no es universal —respondió Fairchild—. Ninguna otra nación podría permitírsela. Aunque si el respeto y la creencia del mundo en las palabras flaquean alguna vez...

—Será un día desgraciado para ti, en todo caso —dijo el semita.

—¿Sí? —preguntó Fairchild.

—Tendrías que ponerte a trabajar.

—Bueno, a mí no me molesta el trabajo.

—A nadie le molesta. Al contrario, de hecho. Esa es la razón por la que vosotros estáis tan insatisfechos con vuestra perversión. El obrero maldice su trabajo; el sábado por la noche le dice al mundo que ha terminado hasta el lunes. ¿Pero has conocido alguna vez a un escritor que admita que no está planeando o escribiendo una novela constantemente? ¿O incluso dos o tres?

Fairchild meditó un momento.

—Sí, tienes razón. Tenemos que decir que estamos escribiendo una nueva novela al margen de que sea verdad o no.

—Por supuesto que sí. El arte va contra la naturaleza: los que lo eligen son perversos, y al elegirlo dejan atrás todo lo demás. Así que admitir que no estás trabajando en algo es admitir que tu vida es temporalmente absurda y por tanto insoportable...

—Sí —repitió Fairchild—. Pero ¿por qué perversión?

—¿Perversión?

—A ti no te parece natural que un hombre se pase la vida haciendo pequeñas marcas torcidas en un papel, ¿verdad? Haciendo cosas con colores, o enhebrando unos sonidos con otros, ahora, te garantizo...

El semita volvió a palmearse la nuca.

—Sabe Dios —dijo Fairchild.

9

El coche avanzó sibilante por el camino de entrada y alrededor de la casa. Había una luz en el porche, se veía vagamente detrás de las viñas; bajaron y la señora Maurier cruzó el porche y pasó chocando y tintineando por la puerta acristalada. La sobrina dobló la esquina y avanzó por el porche donde, más allá de un rincón con

mimbre y cretona y revistas alegremente puestas sobre una mesa, su hermano estaba sentado sin chaqueta en un diván bajo una lámpara de pared. Había un poco de basura de virutas alrededor de sus pies y sobre sus pantalones, y en ese momento se inclinó con el serrucho de un carpintero hacia algo que estaba en su regazo. El serrucho rascaba de manera inquietante, monótona, y ella se detuvo a su lado y se quedó de pie, rascándose la rodilla. Él levantó la cabeza.

—Hola —dijo sin entusiasmo—. Ve a la biblioteca y tráeme un cigarrillo.

—Tengo uno, en algún sitio —buscó en los bolsillos de su vestido de tela, sin éxito—. ¿Dónde...? —dijo. Meditó un momento, vació su bolsillo en la mano, lo miró atentamente. Después dijo «Oh, sí», y se quitó el sombrero. Sacó de su interior un cigarrillo mustio—. Yo también debería fumar uno —meditó en voz alta, buscando de nuevo en el sombrero—. Me parece que esto es todo. Puedes fumarlo. No quiero, de todas formas —extendió el cigarrillo y puso el sombrero en el sofá de al lado.

—Cuidado —dijo él rápidamente—, no lo pongas ahí. Necesito todo el espacio. Ponlo en otro sitio, ¿quieres? —empujó el sombrero fuera del diván, hacia el suelo, y aceptó el cigarrillo. Se había salido parte del tabaco y estaba flojo, como un gusano.

—¿Qué le has hecho? ¿Cuánto tiempo lo has tenido? —Ella se sentó a su lado y él encendió una cerilla frotándola con el pantalón.

—¿Qué tal, Josh? —preguntó ella, extendiendo la mano hacia el objeto en su regazo. Era un cilindro de madera más grande que un dólar de plata, de unos ocho centímetros de largo. Él la apartó con la mano que sostenía la cerilla encendida, apretándole con el codo debajo de la barbilla.

—Estate quieta, te digo.

—Vale. No te pongas nervioso —ella se alejó un poco y él volvió a coger el serrucho, puso el cigarrillo encendido en el sofá de mimbre que había entre los dos. Un delgado lápiz de humo se elevaba desde él hacia el aire sin viento, y pronto se percibió un leve olor a quemado. Ella cogió el cigarrillo, dio una calada y volvió a colocarlo de modo que no abrasara el mimbre. El serrucho rascaba con vacilación y ligereza; fuera, más allá de las viñas, los insectos se rozaban monótonamente unos a otros en la oscuridad pesada y marchita. Una polilla, que había escapado de la pantalla metálica, giraba estúpidamente debajo y alrededor de la luz. Ella se levantó la falda para mirar un punto pequeño y enrojecido en su morena rodilla. El serrucho rascaba con fuerza, se paró, y él volvió a dejarlo a un lado. El cilindro tenía dos secciones, una encajada dentro de la otra, y ella puso un pie bajo la otra rodilla, inclinándose hacia él para observarlo, respirando contra su cuello. Él se movió con impaciencia y ella dijo por fin:

—Oye, Gus, ¿cuánto te costará terminarlo?

Él levantó la cara, sosteniendo el filo de la navaja. Eran gemelos: al igual que había algo masculino en la mandíbula de ella, había algo femenino en la de él.

—Por el amor de Dios —exclamó él—, déjame en paz, ¿quieres? Lárgate y bájate

la ropa. ¿Nunca te cansas de ir enseñando las piernas?

Un negro amarillento con una chaqueta almidonada apareció silenciosamente en la esquina. Cuando ellos miraron él se dio la vuelta sin decir nada.

—Vale, Walter —dijo ella.

Pero él se había ido. Lo siguieron, dejando que el cigarrillo levantara su penacho inquebrantable y un leve olor a mimbre quemado en el aire soñoliento.

10

idiota idiota tienes trabajo que hacer oh dios formas malditas y olvidadas hábilmente sudadas hábiles hasta la simplicidad formas sacadas del caos más satisfactorias que el pan para el vientre forma del sueño de un hombre loco pistola en el cuerpo de caos le garçon vierge del alma engañado por la utilidad oh cornudo del escarnio

El almacén, el muelle, era un rectángulo formal sin perspectiva. Plano como una cartulina, proyectaba un leve ángulo inmóvil sobre él, contra una anchura más ligera y un cielo no tan inminente y fatigado, mástiles de carguero tumbados junto al muelle. «Forma y utilidad», repitió para sí Gordon. O forma y azar. O azar y utilidad. Por debajo, en la sombría penumbra del almacén donde los hombres habían sudado y trabajado, al otro lado del piso vacío en el que últimamente atronaban los camiones, en medio de los ricos olores demasiado maduros de los confines de la tierra —café, resina, remolques, fruta— caminaba rodeado de fantasmas errantes.

El casco del carguero era enorme, el castillo de proa y la popa se alzaban oscuros y bruscos, sólidos, bloqueando la vista, alzando su estructura hacia el cielo. El río invisible continuaba con un sonido sin fin contra el casco, arrullándolo con una simulación del mar, y alrededor del rompeolas del puerto. La ribera y el río se curvaban a lo lejos como los cuerpos de dos durmientes que se abrazan, doblados uno hacia el otro en el sueño; y a lo lejos, frente al Point, luces tenues parpadeaban como un montón de brasa en el viento. Gordon se detuvo, inclinado sobre el borde del muelle, contemplando el agua.

estrellas en mi pelo en mi pelo y barba estoy coronado con estrellas cristo por su propia mano un autogetsemaní grabado oscuramente a partir del puro espacio pero no rígido no no un fecundo e infecto sin músculo que se revuelca el cuerpo trágico plácido de una mujer que concibe sin placer pare sin dolor

qué le diría a ella idiota idiota tienes trabajo que hacer no tienes nada maldito intolerante y sucio demasiado calientes tus malditos huesos después el whisky será suficiente o un cincel y un mazo cualquier maldita ardilla está caliente en una jaula sigue sigue después israfel se revolvió sorprendido tras un almiar por un pariente

fortaleza convertida en la llama de una cerilla apagada por un pequeño vientre blanco dónde fue una vez vi un como no blanco sino moreno moreno como nata qué le vas a decir amarga y nueva como una llama al sol amarga y nueva esos dos caracoles suaves en algún lugar bajo su vestido con cuernos rosas pero reacios oh israfel ay encérate las alas con la delgada humedad inodora de sus muslos estrangula tu corazón con pelo idiota idiota maldito y olvidado de dios

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una risotada en soledad. Su voz salió como una nube oscura contra el muro que había detrás de él, después, bajando hacia el tenebroso río sin forma, se desvaneció lentamente... Después, desde la otra orilla, le respondió un eco sin alegría, y también se desvaneció. Continuó recorriendo el muelle, oscuro y perfumado de resina.

En ese momento llegó a una interrupción de la monotonía negra y sin profundidad del muro, que asumió de nuevo un significado formal puro e inevitable contra el brillo de la ciudad. Volvió la espalda al río y pronto se halló ante cargueros negros y angulosos, amenazantes; y en los raíles, mucho más lejos de lo que parecía, una locomotora resplandecía y jadeaba mientras los filamentos de acero que irradiaba hacia y alrededor de los pies de Gordon eran como las venas incandescentes de una hoja oscura.

Había una luna, baja en el cielo y gastada, parcialmente borrada como una moneda vieja; y él siguió. Por encima de las palmeras y los plataneros, los chapiteles de la catedral se alzaban sin perspectiva en el cielo caliente. Mirar a través de los altos piquetes hacia el parque Jackson era como mirar un acuario: un verde nublado como la absenta, húmedo e inmóvil y de todos los colores, desde el negro de la tinta al débil y rígido plumaje de plata en la granada y la mimosa como coral en un mar sin mareas, en medio de luces redondas que colgaban apagadas y unidas como medusas, incandescentes pero sin desprender luz en apariencia; y en el centro de todo, la barroca quietud inclinada de Andrew, nimbada de una aureola de finos destellos como si él también se hubiera mojado recientemente.

Cruzó la calle hacia la sombra, siguiendo el muro. Dos figuras indistinguibles estaban ante su puerta.

—Perdón —dijo él, tocando al hombre perentoriamente; cuando lo hacía, el otro hombre se dio la vuelta.

—Mira, aquí está —dijo este—. Hola, Gordon. Julius y yo te estábamos buscando.

—¿Sí? —Gordon se erguía amenazante sobre los dos hombres más bajos, mirándolos, remoto y arrogante. Fairchild se quitó el sombrero, se secó la cara. Después se pasó el pañuelo con fuerza por la cabeza.

—No me importa el calor —explicó, inquieto—. Me gusta, de hecho. Como un viejo caballo de carreras. Está bastante dispuesto, ya sabes, pero con el frío, cuando sus músculos están rígidos y le duelen los huesos, todos los jóvenes le sobrepasan. Pero en torno al cuatro de julio, cuando el sol calienta y sus músculos se sueltan y sus

viejos huesos dejan de quejarse, es tan bueno como cualquiera de ellos.

—¿Sí? —repitió Gordon mirando por encima de ellos, hacia la sombra. El semita se sacó el puro de la boca.

—Será mejor mañana en el agua —dijo.

Gordon seguía mirándolos desde arriba. Después recordó.

—Subid —ordenó abruptamente, apartando de un codazo al semita y sacando la llave.

—No, no —protestó rápidamente Fairchild—. No podemos. Julius me lo ha recordado: hemos venido para ver si has cambiado de idea y vienes con nosotros en el barco de la señora Maurier mañana. Hemos visto a T...

—He cambiado de idea —le interrumpió Gordon—, Voy.

—Eso está bien —asintió sinceramente Fairchild—, Seguramente no te arrepentirás demasiado. Puede que lo disfrute, Julius —añadió—. Además, es prudente venir y hacerlo de una vez, así ella te dejará en paz. Después de todo, no puedes ignorar a gente que tiene comida y automóviles. ¿No es cierto, Julius?

El semita se mostró de acuerdo.

—Cuando se junte con gente, algo que no puede evitar, que sea siempre con gente que tiene comida, whisky y coches. Cuanto menos inteligentes mejor —acercó una cerilla a su puro—, Pero no durará mucho con ella, de todas formas. Durará todavía menos de lo que duraste tú —le dijo a Fairchild.

—Sí, supongo que tienes razón. Pero debería mantener el contacto con ella. Si no puedes ni montar ni conducir a la bestia tú mismo, es buena idea mantenerla en un pasto cercano: algún día puedes cambiarla por algo, ya sabes.

—Un Ford, por ejemplo, o una radio —sugirió el semita—, Pero tienes la sonrisa al revés.

—¿Al revés? —repitió el otro.

—Estabas hablando desde el punto de vista del jinete —explicó.

—Oh —se dio cuenta Fairchild. Emitió un sonido despectivo—. «Ford» está bien —dijo pesadamente.

—Yo creo que «radio» está bastante bien —dijo satisfecho el otro.

—Oh, ya basta —Fairchild volvió a ponerse el sombrero—. Así que vendrás con nosotros, entonces —le dijo a Gordon.

—Sí, voy. ¿Pero no vais a subir?

—No, no: esta noche no. Conozco tu casa, ya ves —Gordon no respondió, cernió su alta cabeza en la sombra—. Bueno, la llamaré para que te mande un coche mañana —añadió Fairchild—. Vamos, Julius, vámonos. Me alegra que hayas cambiado su opinión —añadió demasiado tarde—. Buenas noches. Vamos, Julius.

Cruzaron la calle y entraron en la plaza. En cuanto llegaron a las puertas fueron asaltados, atacados desde detrás de cada brizna y cada hoja con un placer silencioso, despiadado.

—Señor —exclamó Fairchild, agitando como un loco el pañuelo a su alrededor

—, vamos al muelle. Igual no hay ninguno náutico^[1] —se apresuró, el semita caminaba a su lado tranquilamente, agarrando su puro muerto.

—Es un tipo raro —señaló el semita.

Esperaron que pasara un tranvía, después cruzaron la calle. El embarcadero, el almacén, era un rectángulo formal con dos mástiles esbeltos que se proyectaban sobre él en un ligero ángulo. Continuaron entre dos edificios oscuros y se detuvieron de nuevo mientras una locomotora traía una interminable monotonía de vagones por la vía.

—Debería salir más de sí mismo —comentó Fairchild—. No se puede ser artista todo el tiempo. Te vuelves loco.

—Tú no podrías —corrigió el otro—. Pero tú no eres un artista. En algún lugar dentro de ti hay un taquígrafo aturdido con un don para escribir sobre la gente, pero por fuera podrías ser cualquier cosa. Solo eres un artista cuando cuentas cosas de la gente, mientras que Gordon no solo es un artista cuando está cortando madera o piedra. Y es muy difícil para un hombre así establecer relaciones viables con la gente. Otros artistas están demasiado ocupados jugando con sus propios egos, la gente ordinaria no quiere o no puede entretenerse con él, así que sus alternativas son la misantropía o un infinito parloteo sobre estética con sus hermanas adoptivas de ambos sexos. Especialmente si su grupo está fuera de Nueva York.

—Ahí está: menospreciando nuestro barrio latino otra vez. ¿Dónde está tu orgullo cívico? ¿Dónde está tu cortesía común, incluso? Ni el perro muerde la mano que le da de comer.

—El cinturón de maíz —dijo el otro escuetamente—. Habla Indiana. Vosotros nacisteis con complejo de animadores por allí, ¿no es así? ¿O lo ganáis con vuestros cuellos quemados por el sol?

—Oh, bueno, nosotros los nórdicos estamos en desventaja —respondió Fairchild. Su tono era untuoso, el otro detectó en él algo falsamente sincero—. Tenemos que fijar nuestras ideas en un lugar terrestre; aunque sabemos que es de segunda fila, es lo mejor que podemos hacer. Pero tu pueblo tiene todo el cielo por hogar, claro.

—Puedo disculparlo todo, salvo esa imperdonable torpeza —le dijo el otro—. Tu idea no es mala. ¿Por qué no se la das a Mark Frost? En bruto, ya sabes, y dejas que la desarrolle. Podrías usarla más tarde... Si eres lo bastante rápido, quiero decir.

Fairchild se echó a reír.

—Ahora, deja tranquila la vida bohemia de nuestra Nueva Orleans. Aléjate de nosotros si no te gusta. A mí me gusta: en ella hay una especie de futilidad encantadora, como...

—Como un club de campo donde se juega al *croquet* en vez de al golf —propuso el otro.

—Bueno, sí —asintió Fairchild—, algo parecido.

El almacén se levantaba amenazador sobre ellos. Entraron y pasaron entre los fantasmas de los confines de la tierra.

—Puede que un jugador de *croquet* no sea muy ambicioso, pero ¿qué te parece un hombre que simplemente se sienta y critica el *croquet*?

—Bueno, yo soy como el resto de vosotros, los inmortales: tengo que pasar el rato de alguna manera para alcanzar una idea sobre cómo pasar la eternidad — respondió el semita. Pasaron por el almacén y hacia el muelle. Hacía más fresco, era más silencioso. Dos transbordadores pasaban de un lado a otro como dos cisnes dorados en un desnudo ciclo de cortejo. La ribera y el río se curvaban a lo lejos en un sueño oscuro y envolvente hacia el lugar donde un banco de luces diminutas parpadeaba y temblaba, incorpóreo y distante. Hacía mucho más fresco y se quitaron los sombreros. El semita soltó su cigarro y lo arrojó hacia fuera. El silencio, el agua, la noche lo absorbieron sin ruido.

EL PRIMER DÍA

Diez en punto

El Nausikaa estaba anclado en la bahía: hermoso, con su bonito casco de matrona y su superestructura de caoba y latón y la bandera del club de yate en lo alto. Un viento firme y persistente soplabla desde el lago y la señora Maurier, que ya había probado el mar, se había puesto su gorra marinera y sonaba y tintineaba en un éxtasis feliz y absurdo. Sus dos coches habían hecho varios viajes y tendrían que hacer varios más, reptaban y daban tumbos por la descuidada carretera de macadán en la que el rastro de coca cola y barras de almendras traicionaba la guarida del perrito caliente y el menos del uno por ciento. Toda la alegría de la partida en un día perfecto, por dejar atrás la ciudad abrasada por el calor, y una brisa demasiado insistente para poder encender las condenadas cosas. Sus invitados, cada uno con su bote de aceite de almendra y crema para el sol, llegaron en brillantes oleadas rumorosas, llamando «Ah del barco», y otros convenientes gritos náuticos, mientras varios transeúntes se congregaban en el muelle, miraban con interés taciturno. La señora Maurier sonaba y tintineaba con un entusiasmo feliz e insensato.

En la cubierta superior, donde el camarero distribuyó las sillas, se reunieron sus invitados con sus ropas de colores, vestidos para estar en alta mar, con batik y corbatas ondulantes y cuellos abiertos, informales y coloridos con la excepción de Mark Frost, el joven espectral, un poeta que producía ocasionalmente un poema cerebral y oscuro de cuatro o siete versos, una actividad que, de algún modo, recordaba a una función de evacuación efectuada de manera dolorosa e incompleta. Llevaba ropa de sarga planchada y un cuello alto y le pidió un cigarrillo al camarero y se tiró inmediatamente cuan largo era, como de costumbre. La señora Wiseman y la señorita Jameson, que flanqueaban al señor Talliaferro, también se sentaron y fumaron. Fairchild, acompañado por Gordon, el semita y un rubicundo desconocido con un grueso traje de *tweed*, los cuatro cargados con maletas que parecían pesadas, habían ido directamente abajo.

—¿Estamos todos? ¿Estamos todos? —canturreó la señora Maurier bajo su gorra marinera, recorriendo a sus invitados con sus ojos. Su sobrina estaba apoyada en la barandilla junto a una chica suave y rubia que llevaba un vestido verde algo sucio. Las dos miraban la orilla donde al final de la pasarela un joven llamativo holgazaneaba con una especie de beligerancia acechante y fumaba cigarrillos. La sobrina dijo sin apartar la mirada:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no sube a bordo?

La atención del joven parecía estar en cualquier lugar salvo en el barco, sin

embargo era obvio que estaba allí, a la vista, beligerante y al acecho. La sobrina llamó «¡Eh!». Después dijo:

—¿Cómo se llama? Es mejor que le digas que suba, ¿no?

La chica rubia dijo entre dientes:

—Pete.

El joven movió una pulgada su sombrero de paja inclinado y la rubia le hizo señas con la mano. Él inclinó su sombrero hacia la parte trasera de la cabeza: con su actitud daba la sensación de que estaba a cierta distancia.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó la rubia en su tono furtivo.

—¿Qué dices? —respondió él en voz alta, para que todo el mundo lo mirara; incluso el poeta tendido alzó la cabeza.

—Sube a bordo, Pete —dijo la sobrina—. Sé tú mismo.

El joven sacó otro cigarro de su cajetilla. Se abrochó su estrecha chaqueta.

—Bueno, creo que voy a subir —dijo en su tono habitual.

La señora Maurier lo miró con su expresión de asombro infantil cuando cruzaba la pasarela. Él la evitó cortésmente, saltando a bordo con la flexible agilidad de los jóvenes.

—¿Es usted el nuevo camarero? —preguntó dubitativa, pestañeando.

—Claro, señora —asintió cortésmente, llevándose el cigarrillo a la boca. Los otros invitados lo miraron desde sus sillas en cubierta, él ladeó su sombrero hacia delante, aguantó el acoso de sus ojos, y después se reunió con las dos muchachas. La señora Maurier siguió mirando su chaqueta con asombro. Después vio a la rubia junto a su sobrina. Volvió a pestañear.

—Vaya... —empezó. Después dijo—: Patricia, ¿quién...?

—Ah, sí —dijo la sobrina—, esta es —se volvió hacia la rubia—... ¿Cómo te llamas, Jenny? Se me ha olvidado.

—Genevieve Steinbauer —respondió la rubia.

—La señorita Steinbauer. Y este es Pete Noséqué. Los he conocido en el centro. Quieren venir.

La señora Maurier trasladó su asombro desde la vaga belleza lozana de Jenny al rostro audaz e incómodo de Pete.

—Vaya, es el nuevo camarero, ¿no?

—No lo sé —la sobrina volvió a mirar a Jenny—, ¿Lo es? —Jenny tampoco lo sabía. Pete se mostraba incómodamente evasivo.

—No sé —respondió—. Tú me dijiste que viniera —acusó a la sobrina.

—Quiere decir —explicó la sobrina—, ¿ha venido a trabajar en el barco?

—No —respondió Pete rápidamente—. No soy marinero. Si espera que lleve este *ferry*, Jenny y yo nos volvemos a la ciudad.

—No tiene que llevarlo. Tiene hombres contratados para eso. Ahí está tu camarero, tía Pat —dijo la sobrina—. Pete solo quería venir con Jenny. Eso es todo.

La señora Maurier miró. Sí, ahí estaba el camarero, bajaba por la escalerilla

cargado con maletas. Volvió a mirar a Pete y a Jenny, pero en ese momento llegaron unas voces que rompieron su asombro. El capitán quería saber si debía soltar amarras: todos los presentes iban repitiendo el mensaje.

—¿Estamos todos? —canturreó de nuevo la señora Maurier, olvidando a Jenny y Pete—. El señor Fairchild. ¿Dónde está? —Movi6 su cara redonda y fren6tica, intentando contar narices—. ¿D6nde est6 el se6or Fairchild? —repiti6 aterrada. Su coche daba marcha atr6s, prepar6ndose para dar la vuelta, y ella corri6 hacia la borda, gritando al conductor. El ch6fer detuvo el coche, cortando completamente el paso por carretera, y sac6 la cabeza resignado. La se6ora Wiseman dijo:

—Est6 aqu6. Ha venido con Ernest, ¿no?

El se6or Talliaferro lo confirm6 y la se6ora Maurier volvi6 a mirarlos fren6ticamente, mientras trataba de contarlos. Un marinero salt6 a la orilla y solt6 amarras bajo la mirada taciturna de los transe6ntes. El timonel alz6 la cabeza en el puente de mando e intercambi6 gritos con el marinero. El marinero salt6 a bordo y el Nausikaa se movi6 levemente en el agua, como un suspiro silencioso al despertar. El camarero retir6 la pasarela y se oy6 a lo lejos el teclear del tel6grafo en la sala de m6quinas. El Nausikaa avanz6 un poco m6s, estremeci6ndose, y, mientras un espacio de agua crec6 entre el muelle y el barco sin que existiera la menor sensaci6n de movimiento, el segundo coche de la se6ora Maurier apareci6 a la vista dando tumbos, y la sobrina, que se quitaba las medias sentada en cubierta, dijo:

—Ah6 viene Josh.

La se6ora Maurier chill6. El coche se detuvo y su sobrino baj6 sin prisa. El camarero que enrollaba las amarras volvi6 a reunir6s y las lanz6 al otro lado del creciente intervalo de agua. El tel6grafo volvi6 a sonar. El Nausikaa suspir6 y volvi6 a dormirse, meci6ndose tranquilamente.

—¡Date prisa, Josh! —dijo su hermana.

La se6ora Maurier volvi6 a chillar y dos de los holgazanes cogieron las amarras y tiraron con fuerza mientras el sobrino, sin chaqueta y sin abrigo, se acercaba sin prisa y saltaba a bordo, con un nuevo serrucho de carpintero.

—He tenido que ir a la ciudad a comprar uno —explic6 sin darle importancia—. Walter no me dejaba llevar el tuyo.

Once en punto

Finalmente la se6ora Maurier logr6 acorrallar a su sobrina. Nueva Orle6ns, el muelle, el club de yate hab6an quedado atr6s. El Nausikaa avanzaba juvenil y alegre en un d6a azul y so6oliento, bajo su proa una ola peque6a y curva extend6a su reposado abanico. Los invitados de la se6ora Maurier ya no pod6an escapar de ella.

Se habían colocado cómodamente sobre cubierta: no había nada que mirar salvo contemplarse unos a otros, nada que hacer salvo esperar la comida. Todos, es decir, salvo Jenny y Pete. Pete, con el sombrero puesto, estaba junto a la barandilla con Jenny a su lado. Jenny tenía el aspecto de un engatusamiento blando y fútil, ante el que Pete se mostraba impermeable y ceñudo. La señora Maurier lanzó un suspiro de alivio temporal y asombro, y atrapó a su sobrina junto a la escalerilla.

—Patricia —preguntó—, ¿por qué demonios has invitado a esos dos... jóvenes?

—Sabe Dios —respondió la sobrina, mirando detrás de la gorra marinera de su tía hacia Pete, beligerante e incómodo junto a la placidez blanca y bovina de Jenny—. Sabe Dios. Si quieres dar la vuelta y dejarlos en tierra, no voy a impedírtelo.

—Pero ¿por qué les has preguntado?

—Bueno, no sabía que iban a ser tan aburridos. Y tú misma has dicho que faltaban mujeres. Lo dijiste anoche.

—Sí, pero ¿por qué invitar a esos dos? ¿Quiénes son? ¿Dónde has conocido a gente así?

—He conocido a Jenny en el centro. Ella...

—Ya lo sé. Pero ¿dónde la has conocido? ¿Hace cuánto que la conoces?

—La he conocido esta mañana en la ciudad, te digo, en Holmes, cuando he ido a comprar un traje de baño. Ha dicho que le gustaría venir, pero el otro estaba esperándola en la calle y se ha opuesto: ha dicho que ella no podía venir sin él. Me parece que es su novio.

Ahora el asombro de la señora Maurier era sincero.

—¿Quieres decir —dijo con atónita incredulidad— que no habías visto antes a esa gente? ¿Que has invitado a una fiesta en mi barco a dos personas a las que no habías visto nunca?

—Solo he invitado a Jenny —explicó la sobrina pacientemente—, El otro tenía que venir para que ella pudiera venir. No tenía un interés especial en él. ¿Cómo podía conocerla si no la había visto nunca? Si la hubiera visto, ten por seguro que no la habría invitado. Es un desastre total, por lo que a mí respecta. Pero no me he dado cuenta esta mañana. Entonces me había parecido que estaba bien. Narices, míralos — las dos se volvieron hacia Jenny, con su fino vestido verde, y hacia Pete, que sostenía su sombrero—. Bueno, los he traído aquí. Tendré que conseguir que no sean un estorbo. Le daré a Pete un trozo de cuerda para que se ate el sombrero, de todas formas.

Subió fácilmente por la escalerilla. La señora Maurier vio con horrorizada sorpresa que no llevaba zapatos ni medias.

—¡Patricia! —chilló.

La sobrina se detuvo, miró por encima del hombro. Su tía señaló en silencio sus pies.

—Cierra el pico, tía Pat —contestó la sobrina con brusquedad—. No digas chorradas.

Una en punto

La comida estaba extendida sobre la cubierta, en mesas de juego plegables dispuestas de un extremo a otro. Cuando apareció, todos sus invitados la miraron intensamente, con una ligera curiosidad. La señora Maurier, sin darse cuenta, los agrupó a todos en torno a la comida.

—Siéntense donde quieran, amigos —repitió canturreando—, Las chicas serán un premio en este viaje. Al ganador le corresponde la hermosa dama, recuerden.

Esto le sonó un poco raro, así que repitió:

—Siéntense donde quieran, amigos; los caballeros deben...

Miró a sus invitados y su voz se apagó. El grupo estaba formado por la señora Wiseman, la señorita Jameson, ella misma, Jenny y Pete, que se coagulaban infelices tras su sobrina, el señor Talliaferro y su sobrino, que ya se había sentado.

—¿Dónde están los caballeros? —preguntó.

—Se han tirado al agua —murmuró tenebrosamente Pete, inaudible, mientras agarraba su sombrero. Los otros siguieron de pie, observándola con atención.

—¿Dónde están los caballeros? —repitió la señora Maurier.

—Si dejaras de hablar un minuto no tendrías que preguntar —le dijo su sobrino. Ya se había sentado y llenó una cucharada de pomelo con absorta celeridad.

—¡Theodore! —exclamó su tía.

Desde abajo llegaba una mezcla confusa de sonidos vagamente felices.

—Pasándolo en grande —añadió el sobrino sin mirar a su tía, ni su expresión de reproche—. Tengo prisa —explicó—. Necesito comer algo. No puedo esperar a esos pájaros —vio por primera vez a los amigos de su hermana.

—¿Quiénes son tus amigos, Gus? —preguntó sin interés. Después volvió a abalanzarse sobre el pomelo.

—¡Theodore! —exclamó de nuevo su tía.

La mezcla confusa de sonidos alegres aumentó y se transformó en risa. La señora Maurier movió sus ojos atónitos.

—Pero ¿qué están haciendo?

El señor Talliaferro se movió con deferencia, con tacto.

—Si lo desea...

—Oh, señor Talliaferro, si es usted tan amable —aceptó emocionada la señora Maurier.

—Que vaya el camarero, tía Pat. Vamos a comer —dijo la sobrina, empujando a Jenny hacia delante—. Vamos, Pete, dame tu sombrero —añadió, ofreciéndose a recogerlo. Pete no quiso dárselo.

—Espera —interrumpió el sobrino—. Yo los traigo —cogió el ancho plato y arrojó la piel del pomelo por la borda, se giró en la silla y martilleó un brusco *staccato* en la cubierta con el plato.

—¡Theodore! —exclamó su tía por tercera vez—. Señor Talliaferro, ¿podría...?
—El señor Talliaferro se apresuró hacia la escalerilla, desapareció.

—Oh, que vaya el camarero, tía Pat —repitió la sobrina—. Venga, vamos a sentarnos. Déjalo, Josh, por el amor de Dios.

—Sí, señora Maurier, no hace falta que les esperemos —apoyó la señora Wiseman mientras se sentaba.

Los demás la imitaron. La señora Maurier movió sus ojos inquietos.

—Bueno —se rindió por fin. Entonces se fijó en Pete, que todavía agarraba su sombrero—. Yo guardaré su sombrero —se ofreció, extendiendo la mano. Pete la frustró rápidamente.

—Cuidado —dijo—, yo lo guardo —se apartó de Jenny y puso el sombrero detrás de él, en la silla.

En ese momento los caballeros llegaron desde abajo; hablaban en voz alta.

—Ah, canallas —comenzó la anfitriona con flácida coquetería, señalándoles con el dedo.

Fairchild dirigía la marcha, fornido y jovial, algo inestable al caminar. El señor Talliaferro era el último: ahora también tenía un aspecto levemente emancipado.

—Supongo que pensaba que habíamos saltado del barco —sugirió Fairchild, disculpándose alegremente. La señora Maurier buscó la evasiva mirada del señor Talliaferro—, Estábamos ayudando al mayor Ayers a encontrar sus dientes —añadió Fairchild.

—Los había perdido en esa madriguera de conejos en la que estábamos —explicó el hombre rubicundo—. No podía encontrarlos. Sin dientes no hay comida, ya sabe. Si no le importa... —murmuró educadamente, sentándose junto a la señora Wiseman—. Ah, pomelo —volvió a levantar la voz—, ¡Qué maravilla! No había visto pomelos desde que dejamos Nueva Orleáns, ¿eh, Julius?

—¿Ha perdido los dientes? —repitió la señora Maurier, aturdida.

La sobrina y su hermano miraron al hombre rubicundo con interés.

—Se le han caído de la boca —explicó Fairchild, sentándose junto a la señorita Jameson—. Se estaba riendo de algo que ha dicho Julius, y se le han caído los dientes y alguien les ha dado una patada y los ha mandado debajo de la litera, ya ve. ¿Qué es lo que has dicho, Julius?

El señor Talliaferro intentó sentarse junto al hombre rubicundo. La señora Maurier volvió a buscar su mirada y lo derrotó con una autoridad brillante e indomable. Él se levantó y fue a la silla que había junto a ella, y la señora Maurier se inclinó hacia él, olisqueando.

—Ah, señor Talliaferro —murmuró con juguetona implacabilidad—, Malo, malo.

—Solo un traguito. Han sido bastante insistentes —se disculpó Talliaferro.

—Hombres, hombres, qué malos son. Le perdono, sin embargo, por esta vez —respondió—. Llame, por favor.

La cara flácida y los compasivos ojos del semita presidían la mesa. Gordon se

quedó de pie un momento cuando los demás ya estaban sentados, después se sentó entre la señora Maurier y su sobrina, con abrupta arrogancia. La sobrina lo miró un instante.

—Hola, Barbanegra.

La señora Maurier le sonrió automáticamente. Dijo:

—Escuchen, amigos. El señor Talliaferro va a decir algo. Sobre la presteza —añadió en dirección al señor Talliaferro, apoyando la mano en su manga.

—Ah, sí. Amigos, casi se pierden la comida. No vamos a esperarles. La comida es a las doce y media, a partir de ahora, y todo el mundo debe llegar pronto. Es la disciplina del barco, ya saben. ¿Eh, comodoro?

La anfitriona confirmó:

—Tienen que portarse bien, niños —añadió con alivio juguetón, mirando en torno a la mesa. Regresó su expresión preocupada—. Vaya, hay un asiento vacío. ¿Quién falta? —repitió.

Tuvo una visión breve y aterradora de la pérdida de un invitado, de investigación y reporteros y titulares, y de unas nalgas que flotaban inertes en una parte solitaria del lago, que aparecerían después en la orilla con la implacabilidad inoportuna y silenciosa de los ahogados. Los invitados se miraron entre sí, después miraron el espacio vacío, después volvieron a mirarse. La señora Maurier intentó pasar lista mentalmente, observando a cada uno por turnos. Al final la señorita Jameson dijo:

—Es Mark, ¿no?

Era Mark. Se habían olvidado de él. La señora Maurier envió al camarero, que encontró al poeta espectral tumbado en la cubierta superior. Apareció con su traje de sarga bien planchado, bañándolos brevemente con su mirada pálida.

—Nos ha dado un buen susto, querido amigo —le informó el señor Talliaferro con un reproche, asumiendo los deberes de anfitrión.

—Me preguntaba cuándo se consideraría oportuno notificarme que la comida estaba lista —contestó el poeta con fría dignidad al ocupar su sitio.

Fairchild lo observó y dijo de pronto:

—Oye, Julius, Mark es el hombre que necesita el mayor Ayers, ¿no crees? Oiga, mayor, aquí está el hombre para su primera botella. Cuénteles su plan.

El rubicundo miró afablemente al poeta.

—Ah sí. Es una sal, ¿sabe? Se toma una cucharada...

—¿Una qué? —preguntó el poeta, que dejó la cuchara suspendida en el aire y miró fijamente al rubicundo. Todos lo imitaron.

—Una sal —explicó—. Como nuestras sales, ya sabe...

—¿Una...? —repitió la señora Maurier. Los ojos del señor Talliaferro se dilataron suavemente.

—Todos los estadounidenses están estreñidos —dijo el rubicundo alegremente—. Eso se arregla tomando unas sales en un vaso de agua por la mañana. Mi plan es...

—¡Señor Talliaferro! —imploró la señora Maurier.

El señor Talliaferro se preparó:

—Mi querido señor... —empezó.

—... es poner las sales en una ampolla, una ampolla que quedaría bien en la mesita de noche, con un diseño bonito. Todos los estadounidenses lo comprarían. Ahora, la población de su país es de varios millones, creo, y cuando uno tiene en cuenta que todos están estre...

—Mi querido señor —dijo el señor Talliaferro, en voz más alta.

—¿Eh? —dijo el rubicundo, mirándolo.

—¿En qué tipo de bote lo pondría? —preguntó el sobrino, su mente estaba en ascuas.

—Una cosa fina, que compraran todos los estadounidenses...

—La bandera de Estados Unidos y un par de palomas sujetando billetes de un dólar con el pico, y un mango que, cuando lo desenroscas, se convierte en un sacacorchos —sugirió Fairchild.

El rubicundo lo miró interesado, calculando.

—O —sugirió el semita— una mesita condensada para calcular el interés en un lado y una buena receta de cerveza en el otro —el rubicundo lo miró con interés.

—Eso es solo para hombres —dijo la señora Wiseman—. ¿Y las mujeres?

—Un espejo les serviría, ¿no le parece? —ofreció el rubicundo—. Rodeado de un buen diseño de colores, ¿eh?

La señora Wiseman le lanzó una mirada asesina y el poeta añadió:

—Y una fórmula anticonceptiva y un escondite secreto para horquillas.

La anfitriona gimió «¡Señor Talliaferro!». La señora Wiseman dijo salvajemente:

—Tengo una idea mejor, para los dos sexos. Su fotografía en un lado y la regla dorada en la otra.

El rubicundo la miró con interés. El sobrino volvió a intervenir.

—Quiero decir, ¿ya ha inventado un bote? ¿Una manera de sacar la cosa del bote?

—Oh, sí, lo he hecho. Se saca con una cucharilla, ya sabe.

—Pero cuénteles cómo sabe usted que todos los estadounidenses están estreñidos —dijo Fairchild. La señora Maurier agitó la campanilla del servicio furiosa y largamente. El camarero apareció y mientras quitaba los platos y los sustituía por otros el hombre rubicundo se inclinó sobre la señora Wiseman.

—¿Qué es ese tipo? —preguntó señalando al señor Talliaferro.

—¿Qué es? —repitió la señora Wiseman—, Creo que vende cosas en el centro. ¿No es así, Julius? —preguntó a su hermano.

—Quiero decir, ¿a qué raza pertenece?

—Oh. Entonces, ha notado su acento.

—Sí. Me he dado cuenta de que no habla como los estadounidenses. Aunque quizá sea uno de sus nativos.

—¿Uno de nuestros...? —Ella lo miró fijamente.

—Sus indios, ya sabe —explicó.

La señora Maurier volvió a hacer sonar su campanilla, como si parloteara para sí misma.

Dos en punto

La señora Maurier puso fin a esa comida tan pronto como le fue decentemente posible. Si pudiera separarlos, ponerlos a jugar al *bridge*, pensó, sufriendo. Había llegado un momento en el que cada vez que uno de los caballeros hacía el sonido que indicaba que iba a hablar la señora Maurier se estremecía y contorsionaba acercándose al señor Talliaferro. Al menos podía contar con él, siempre... Pero ella se encargaría de todo en este caso. Habían hablado de las sales del mayor Ayers durante toda la comida. Eva Wiseman se había convertido en una renegada y los había animado, pese a la atmósfera de reproche que la señora Maurier había intentado fabricar y sostener. Y, para colmo, ese extraño joven tenía una manera rarísima de usar el tenedor y el cuchillo. Las formas del señor Fairchild eran... bueno, zafias, pero, después de todo, hay que pagar un precio por el arte. Jenny, en cambio, tenía un estilo innegable, se alimentaba formando un ángulo rígido y elegante con el dedo meñique y la mano. Y ahora Fairchild decía:

—Aquí tienen un caso claro de justicia poética. Hace ciento y pico años el abuelo del mayor Ayers quiere ir a Nueva Orleans, pero nuestros abuelos lo paran en los pantanos de Chalmette y le dan una paliza. Y ahora el mayor Ayers viene a la ciudad y la conquista con un laxante, un laxante tan suave que, como él dice, ni siquiera te das cuenta de que lo tomas. ¿Eh, Julius?

—También niega todas esas viejas convicciones que decían que el arte y la ciencia son irreconciliables —sugirió el semita.

—¿Eh? —dijo Fairchild—, Oh, claro. Es cierto. Oye, sin duda tendría que regalarle una botella a Al Jackson, ¿no?

El poeta delgado gruñó sepulcralmente. El mayor Ayers repitió.

—¿Al Jackson?

El camarero retiró el mantel. La mesa estaba formada de varias mesas de cartas; la señora Maurier le indicó que no las retirase. Lo llamó, le susurró; él bajó.

—Cómo, ¿no ha oído hablar de Al Jackson? —preguntó Fairchild con untuosa sorpresa—. Es un hombre peculiar, dice que es descendiente directo del Viejo Nogal Andrew Jackson, que les dio una paliza a los suyos en 1812. Es todo un personaje en Nueva Orleans —los otros invitados escucharon a Fairchild con una especie de atención evasiva—. Es fácil distinguirlo porque siempre lleva botas con elástico.

—¿Botas con elástico?

Fairchild explicó, levantando los pies por encima de la mesa para demostrarlo:

—Sí. En la calle, en reuniones formales, incluso cuando sale... Hasta las lleva cuando se baña.

—¿Cuándo se baña? ¡No me diga! —El mayor Ayers miró al narrador con sus ojos redondos de color azul porcelana.

—Claro. No deja que nadie lo vea descalzo. Una deformidad familiar, ya ve. El Viejo Nogal también la tenía: por eso ganó a los británicos en los pantanos. Si no, nunca los habría vencido. Cuando vaya a la ciudad, acérquese a Jackson Square y mire la estatua del viejo. Lleva botas con elástico —se volvió hacia el semita—. Por cierto, Julius, ¿te acuerdas de la caballería del Viejo Nogal?

El semita se mostró evasivo y Fairchild continuó.

—Bueno, el viejo general compró un terreno en Florida, una granja de ganado, le dijeron que era, y reunió a un puñado de montañeros de su terreno en Tennessee y los mandó con una yeguada. Señor, cuando llegaron aquí se dieron cuenta de que el lugar era casi todo ciénaga. Pero eran tipos duros, así que intentaron aprovecharlo lo mejor que pudieron. Mientras tanto...

—¿Haciendo qué? —preguntó el sobrino.

—¿Eh? —dijo la señora Wiseman.

—¿Qué iban a hacer en Florida? Es lo que todos queremos saber.

—Vender propiedades a los indios —sugirió el semita. El mayor Ayers lo miró con sus pequeños ojos azules.

—No, iban a llevar un rancho de caballos para los grandes hoteles de Palm Beach —les dijo Fairchild—. Y mientras tanto algunos de esos caballos se perdieron en las ciénagas y de alguna manera la raza se mezcló con los caimanes. Y así, cuando el Viejo Nogal se enteró de que iba a tener que luchar esa batalla en los pantanos de Chalmette, dio órdenes a la gente de su terreno en Florida y les mandó reunir todos los medio caballos-medio caimanes que pudieran, e hizo que parte de su infantería cabalgara sobre ellos y los británicos no pudieron pararlos. Los británicos no conocían Florida...

—Eso es verdad —dijo el semita—. Entonces no había excursiones.

—...Ni siquiera sabían qué eran esas cosas, ya sabe.

El mayor Ayers y la señora Maurier miraron a Fairchild con un silencioso asombro infantil.

—Vamos —dijo por fin el mayor Ayers—. Me está tomando el pelo.

—No, no: pregúntele a Julius. Pero a los extranjeros les cuenta entendernos. Somos gente sencilla, los estadounidenses, un poco infantiles y sinceros. Y hay que ser las dos cosas para cruzar un caballo y un caimán y encontrar cierta utilidad al resultado, ya sabe. Es parte de nuestro temperamento nacional, mayor. Lo entenderá mejor cuando lleve más tiempo entre nosotros. ¿No te parece, Julius?

—Sí, nos entenderá bien cuando lleve en América el tiempo suficiente como para adquirir nuestras costumbres. La costumbre es lo que hace al hombre.

—Ah, sí —dijo el mayor Ayers, pestañeando hacia él—, Pero hay una de sus

costumbres que no podré adquirir: su costumbre de comer tarta de manzana. No tenemos tartas de manzana en casa. Ningún inglés o galés o escocés comería tarta de manzana.

—¿De verdad? —dijo Fairchild—. Vaya, creía recordar...

—No tenemos tartas de manzana, amigo. Tenemos otras cosas, pero no tartas de manzana. Mire, hace años en Eton era una costumbre que los jóvenes salieran y comprasen tartas de manzana. Y un día un tipo, el hijo de un ministro, murió de un atracón de tartas de manzana, y su padre consiguió que el parlamento aprobase una ley que prohibía que los menores pudieran comprar una tarta de manzana en territorio británico. Así que esa generación creció sin ellas; la generación anterior se extinguió, y ahora la generación actual no ha oído hablar de las tartas de manzana —se volvió hacia el semita—. Costumbre, como usted acaba de señalar.

El poeta espectral, que esperaba su oportunidad, murmuró: «Ministro del Interior», pero lo ignoraron. La señora Maurier observó al mayor Ayers, y Fairchild y los demás observaron el rostro insulso y rubicundo del mayor Ayers, y hubo un intervalo de silencio durante el cual la anfitriona contempló desesperadamente a sus invitados. El camarero reapareció y ella lo saludó con un alivio completo, haciendo sonar su campanilla con autoridad. Los demás la observaron y ella paseó su mirada de una cara a otra.

—Amigos, a las cuatro en punto el agua estará bien para bañarnos. Hasta entonces, ¿qué les parece una bonita partida de *bridge*? Por supuesto, los que necesiten de verdad echarse una siesta pueden hacerlo, pero no sé si alguien querrá quedarse dentro en un día como este —añadió alegremente—. A ver... El señor Fairchild, la señora Wiseman, Patricia y Julius serán la mesa número uno. El mayor Ayers, la señorita Jameson, el señor... Talliaferro —su mirada se detuvo en Jenny—. ¿Usted juega al *bridge*, señorita... niña?

Fairchild se había levantado apresuradamente.

—Oye, Julius, al mayor Ayers le conviene descansar un poco, ¿no te parece? No está acostumbrado a un clima cálido. Y a Gordon también. Eh, Gordon, ¿no te parece que nos vendría bien descansar un poco?

—Tiene razón —asintió con entusiasmo el mayor Ayers, levantándose—. Si las damas nos excusan, claro. Podría darme demasiado el sol —añadió, mirando brevemente el toldo.

—Pero... —dijo la señora Maurier, impotente.

Los caballeros, juntos, avanzaron hacia la escalerilla.

—¿Vienes, Gordon? —llamó Fairchild.

La señora Maurier se giró hacia Gordon.

—Señor Gordon, ¿no nos abandonará, verdad?

Gordon miró a la sobrina. Ella se enfrentó a sus ojos arrogantes y ásperos con tranquilidad, y él se dio la vuelta.

—Sí. No juego a las cartas.

—Pero... —repitió la señora Maurier.

El señor Talliaferro y Pete se quedaron. El sobrino se había entregado a su nuevo serrucho de carpintero. La señora Maurier miró a Pete. Después apartó la mirada. No hacía falta preguntarle.

—¿No van a jugar? —les preguntó a los caballeros que se iban, sin esperanza.

—Claro que sí, volvemos luego —aseguró Fairchild, pastoreando a su banda. Descendieron ruidosamente.

La señora Maurier miró a su alrededor y vio su grupo diezmado con atónita desesperación. La sobrina contempló un momento la escalerilla vacía, después miró a lo que quedaba del grupo, reunido alrededor de las superfluas mesas de juego.

—Y decías que no tenías bastantes mujeres —señaló.

—Pero podemos jugar en una mesa de todas maneras —la señora Maurier se iluminó de pronto—. Están Eva, Dorothy, el señor Talliaferro y... Vaya, aquí está Mark —exclamó. Habían vuelto a olvidarlo—. Mark, por supuesto. Yo no jugaré esta mano.

El señor Talliaferro objetó:

—De ninguna manera. Yo me retiro. Juegue usted: insisto.

La señora Maurier lo rechazó. El señor Talliaferro insistió y ella lo examinó con un aire de fría especulación. Finalmente el señor Talliaferro apartó la vista y la señora Maurier miró brevemente hacia la escalerilla. Fue firme.

—Pobre Talliaferro —dijo el semita. Fairchild encabezaba la marcha por el pasillo, se detuvo ante su puerta mientras su banda le pisaba los talones—. ¿Le han visto la cara? A partir de ahora estará en su poder.

—Yo no lo siento por él —dijo Fairchild—, Creo que a él le gusta: siempre se siente un poco incómodo con los hombres. Estar entre un puñado de mujeres parece restaurar su confianza en sí mismo, le da una sensación de superioridad que sus contactos con los hombres parecen haberle arrebatado. Me imagino que el mundo le parecerá un lugar bastante tosco a un hombre que se pasa ocho horas al día rodeado de tela crêpe de China adornada con encajes —añadió, mientras intentaba abrir la puerta torpemente—. Además, no puede venir a pedirme consejo para seducir a alguien. Es un hombre bastante inteligente, más sensible que la mayoría, y sin embargo actúa bajo la ilusión de que el Arte es solo un válido camuflaje para el celo —finalmente abrió la puerta y entraron y se sentaron mientras él sacaba de debajo de la litera una maleta pesada.

—Ella es bastante rica, ¿verdad? —preguntó el mayor Ayers desde la litera. El semita, como de costumbre, ya había ocupado la silla vacía. Gordon apoyó la espalda contra la pared, alto, desharrapado y arrogante.

—Podrida de dinero —respondió Fairchild. Sacó una botella de la maleta y se levantó y puso la botella a la luz, regodeándose.

—Tiene plantaciones o algo, ¿no, Julius? De las primeras familias, o algo así.

—Algo así —asintió el semita—. Es del norte. Se casó con el dinero. Creo que eso explica cómo es.

—¿Lo explica? —dijo Fairchild, mientras repartía los vasos.

—Es una larga historia. Te la contaré algún día.

—Se necesita una larga historia para explicar cómo es —dijo Fairchild—. Digamos que sería una apuesta mejor para el mayor Ayers que el negocio del laxante, ¿no crees? Yo preferiría tener plantaciones en vez de la patente de una fábrica de medicamentos, sin duda.

—Tendría que eliminar a Talliaferro de alguna manera —señaló el semita.

—Talliaferro no piensa en ella seriamente, ¿verdad?

—Más le vale —respondió el otro—. No diría que tiene intenciones hacia ella, exactamente —corrigió—. Está allí, sin saberlo: un azar natural en lo que respecta a las perspectivas de cualquier otro.

—Libertad, y el negocio del laxante, o las plantaciones y la señora Maurier —meditó Fairchild en voz alta—. Bueno, no lo sé. ¿A ti qué te parece, Gordon?

Gordon estaba apoyado contra la pared, distante, casi sin escucharlos, observando en la soledad amarga y arrogante de su corazón una forma extraña y nueva, como un torbellino de fuego, sin cabeza sin brazos sin piernas, pero se movió cuando escuchó su nombre.

—Vamos a beber.

Fairchild llenó los vasos; apretaron los músculos de la base de la nariz.

—Es una buena respuesta a cualquier emergencia que la vida pueda ofrecer, como el «hola» del señor Western —dijo el semita.

—Sí, pero la libertad... —empezó Fairchild.

—Bébetelo whisky —le dijo el otro—. Toma toda la libertad que tengas mientras puedas. La libertad frente a la policía es la mayor libertad que un hombre puede exigir o esperar.

—La libertad —dijo el mayor Ayers—, la única libertad está en tiempos de guerra. Todo el mundo está demasiado ocupado luchando o consiguiendo galones o una litera cómoda como para molestarte. Samuráis o cazadores de cabezas: elige lo que quieras. Barro y gloria, o un galón en una guerrera limpia. Barro y abnegación y whisky caro e Inglaterra llena de esas brutales fuerzas expedicionarias que tienen ustedes. Aunque eran mejores que los canadienses —admitió—. Por lo menos no había tantos. La guerra no tuvo precio, ¿eh?... A mí también me gusta un poco de rojo —confesó—, Tengo dos medallas en el pecho: solo se ve el pecho de un lado. Los galones son buenos en tiempos de paz, sin embargo.

—Pero la paz no puede durar siempre —añadió el semita.

—Durará un tiempo. Esta paz. No podemos tener otra guerra ahora. Hay demasiada gente que no querría ir. Los regulares saltan y buscan trabajos cómodos enseguida: aprendieron en la última guerra, ya saben, y los otros se darían la vuelta y

no querrían volver —meditó un momento—. La última contienda hizo la guerra muy impopular entre el proletariado. Se pasaron. Como un productor que llena el escenario con tantos artistas que puedes verlos hasta entre bastidores.

—Pero ustedes también fueron bastante buenos en la basura de la guerra, ¿no? —dijo Fairchild.

—¿Basura de la guerra? —repitió el mayor Ayers.

Fairchild se explicó.

—Pero nosotros no pagamos dinero por ella —respondió el mayor Ayers—, Solo dimos galones. Un whisky bastante bueno, ¿eh?

—Si quieres —dijo Jenny—, lo guardo en mi camarote.

Pete se lo ajustó en la cabeza, mientras la sostenía rígidamente y un poco inclinada a barlovento. El viento se comía el cigarrillo que llevaba en la boca: puso la mano como un escudo, fumaba detrás de ella.

—Está bien —respondió—, ¿Dónde lo pondrías, de todas formas?

—En algún sitio. Lo guardaría por ahí en algún sitio —el viento soplaba en su vestido, le daba forma. Pasó las manos por la barandilla y se columpió hacia atrás con los brazos mientras el viento le amasaba los muslos. Los faldones de la chaqueta abrochada de Pete se hinchaban como un globo.

—Sí —dijo él—, lo guardaré yo mismo, cuando quiera. Cuidado, nena.

Jenny había vuelto a acercarse a la barandilla. La barandilla le llegaba a la altura del pecho, pero si pasaba las piernas por la barra superior podía ponerse un poco más arriba. Apoyaba su vientre plano y joven sobre la barra superior y se asomaba hacia el agua. El agua se rompía como si la estuvieran batiendo: un blanco se fundía en un jade lechoso y volvía a ser blanco, y de él salían finas salpicaduras que se movían como pequeños disparos.

—Vamos, vuelve al barco. No nos hemos subido a escondidas.

—Jo —dijo Jenny, doblando su vientre joven, balanceándose sobre el agua, mientras el viento moldeaba y levantaba su falda corta, revelando la carne rosada de la parte trasera de sus rodillas, por encima de las medias. El timonel sacó la cabeza y le gritó, y Jenny alargó el cuello para mirarlo, columpiando su pelo adormilado y agitado por el viento.

—No te pongas nervioso, hermano —le gritó Pete al timonel, por seguir en su personaje—. ¿Qué te he dicho, idiota? —le susurró a Jenny, bajándola—. Vamos, es su barco. Intenta comportarte.

—No le hacía ningún daño —respondió Jenny tranquilamente—, Creo que puedo hacer eso, ¿no? —Volvió a echar el cuerpo hacia atrás—. Oye, ahí está otra vez con el serrucho. Me pregunto qué estará haciendo.

—Sea lo que sea, probablemente no necesita nuestra ayuda —respondió Pete—. ¿Cuánto ha dicho que va a durar esto?

—No sé... A lo mejor bailan o algo dentro de un rato. Esto es bastante raro, ¿no? No van a ningún sitio, y no hacen nada... como en una película o algo —Jenny meditó en voz baja, mirando al sobrino sentado con su serrucho a la izquierda del puente de mando—. Si fuera rica, me iría donde pudiera gastar el dinero. No como aquí, donde ni siquiera hay algo que mirar.

—Sí. Si fueras rica comprarías muchas ropas y joyas y un coche. Y después, ¿qué harías? ¿Llevar tu ropa subida en el coche, eh?

—Supongo que sí. No compraría un barco, de todas formas. Me parece que es bastante guapo. Aunque no parece muy animado. Me pregunto qué estará haciendo.

—Mejor ve a preguntarle —respondió Pete—. Yo no lo sé.

—No lo quiero saber, de todas formas. Solamente me lo preguntaba —se columpió despacio, contra el viento, hasta que se balanceó sobre Pete, inclinando la espalda contra él.

—Ve y pregúntale —insistió Pete, con los codos apoyados en la barandilla, ignorando el peso blando de Jenny—, Un chico mono como ese no te morderá.

—No me importa que me muerdan —respondió Jenny plácidamente—, ¿Pete...?

—Lárgate, nena: soy respetable —le dijo Pete—. Prueba con tu chico mono. Ve a ver si puedes competir con ese serrucho.

—Me gustan los hombres con aspecto vital —señaló Jenny. Suspiró—, Jo, me gustaría que pudiéramos ver una película o algo. (Me pregunto qué estará haciendo).

—¿Cuántos caballos desarrolla? —preguntó el sobrino, levantando la voz por encima de la profunda vibración del motor, que observaba en trance. Estaba limpio como un reloj, era de níquel y cubierto de minio: una potencia latente y meditabunda bajo una fina película de aceite lubricante dorado como la película de humedad de un espléndido animal en acción, físicamente perfecto. El capitán, que llevaba una gorra que una vez había sido blanca con un deslucido emblema sobre la visera y una fina camiseta interior manchada de grasa, le dijo los caballos que desarrollaba.

Estaba en un ambiente cerrado, opresivo de energía: un hormigueo extático penetraba en el centro de su cuerpo, y le producía en las entrañas una desagradable sensación de levedad, mientras contemplaba cautivado el motor. Era tan hermoso como un caballo de carreras y en cierto modo aterrador, porque pese a toda su potencia implacable y desalmada no se veía ningún movimiento, salvo un parpadeo trivial en el balancín de válvulas: un leve vaivén brillante que cabalgaba sobre su trueno lejano y contemplativo. La quilla se agitaba con él, los mamparos temblaban con él, como si se acercara un momento en el que el acero se rompería como un capullo se rompe y se alza hacia fuera y hacia arriba sobre unas alas espléndidas y terribles de energía y fuego... pero el motor estaba sujeto con enormes pernos, limpios y firmes, cubiertos de minio, pernos que nada podía romper, sujetos con firmeza como los cimientos más profundos de la tierra. Al otro lado del motor, sobre

el vaivén del balancín de válvulas, la gorra sucia del capitán aparecía y desaparecía. El sobrino se movía cuidadosamente alrededor del motor, siguiéndolo.

Había una porta a la altura de sus ojos y vio tras ella el cielo seccionado en dos partes por un rígido movimiento curvo de agua, duro con una energía que se fundía como el bronce. El capitán estaba ocupado con un trozo de algodón, revoloteaba alrededor del motor y frotaba su inmaculada anatomía con una innecesaria fascinación maternal. El sobrino observaba con interés. El capitán se acercó, limpió la suciedad con una pequeña acumulación de grasa en la base de una biela, la alzó a la luz. El sobrino se aproximó, mirando por encima del hombro del capitán. Era una mota pequeña, bastante muerta.

—¿Qué es eso, Josh? —preguntó su hermana, respirando contra su cuello.

El sobrino se volvió bruscamente.

—Narices —dijo él—. ¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dicho que bajas?

—Yo también quería venir —respondió apretándose contra él—, ¿Qué es eso, capitán? ¿Qué tienen usted y Gus?

—Oye —dijo su hermano—, vuelve a cubierta, es donde tienes que estar. Aquí no tienes nada que hacer.

—¿Qué es, capitán? —repitió ella, ignorándolo. El capitán extendió su trapo—, ¿Lo ha matado el motor? —preguntó—. Me gustaría que pudiéramos bajarlos a todos y cerrar la puerta un rato, ¿y a usted? —Miró el motor, el vaivén del balancín de válvulas. Chilló—, ¡Mira! ¡Mira qué rápido van ahora! Va a ir increíblemente rápido, ¿verdad, capitán?

—Sí, señora —respondió el capitán—, bastante rápido.

—¿Cuál es su diámetro y su carrera? —preguntó el sobrino.

El capitán examinó un dial. Después giró levemente una válvula. Después volvió a examinar el dial. El sobrino repitió su pregunta, y el capitán respondió.

—Aumenta de revoluciones bastante bien, ¿verdad? —sugirió el sobrino al cabo de un rato.

—Sí, señor —respondió el capitán. Estaba ocupando haciendo algo con dos llaves inglesas. El sobrino se ofreció a ayudarlo. Su hermana lo siguió, curiosa e intensa.

—Creo que es mejor que me deje hacerlo solo —dijo el capitán, educado y firme—. Lo conozco mejor que usted, me parece... Si usted y la señorita se apartan un poco.

—Sin duda lo tiene limpio, capitán —dijo la sobrina—. Lo bastante limpio para comer sobre él, ¿verdad?

El capitán se derritió halagado.

—Merece la pena mantenerlo limpio. Es el mejor motor de navegación que se ha hecho. Alemán. Costó doce mil dólares.

—Jo —observó la sobrina en un susurro. Su hermano se volvió hacia ella, empujándola fuera de la sala delante de él.

—Mira —dijo fieramente, con la voz temblando, cuando estaban en el pasillo—,

¿qué haces siguiéndome? ¿Qué te dije que haría si me seguías?

—No te estaba siguiendo, yo...

—Sí, sí que me estabas —la interrumpió, zarandeándola— siguiendo. Tú...

—Solo quería bajar. Además el barco es de la tía Pat, no tuyo. Tengo el mismo derecho a estar ahí abajo que tú.

—Vuelve a cubierta. Y si te vuelvo a pillar detrás de mí... —su voz se fundió en una amenaza funesta y sin nombre. La sobrina se volvió hacia la escalerilla.

—Anda, cierra el pico. No digas chorradas.

Cuatro en punto

Jugaron su partida de *bridge* en la cubierta, barajando, repartiendo, intercambiando escasos monosílabos. El Nausikaa navegaba reposadamente en la tarde azul y soñolienta. A lo lejos, en el horizonte, se veía la mancha perezosa del *ferry* de Mandeville.

La señora Maurier no prestaba atención la partida, miraba abstraída de cuando en cuando. Desde abajo llegaba un sonido indistinguible, que se llenaba y desaparecía a intervalos. El señor Talliaferro se impacientó. El sonido se moría a cada rato, volvía a crecer. El Nausikaa avanzaba tranquilamente.

Jugaron sus manos, barajaron y volvieron a repartir las cartas. El señor Talliaferro se distraía. De vez en cuando su atención se alejaba y al volver encontraba los ojos de la señora Maurier sobre él, contemplándolo fríamente, y se inclinaba de nuevo sobre sus cartas... El sonido indistinguible se hinchó una vez más. El señor Talliaferro mató con un triunfo la reina de su compañero y los caballeros salieron desde la escalera en traje de baño.

Ignoraron completamente a los jugadores de cartas, se dirigieron hacia popa hablando en voz alta: comentaban algo de una apuesta. Se detuvieron en la barandilla, sobre la que estaba apoyado el camarero; allí se reunieron un momento, después el mayor Ayers se separó del grupo y se arrojó abrupta y torpemente por la borda.

—¡Hurra! —rugió Fairchild—. ¡Él gana!

La señora Maurier había levantado la cabeza al verlos pasar, les había hablado y los había observado cuando se habían detenido, y cuando vio al mayor Ayers saltar por la borda sintió una duda terrible y conmocionada acerca de su propia vista. Después gritó.

El camarero se quitó la chaqueta, se apartó y lanzó un salvavidas, después lo siguió, zambulléndose lejos de la hélice.

—¡Ya van dos! —aulló Fairchild con alegría—. ¡Les recogeremos cuando volvamos! —dijo, usando las manos como si hablara por un megáfono.

El mayor Ayers siguió la estela del barco, nadando con fuerza. El Nausikaa describía círculos, el telégrafo sonaba. El mayor Ayers y el camarero habían alcanzado el salvavidas y antes de que el Nausikaa perdiera el rumbo completamente el timonel y el marinero lanzaron el bote salvavidas y pronto izaron salvajemente al mayor Ayers al bote.

El Nausikaa viró. Ayudaron a la señora Maurier a bajar a su camarote, donde la atendió inmediatamente el capitán. Mientras, los demás caballeros se tiraron al agua y empezaron a incitar a las damas, así que el resto del grupo bajó en busca de sus trajes de baño.

Jenny no tenía: su única preparación para el viaje había consistido en la compra de un pintalabios y un peine. La sobrina le prestó el suyo, y en este traje prestado que ajustaba un poquito demasiado, Jenny se agarró a la regala del bote, sujetando con fuerza la mano de Pete y flotando su cara rosada y blanca como un globo de juguete sin mojarse por encima del agua, mientras Pete se sentaba en el barco completamente vestido —hasta con el sombrero—, ceñudo.

El traje de baño del señor Talliaferro era rojo, y le daba un aspecto bizarro y deshidratado, como un diente que acabaran de extraer. También llevaba un gorro rojo de goma y se metió cautelosamente en el agua: sumergió primero los pies sentado en la popa del bote, y se quedó allí aferrado junto a la plácida Jenny, intentando entablar una conversación intrascendente con ella bajo la mirada estruendosa de Pete. El poeta espectral con su traje planchado de sarga —no nadaba— estaba otra vez tumbado sobre cuatro sillas y levantaba su pálida cara prensil sobre los bañistas.

Fairchild tenía más aspecto de morsa que nunca, una morsa engañosamente tranquila y de mediana edad que de pronto manifestaba una veta de puerilidad demoníaca. Se revolcaba y salpicaba, pesadamente juguetón, y, secundado por el mayor Ayers, molestaba a las damas pellizcándolas bajo el agua y salpicándolas; mojó generosamente a Pete, que estaba sentando consumiéndose lentamente mientras Jenny lo agarraba de la mano y chillaba, e intentaba proteger su maquillaje. El semita chapoteaba con esa intensidad algo ridícula de un hombre gordo que intenta nadar. Gordon estaba sentado en la barandilla, mirando. Fairchild y el mayor Ayers consiguieron finalmente llevar a las damas al bote, en torno al que salpicaron y ladraron con el brusco espíritu juguetón de los perros, mientras Pete intentaba detenerlos cuidado maldita sea tengan cuidado dios cuidado les golpeó en los dedos con uno de sus zapatos descartados y empapados.

Sobre esta alegría unilateral apareció la sobrina suspendida en lo alto de la cabina de mandos, invisible para los que estaban debajo. Primero fueron conscientes de una flecha blanca que caía del cielo describiendo un arco. El agua la tomó perezosamente y, al tiempo que observaban el lento vórtice marrón por el que había entrado, se produjo cierta agitación detrás de Fairchild, y mientras el novelista abría la boca su hueca sorpresa se esfumó bajo la superficie. En su lugar apareció momentáneamente la sobrina, apoyada sobre algo que estaba en el agua, después se zambulló en

dirección al asombro todavía pasivo del mayor Ayers.

Las damas gritaron de placer. El mayor Ayers también desapareció, la sobrina volvió a sumergirse y Fairchild surgió en ese momento, tosiendo y buscando aire y subió bruscamente al bote, donde ya se encontraba, con admirable presencia de ánimo, el señor Talliaferro, que había abandonado a Jenny sin el menor reparo.

—Ya he tenido bastante —dijo Fairchild cuando pudo hablar.

El mayor Ayers, sin embargo, aceptó el desafío. La sobrina nadó y lo esperó.

—¡Ahógallo, Pat! —chillaron las damas.

Justo antes de que él la alcanzara, la cabeza negra de la sobrina desapareció y durante un tiempo el mayor Ayers se sumergió en una especie de resignación activa. Después volvió a desaparecer y la sobrina, vestida con la ropa interior de su hermano —un jersey de punto sin mangas y un bañador corto y estrecho—, salió del agua y se puso de pie sobre sus hombros. Luego apoyo el pie en la cabeza del mayor y lo empujó hacia abajo. Después se zambulló y volvió a nadar. El mayor Ayers reapareció por fin, y se dirigió hacia el bote. También había tenido bastante, y los caballeros lo arrastraron a bordo y chorrearon por la cubierta y subieron arriba, para irrisión de las damas.

Las damas también subieron a bordo. Pete, de pie en el bote, intentaba sacar a Jenny del agua. Ella colgaba como una muñeca de confección cara en sus manos, levantaba a intervalos regulares una hermosa pierna blanca, mientras el señor Talliaferro, arrodillado, le tocaba los hombros.

—Vamos, vamos —susurró Pete.

La sobrina nadó hacia arriba y empujó los dulces muslos de Jenny hasta que la chica cayó sobre el bote con un abandono blando y rubio. La sobrina sujetó el bote mientras subían al yate, después se deslizó hábilmente fuera del agua, elegante y goteando como una foca; y mientras se quitaba el pelo corto y áspero de la cara vio unas manos, y la voz de Gordon dijo:

—Deme la mano.

Ella se agarró a sus duras muñecas y sintió que volaba. El sol del atardecer estaba a la altura de la barba de Gordon y de su cuerpo alto y delgado, y lo miró con admiración mientras goteaba en la cubierta.

—Vaya, qué fuerte es —dijo ella.

Le tocó los antebrazos de nuevo, después le golpeó con el puño en su pecho duro y plano.

—Hágalo otra vez, ¿quiere?

—¿Que la levante otra vez? —preguntó. Pero ella ya estaba en el bote: extendió los brazos y el atardecer era un oro húmedo que la envolvía. De nuevo la sensación de volar, de espacio y movimiento y sus duras manos que avanzaban; y por un instante se paró a mitad de vuelo, mano contra mano y brazo contra brazo, por encima de la cubierta mientras el agua que caía de ella se convertía en oro al caer. El atardecer estaba en los ojos de Gordon: una gloria, él no podía verla; y su cuerpo

tenso y sencillo, casi sin pecho y con las caderas huidizas de un chico, era un éxtasis en mármol dorado, y en su cara se veía el apasionado éxtasis de un niño.

Finalmente, sus pies volvieron a tocar la cubierta y se giró. Se apresuró hacia la escalerilla y mientras bajaba como un relámpago el último rayo de sol se deslizó sobre ella y por encima de ella con alegría. Después ya no estaba, y Gordon se quedó mirando las huellas húmedas y sencillas de sus pies desnudos sobre la cubierta.

Seis en punto

Avistaron tierra justo en el momento en el que el mayor Ayers ganó su apuesta, y mientras los últimos restos del día desaparecían del mundo, el Nausikaa avanzaba lentamente hacia la desembocadura de un río perezoso, abordando un intemporal crepúsculo violeta entre solemnes cipreses barbados e inmóviles como el bronce. Si se escuchaba, se podría haber oído un lento réquiem en esa alta nave, se podrían haber oído las oraciones cantadas en el oscuro corazón del mundo que se preparaba para el sueño. El mundo empezaba a perder sus dimensiones, los cipreses altos y barbados se acercaban unos a otros sobre el río moroso, con la desalmada implacabilidad de los dioses paganos, y observaban ese intruso de caoba y latón con inescrutable alarma. El agua era como aceite y el Nausikaa avanzaba sin dar ninguna sensación de movimiento a lo largo de un pasillo sin techo y sin suelo.

El señor Talliaferro estaba junto a la barandilla de popa al lado de Jenny y su taciturna dueña con sombrero. En el crepúsculo la placidez blanca y turbadora de Jenny se abría como una flor enorme, rica y abundante como un olor más impreciso y pesado que el de los lirios. Pete era una gran sombra detrás de ella: la última luz del mundo se concentraba en el brillo implacable de su sombrero y sumía todavía más en la oscuridad la atmósfera que había a su alrededor; y, en la fatigada pasión de agosto y el anochecer, la voz seca e interminable del señor Talliaferro bajó cada vez más y finalmente cesó por completo; abruptamente consciente de una vieja pena extraviada, se dio una palmada en la mano, consternado, observando al mismo tiempo que Pete también estaba inquieto y que Jenny se agitaba como si se frotara el cuerpo contra la ropa desde dentro. Después, como si les hubieran dado una señal, estaban sobre ellos, con una temible intensidad bucólica, a diferencia de sus primos urbanos, sin hacer el menor ruido. Jenny y Pete y el señor Talliaferro abandonaron la cubierta. En la escalerilla el poeta espectral se unió a ellos apresuradamente, pasándose el pañuelo por la cara y el cuello y lo alto de su desnutrida cabeza vaporosa. En ese instante la voz de la señora Maurier surgió de alguna parte con autoridad y asombro, y de inmediato el Nausikaa se puso en marcha y se dirigió hacia a las aguas despejadas, hacia el mar. Y no lo hizo despacio.

Siete en punto

Años atrás, la señora Maurier había aprendido que un zumo de frutas sin adulterar era apropiado, o mejor necesario, para la vida náutica. Un fragmento de información extraño, irrelevante a primera vista, pero si se volvía a pensar, bastante posible, por no decir que era agradable considerarlo, de forma que lo aceptó, se apropió de él y lo transformó en una irrenunciable convicción marinera. Por eso había pomelo para cenar: primero iba a vacunarlos, después probaría suerte.

La banda de Fairchild había salido por fin de su guarida en el camarote. Los demás invitados ya estaban sentados y miraron a los recién llegados con interés e inquietud, y, en lo que respectaba a la señora Maurier, con verdadera alarma.

—Aquí llega la guardia —dijo la señora Wiseman—, Son los caballeros, ¿verdad? No hemos visto a ningún caballero desde que salimos de Nueva Orleans, ¿verdad, Dorothy?

Su hermano le sonrió con tristeza.

—¿Y qué me dices de Mark y Talliaferro?

—Oh, Mark es un poeta. Eso lo deja fuera. Y Ernest no es un poeta. Así que eso también lo deja fuera —contestó con airosa lógica femenina—. ¿No es cierto, Mark?

—Soy el mejor poeta de Nueva Orleans —dijo el joven espectral solemnemente, levantando hacia ella su cara pensil y pálida.

—Nos preguntábamos dónde estaba, Mark —le dijo Fairchild al mejor poeta de Nueva Orleans—. Pensábamos que tenía que estar a bordo con nosotros. Es una pena que no haya podido venir —continuó tediosamente.

—A lo mejor Mark no pudo encontrarse a sí mismo a tiempo —sugirió el semita mientras ocupaba su silla.

—Pero ha encontrado su apetito —contestó Fairchild—. Igual encuentra el resto de sí mismo en algún lugar cercano —se sentó y contempló el plato que tenía delante.

Murmuró «Bueno, bueno» abstraído. El mayor Ayers contempló su plato. También murmuró «Bueno, bueno». La señora Maurier se mordió el labio, nerviosa, apoyó la mano sobre la manga del señor Talliaferro. El mayor Ayers murmuró.

—Resulta familiar, ¿verdad?

Fairchild dijo:

—Es pomelo: lo distingo cada vez que lo veo —miró al mayor Ayers—. Ahora no voy a comer el mío. Voy a guardarlo.

—Hace bien —asintió el mayor Ayers—, Guárdelos, por todos los medios —puso cuidadosamente su pomelo a un lado—. Les aconsejo, amigos, que hagan lo mismo.

—¿Guardarlos? —repitió asombrada la señora Maurier—. Pero si hay más. Tenemos varias banastas.

Fairchild meneó la cabeza hacia ella.

—No puedo arriesgarme. Puede que se caigan por la borda o algo, y nosotros a

millas de la orilla. Voy a guardar el mío.

El mayor Ayers ofreció una sugerencia:

—Guarde la piel, de todas formas. Puede que la necesite. Nunca se sabe lo que puede pasar en el mar, ya sabe —dijo solemnemente.

—Claro —asintió Fairchild—, puede necesitarla de repente para prevenir el estreñimiento.

La señora Maurier agarró con fuerza el brazo del señor Talliaferro.

—Señor Talliaferro —susurró implorante. El señor Talliaferro saltó a la brecha.

—Ahora que por fin estamos todos —comenzó, aclarándose la garganta—, el comodoro quiere que elijamos nuestro primer puerto. En otras palabras, amigos, ¿dónde iremos mañana? —Miró una tras otra las caras congregadas alrededor de la mesa.

—Vaya, a ningún sitio —respondió sorprendido Fairchild—. Acabamos de llegar del sitio en el que estábamos ayer, ¿no?

—Quieres decir hoy —le dijo la señora Wiseman—, Hemos salido de Nueva Orleáns esta mañana.

—Oh, ¿de verdad? Pues sí que se hace larga la tarde. Pero no queremos ir a ningún sitio, ¿verdad?

—Oh, sí —le contradijo el señor Talliaferro suavemente—, Mañana vamos a remontar el río Tchufuncta y pasaremos el día pescando. El plan era remontar el río y pasar la noche allí, pero ha sido imposible. Así que iremos mañana. ¿Es unánime? ¿O votamos?

—Narices —le dijo la sobrina a Jenny—. Me entran picores solo de pensarlo.

El rostro de Fairchild se iluminó:

—¿Remontar el Tchufuncta? —repitió—. Pero si ahí es donde está el terreno de Jackson. A lo mejor Al está en casa. El mayor Ayers tiene que conocer a Al Jackson, Julius.

—¿Al Jackson? —repitió el mayor.

El mejor poeta de Nueva Orleáns gruñó y la señora Wiseman dijo:

—Dios mío, Dawson.

—Claro. Del que le estaba hablando en la comida, ya sabe.

—Ah, sí. El tipo de los caimanes.

La señora Maurier volvió a exclamar «¡Señor Talliaferro!».

—Muy bien —dijo en voz alta el señor Talliaferro—, Está claro, entonces. La pesca gana. Y mientras tanto, el comodoro nos invita a un baile en cubierta justo después de cenar. Así que terminen su cena, amigos. Fairchild, usted encabezará el desfile.

—Claro —Fairchild volvió a mostrarse de acuerdo—. Sí, es ese. Su padre tiene un rancho de pesca ahí arriba. Ahí es donde empezó Al, y ahora es el mayor *pescator* del mundo...

—¿Ha visto el atardecer, mayor Ayers? —preguntó la señora Wiseman en voz alta

—. Deliciosamente confuso, ¿verdad?

—La naturaleza igualando a Tumer —sugirió el poeta.

—Eso costará años y años —respondió la señora Wiseman.

La señora Maurier irrumpió, torrencial.

—Nuestros atardeceres sureños, mayor Ayers...

Pero el señor Ayers miraba fijamente a Fairchild.

—¿*Pescator*? —murmuró.

—Claro. Como los viejos ranchos de ganado del oeste, ya sabe. Pero en vez de un rancho de ganado, Jackson tiene un rancho de pescado en los espacios abiertos del Golfo de México.

—Donde los hombres son tiburones —dijo la señora Wiseman—, No olvides mencionarlo —el mayor Ayers la miró fijamente.

—Claro. Donde los hombres son hombres. Ahí es donde llega esta preciosa chica rubia. Como Jenny. Quizá sea Jenny. ¿Es usted la chica, Jenny? —Ahora el mayor Ayers miró fijamente a Jenny.

Jenny contemplaba al narrador, sus inefables ojos azules sorprendidos, y sostenía un trozo de pan en la mano.

—¿Señor? —preguntó al fin.

—¿Es usted la chica que vive en el rancho de pescado de Jackson en el Golfo de México?

—Vivo en Esplanade —dijo Jenny después de un rato, dubitativa.

—¡Señor Fairchild! —exclamó la señora Maurier.

—Mi querido señor —dijo el señor Talliaferro.

—No, imagino que no es usted, o lo sabría. Creo que ni siquiera Claude Jackson podría vivir de un rancho de pescado en el Golfo de México sin saberlo. Esta chica es de Brooklyn, de todas formas, una chica de sociedad. Fue allí a buscar a su hermano. Su hermano acababa de graduarse en el reformatorio y su padre lo mandó allí para que los Jackson lo convirtieran en un *pescator*. Él no había demostrado aptitud para nada más, ya ve, y su padre sabía que no se necesita mucha inteligencia para pastorear un pez. Su hermana...

—Pero, digo —interrumpió el mayor Ayers—, ¿para qué pastorean sus peces?

—Los acorralan y los marcan, ya ve. Al Jackson los marca.

—¿Los marca?

—Claro: los marca para poder distinguir sus peces de los peces salvajes corrientes. Sin marcar, los llaman. Y ahora posee casi todos los peces del mundo. Es un millonario de peces, aunque sea pobre en este momento. Cada vez que vea un pez marcado, es uno de los de Jackson.

—Marca sus peces, ¿eh?

—Claro. Les hace una raya en la cola.

—Señor Fairchild —dijo la señora Maurier.

—Pero nuestros peces tienen rayas en la cola —objetó el mayor Ayers.

—Bueno, hay peces de Jackson que se han separado del grupo, entonces.

—¿Por qué no busca un agente en Europa? —preguntó, malvado, el poeta espectral.

El mayor Ayers miró a su alrededor, de una cara a otra.

—Oiga... —empezó. Se quedó atascado.

La anfitriona se levantó con decisión.

—Venga, amigos, vamos a cubierta.

—No, no —dijo rápidamente la sobrina—, siga. Cuéntenos un poco más.

La señora Wiseman también se levantó.

—Dawson —dijo con firmeza—, cállate. Simplemente no podemos aguantarlo más. Esta tarde ha sido demasiado dura. Venga, vamos arriba —dijo, arreando a las damas fuera de la estancia, y llevando consigo también al señor Talliaferro.

Nueve en punto

Necesitaba un poco de alambre. Había llegado a ese callejón sin salida familiar para todos los creadores en el que no podía decidir qué cantidad de cosas debía hacer a continuación. Su objeto había alcanzado ese estado de completitud en el que la sencillez del impulso inicial se disuelve en un número de detalles triviales y necesarios; y tumbado en la litera del camarote que compartía con el señor Talliaferro, con el serrucho a mano y unos restos de serrín y virutas sobre la ropa de cama, puso su cilindro de madera bajo la luz inadecuada y decidió que se las podía arreglar con un poco de alambre rígido o algo así.

Sacó las piernas de la litera y bajó al suelo con un solo movimiento hermoso, cruzó la habitación descalzo y registró las pertenencias del señor Talliaferro sin éxito, de modo que salió del camarote y abrió la puerta del siguiente, sin llamar. Era la habitación de una de las mujeres, pero en ese momento no había nadie y en el tocador, entre un lecho perfumado de telas y objetos delicados de cristal, encontró una cajetilla de cigarrillos levemente manchada del polvo rosa del maquillaje. Cogió dos.

Todavía descalzo, siguió avanzando por el pasillo. Al abrir otra puerta dejó que la luz tenue del corredor entrase en un camarote lleno de ronquidos, distinguió vagamente al durmiente y, en una clavija en la pared, una gorra blanca manchada. La habitación del capitán, decidió, dejó la puerta abierta y atravesó silenciosamente el camarote hacia otra puerta.

Había un poco de luz en el camarote, que emitía un brillo apagado sobre la viscosa anatomía del motor inmóvil, pero no prestó atención al motor en ese momento y prosiguió su búsqueda como una expedición profesional. Había un

armario apoyado contra la pared; algunos de sus cajones estaban cerrados. Hurgó en los demás, de vez en cuando se detenía para ver a la luz ciertos objetos e inspeccionarlos de cerca, luego volvía a descartarlos. Cerró el último cajón y se quedó de pie con la mano apoyada en el armario, examinando la habitación.

Un trozo de alambre serviría, un trozo corto de alambre rígido serviría... había alambres en una pared, pasaban entre los interruptores. Pero esos cables eléctricos eran probablemente indispensables. Cables eléctricos... La batería. Tiene que estar allí, detrás de esa puerta pequeña.

Estaba allí: un cuchitril umbrío que olía a ácido, a descomposición: un verdín de podredumbre. Había muchos cables, pero ninguno suelto... Miró alrededor, y vio algo erecto con un brillo apagado. Era parte de un mecanismo, acero, suave e inodoro y bastante consolador en esa tumba de olores, y lo examinó con curiosidad, encendiendo cerillas. Y allí, unido, estaba exactamente lo que necesitaba: una varilla recta de acero.

Me pregunto para qué sirve, pensó. Parecía... una especie de torno, a lo mejor. Pero, ¿para qué iban a querer un torno aquí? Algo que no usan mucho, obviamente, se dijo. Demasiado limpio. Más limpio que el motor. No está lleno de grasa como el motor. No deben usarlo casi nunca... O una bomba. Una bomba, eso es lo que es. No deben necesitar una bomba ni una vez al año: ni una sentina en un barco cuidado como un piano de cola. De todas formas, no pueden necesitarla hasta mañana, y para entonces ya habré terminado con ella. Puede que no la echen en falta si me la quedo.

La varilla salió con facilidad. Muchas llaves inglesas en el armario, simplemente aflojó las tuercas de cada extremo de la varilla y la levantó. Volvió a detenerse, sosteniendo la varilla en la mano... Imaginó que la estropeaba. No había pensado en eso y se quedó girándola a un lado y otro, observando los apagados destellos de la luz en su longitud esbelta y pulida. Era exactamente lo que necesitaba. Acero, también, buen acero: costaba doce mil dólares. Y si no puedes conseguir buen acero por esa cantidad... Pasó la lengua por la varilla. Sabía principalmente a aceite de máquinas, pero debía ser acero bueno y duro, si costaba doce mil dólares. «Supongo que no puedo estropear nada que cueste doce mil dólares, sobre todo si lo uso solamente una vez».

—Si la necesitan mañana, ya habré terminado, de todas formas —dijo en voz alta.

Dejó en su sitio las llaves. Notaba el sabor del aceite en la boca y escupió. El capitán roncaba cuando cruzó descalzo su camarote, y cerró la puerta cuidadosamente para que la luz del pasillo no perturbara su sueño. Se metió la varilla en el bolsillo. Tenía las manos manchadas de grasa y las limpió en la parte trasera de sus pantalones.

Se paró de nuevo en la puerta de la cocina, donde el camarero seguía ocupado sobre el fregadero. El camarero se detuvo el tiempo suficiente para encontrar una vela para él, después regresó a su habitación. Encendió la vela, sacó la maleta del señor Talliaferro de debajo de la cama y, derramando un poco de cera caliente sobre ella,

puso la vela de pie. Después cogió el estuche de afeitarse de piel de cerdo del señor Talliaferro y apoyó la varilla sobre él, con el extremo del acero en la llama de la vela. Su boca todavía sabía a aceite, así que subió a la cama y escupió por el ojo de buey: al hacerlo, descubrió que tenía un cristal. «Ya se secará», pensó.

Tocó la varilla. Se calentaba. Pero la quería al rojo vivo. El sabor del aceite permanecía en su boca y recordó el otro cigarrillo. Estaba en el mismo bolsillo en el que había guardado la varilla, y también conservaba restos de aceite, pero el tabaco ardiendo acabaría pronto con eso.

La varilla se estaba calentando, así que cogió el cilindro de madera de la litera, apoyó el cigarrillo en el borde de la maleta, tomó la varilla y apretó con fuerza su extremo caliente contra el punto elegido del cilindro. Pronto, un delgado hilo de humo se levantó y se rizó en el aire sin viento. El humo también tenía un leve olor a cuero quemado. El aceite del motor, probablemente.

Diez en punto

«Es lo que tiene ser un artista», se dijo la señora Maurier con desaliento. La señora Wiseman, la señorita Jameson, Mark y el señor Talliaferro jugaban al *bridge*. Ella no tenía ganas de jugar, la tensión de la fiesta la tenía demasiado nerviosa y agotada.

—Es imposible saber qué van a hacer —dijo en voz alta, exasperada, al ver de nuevo la torpe forma del mayor Ayers, que desaparecía, y a Fairchild inclinado sobre la barandilla y aullando tras él como un druida con voz de toro en un sacrificio.

—Sí —asintió la señora Wiseman—, es como una excursión, ¿verdad? Todo borracheras y alboroto —añadió, buscando una expresión elegante—. Maldito sea, Mark.

—Es peor que eso —corrigió la sobrina, que se detuvo para observar cómo caían las cartas con un murmullo—, es como un barco de ganado: todo alboroto.

La señora Maurier suspiró.

—Sea como sea... —su frase murió antes de nacer. La sobrina se marchó, y una forma alta apareció entre las sombras y se reunió con ella, y fueron hacia la cubierta oscura, lejos de donde ella pudiera verlos. Era ese extraño y desharrapado señor Gordon, y supo con una repentina punzada en la conciencia que había fracasado en su deber de anfitriona. Apenas había cruzado una palabra con él desde que había subido a bordo. «Es culpa de ese terrible señor Fairchild», se dijo. Pero ¿quién iba a saber que un hombre de mediana edad, un novelista de éxito, iba a comportarse así?

La luna estaba subiendo y extendía un brillo de plata sobre el agua. El Nausikaa nadaba suavemente sujeto por los cables de amarre, sin moverse pero nunca quieto,

dormido pero no muerto, como hacen los barcos de todos los mares del mundo, acunado como una gaviota plateada que sueña en el agua... Su yate. Su fiesta. Gente a la que había invitado para su placer recíproco... «Quizá piensan que debería emborracharme con ellos», se dijo.

Se animó, dio conversación. Los jugadores de cartas barajaban y repartían sin parar, contestaban «Mhhh» a sus observaciones distantes y distraídos, o se detenían para responder con sensatez y una paciente deferencia. La señora Maurier se levantó con energía.

—Vamos, amigos, sé que están cansados de jugar a las cartas. Vamos a poner un poco de música y a bailar un rato.

—Prefiero jugar al *bridge* con Mark que bailar con él —dijo la señora Wiseman—. ¿Qué truco ha sido ese?

—Sobrarán hombres cuando empiece la música —dijo la señora Maurier.

—Mhh... —contestó la señora Wiseman—, Se necesita más que un disco para conseguir hombres en esta fiesta... Necesitará una orden de extradición... Tres sin triunfo y tres ases. ¿Cuánto es eso, señor Talliaferro?

—¿No le apetece bailar, señor Talliaferro? —insistió la señora Maurier.

—Como usted desee, querida —respondió el señor Talliaferro con educada indiferencia, ocupado con su lápiz—. Eso hace... —sumó una columna de sus ordenados números, después levantó la cabeza—. Perdone. ¿Ha dicho algo?

—No se moleste —dijo la señora Maurier—, Pondré un disco yo misma: estoy segura de que nuestro grupo se reunirá cuando lo oiga.

Dio cuerda al gramófono, puso un disco.

—Ustedes terminen su partida, yo echaré un vistazo y veré a quién puedo encontrar —añadió. «Mhh», contestaron.

El gramófono elevó sus incitantes ritmos de saxófonos y baterías, y la señora Maurier se paseó, mirando entre las sombras. Encontró primero al camarero, al que envió hacia los caballeros con una orden expresada en forma de invitación. Después, más lejos, descubrió a Gordon y a su sobrina, que estaba sentada en la barandilla con las piernas cruzadas alrededor de un poste.

—Ten cuidado —dijo—, puedes caerte. Vamos a bailar un rato —añadió con alegría.

—Yo no —respondió rápidamente la sobrina—. Esta noche no. En este mundo hay suficiente baile en tierra firme.

—Pero seguro que no le prohibirás bailar al señor Gordon. Venga, señor Gordon, le necesitamos.

—Yo no bailo —respondió secamente Gordon.

—¿Usted no baila? —repitió la señora Maurier—, ¿De verdad que no baila?

—Lárgate, tía Pat —la sobrina respondió por él—. Estamos hablando de arte. La señora Maurier suspiró.

—¿Dónde está Theodore? —preguntó finalmente—. Puede que él nos ayude.

—Se ha ido a la cama. Se ha ido justo después de cenar. Pero puedes bajar y preguntarle si quiere levantarse y bailar.

La señora Maurier miró impotente a Gordon. Después se marchó. El camarero se reunió con ella: los caballeros lo sentían, pero todos se habían ido a la cama. Estaban cansados después de un día extenuante. Ella volvió a suspirar, y se dirigió a la escalerilla. Parecía que no había nada más que pudiera hacer por ellos. «Sin duda, lo he intentado», se dijo a sí misma con leve satisfacción, y se detuvo mientras algo informe se separaba en la escalerilla tenebrosa y se convertía en dos figuras, y al cabo de un momento Pete dijo en la oscuridad:

—Somos Jenny y yo.

Jenny emitió un sonido bajo sin significado y la señora Maurier se inclinó hacia delante con suspicacia.

Recordó la observación de la señora Wiseman sobre las excursiones.

—Disfrutando de la luna, supongo —señaló.

—Sí —respondió Jenny— estamos aquí sentados.

—¿No quieren bailar, chicos? Han puesto en marcha el gramófono —dijo la señora Maurier con renovado optimismo.

—Sí —dijo de nuevo Jenny, al cabo de un tiempo. Pero no hicieron ningún movimiento, y la señora Maurier resopló con bastante distinción y dijo gélidamente:

—Permítanme, por favor.

Le dejaron sitio para que pasara, y ella descendió sin mirar atrás, y encontró su puerta. Golpeó el interruptor con fuerza. Después suspiró de nuevo.

«Es lo que tiene ser un artista», se dijo de nuevo, impotente.

—¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! —dijo la señora Wiseman arrojando sus cartas sobre la mesa. El disco del gramófono se había terminado y ahora sonaba un arañazo infinito y monótono—, Mark, pare eso, por el amor de Dios. Ya pierdo bastante, sin que me echen el mal de ojo —el poeta espectral se levantó obedientemente y la señora Wiseman arrastró su mano entre las cartas de la mesa, dispersándolas—. No voy a pasar ni un minuto más de mi vida poniendo estos cuadrados de papel con lunares en orden para tres personas aburridas. Por lo menos esta noche. Que alguien me dé un cigarrillo —echó su silla hacia atrás y el señor Talliaferro abrió su pitillera y se la ofreció. La señora Wiseman cogió un cigarrillo, puso un pie sobre la rodilla contraria y encendió una cerilla en la suela de su zapato.

—Vamos a hablar un rato.

—¿Dónde demonios encontraste esas ligas? —preguntó la señorita Jameson.

—¿Estas? —Se bajó la falda—, ¿Por qué? ¿No te gustan?

—No te pegan mucho.

—¿Qué tipo de ligas sugieres para mí? ¿Trozos de cuerda de colores?

—Debería llevar unas negras con rosas rojas de tamaño natural —le dijo Mark

Frost—. Eso es lo que uno esperaría que llevara.

—Error, buen hombre —respondió la señora Wiseman con dramatismo—. Me ha confundido de manera repugnante. Me pregunto dónde estará la señora Maurier.

—Habrá atrapado a alguien. A lo mejor a ese tal Gordon —contestó la señorita Jameson—. Lo he visto en la barandilla hace un rato.

—¡Ah, señor Talliaferro! —exclamó la señora Wiseman—. Tenga cuidado. Viudas y artistas, ya sabe. Vea qué susceptible soy yo misma. ¿Nunca hubo una adivina que le advirtiera de que habría una extraña alta y roja en su destino?

—Usted solo es viuda por cortesía —se unió el poeta—. Como las sirvientas de la literatura del siglo XVI.

—También lo son algunos de los artistas, chico —contestó la señora Wiseman—. Pero los hombres que hay a bordo ni siquiera son artistas. ¿Qué, Ernest?

El señor Talliaferro se contuvo con petulancia tras el humo de su cigarrillo. La señora Wiseman consumió el suyo con una serie ininterrumpida de caladas profundas y lo echó por la barandilla: un parpadeante carbón escarlata.

—He dicho hablar —les recordó—, no unos tímidos destellos dispersos de cotilleo —se levantó—. Venga, vamos a la cama, Dorothy.

La señorita Jameson siguió sentada, con una inercia desprovista de humor.

—¿Y dejar esa luna?

La señora Wiseman bostezó, estirando los brazos. La luna extendía su mano plateada infinita sobre el agua oscura. La señora Wiseman se dio la vuelta, extendiendo los brazos con un gesto ampuloso que se recortaba contra la luz.

—Ah, la pobre luna fatigada... Oh, luna negra lejana —apostrofó.

—No es raro que parezca cansada —observó el poeta con indiferencia—. Con todos los adulterios que ha tenido que ver.

—O todos de los que la han culpado —arregló la señora Wiseman. Dejó caer los brazos—. Ojalá estuviera enamorada. ¿Por qué Ernest y usted no son más... más...? Venga, Dorothy. Vamos a la cama.

—¿Tengo que irme? —dijo la señorita Jameson. Sin embargo, se levantó. Los hombres también se levantaron, y las dos mujeres partieron. Cuando se fueron, el señor Talliaferro recogió las cartas que la señora Wiseman había esparcido. Algunas habían caído en la cubierta.

Once en punto

El señor Talliaferro llamó inseguro a la puerta del camarote de Fairchild, lo invitaron a entrar, y al abrirla vio al semita sentado en la única silla y al mayor Ayers y Fairchild en la litera, sosteniendo unos vasos.

—Venga —repitió Fairchild—. ¿Cómo ha escapado? ¿La ha tirado por la borda y ha echado a correr?

El señor Talliaferro sonrió con desaprobación, mientras miraba la botella que estaba sobre la pequeña mesa y se frotaba las manos expectante.

—El cuerpo humano puede soportar cualquier cosa, ¿verdad? —observó el semita—. Pero imagino que Talliaferro está al límite de sus fuerzas, sin ayuda exterior —añadió.

El mayor Ayers lo miró afablemente con sus ojos de porcelana azul.

—Sí, está claro que Talliaferro se ha ganado un trago —asintió Fairchild—. ¿Dónde está Gordon? ¿Estaba en cubierta?

—Me parece que sí —contestó el señor Talliaferro—, Creo que está con la señorita Robyn.

—Bueno, pues que tenga suerte —dijo Fairchild—, Espero que no lo trate con la misma aspereza que a nosotros, ¿eh, mayor?

—El mayor Ayers y tú os habéis llevado exactamente lo que merecáis —intervino el semita—. No podéis quejaros.

—Supongo que no. Pero no me gusta que un ser humano se arroge los privilegios y placeres de la providencia. Aliviar las penas es trabajo de Dios.

—¿Y qué me dices de los instrumentos de la providencia?

—Oh, tómate otra copa —le dijo Fairchild—. O deja de hablar para que Talliaferro pueda tomar una. Después más nos vale subir a cubierta. Las damas pueden empezar a preguntarse qué ha sido de nosotros.

—¿Por qué deberían hacerlo? —preguntó el semita inocentemente. Fairchild se bajó de la litera y le dio un vaso al señor Talliaferro. El señor Talliaferro bebió su contenido despacio, untuosamente; y, cuando se lo ofrecieron, aceptó otro.

Fairchild lo miró alegremente.

—Ningún virgo reventado aún, supongo.

El señor Talliaferro vació su vaso con una leve floritura. Hizo una mueca.

—¿Por qué los artistas son tan groseros hablando, mayor Ayers? Cuando a un placer se le roba su condición furtiva, se le roba la mitad de su encanto, ¿no le parece?

El semita estuvo de acuerdo con él. Pero el mayor Ayers se mostró leal.

—Oh, los artistas están bien. Me gustan los artistas —dijo.

Tomaron otra copa y Fairchild guardó la botella.

—Vamos arriba —sugirió, y los empujó para que se levantaran y los condujo hacia la puerta.

El señor Talliaferro permitió a los otros que lo precedieran. Se quedó atrás, y tocó el brazo de Fairchild. El otro observó su expresión intensa, y se detuvo.

—Necesito un consejo —explicó el señor Talliaferro.

El mayor Ayers y el semita se detuvieron en el pasillo, esperando.

—Sigán, amigos —les dijo Fairchild—, Voy en un momento —se volvió hacia

Talliaferro—. ¿Quién es la afortunada esta vez?

El señor Talliaferro susurró un nombre.

—Este es mi plan de campaña. ¿Qué le parece?

—Espere —interrumpió Fairchild—. Vamos a tomar una copa —el señor Talliaferro cerró la puerta otra vez, cuidadosamente.

Fairchild abrió la puerta de golpe.

—¿Y usted cree que funcionará? —repitió el señor Talliaferro, mientras abandonaba la habitación.

—Seguro, seguro; creo que es infalible. A ella más le valdría resignarse a lo inevitable.

—No, de verdad: quiero su opinión sincera. Tengo más fe en su juicio sobre la gente que en el de cualquier otra persona.

—Claro, claro —repitió solemnemente Fairchild—, No puede resistírsele. Ni una posibilidad, ninguna en absoluto. Para ser sincero, detesto pensar que las mujeres y las chicas jóvenes están a merced de hombres como usted.

El señor Talliaferro dirigió a Fairchild una mirada rápida, dubitativa. Pero el rostro del otro era solemne, sin malicia. El señor Talliaferro continuó.

—Bueno, deséeme suerte —dijo.

—Claro. El almirante quiere que todo hombre haga su deber, ya sabe —respondió Fairchild solemnemente, siguiendo la pulcra figura del señor Talliaferro escaleras arriba.

El mayor Ayers y el semita los esperaban. No había ninguna dama. No había nadie, de hecho. La cubierta estaba vacía.

—¿Están seguros? —insistió Fairchild—, ¿Han mirado bien? Me apetecía bailar un poco. Venga, vamos a mirar otra vez.

En la puerta de la sala de máquinas se encontraron al timonel. Únicamente llevaba una camiseta interior sobre sus pantalones y estaba mirando el cielo.

—Bonita noche —lo saludó Fairchild.

—Buena ahora —asintió el timonel—, Pero por ahí viene mal tiempo —extendió el brazo hacia el suroeste—. El lago puede estar bastante alto por la mañana. Y estamos a sotavento, también —volvió a mirar el cielo.

—Ah, creo que no —repuso, optimista, Fairchild—, No en una noche como esta, ¿no le parece?

El timonel miró fijamente el cielo, sin responder. Ellos siguieron.

—Se me ha olvidado decirles que las damas se han retirado —observó el señor Talliaferro.

—Eso tiene gracia —dijo Fairchild—, Me pregunto si pensaban que no íbamos a volver.

—A lo mejor tenían miedo de que lo hiciéramos —sugirió el semita.

—Ah —dijo Fairchild—... ¿Qué hora es, de todas formas?

Eran las doce en punto, y la parte alta del cielo estaba cubierta de una niebla que oscurecía las estrellas. Pero la luna seguía brillando, insulsa y fría, afable e insensible como una proxeneta de éxito, bañando el yate en una serenidad plateada; y desde el suroeste llegaba una procesión de pequeñas nubes como delfines de plata, sobre una rígida ola ultramarina, como un antiguo grabado geográfico de madera.

EL SEGUNDO DÍA

A las tres en punto la tormenta se había extendido por el lago y al alba, cuando el timonel despertó al capitán, el lago, como había previsto, estaba muy alto. La tormenta iba directamente hacia la costa, las olas llegaban en incesantes batallones bajo un cielo sin nubes, se rizaban espumosas contra el casco y morían lentamente cuando el agua se acumulaba tras la popa del yate en un tumulto leve y blanco contra un grupo impenetrable de árboles oscuros. El Nausikaa se levantó y cayó, hacia delante, tirando de sus tensos cables. El timonel despertó al capitán y regresó rápidamente al puente de mando.

El marinero levó las anclas, y el timonel hizo sonar el telégrafo. El Nausikaa se estremeció despierto, volviendo a la vida, se detuvo un momento entre dos olas como un nadador, y comenzó a avanzar. Se paró y el timonel giró la rueda. Pero el barco no respondía, ganaba velocidad sin dirección; y cuando el timonel giró la rueda con fuerza hacia abajo el Nausikaa cayó de lado sobre las olas. El timonel hizo sonar el telégrafo otra vez y gritó al marinero que soltara amarras.

A las siete en punto el Nausikaa, tirando de sus anclas, tocó fondo con una ligera sacudida. Se lo pensó un momento, después se liberó y, arrastrándose levemente sobre la arena embancada, se levantó un poco; con una escora apenas perceptible se sentó como un bañista orondo con el agua hasta la cintura, recibiendo las olas en su bao.

Dorothy Jameson tenía un estilo atrevido y sin humor. Prefería los retratos, aunque ocasionalmente pintaba naturalezas muertas: áspera fruta implacable y flores en fuentes sin dimensiones sobre mesas sin perspectiva. Sus dientes eran grandes y blancos en la pálida revelación de las encías, y sus ojos grises eran fríamente efectivos. Su cuerpo era largo, de articulaciones sueltas, y frágil, y, mientras pasaba en Greenwich Village los dos años que consideró necesarios para la asimilación de las tendencias pictóricas estadounidenses, había tenido un amante, aunque todavía era virgen.

Había tomado a ese amante principalmente porque él le debía dinero, que le había pedido prestado para pagar una deuda que había contraído con otra mujer. Finalmente el amante se fugó a París con una acaudalada dama de Pittsburgh: empeñó el abrigo de pieles de Dorothy de camino al puerto y le envió por correo la factura cuando ya estaba a bordo. El amante era músico. Era bastante avanzado —lo que se conoce

como un radical—, y cuando no experimentaba con la escala tonal convencional tocaba en la orquesta de una sala de bailes del centro. Allí fue donde conoció a la dama de Pittsburgh.

Pero este episodio había terminado, casi había desaparecido de su memoria; ella había pasado un año en el extranjero y había vuelto a Nueva Orleans, donde se había establecido con una asignación modesta que le permitía tener un estudio en el Vieux Carré, que su nombre apareciera varias veces en el expediente de la policía por imprudencia al volante, y un seco y razonablemente agradable cultivo de su personalidad, sin recibir más que una suave reprimenda ocasional de su familia, que escuchaba como el sonido de la lluvia que se oye al otro lado de una ventana cerrada.

Siempre había tenido problemas con los hombres. Sobre todo por costumbre, tras ese episodio casi olvidado, siempre lo había intentado con artistas, pero tarde o temprano huían de ella inevitablemente. Es decir, con la excepción de Mark Frost. Y ella se daba cuenta de que en su caso era más una cuestión de pura inercia que otra cosa. Y admitía con una lucidez remota: «¿A quién le importa mantener o perder a Mark Frost?». A nadie le importaba mucho tiempo un artista que no hacía nada más que crear arte, y en cantidades muy pequeñas.

Pero otros hombres, cuya potencialidad era capaz de reconocer, pasaban por un periodo de interés violento pero transitorio, que cesaba tan abruptamente como había empezado, sin dejar siquiera los persistentes hilos de los incidentes comunes recordados, como esas breves tormentas de agosto que amenazan y se disuelven sin razón aparente, sin una gota de lluvia.

A veces especulaba sobre la razón con un desapego casi masculino. Siempre intentaba mantener sus relaciones en el plano que los hombres parecían preferir: sin duda ninguna mujer querría, y pocas podrían, exigir menos a sus hombres que ella. Nunca presentaba exigencias arbitrarias para que le dedicaran tiempo, nunca les hacía esperar ni visitarla en su casa a horas inoportunas, nunca les mandaba recados; los alimentaba y le gustaba pensar que sabía escuchar. Y sin embargo... Pensó en las mujeres que conocía: cómo todas ellas tenían cautivado a un hombre; pensó en las mujeres que había observado: parecían adquirir un hombre a voluntad, y si este no se mantenía en su poder, lo reemplazaban rápidamente.

Pensó en la gente que había a bordo, los examinó brevemente. Eva Wiseman. Había tenido un marido al que prácticamente descartó. A los hombres les gustaba. Por ejemplo, Fairchild: un hombre de una habilidad y una trayectoria indiscutibles. Sin embargo, puede que eso tuviera que ver con su amistad con su hermano. Pero, no, Fairchild no era de esa clase de hombres: las obligaciones sociales le importaban muy poco. Era porque se sentía atraído por ella. ¿Por sus gustos afines? «Pero yo también creo», se recordó a sí misma.

Después pensó en las dos chicas jóvenes. En la sobrina Patricia, con su sincera curiosidad, su gusto infantil por los movimientos físicos vigorosos, su dura ausencia de sentimentalismo y su absoluta falta de interés por la creación artística («apuesto a

que ni siquiera lee»), y Gordon, distante e insufriblemente arrogante, pero intrigado. Y Fairchild también estaba interesado a su manera impersonal. Hasta Pete, probablemente.

Pete, y Jenny. Jenny con su blanda placidez, su puro atractivo pasivo para los sentidos, y el señor Talliaferro se enfrentaba al desagrado de la señora Maurier para estar junto a ella, casi servil. Hasta Dorothy percibía el atractivo de Jenny: una exuberancia descerebrada de carne joven y rosa, una supina fecundidad potencial que admirar, una muñeca que aguarda un estímulo y lo desafía, sin alegría ni pena. Había traído consigo a un hombre... No, ni siquiera eso: él había seguido su rubia órbita turbadora como la marea sigue la luna, sin voluntad, acaso contra su inclinación. Dos mujeres que no tenían el menor interés por las artes, pero que atraían sin esfuerzo a hombres, a hombres de talento artístico. Opuestos, antítesis... «Quizá —pensó— he estado buscando el tipo equivocado de hombre, tal vez el artista no es mi tipo».

Siete en punto

—No, señora —respondió el sobrino educadamente—, es una pipa.

—Oh —murmuró ella—, una pipa.

Se inclinó sobre su cilindro de madera, cortándolo con una navaja con delicadeza, cuidadosamente. Hacía mucho más fresco. El sol se había levantado sobre un mar sentado en miniatura hacia un cielo sin nubes. Durante un rato el barco había tenido un movimiento perceptible —era el movimiento que la había despertado— pero ahora se había parado, aunque desde el lago seguían llegando olas considerables que se transformaban en espuma blanca contra el casco, y se consumían acumulándose en la playa, en dirección a un oscuro arrecife de árboles. La noche anterior no tenía ni idea de que estuvieran tan cerca de tierra. Pero de noche no sabía distinguir las distancias.

Deseó haber traído una chaqueta: si hubiera previsto que haría tanto frío en agosto... Estaba de pie, se pasaba el pañuelo por los hombros y se fijaba en sus antebrazos morenos e intensos y su cabello corto y áspero exactamente igual que el de su hermana, y deseó tímidamente el desayuno. «Me pregunto si tiene hambre». Observó:

—¿No tiene frío esta mañana sin una chaqueta?

Él tallaba su objeto con una embelesada absorción maternal, y al cabo de un rato ella dijo:

—¿No sería más fácil comprar una?

—Espero que sí —murmuró... Después levantó la cabeza y el sol brilló con fuerza en sus ojos opacos salpicados de motas amarillas—, ¿Qué decía?

—Que podría esperar a que lleguemos a la orilla y comprar una en vez de intentar fabricarla.

—No se puede comprar una como esta. No las hacen.

El cilindro tenía dos secciones, talladas y encajadas con habilidad. Levantó una pieza, la miró entornando los ojos, y sacó una astilla minúscula. Luego la reunió con su pareja. Luego volvió a separarlas, sacó una astilla minúscula de la otra pieza, y las encajó otra vez. La señorita Jameson lo observaba.

—¿Lleva el diseño en la cabeza?

Volvió a levantar la vista.

—¿Eh? —preguntó en un tono perplejo.

—El diseño que está tallando. ¿Lo hace de memoria, o qué?

—¿Diseño? —repitió—. ¿Qué diseño?

Aquella mañana hacía mucho más fresco.

En la cara de Pete había una especie de alarma activa todavía no dispersa, y se levantó con cortesía demorada, apretando el periódico, pero ella dijo:

—No, no, yo lo cojo. No se levante —así que se quedó de pie incómodamente, apretando el periódico mientras buscaba una silla y la colocaba junto a la suya—. Hace bastante fresco esta mañana, ¿verdad?

—Sí —asintió—. Cuando me he despertado esta mañana y he notado el viento frío y el barco dando tumbos, no sabía lo que iba a pasar. No me sentía muy bien esta mañana de todas formas, y con el barco balanceándose así... Pero ahora está tranquilo. Parece que han ido más cerca de la orilla y esta vez lo han aparcado.

—Sí, me parece que estamos más cerca que anoche —cuando ella se sentó, él la imitó e inmediatamente se olvidó y volvió a poner los pies en la barandilla. Después lo recordó y los apartó.

—Vaya, ¿cómo ha conseguido un periódico esta mañana? ¿Tocamos tierra anoche? —preguntó ella, apoyando los pies en la barandilla.

Por alguna razón el periódico lo incomodaba.

—Es viejo —explicó con torpeza—. Lo he encontrado por ahí abajo. Me distraía de lo mal que me encontraba —hizo un gesto, rechazándolo.

—No lo tire —dijo ella rápidamente—. Oh, siga, no quiero interrumpirle si ha encontrado algo interesante. Siento que no se encuentre bien. Igual se encuentra mejor después de desayunar.

—A lo mejor —asintió sin convicción—. No tengo muchas ganas de desayunar, levantándome como me he levantando, me encuentro mal y con el barco balanceándose.

—Se le pasará, estoy segura —se acercó a él para ver el periódico. Era una hoja suelta de un suplemento dominical: un artículo con aspecto deprimente sobre la arquitectura románica, mezclado con fotografías borrosas e indistinguibles.

—¿Le interesa la arquitectura? —preguntó ella con intensidad.

—Supongo que no —contestó—. Solo le echaba un vistazo mientras se levantaban —se inclinó el sombrero: cubierto por este movimiento volvió a poner los pies sobre la barandilla, y echó la espalda hacia atrás. Ella dijo:

—Hay tanta gente que pierde el tiempo con cosas como la arquitectura. Es mucho mejor formar parte de la vida, ¿no le parece? Mucho mejor estar en ella uno mismo y cometer sus propios errores y disfrutar cometiéndolos y sufriendo por ellos, en vez de hacer la vida estéril al dedicarla a una posteridad improbable e ingrata. ¿No le parece?

—No había pensado en ello —dijo cautelosamente Pete. Encendió un cigarrillo—. Hoy desayunamos tarde.

—Por supuesto que no había pensado en ello. Eso es lo que admiro de un hombre como usted. Usted conoce tan bien la vida que no tiene miedo de lo que puede hacerle. Usted no se pasa el tiempo pensando sobre la vida, ¿verdad?

—No mucho —asintió—. Aunque un hombre no quiere ser un pez.

—Usted nunca será un pez, Pete (todo el mundo le llama Pete, ¿verdad?, ¿le importa?). Creo que las cosas importantes de la vida son las que construyen nuestra felicidad: la gente y las cosas que son compatibles, el amor... Hay tanta gente que se contenta con sentarse y hablar de ellas en vez de salir y obtenerlas. Como si la vida fuera una especie de broma... ¿Puedo fumar un cigarrillo? Gracias. Usted también fuma estos, veo. Gracias. Me gusta su sombrero: queda bien con la forma de su cara. Tiene una cara extremadamente interesante. ¿Lo sabe? Y sus ojos. Nunca había visto ojos del mismo color que los suyos. Pero supongo que se lo han dicho muchas mujeres, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondió Pete—. Te dicen cualquier cosa —encendió la cerilla con la uña del pulgar.

—¿Eso es lo que el amor ha significado para usted, Pete? ¿Engaño? —Se inclinó hacia la cerilla y lo miró con la invitación sin humor de sus ojos—, ¿Es esa su opinión de nosotras?

—Oh, no quieren decir nada con eso —dijo Pete con un tono parecido a la alarma—. ¿A qué hora desayunan aquí? —Se levantó—. Creo que voy a bajar antes de que esté listo. No debería tardar mucho —añadió. La señorita Jameson contemplaba el agua en silencio. Llevaba un pañuelo fino sobre los hombros: una cosa brillante y palmeada que le prestaba una fragilidad exangüe, como el tenue puente de pecas (reliquia de una sola tarde de sol) alrededor de la nariz. Ahora estaba sentada, repentinamente callada, con el cigarrillo entre sus dedos largos y delicados, y Pete estaba de pie a su lado, muy incómodo, sin saber por qué—. Creo que bajaré antes del desayuno —repitió—. Oiga —ofreció su periódico—, ¿por qué no le echa un vistazo?

Ella volvió a mirarlo, y cogió el periódico.

—Ah, Pete, no sabe mucho de nosotras, a pesar de toda su experiencia.

—Seguro —contestó—. La veo luego, ¿vale? —Y se fue. «Me alegro de haber

traído un cuello limpio», pensó al alcanzar la escalerilla. «Este viaje va a durar dos años...».

Cuando empezó a descender volvió a mirarla. Tenía el periódico en el regazo, pero no lo miraba. Y había tirado el cigarrillo. «Dios mío», se dijo Pete. Después se le ocurrió una idea. «Pete, chico —se dijo—, va a ser un viaje duro». Bajó al estrecho pasillo. A ambos lados, lo interrumpían presuntuosamente puertas espaciadas y mudas con pomos de latón. Aminoró la marcha un momento, contó las puertas para encontrar la suya, y cuando se detuvo la puerta más cercana se abrió de pronto y apareció la sobrina con un impermeable en la mano.

—Hola —dijo ella.

—No digas nada —contestó Pete, levantando un poco su sombrero—, ¿Jenny está levantada?

—He soñado que perdías eso —le dijo la sobrina—. Sí, saldrá enseguida, imagino.

—Muy bien. Tenía miedo de que se quedara tumbada y se muriera de hambre.

—No, saldrá pronto. —Estaban de pie uno frente al otro en el estrecho pasillo, bloqueándolo por completo, y la sobrina dijo—: Déjame pasar, Pete, estoy demasiado cansada como para escalarte.

Él se apartó, la observó marcharse y dijo:

—Pierdes los pantalones.

Ella se paró y movió las caderas, y una tela informe descendió por debajo de su impermeable y cayó en un ovillo, despacio y letárgica, hasta sus pies. Se apoyó en una sola pierna y dio una patada a la masa, después se agachó y cogió entre los pliegues una corbata de hombre desgastada e informe.

—Maldita cuerda —dijo, le dio una patada a la masa y la recogió.

Pete avanzó por el estrecho corredor, contó las discretas puertas idénticas. Olió a café y se dijo: «Un viaje duro». Y afectadamente: «Se lo contaré al mundo».

Ocho en punto

—Es la dirección —explicó la señora Maurier en el desayuno—. Algunos...

—Lo sé —exclamó inmediatamente la señora Wiseman sobre sus pomelos—. ¡Espías alemanes!

La señora Maurier la observó con paciente asombro. Dijo: «Qué mona».

—Ayer funcionaba perfectamente. El capitán dice que ayer funcionaba perfectamente. Pero esta mañana, cuando ha llegado la tormenta... el caso es que estamos encallados, y van a mandar a alguien para que traiga un remolcador que nos saque. Han intentado encontrar el problema esta mañana, pero no sé...

La señora Wiseman se inclinó hacia ella, tocando su mano curiosa y llena de anillos.

—Bueno, bueno, no sufra por eso. No ha sido culpa suya. Nos sacarán pronto, y podemos divertirnos aquí tanto como si estuviéramos navegando. Quizá más: el movimiento parece tener un mal efecto sobre el grupo. Me pregunto... —Fairchild y su cuadrilla todavía no habían llegado; ante cada asiento vacío estaba el pomelo, inocente y profundo. Sin duda la perspectiva de comer más pomelo no podría haberlos empujado a...

La señora Maurier siguió su mirada.

—Quizá sea mejor así —murmuró.

—De todas maneras, yo siempre he querido naufragar —continuó la señora Wiseman—, ¿Cómo lo llaman? ¿Encallar el barco? Pero Julius y Dawson no pueden haber pensado eso —la señora Maurier, que meditaba melancólica sobre su plato, levantó los ojos y se estremeció—. No, no —se respondió la otra rápidamente—. Por supuesto que no, qué tontería. Simplemente ha ocurrido, son cosas que pasan. Pero que esto sirva de lección para ustedes, chicos, para que nunca tengan un comportamiento que les haga sospechosos —añadió mirando a la sobrina y al sobrino. El camarero reapareció con el café. La señora Maurier le ordenó dejar la fruta de los caballeros hasta que les viniera en gana ir a buscarla.

—No podrían haberlo hecho aunque hubieran querido —dijo la sobrina—. No saben nada de mecánica. Josh podría haberlo hecho. Lo sabe todo sobre los motores de automóviles. Apuesto a que podrías arreglarlo si quisieras, ¿verdad, Gus?

No pareció oírla. Terminó su desayuno, comiendo con una preocupación constante y completa, después echó la silla hacia atrás y pidió un cigarrillo. Su hermana sacó un paquete de algún sitio. Llevaba un tenue resto de maquillaje rosado y perfumado y la señorita Jameson dijo con un tono incisivo.

—Me preguntaba quién tenía mis cigarrillos. Eras tú, ¿verdad?

—Pensaba que te los habías olvidado y los he traído —ella y su hermano tomaron uno cada uno, y la sobrina deslizó el paquete encima de la mesa. La señorita Jameson lo cogió, lo miró un momento y se lo metió en el bolso. El sobrino tenía un mechero. Todos observaron con interés, y al cabo de un rato el señor Talliaferro le ofreció una cerilla con intención burlona. Pero finalmente produjo una llama, y el sobrino encendió el cigarrillo y cerró la tapa con un chasquido.

—Dame fuego, Gus —dijo su hermana rápidamente y él sacó dos cerillas del bolsillo de su camisa y las puso junto a su plato. Se levantó.

Silbó monótonamente cuatro compases de «Sleepytime Gal», terminó con una nota prolongada y dolorosa, sacó de entre la ropa de cama de su litera la varilla de hierro y la miró entornando los ojos contra el humo de su cigarrillo, examinándola. Un extremo estaba ennegrecido; lo frotó pellizcando la pernera de su pantalón en torno a él. Después siguió examinándola. El extremo seguía negro. El humo de su cigarrillo le humedecía los ojos, así que lo escupió y lo pisó.

Al cabo de un rato encontró un cepillo de dientes, caminó por el pasillo hasta el cuarto de baño y frotó la varilla con él. Salió un poco de la suciedad, que se quedó pegada al cepillo, y secó la varilla en su camisa y frotó el cepillo contra la rejilla del ojo de buey, después contra el grifo de minio, y después contra el dorso de su mano. Lo olisqueó... todavía olía a máquina, pero con pasta de dientes encima no se notaría. Regresó y volvió a poner el cepillo de dientes entre las cosas del señor Talliaferro.

Silbó monótonamente cuatro compases de «Sleepytime Gal». La sala de máquinas estaba desierta. Pero de todas maneras no intentaba esconderse. Encontró las llaves inglesas y fue donde la batería y puso la varilla en su sitio sin prisa, silbando con monótona concentración. Dejó las llaves en su sitio y se quedó un rato observando el motor adormecido con fascinación. Después abandonó la habitación sin prisa.

El capitán, el camarero y el marinero desayunaban en el salón. Él se detuvo en la puerta.

—Tenemos una avería, ¿eh? —preguntó.

—Sí, señor —respondió escuetamente el capitán. Siguieron desayunando.

—¿Cuál es el problema? —No hubo respuesta, y después de un momento sugirió —: ¿El motor?

—La dirección —respondió el capitán.

—Eso debería poder arreglarse... ¿Dónde está la dirección?

—En la sala de máquinas —contestó el capitán.

El sobrino se dio la vuelta.

—Bueno, no he tocado nada en la sala de máquinas.

El capitán se inclinó sobre su plato, masticando. Después sus mandíbulas se pararon y alzó la cabeza bruscamente para observar al sobrino que se retiraba por el pasillo.

Diez en punto

—Su problema, Talliaferro, es que no es lo bastante audaz con las mujeres. Ese es su problema.

—Pero yo... —Fairchild no le dejó terminar.

—No quiero decir con las palabras. Las palabras no les interesan, salvo como cosillas con las que pasar el tiempo. No se puede ser audaz con ellas con las palabras: ni siquiera puede escandalizarlas con las palabras. Aunque quizá la razón resida en que la mitad del tiempo no te están escuchando. No les interesa lo que vas a decir: les interesa lo que vas a hacer.

—Sí, pero... ¿Qué quiere decir, ser audaz? ¿Qué debo hacer para ser audaz?

—¿Cómo lo hacen en todas partes? ¿No está cada periódico que ve lleno de noticias de hombres detenidos en Kansas City u Omaha en circunstancias comprometidas con chicas jóvenes que habían desaparecido en Indianápolis y Peoría y hasta Chicago días y días atrás? Está claro que si un hombre puede llegar hasta Kansas City con una chica de Chicago, sin que ella le pegue un tiro por suerte o afecto o mera exuberancia de ánimo o algo, se puede arriesgar sin peligro con una chica de Nueva Orleáns.

—Pero, ¿para qué querría Talliaferro llevar a una chica de Nueva Orleáns, o a cualquier otra chica, a Kansas City? —preguntó el semita. Lo ignoraron.

—Lo sé —repuso el señor Talliaferro—. Pero esos hombres siempre acaban de atracar un estanco. Yo no podría hacer eso, ya sabe.

—Bueno, quizá las chicas de Nueva Orleáns no requieran de eso: a lo mejor todavía no son tan sofisticadas. Quizá no son conscientes de que sus favores valen un estanco. Pero no lo sé: hay películas, e incluso algunas de ellas probablemente leen periódicos, así que le aconsejaría que se pusiera manos a la obra inmediatamente. Puede que ya se haya corrido la voz de que si esperan un día o así, pueden conseguir un estanco por prácticamente nada. Y no hay muchos estancos en Nueva Orleáns, ya sabe.

—Pero —dijo de nuevo el semita—, Talliaferro no quiere una chica y un estanco.

—Eso es verdad —asintió Fairchild—, Usted no busca tabaco, ¿verdad, Talliaferro?

Once en punto

—No, señor —respondió pacientemente el sobrino—, es una pipa.

—¿Una pipa? —Fairchild se acercó, interesado—. ¿Cuál es la idea? ¿Durará más que una pipa normal? ¿Cabe más tabaco?

—Es más fría —corrigió el sobrino, que tallaba minuciosamente los cilindros—, no quema la lengua. Fumas el tabaco hasta el último grano, y no te quema la lengua. Puedes cambiar de marcha, más o menos, como en un coche.

—Bueno, maldita sea. ¿Cómo funciona? —Fairchild cogió una silla, y el sobrino le enseñó cómo funcionaba—, Bueno, maldita sea —repitió, animado—, podrías ganar un montón de dinero, si consigues que funcione.

—Funciona —respondió el sobrino, uniendo de nuevo sus cilindros—. Hice una de pino. Tiraba bastante bien para ser una pipa de pino. Funcionará bien.

—¿Qué tipo de madera usas ahora?

—Cerezo —tallaba y encajaba intensamente, inclinando su cabeza oscura y áspera sobre su obra. Fairchild lo observaba.

—Bueno, maldita sea —dijo de nuevo, con una suerte de poderoso asombro—. Es raro que nadie lo pensara antes. Oye, podíamos formar una sociedad, con Julius y el mayor Ayers. Está intentando hacerse rico rápidamente con algo que no requiera trabajo, y esta pipa es una idea mucho mejor que la suya, porque no puedo imaginar que ni siquiera los estadounidenses gasten mucho dinero en algo que no hace otra cosa que mantenerte los intestinos abiertos. Eso es demasiado sensato para nosotros, a pesar de que compraríamos cualquier cosa... Tu hermana me dice que vais a ir a Yale el mes que viene.

—Voy yo —corrigió el sobrino sin levantar la cabeza—, Mi hermana solo cree que va a ir, eso es todo. No paró de molestar a papá hasta que dijo que ella también podía ir. Para entonces querrá hacer otra cosa.

—¿Qué hace ella? —preguntó Fairchild—, Quiero decir, ¿tiene un montón de pretendientes que corren bailando y comprando cosas como la mayoría de las chicas como ella?

—No —respondió el sobrino—, se pasa la mayor parte de su tiempo y del mío detrás de mí. Está bien, supongo —añadió con tolerancia—, pero no tiene mucho sentido común —separó los cilindros, los miró entornando los ojos.

—Ahí es donde cambia de marcha, ¿verdad? —Fairchild se inclinó más cerca de nuevo—. Sí, es una chica bastante agradable. Un poco como un potro de carreras, ya sabes... Así que tú vas a Yale. Yo también quise ir a Yale una vez. Solo que tuve que ir donde pude. Creo que llega un momento en la vida de cada joven estadounidense, de la clase que quiere una educación académica o acepta la inevitabilidad de la educación, en el que desea ir a Yale o Harvard. Puede que ese sea el valor que le dan Yale o Harvard a nuestra vida americana: una especie de ilusión de un Nirvana intelectual que hace que los que no pueden ir trabajen como locos en el sitio al que pueden ir, para no quedar tan mal en comparación con los elegidos. Aun así, noventa y nueve de cada cien de los que van a Yale y Harvard resultan razonablemente soportables, como poco. Y eso es algo que dice mucho de cualquier fábrica, imagino. Pero me gustaría haber ido allí... —El sobrino no escuchaba con especial interés. Afeitaba y peinaba su cilindro solícitamente. Fairchild dijo:

—Yo fui a una universidad rara. Una universidad religiosa, ya sabes, donde fabricaban predicadores. Trabajaba en una factoría de segadoras en Indiana, y el dueño de la fábrica era ex alumno y consejero de la universidad. Era un viejo beato con barba de chivo, y todos los años ofrecía media beca por la que competíamos los jóvenes que trabajábamos para él. La ganabas, ya sabes, y te conseguía un trabajo cerca de la universidad para que pudieras pagar la pensión pero nada más —para mantenerte alejado de las tentaciones de la carne, claro—, y cada mes le mandaban un informe de tus progresos. Y la gané, ese año.

»Era una beca de un año, así que intenté hacer todo lo posible. Tenía seis o siete clases al día, además del trabajo que tenía para pagar la pensión. Pero me interesó aprender cosas: aprendí a pesar de los profesores que teníamos. Eran un puñado de

curas desmoronados: la cabeza llena de dogmas e intolerancia y la tripa llena de palabras sin sentido. La asignatura de literatura inglesa pasaba a Shakespeare por encima porque escribía sobre putas sin dar una moraleja y un profesor siempre insistía en que la cabeza del diablo en *El paraíso perdido* era un inspirado retrato profético de Darwin, y no se atrevían a tocar a Byron ni con un palo de tres metros. Swinburne se reducía a su madre y a su viejo espacio, el océano. Y supongo que habrían tenido que quitarlo si hubiera llevado los trajes de baño de una pieza de ahora. Pero, a pesar de eso, me interesó aprender cosas. Me gustaría haber mirado mi cabeza, al final de ese año... —miró hacia el agua, sobre los ronquidos de las olas, constantes y agitadas por el viento. Se rió—, Y casi entro en una fraternidad.

El sobrino se inclinó sobre su pipa. Fairchild sacó un paquete de cigarrillos. El sobrino aceptó uno abstraído. También aceptó fuego.

—Supongo que ya le has echado el ojo a una fraternidad, ¿verdad? —sugirió.

—El Club Senior —corrigió lacónicamente el sobrino—, Si me admiten.

—El Club Senior —repitió Fairchild—, Eso quiere decir que tardarás tres años en entrar, ¿eh? Es buena idea. Me gusta esa idea. Pero yo tenía que hacerlo todo en un año, ya ves. No podía esperar. No tenía mucho tiempo para mezclarme con los otros alumnos. Seis horas al día en clases, y el resto del tiempo trabajando y estudiando para el día siguiente. Pero no pude evitar oír hablar de ello, de iniciaciones y juramentos y todo eso, y cómo tal y cual iban detrás de este tipo o de aquel, porque estaba en el equipo de fútbol o algo.

»Había un individuo en mi pensión: era un individuo alto y guapo, siempre hablaba de los grandes atletas y cosas así en la universidad. Los conocía a todos por su nombre de pila, y siempre tenía alguna historia de chicas, y siempre andaba enseñando un sobre rosa o algo... Una especie de insinuación caballeresca, siempre guardaba el buen nombre de las chicas. Era un senior, me dijo, y fue el primero en hablarme de las fraternidades. Me dijo que estaba en una desde hacía mucho tiempo, aunque no llevaba insignia. Le había dado su insignia a una chica, y ella no quería devolverla... Ya ves —explicó de nuevo Fairchild—. Tenía tanto trabajo: ya sabes, acostumbrarse a una rutina de trabajo por el pan y la carne, donde el azar no me podía tocar mucho. El azar y la información. Eso es lo que querían decir cuando hablaban de sabiduría, de sentido común...

»Fue él quien me dijo que podía meterme en esa fraternidad, si quería —dio una calada a su cigarrillo, lo tiró—. Los jóvenes introducen la vida en los rituales al hacer de las convenciones una parte viva de la vida: solo los viejos destruyen la vida al convertirla en un ritual. Y yo quería sacar todo lo que pudiera de la universidad. El chico que pertenece a una banda secreta de piratas y que sueña con defender una abstracción con su sangre no ha muerto del todo antes de los veintiuno, ya sabes. Pero no tenía dinero.

»Entonces sugirió que trabajara más por un tiempo. Me señaló otros hombres que pertenecían a la fraternidad, o que iban a unirse: jugadores de béisbol, capitanes de

equipos, estudiantes premiados y cosas por el estilo. Así que conseguí más trabajo. Me dijo que no se lo dijera a nadie, que así era como lo hacían. Yo no conocía mucho a nadie —explicó—. Tenía que trabajar todo el día: no tenía oportunidad de conocer a nadie lo bastante bien como para hablar —reflexionó por encima de los incesantes batallones de olas que desaparecían—, Así que encontré más trabajo. Tenía que ser un trabajo nocturno, y encontré un puesto de ayudante en la planta eléctrica del colegio. Podía llevar los libros y estudiar mientras el vapor se mantenía, solo que a veces tenía demasiado sueño para estudiar. Así que tuve que dejar una de las clases, aunque el profesor al final permitió que me preparase durante las vacaciones de navidad. Pero de todas formas aprendí a dormir sobre un montón de ceniza, o en una carbonera.

Ahora el sobrino estaba interesado. La navaja yacía ociosa en su mano, su cilindro reposaba, olvidando la agonía de la madera.

—Me costaría veinticinco dólares, pero pensé que si trabajaba horas extra, como hacía, pensé que no me costaría nada, salvo la pérdida de sueño. Y un joven puede soportar eso si lo necesita. Estaba acostumbrado, ya sabes, y me parecía que era como encontrar veinticinco dólares.

»Llevaba trabajando un mes cuando ese individuo se acercó a mí y me dijo que había pasado algo y que la fraternidad tendría que empezar inmediatamente, y me preguntó cuánto había ganado. Me faltaba un poco para tener veinticinco dólares, así que dijo que me prestaría la diferencia para que llegase; y fui a la planta eléctrica y le dije al gerente que necesitaba algo de dinero para pagar al dentista, y cogí mi dinero y se lo di a ese tipo, y me dijo dónde encontrarlo la noche siguiente: detrás de la biblioteca a cierta hora. Y lo hice: estaba allí, como él dijo —Fairchild volvió a reírse.

—¿Qué hizo el pájaro? —preguntó el sobrino—, ¿Estafarle?

—Hacía frío esa noche. Finales de noviembre, y llegaba un viento frío del norte, que silbaba alrededor del edificio entre los árboles desnudos. En los árboles solo había unas cuantas hojas muertas que hacían un ruido triste y seco. Habíamos ganado un partido de fútbol por la tarde y podía oír los gritos ocasionales, y ver las luces en las residencias en las que vivían los que se lo podían permitir, calientes y bonitas, con los árboles desnudos meciéndose y ondulando al otro lado de la ventana. Todavía celebrando el partido que habíamos ganado.

»Así que caminé de un lado a otro, pisando el suelo con fuerza, y al cabo de un rato doblé la esquina de la biblioteca, donde no hacía tanto frío; desde allí podía sacar la cabeza por si venía a buscarme. Desde ese lado del edificio veía la residencia donde vivían las chicas. Estaba iluminado, como para una fiesta, y veía sombras que iban y venían tras las cortinas echadas, donde se vestían y se arreglaban el pelo y todo; y pronto oí un grupo que se acercaba por el campus y pensé que habían venido al fin. Pero continuaron hacia la residencia de las chicas, el lugar donde se celebraba la fiesta.

»Caminé de un lado a otro un poco más, pisando el suelo con fuerza. Pronto oí

que daban las nueve en un reloj. En media hora tendría que estar en la planta eléctrica. En la fiesta había música: la oía a pesar de las ventanas cerradas, y pensé que a lo mejor podía acercarme un poco más. Pero el viento era más frío, y traía un poco de nieve y además tenía miedo de que vinieran a buscarme y yo no estuviera. Así que pisé el suelo con fuerza, caminé de un lado a otro. Pronto me di cuenta de que debían ser las nueve y media, pero me quedé un rato más; no tardó en ponerse a nevar con fuerza: una ventisca. Era la primera nevada del año, y alguien de la fiesta salió a la puerta para verla, gritando: podía oír las voces de las chicas, altas, ilusionadas y frescas, y la música sonaba más alta. Después volvieron dentro, y la música volvió a ser débil, y el reloj dio las diez. Así que volví a la planta eléctrica. Ya llegaba tarde —se detuvo, reflexionando sobre los batallones de olas y el viento que las golpeaba blancamente. Volvió a reírse—, Pero casi entro en la fraternidad.

—¿Y qué pasó con ese pájaro? —preguntó el sobrino—, ¿No lo cazó el día siguiente?

—Se fue. No volví a verlo. Más tarde me enteré de que ni siquiera estaba matriculado en la universidad. Nunca supe qué fue de él —Fairchild se levantó—. Bueno, termínala, y nos montamos una empresa y nos hacemos ricos.

El sobrino siguió sentado, agarrando su navaja y su cilindro, y observó la espalda robusta de Fairchild hasta que el otro desapareció de su vista.

—Pobre idiota —dijo, y volvió a su trabajo.

Dos en punto

Era un intervalo insoportable para la gente joven y activa: justo después de comer en un día de verano. Todos los demás dormitaban en alguna parte; no había nadie con quien hablar y nada que hacer. Hacía más calor que antes del mediodía aunque el cielo continuaba claro, y seguían llegando olas ante un viento constante: golpeaban el cómodo bao del Nausikaa, y se volvían cremosas hasta fundirse y morir espumeantes en la playa baja y su silenciosa empalizada de árboles.

La sobrina estaba asomada en la proa y contemplaba las olas. Disminuían —al atardecer no quedaría ninguna—, pero de vez en cuando llegaba una lo bastante grande como para lanzar hacia arriba una lluvia fina y alegre. Su vestido le azotaba las piernas desnudas y ella miraba el agua agitada, mientras decidía si se ponía el traje de baño. «Pero si voy ahora me cansaré y cuando vayan los otros no tendré nada que hacer». Contemplaba el agua, observaba cómo se levantaba y se movía y cambiaba, observaba cómo los cables del ancla cortaban las olas que llegaban, sentía el viento contra su espalda.

Después el viento le sopló en la cara y ella holgazaneó por la cubierta, se detuvo

ante el puente de mando y bostezó. No había nadie. Pero era porque el timonel había salido por la mañana para pedir un remolcador. Entró en la sala, examinó los aparatos de control con interés. Tocó el timón, dubitativa. Giraba bien: debían de haber arreglado lo que estuviera roto. Apartó la mano y examinó la sala de nuevo, esperanzada, y sus ojos se detuvieron en unos prismáticos que colgaban de un clavo, en la pared.

A través de los prismáticos vio una forma borrosa de dos colores, pero inmediatamente, bajo sus dedos, la forma borrosa se convirtió en árboles espantosamente distintos y separados hoja a hoja y rama a rama y colgantes de musgo verde donde barbas de chivos meditados rumiaban entre los árboles sobre una tira amarilla de playa y una capa de espuma sobre la que el sol posaba arco iris fugitivos. Observó esto durante un tiempo, cautivada, después giró lentamente los prismáticos y las olas pasaban al alcance de la mano, se rizaban y convertían en espuma. Giró los prismáticos un poco más, y la barandilla apareció monstruosamente, y sobre la barandilla un objeto sin nombre lanzó en ese instante varios cuencos amarillos. Las cosas amarillas cayeron al agua, aparentemente muy cerca pero sin producir un sonido, y, al girar los prismáticos otra vez, lo que los había despedido no aparecía, y en su lugar surgió la espalda de un hombre, lo bastante cerca como para tocarla si extendía la mano.

Bajó los prismáticos y la espalda del hombre se alejó, convirtiéndose en la del camarero, que llevaba un cubo de basura, y comprendió lo que eran los cuencos amarillos. Volvió a levantar los prismáticos y el camarero apareció de pronto y en silencio al alcance de su mano. Llamó «¡Eh!» y cuando se detuvo y se dio la vuelta su rostro era más feo que Picio. Ella lo saludó con la mano, pero él solamente la miró un momento. Después siguió y dio la vuelta a una esquina.

La sobrina volvió a colgar los prismáticos y caminó por la cubierta en dirección al lugar por donde él había desaparecido. Si miraba inclinada desde la escalerilla podía ver cómo se movía y lavaba los platos del almuerzo; se sentó en el último escalón. Había una pequeña ventana redonda junto a ella, y el camarero se inclinó sobre el fregadero mientras la luz caía directamente sobre su cabeza castaña. Ella lo observó en silencio, con intensidad pero sin grosería, como un niño, hasta que él miró hacia arriba y descubrió su cara morena y seria, delimitada por un marco redondo.

—Hola —dijo ella.

—Hola —respondió él con la misma seriedad.

—Usted tiene que trabajar todo el tiempo, ¿verdad? —preguntó—. Oiga, me gustó cómo salió detrás de aquel hombre, ayer. Y con la ropa puesta. No muchos tienen suficiente sentido común como para alejarse de la hélice. ¿Cómo se llama?

—David West —le dijo, mientras rascaba una cazuela y la enjuagaba con agua. Del agua se levantaba vapor y sobre ella ondulaba una pastilla de jabón de aspecto implacable. La sobrina se sentó sobre sus muslos desnudos.

—Es una pena que usted tenga que trabajar estemos encallados o no —observó—.

El capitán y los demás no tienen nada que hacer. Ahora pueden divertirse más que nosotros. La tía Pat es un poco terrible —explicó—. ¿Lleva mucho con ella?

—No, señora. Este es mi primer viaje. No me importa hacer trabajos ligeros como estos. No hay mucho que hacer, cuando te pones. No es nada comparado con otras cosas que he hecho.

—Ah. Usted... Usted no es cocinero, ¿verdad?

—No, señora —admitió—. Fue el señor Fairchild el que me consiguió este trabajo con la señora... con ella.

—¿De verdad? Vaya, el señor Fairchild conoce a casi todo el mundo, ¿no?

—¿De verdad?

Ella miró a través de la ventana redonda, observó cómo un hervidor ennegrecido brillaba bajo su cepillo. La espuma brotaba, se amontonaba como las nubes de verano, flotaba en el fregadero como pequeños reflejos de nubes.

—¿Hace mucho que lo conoce? —preguntó—. Me refiero al señor Fairchild.

—Lo conocí hace un par de días. Yo estaba en ese parque que tiene una estatua, cerca del muro, y llegó y nos pusimos a hablar y yo no tenía trabajo y me consiguió esto. Puedo hacer cualquier tipo de trabajo —añadió con sosegado orgullo.

—¿De veras? Usted no vive en Nueva Orleans.

—Indiana —le dijo—. Voy de acá para allá.

—Vaya —dijo la sobrina—. Me gustaría ser un hombre. Apuesto a que está bien eso de ir adonde uno quiere. Supongo que trabajaría en barcos. Eso es lo que haría.

—Sí —asintió él—. Yo aprendí a cocinar en un barco.

—¿No...?

—Sí, señora, en el último viaje fui a los puertos del Mediterráneo.

—Vaya —volvió a decir ella—. Usted ha visto muchas cosas, ¿verdad? No se quedaría todo el tiempo en el barco.

—No, señora. Fui a muchas ciudades. Lejos de la costa.

—Seguro que fue a París.

—No, señora —admitió él, con solo un rastro de timidez—, Nunca pude llegar a París. Pero la próxima vez...

—Sabía que no iría —dijo ella rápidamente—. Mire, los hombres solo van a Europa porque dicen que las mujeres europeas son fáciles. ¿Es verdad? ¿Las mujeres europeas son así? ¿Son promiscuas, como dicen?

—No lo sé —dijo él—. Nun...

—Apuesto a que no tenía tiempo para andar tonteando con ellas. Eso es lo que yo haría: no perdería el tiempo con mujeres, si fuera a Europa. Me ponen enferma: esos chicos de la universidad con sus pantalones bombachos y pegatinas de colores en las maletas, que traen de vuelta botellas de coñac vacías y cuchichean sobre las chicas francesas e intentan seducirte en francés. Oiga, apuesto a que donde fue pudo ver un montón de montañas con pueblos pequeños y bonitos en la ladera, y viejas murallas grises y castillos en ruinas, ¿verdad?

—Sí, señora. Y un sitio estaba encima de un lago. Era un lago azul... azul como... agua de lavar —dijo finalmente—, Agua con añil. La gente de campo pone añil en el agua cuando lava la ropa —explicó.

—Lo sé —dijo ella impaciente—, ¿Había montañas alrededor?

—Los Alpes, y unos barcos pequeños y blancos que no eran más grandes que un bicho. No los veías moverse: solo veías el agua extendiéndose a los lados. El agua se extendía hasta que casi tocaba las dos orillas cuando pasaba un barco. Y te podías pasar el día tumbado en la montaña y mirar cómo volaban las águilas por encima del agua hasta el atardecer. Entonces las águilas volvían a las montañas —David miró por el ojo de buey, más allá de la sobria cara de la sobrina, enmarcada por la ventana redonda, sin verla, porque en realidad veía su lago de color detergente y sus montañas y águilas solitarias contra el cielo azul—. Y después el sol bajaba, y a veces parecía que las montañas estaban ardiendo. Era por el hielo y la nieve que tenían. También era bonito de noche —añadió con sencillez, mientras frotaba las cazuelas.

—Vaya —dijo ella, con una añoranza callada y joven—, Y eso es lo que consigues por ser mujer. Supongo que tendré que casarme y tener un puñado de críos —lo observó con sus graves ojos opacos—. No, no —dijo fieramente—. Voy a pedirle a Hank que me lleve el año que viene. ¿No puede volver usted para entonces? Mire, arréglole todo para volver entonces, y yo iré a casa, se lo contaré a Hank e iré. Josh también querrá venir, seguramente, y usted sabe dónde están los sitios. ¿Puede hacerlo?

—Supongo que podría —respondió lentamente—. Solo que...

—¿Solo qué?

—Nada —dijo por fin.

—Bueno, pues prepárese. Le daré mi dirección y usted me escribe para decirme por dónde podemos empezar y dónde quedamos con usted... Supongo que no podré ir en el mismo barco que usted, ¿verdad?

—Me temo que no —respondió.

—Bueno, da igual. David, ojalá pudiéramos ir mañana. Me pregunto si dejan nadar en ese lago. Pero no sé, a lo mejor es más agradable estar en lo alto como usted y mirarlo. El verano que viene... —sus ojos ciegos descansaron sobre la cabeza castaña y ocupada del camarero, mientras su espíritu yacía boca abajo sobre el Lago Mayor y contemplaba pequeños barcos blancos no más grandes que escarabajos de agua, y las águilas solitarias y arrogantes en el cielo azul y soleado, encerrado por montañas coronadas de nubes y más altas que Dios.

David secó sus ollas y sartenes y las colgó en el mamparo, en una pulcra hilera. Lavó el paño y lo colgó para que se secara en la pared. La sobrina lo observaba.

—Es una pena que tenga que trabajar todo el tiempo —dijo con educado pesar.

—Ya he terminado.

—Vamos a nadar, entonces. Ahora estará bien. Estaba esperando que alguien se metiera conmigo.

—No puedo —dijo él—. Tengo trabajo.

—Pensaba que ya había terminado. ¿Le falta mucho? Si no, podemos ir luego: le esperaré.

—Bueno, verá, no me baño durante el día, me baño por la mañana temprano, antes de que ustedes se levanten.

—Vaya, no había pensado en eso. Seguro que es estupendo, ¿verdad? ¿Por qué no me llama por la mañana, cuando esté listo para bañarse? ¿Lo hará? —Él dudó otra vez y ella añadió mientras lo observaba con sus ojos sobrios y opacos—: ¿Es que no le gusta nadar con chicas? No pasa nada. No le molestaré. Nado bastante bien. No tendrá que preocuparse de que no me ahogue.

—No es eso —respondió él torpemente—. Verá, no tengo traje de baño —espetó.

—Oh, ¿eso es todo? Le dejaré el de mi hermano. Le irá un poco apretado, pero me parece que podrá llevarlo. Se lo traigo ahora, si va a bañarse.

—No puedo —repitió—. Todavía tengo que limpiar un poco.

—Bueno —se levantó—. Si no va a bañarse. ¿Pero por la mañana? Lo ha prometido, ya sabe.

—De acuerdo —convino él.

—Intentaré estar despierta. Llame a la puerta. La segunda a la derecha —se giró sobre sus pies callados y descalzos. Volvió a detenerse—. No olvide que lo ha prometido —dijo.

Después su cuerpo plano de chico se marchó y David volvió al trabajo.

La sobrina siguió caminando por la cubierta y dobló la esquina de la caseta sobre sus pies silenciosos, justo a tiempo de ver cómo Jenny aplastaba y dispersaba un ataque del señor Talliaferro. La sobrina se dio la vuelta, sin ser vista.

Audacia. Pero Fairchild había dicho que no se puede ser audaz con las palabras. ¿Cómo ser audaz entonces? Intentar hacer cualquier cosa sin palabras, le parecía, era como intentar producir grano sin semillas. Aun así, Fairchild había dicho... y él conocía a la gente, a las mujeres... El señor Talliaferro merodeaba inquieto por el barco prácticamente solo para él, y encontró a Jenny durmiendo plácidamente en una silla a la sombra de la caseta. Rubia y rosada y suave en el sueño era Jenny: un abandono suave y pasivo, ceñido como el agua en el abrazo combado de la silla de lona. El señor Talliaferro envidió esa silla con un golpe de fuego como un adolescente con sus huesos secos, y, mientras miraba de pie la incomodidad desparramada de los dulces muslos y piernas de Jenny y la mano pequeña y sucia que colgaba sobre su cadera, esa explosión inminente de fuego y desolación pareció distender levemente todos sus órganos, dejándole un suave sabor a sal en la lengua. El señor Talliaferro echó una mirada rápida por la cubierta.

Miró rápidamente por la cubierta, y después, sintiéndose bastante idiota pero extraña y exuberantemente joven, se acercó, se inclinó y deslizó con ligereza la mano

por la pesada relajación del cuerpo de Jenny a través de la lona que lo aguantaba. Después tuvo la terrible sensación de que alguien lo estaba observando y se puso de pie con una alarma similar a la náusea, mirando fijamente los ojos cerrados de Jenny. Pero sus párpados seguían sellados, un azul desmayado y transparente se extendía sobre sus mejillas y su respiración era un vientecillo regular que olía a leche fresca. El señor Talliaferro todavía sentía unos ojos sobre él y se quedó de pie incómodo, pensando en algo que hacer, algún gesto casual. Un cigarrillo, ofreció por fin su caótico cerebro. Pero no llevaba ninguno, y, todavía espoleado por esa necesidad, se fue rápidamente hacia su camarote.

El sobrino seguía dormido en la litera: el señor Talliaferro entró con la respiración agitada, cogió sus cigarrillos, y después se puso frente al espejo y estudió su cara, buscando en ella algo salvaje, algo temerario.

Pero conservaba su expresión habitual de asombro leve y educado, y se arregló el cabello, pensando en la comba dulce y pasiva de la silla de cubierta... sí, casi justo encima de su cabeza... Volvió a cubierta con miedo a que ella se hubiera despertado, levantado y marchado. Se contuvo y adoptó un paso más tranquilo mientras reconocía la cubierta. Todo iba bien.

Fumó su cigarrillo con caladas cortas y nerviosas, mientras escuchaba su corazón y saboreaba esa sal tibia. Sí, le temblaba la mano, y se quedó de pie, impostando una actitud casual, mirando el agua, el cielo y la orilla. Después se movió, todavía con un aire casual, regresó hacia donde dormía Jenny, que no había variado su abandono supino, blando, inconsciente y aterrador.

El señor Talliaferro se inclinó sobre ella. Después se apoyó sobre una rodilla, luego sobre las dos. Jenny dormía de manera inefable, le echaba en la cara su aliento regular y dulce... se preguntó si podría levantarse lo bastante rápido, en caso de emergencia... Se levantó y miró a su alrededor, después cruzó la cubierta de puntillas y, todavía de puntillas, encontró otra silla, la colocó junto a la de Jenny y se sentó. Pero era reclinable, así que intentó sentarse en el borde. Demasiado alta, y en medio de sus caóticas emociones sintió una acosada desesperación ante la futilidad y el paso implacable de la Oportunidad, y todo el tiempo era como si él mismo estuviera cerca y a la vez distante, observando sus propias travesuras. Encendió otro cigarrillo con manos temblorosas, dio tres caladas que no saboreó y lo tiró.

Era duro ese lugar sus viejas rodillas sí Sí Jenny, su respiración Sí Sí su boca roja suave con dientes pequeños pero se veían rubia dividida un dorado remolino caleidoscópico un solo ojo azul no completamente despierto su respiración sí Sí Sintió de nuevo unos ojos, sabía que estaban allí pero lo despreció todo y se abalanzó hociendo la boca de Jenny, justo en el momento en que ella se despertaba.

—Un beso para despertar a la bella durmiente —balbució el señor Talliaferro con un seco falsete.

Jenny chilló, movió un poco la cabeza. Después se levantó del todo y puso la mano bajo la barbilla del señor Talliaferro.

—Un beso para despertar a la bella durmiente —repitió el señor Talliaferro, con una risa delgada e histérica, obsesionado con una necesidad completa y atroz de completar el gesto.

Jenny se incorporó, y empujó al señor Talliaferro, que tuvo que levantarse y apoyarse en los talones.

—¿Qué haces, viejo...? —Jenny lo fulminó con la mirada, buscó en la vaga región rosada que era su cerebro, y finalmente produjo una expresión que un oficial de cubierta o un ferroviario, encendidos por el vino, podrían aplicar a su Filis del sábado noche, que les cargaría por letras, como un cablegrama.

Jenny observó la huida atildada del señor Talliaferro con una suave indignación rubia. Cuando desapareció volvió a dejarse caer en el sillón. Bufó, un sonido suave de indignación, y se volvió a apoyar en un costado. Una vez más respiró con justa indignación, y pronto empezó a dar cabezadas y se quedó totalmente dormida.

Nueve en punto

Era un trozo de crespón verde manzana de mala calidad y algo sucio y su principal propósito parecía ser indicar vagamente la forma del trasero de Jenny, mientras ella bailaba acariciando los dos puntos blandos de sus muslos con la persistente esterilidad de un amante envejecido. Era como si hubiera dormido recientemente con el vestido puesto, y también había un pequeño sombrero de paja pálida, sin ninguna forma particular, con un lazo. Jenny se deslizó del abrazo del señor Talliaferro con plácida destreza. Ella y Pete acababan de discutir amargamente. En realidad, había sido Pete. La perturbadora placidez bovina de Jenny se había disuelto en lágrimas, y sus ojos se habían hecho más inefables que nunca, y habló tranquilamente de lo que había intentado todo el tiempo: divertirse tanto como pudiera, mientras estuviese en el barco. Pete no podía marcharse: todo lo que podía hacer era armar bronca y enfadarse, o quizá pegarle. Lo había hecho una vez, y así se había convertido voluntariamente en su esclavo. A ella le había gustado bastante...

Más allá de las luces y del sonido del gramófono, el agua era un ruido menor e incesante en la oscuridad; por encima, se veían estrellas vagas y soñolientas. Jenny seguía bailando plácidamente, sin que la preocupase el flujo de palabras suaves que el señor Talliaferro pronunciaba contra su cuello, apenas consciente de la mano que deslizaba pequeños círculos concéntricos en la parte baja de la espalda.

—Es guapa, ¿verdad? —le dijo Fairchild a su compañero junto a la escalerilla, donde habían salido a tomar a el aire—. Algo blanda, estúpida y joven, ya sabes. Pasiva, y al mismo tiempo perturbadora, desafiante —los observó un tiempo, luego añadió—. Ahí va la Gran Ilusión por excelencia.

—¿Cuál es el problema de Talliaferro? —preguntó el semita.

—La ilusión de que se puede seducir a las mujeres. Lo que es imposible: ellas te eligen a ti.

—Y entonces, que Dios te ayude —añadió el otro.

—Y con palabras —continuó Fairchild—, ¡Con palabras! —repitió salvajemente.

—Bueno, ¿por qué no con palabras? Con las mujeres tanto vale una cosa como otra. Y es gracioso que tú desprecies las palabras; tú, un miembro de esa especie cuyos actos están controlados por las palabras. La palabra, y no las cosas, es lo que derroca tronos y partidos políticos e instiga cruzadas contra el vicio: la Cosa solo es el símbolo de la Palabra. Y, además, piensa en qué atolladero estaríamos tú y yo si no fuera por las palabras, si tuviéramos que perder nuestra fe en las palabras. Yo no tendría nada que decir en todo el día, y tú tendrías que trabajar o morirte de hambre —se quedó en silencio un momento mientras Jenny seguía deslizándose y balanceándose, deleitando su placidez joven y suave—. Y después de todo, su ilusión es tan nutritiva como la tuya. O como la mía.

—Lo sé. Pero la tuya y la mía no son tan ridículas como la suya.

—¿Cómo lo sabes? —Fairchild no tenía respuesta y el otro continuó—. Después de todo, no importa lo que uno crea. Al hombre no solo lo alimentan las convicciones: lo alimenta cualquier convicción. Independientemente de lo que creas, siempre molestarás a alguien, pero sigues y sangras y mueres por ello contra la ley, contra viento y marea. Y los que mueren por causas perecen por cualquier causa; cuanto más absurda más rápido acuden a abrazarla. Y son bastante felices al hacerlo. Es una provisión de la providencia para mantenerlos ocupados —aspiró su cigarro, pero estaba apagado—. ¿Sabes quién es el hombre más feliz del mundo? Mussolini, por supuesto. ¿Y sabes quién es el segundo? El pobre idiota al que matan por su ilusión cesárea. No hay que compadecerles: si no fuera por Mussolini y su causa sería por otra persona y su causa. Creo que es un gran plan cósmico para fertilizar la tierra... Y podría ser mucho peor —añadió—, ¿Quién sabe? Podrían venir todos a América y caer en manos de Henry Ford.

»Así que no vayas por ahí sintiéndote superior a Talliaferro. Creo que su presente ilusión y su objeto son bastante encantadores, casi tan encantadores como consumir esa ilusión, y eso es más de lo que se puede decir de la tuya —llevó una cerilla a su puro. Su intento de aspiración apareció en la oscuridad abruptamente, y desapareció de nuevo abruptamente. Tiró la cerilla por la borda—, Y tú también, pobre eunuco emocional, a pesar de esa bastarda de taquígrafa y cirujana a la que llamas alma, recuerdas con pesar los besos en la oscuridad y toda la estupidez tierna y dulce de la carne joven.

—Demonios —dijo Fairchild—, Vamos a tomar otra copa.

Su amigo era demasiado amable, demasiado cuidadoso como para decirle «Te lo dije».

La señora Maurier los atrapó cuando llegaban a la escalera.

—Aquí están —exclamó intensamente, apresando sus brazos—. Vengan: vamos a bailar un poco. Necesitamos hombres. Eva le ha quitado Mark a Dorothy, y no tiene compañero. Vengan, señor Fairchild, Julius.

—Ahora volvemos —respondió Fairchild—, Vamos a buscar a Gordon y al mayor, y vendremos todos.

—No, no —dijo ella, en un tono balsámico—. Mandaremos al camarero a buscarlos. Vengan ahora.

—Creo que es mejor que bajemos —objetó rápidamente Fairchild—. El camarero ha trabajado duro todo el día: está agotado, imagino. Y Gordon es algo tímido. Puede que no suba si manda a un criado a buscarlo.

La señora Maurier los liberó dubitativa, contemplándolos con su cara asombrada y redonda.

—¿Vendrán? Vuelva, señor Fairchild.

—Claro, claro —contestó Fairchild mientras bajaba apresuradamente.

—Julius —la señora Maurier lo llamó impotente.

—Los traigo en diez minutos —prometió el semita, y siguió a Fairchild.

La señora Maurier los observó hasta que desaparecieron de su vista, después se dio la vuelta. Jenny y el señor Talliaferro seguían bailando, como la señora Wiseman y el poeta espectral. La señora Maurier los contempló hasta que terminó el disco, y después dijo con firmeza:

—Creo que es mejor que cambiemos de pareja entre nosotros hasta que suban los hombres.

El señor Talliaferro soltó a Jenny obedientemente, y Jenny, liberada, caminó un momento, y luego se alejó por la cubierta, pasando junto a ese hombre alto y feo que estaba solo, apoyado junto a la barandilla, y más adelante la sobrina habló desde las sombras.

—¿Te vas a la cama?

Jenny se detuvo, giró la cabeza y vio el brillo tenue del sombrero de Pete. Continuó.

—Ajá —contestó.

La luna salía, se levantaba del agua oscura: una Venus empañada e implacable.

Su tía llegó pronto, merodeando, husmeando inquieta las sillas entre las sombras y las esquinas oscuras, implacable y sin tacto como una enfermedad menor.

—Señor, ¿qué hacemos ahora? —gimió la sobrina. Suspiró—, Está claro que esa mujer hace la vida real y seria para todo el mundo.

—Bailar, supongo —contestó Pete. La luna caía sobre el borde perverso y serrado de su sombrero, que brillaba apagado como una hilera de dientes; como la litografía con agujeros de un tiburón que ataca.

—Supongo que sí. Oye, me voy a largar. Entretenía un momento, o vete tú también, sería mejor —la sobrina se levantó con prisas—. Hasta luego. Nos vemos... Ah, ¿también vienes?

Se acercaron hacia la escalera de cubierta y se apretaron contra ella, escuchando el merodear inquieto de la señora Maurier. La sobrina agarró la mano de Pete con fuerza y asomó la cabeza por la esquina.

—También está Dorothy —susurró y retiró la cabeza, se apretaron todavía más y se agarraron las manos, mientras las dos buscadoras pasaban, deteniéndose para husmear en cada rincón oscuro. Pero continuaron, finalmente, y desaparecieron de vista. La sobrina liberó sus dedos y se movió. Al hacerlo descubrió que se había vuelto hacia el brazo de Pete, contra su forma oscura y el temerario ángulo de su sombrero que la coronaba.

Un intervalo como el de dos esgrimistas antes de iniciar el combate. El brazo de Pete se movió con seguridad y su otro brazo rodeó los hombros de la sobrina con una técnica que la obligaba a levantar la cara. Ella estaba tan quieta que él se detuvo en una momentánea vacilación, y con este vaivén un codo duro empujó sin fuerza pero con firmeza bajo la barbilla de Pete.

—Prueba con tu saxofón, Pete —le dijo sin alarma. La mano de Pete volvió a moverse y le cogió la muñeca, pero ella tenía el codo apoyado sobre su tráquea, aumentaba la presión mientras él intentaba apartar el brazo, sus cuerpos tensos, uno contra el otro y sin moverse. Alguien se acercó de nuevo y Pete la soltó, pero antes de que pudieran volver a escabullirse por la esquina la señorita Jameson los vio.

—¿Quién está ahí? —dijo en su voz alta y sin humor. Se acercó, husmeando—. Oh, reconozco el sombrero de Pete. La señora Maurier está buscándolo —los estudió con suspicacia—, ¿Qué están haciendo aquí?

—Escondiéndonos de la tía Pat —respondió la sobrina—, ¿Qué nos va a obligar a hacer ahora?

—Oh. Nada. Ella... deberíamos ser más sociables, ¿no te parece? De todas formas, quiere ver a Pete. ¿Vienes tú también?

—Me voy a la cama. Pero Pete puede ir si quiere arriesgarse.

La sobrina se apartó. La señorita Jameson puso la mano sobre el brazo de Pete.

—Entonces no te importa que me lleve a Pete —insistió con énfasis.

—No me importa si a él no le importa —contestó—. Buenas noches.

—Esa niña se merece unos azotes —dijo la señorita Jameson maliciosamente. Deslizó la mano por el brazo de Pete—, Vamos, Pete.

Erguida, la sobrina se frotó la planta del pie contra la espinilla contraria, escuchando cómo retrocedían sus pasos hacia las luces y la fatua reiteración del gramófono. Frotó su pie rítmicamente hacia arriba y abajo, mientras miraba el agua, sobre la que la luna había comenzado a extender su mano pálida y sin huesos... su

pie dejó de moverse y ella se quedó quieta un momento. Después se apoyó en una pierna y levantó la otra. Bajo sus dedos había un bulto pequeño y duro, un poco caliente. «Narices», susurró. «Han vuelto a encontrarnos». Pero no había nada que hacer, salvo esperar a que llegara el remolcador.

—Y encuentre un montón de huesos picoteados —añadió en voz alta.

Continuó caminando por la cubierta; se detuvo de nuevo en las escaleras.

Era David, de pie junto a la barandilla, su camisa palidecía a la altura de la luz de la luna, contra la oscura línea de la costa. Ella se acercó a él, silenciosa sobre sus pies desnudos.

—Hola, David —dijo en voz baja, apoyando los codos sobre la barandilla junto a los suyos y curvando los hombros y cruzando las piernas como él—. Esta sería una buena noche para estar en la montaña, mirando el lago y los barquitos iluminados, ¿verdad? Creo que el verano que viene estaremos allí por estas fechas, ¿no?

Y en muchos otros de los sitios a los que ha ido. Conoce los lugares bonitos, ¿verdad? Cuando volvamos, yo también los conoceré.

Ella miró el agua oscura que nunca se detenía. Nunca estaba tranquila, nunca era la misma, y a la luz de la luna se rompía en pequeñas alas de plata que huían y se levantaban y caían y cambiaban.

—Ojalá estuviera en el agua —dijo ella—. Nadar a la luz de la luna. No se olvidará mañana, ¿verdad? —«no», dijo él, observando sus flacos brazos cruzados y su pelo corto—. Oiga —ella lo miró—, ¿Qué le parece? Vamos a bañarnos.

—¿Ahora?

—Cuando la luna suba un poco más. La tía Pat no me dejará meterme ahora, de todas formas. Pero a eso de las doce, cuando se hayan ido a la cama, ¿qué le parece? —Él la miró de una forma tan extraña que la sobrina dijo abruptamente—: ¿Qué pasa?

—Nada —respondió él por fin.

—Bueno, le veo a eso de las doce, entonces. Le traeré el bañador de Gus. No se olvide.

—No —repitió él, y cuando la sobrina llegó a las escaleras y se volvió para mirarlo él la seguía observado de esa manera extraña. Pero ella no se preocupó por eso mucho tiempo.

Diez en punto

Jenny tenía el camarote para ella sola. La señora... esa cuyo nombre siempre olvidaba, seguía en la cubierta. Podía oír cómo hablaban, y la risa feliz del señor Fairchild llegaba de alguna parte, aunque no estaba arriba cuando se había marchado,

y el apagado sonido nasal del gramófono y las pisadas justo sobre su cabeza. Seguían bailando. ¿Debería volver? Se sentó sujetando un espejo de mano, mirándolo fijamente, pero el espejo era soso, le recordaba que después de todo esa era una noche en la que no tendría que bailar más. Y hay tantas noches en las que tienes que bailar. A lo mejor mañana por la noche, decía. Pero no tengo que bailar mañana por la noche, pensó... contemplando el espejo y sentada completamente inmóvil... Un chillido leve se alzó agudamente hasta un punto extático y Jenny vio en el cristal cómo estropeaba su garganta con un pequeño punto gris... Lo golpeó salvajemente. La eludió con una fatigada y experta destreza, revoloteando borroso entre ella y la luz sin lámpara.

«Dios mío, ¿por qué quieres ir a Mandeville?», dijo. Sus palmas centellearon, acertaron con un golpe limpio, y Jenny examinó su mano con desagrado. «¿Por qué llevan tanta sangre?», se preguntó, frotando la palma en la parte trasera de su media. «Y tan joven, también. Espero que sea el último». Debía ser así, porque no había ningún ruido, salvo el leve susurro del chapoteo del agua y la perturbadora sugerencia de metales rota por las pisadas monótonas sobre su cabeza. Seguían bailando. «No tienes que bailar toda la noche», pensó Jenny, bostezando frente al espejo, examinando con interés la curva rosa y aparentemente infinita de su garganta, cuando la puerta se abrió y Patricia entró en el camarote. Llevaba un impermeable sobre el pijama y Jenny vio su cara reflejada en el espejo.

—Hola —dijo ella.

—Hola —contestó la sobrina—. Pensaba que te habrías quedado arriba contoneándote con los demás.

—Señor —dijo Jenny—, no hace falta pasarse la vida bailando, ¿verdad? Tú tampoco estás allí.

La sobrina metió las manos en los bolsillos del impermeable y contempló el camarote.

—¿No cierras esa ventana cuando te desnudas? —preguntó—, ¿La dejas abierta?

Jenny bajó el espejo.

—¿Esa ventana? No creo que haya nadie a esta hora de la noche.

Jenny se acercó al ojo de buey y vio un cielo pálido cortado en dos mitades por una oscura rigidez de agua. La luna extendía sobre ella su mano rígida: un sendero de plata que se ensanchaba, y en el sendero el agua cobraba vida sin cesar y abandonaba su rigidez.

—Supongo que no —murmuró—. El único hombre que podía caminar sobre las aguas está muerto. ¿Cuál es la tuya? —Se quitó el impermeable y se volvió hacia las literas. Sujetaba la parte de abajo del pijama con una raída corbata de hombre.

—¿Está muerto? —murmuró Jenny con indiferencia—. Esa —respondió vagamente, contorsionando el cuerpo para examinar la parte trasera de una pierna. Tras un momento miró hacia arriba—. Esa cama no es la mía. Estás en la de la señora Como se llame.

—Bueno, da igual —la sobrina se tumbó y extendió las piernas y los brazos con deleite—. Dame un cigarrillo. ¿Tienes?

—No tengo. No fumo —la pierna de Jenny estaba bien, así que la enderezó.

—¿No fumas? ¿Por qué?

—No lo sé —contestó Jenny—, Simplemente no lo hago.

—Mira por ahí a ver si Eva tiene alguno —la sobrina levantó la cabeza—. Vamos: mira en sus cosas, no le importará.

Jenny buscó cigarrillos con una futilidad blanda y rubia.

—Pete tiene algunos —observó al cabo de un tiempo—, Compró veinte paquetes justo antes de que nos marcháramos, para el viaje.

—¿Veinte paquetes? Dios mío, ¿dónde pensaba que íbamos? Debía tener miedo a que naufragáramos o algo.

—Supongo que sí.

—Narices —dijo la sobrina—, ¿Eso es todo lo que ha traído? ¿Cigarrillos? ¿Qué has traído tú?

—Un peine —Jenny se sacó por la cabeza su vestido breve y sucio. Su voz sonaba amortiguada—. Y un pintalabios —agitó su soñoliento pelo dorado y dejó que el vestido cayera al suelo—, Pero Pete tiene algunos —repitió, y empujó el vestido bajo el tocador con el pie.

—Lo sé —se unió la sobrina—, Y también el señor Fairchild. Y el camarero, si Mark Frost no se los ha fumado todos. Y también he visto al capitán fumando uno. Pero eso no me está haciendo ningún bien.

—No —asintió Jenny plácidamente. Su combinación era rosa, y la envolvía desde los hombros a la rodilla con volantes y lazos. Soltó los lazos y salió rosada y dulce de la combinación, y la metió bajo el tocador.

—No vas a dejarla allí, ¿verdad? —preguntó la sobrina—. ¿Por qué no la pones en la silla?

—La señora... señora Wiseman la pone en la silla.

—Bueno, tú has llegado primero. ¿Por qué no la coges tú? O la puedes colgar en uno de esos ganchos detrás de la puerta.

—¿Ganchos? —Jenny miró la puerta—. Oh... está bien ahí, supongo —se quitó las medias y las puso sobre el tocador. Después se volvió hacia el espejo otra vez y cogió su peine. El peine pasó por el pelo suave y rubio, como de seda, que prestaba al cuerpo divino de Jenny un halo de ángel. El gramófono lejano, los pies rítmicos, el chapoteo del agua llegaban a la habitación.

—Tienes un tipo raro —observó la sobrina al cabo de un tiempo, tranquilamente, mientras la observaba.

—¿Raro? —repitió Jenny, y miró hacia arriba con una beligerancia suave—. No es más raro que el tuyo. Al menos mis piernas no parecen patas de pájaro.

—Las mías tampoco —contestó la otra satisfecha, boca arriba—. Tus piernas están bien. Quiero decir, tienes los muslos un poco anchos, un poco grandes por

detrás.

—Bueno, ¿por qué no? Yo no los hice así, ¿verdad?

—Oh, claro, supongo que está bien si te gustan así.

Sin esfuerzo aparente, Jenny movió la cadera para mirar hacia abajo por encima del hombro. Después se puso de costado y aceptó la muda evaluación del espejo. Más tranquila, dijo:

—Está bien. Espero ser más grande algún día por delante.

—Yo también... cuando llegue el momento. Pero, ¿para qué quieres uno?

—Señor —dijo Jenny—, supongo que tendré un montón. Además, son bastante monos. ¿Y tú?

El sonido del gramófono llegaba hasta el camarote, melodioso y nasal, y los pies rítmicos tapaban el chapoteo de las olas. La luz era pequeña e inadecuada, se hundía en el techo, y Jenny y la sobrina estuvieron de acuerdo en que sus traseros eran bastante bonitos y rosados. Jenny estaba a punto de irse a la cama y la otra dijo:

—¿No te pones nada para dormir?

—No puedo ponerme lo que me dejó la señora Como se llame. Dijiste que me ibas a dejar algo, pero no me has dejado nada. Si dependiera de ti en este viaje, estaría quince kilómetros más atrás, intentando llegar a casa a nado.

—Es verdad. Pero da igual lo que lleves para dormir, ¿verdad? Apaga la luz —la luz siguió rosada a Jenny cuando cruzó la habitación, se deslizó rosada sobre su piel mientras se dirigía obedientemente hacia el interruptor que había junto a la puerta. La sobrina yacía boca arriba, contemplando la bombilla sin lámpara. La desnudez angélica de Jenny desapareció de su vista y de pronto miró fijamente la nada con un vago orificio en el centro, y más allá del orificio un cielo pálido que llenaba la luna.

Los pies descalzos de Jenny susurraron un poco sobre el suelo sin moqueta, ella llegó respirando suavemente en la oscuridad, y su mano surgió en esa oscuridad. La sobrina se movió contra la pared. El orificio redondo en el centro de la oscuridad se ennegreció, después apareció de nuevo. Jenny respiró con intensidad suave y rubia y se subió a la litera cautelosamente. Pero se dio un golpe leve en la cabeza de todas maneras, y dijo «Ay» con plácida sorpresa. La litera se movió monstruosamente, crujió, el agujero del ojo de buey volvió a desaparecer, después la cama se quedó quieta y Jenny suspiró con un suave sonido explosivo.

Después cambió de postura y la otra dijo:

—Estate quieta, ¿quieres? —Y hundió el codo en el abandono desnudo y sin huesos de Jenny.

—Todavía no estoy cómoda —contestó Jenny sin rencor.

—Bueno, ponte bien y deja de moverte.

Jenny se relajó.

—Ya estoy bien —dijo finalmente. Volvió a suspirar, un bostezo sincero. Los pies se movían arriba monótonamente, apagados. Fuera, en la pálida oscuridad, el agua lamía el casco del yate. El camarote cerrado se vaciaba de calor lentamente; el calor

se alejaba ahora que la luz estaba apagada y el único sonido era el de su respiración. No se oía nada más—. Espero que el que he matado fuera el último —murmuró Jenny.

—Dios, sí —asintió la sobrina—. Esta fiesta ya es lo bastante agotadora solo con gente... Oye, ¿qué te parecería estar en una fiesta en un barco lleno de señores Talliaferro?

—¿Quién es ese?

—¿No te acuerdas de él? Deberías. Es ese hombrecillo que habla raro y te pone la mano encima. El que es terriblemente educado. No sé cómo puedes haberte olvidado de un hombre tan educado como él.

—Ah, sí —dijo Jenny al recordarlo, y la otra dijo:

—Oye, Jenny, ¿qué pasa con Pete?

Jenny se quedó totalmente quieta un momento. Después dijo inocentemente:

—¿Qué pasa con él?

—Está enfadado contigo por lo del señor Talliaferro, ¿verdad?

—Pete está bien, creo.

—Siempre estás rodeada de hombres, ¿verdad? —preguntó la otra con curiosidad.

—Bueno, algo hay que hacer —se defendió Jenny.

—Chorradas —dijo la sobrina con aspereza—, chorradas. Te gusta coquetear. Esa es la razón. ¿Verdad?

—Bueno, no me importa —respondió Jenny—. Estoy acostumbrada —explicó. La sobrina espiró con un leve bufido y Jenny repitió:

—Algo hay que hacer, ¿no?

—El dulce olor de las chorradas —dijo la sobrina. En la oscuridad hizo un gesto de repugnancia—. ¡Mujeres! Apuesto a que es lo mismo que piensa Dorothy Jameson. Más vale que tengas cuidado: creo que está intentando quitarte a Pete.

—Oh, Pete está bien —repitió Jenny tranquilamente. Se quedó completamente quieta. El agua era un sonido fresco y distante. Jenny habló, adoptando un tono súbitamente confidencial—. ¿Sabes qué quiere que haga Pete?

—No. ¿Qué? —preguntó la sobrina rápidamente.

—Bueno... ¿qué tipo de chica es? ¿La conoces bien?

—¿Qué quiere que haga Pete? —insistió la otra.

Jenny se quedó callada. Después espetó con remilgada desaprobación:

—Quiere pintar a Pete.

—¿Sí? ¿Y luego qué?

—Eso es todo. Quiere que Pete deje que lo pinte en un cuadro.

—Bueno, así es como suele conseguir a los hombres, supongo. ¿Qué tiene de malo?

—Es una manera equivocada de conseguir a Pete. Pete no está acostumbrado a eso —contestó Jenny con su tono remilgado.

—No lo culpo si no quiere perder el tiempo. Pero ¿qué os sorprende tanto de eso

a ti y a Pete? No se va a envenenar con plomo porque le hagan un retrato.

—Bueno, a lo mejor está bien para gente como vosotros. Pero Pete dice que no dejará que una desconocida lo vea sin ropa. No está acostumbrado a cosas así.

—Oh —observó la sobrina—. Entonces así es como quiere pintarlo, ¿verdad?

—Bueno, siempre lo hacen así, ¿no? Al desnudo... —Jenny pronunció desnudo como si fueran dos palabras.

—Dios mío, ¿nunca has visto un cuadro de alguien con ropa? ¿De dónde has sacado esa idea? ¿De las películas?

Jenny no contestó. Después dijo de pronto:

—Además, los que salen con ropa son señoras mayores, alcaldes o cosas así. De todas formas, había pensado...

—¿Qué habías pensado?

—Nada —respondió Jenny, y la otra dijo:

—Pete puede quitarse esa idea de la cabeza. Lo más probable es que quiera pintarlo normal y respetable, no herir su pudor. Se lo diré mañana.

—No te preocupes —dijo Jenny rápidamente—. Se lo contaré yo. No necesitas molestarte por eso.

—Vale, como quieras... Ojalá tuviera un cigarro —se quedaron calladas un momento. Fuera, el agua susurraba contra el casco. El gramófono estaba temporalmente en silencio y los bailarines se habían detenido. Jenny volvió a moverse, se puso sobre el costado, enfrentándose a la otra en la oscuridad.

—Oye —dijo—, ¿qué está haciendo tu hermano?

—¿Gus? ¿Por qué no se lo preguntas?

—Lo he hecho, pero...

—¿Qué?

—No me lo ha dicho. O por lo menos no me acuerdo...

—¿Qué ha dicho cuándo le has preguntado?

Jenny reflexionó brevemente.

—Me ha besado. Antes de que me diera cuenta, y me ha dado una palmadita ahí atrás y me ha dicho que volviera luego, que estaba reunido o algo así.

—Narices... —murmuró la sobrina. Después dijo bruscamente—: Mira, deja a Josh en paz, ¿me oyes? ¿No tienes bastante con Pete y el señor Talliaferro y ahora tienes que hacer el tonto con críos?

—No voy a hacer el tonto con ningún crío.

—Bueno, por favor, no lo hagas. Deja a Josh en paz —movió el brazo, arqueando el cuello contra la suave desnudez de Jenny—, Apártate. Mujer, sí que eres indecente... Apártate un poco, ¿vale?

Jenny se movió, volvió a ponerse boca arriba. Se quedaron calladas, una junto a la otra en la oscuridad.

—Oye —observó Jenny—, el señor... el hombre educado...

—¿Talliaferro? —apuntó la otra.

—Talliaferro. Me pregunto si tiene coche.

—No sé. Pregúntale a él. ¿Por qué preguntas lo que tiene la gente o lo que hace?

—Los taxistas son los mejores —continuó Jenny sin alterarse—. A veces cuando tienen coches no tienen otra cosa. Solo te llevan de paseo.

—No sé —respondió la sobrina—. Oye —dijo de pronto—, ¿qué le has dicho por la tarde?

Jenny dijo «Oh». Después respiró plácida y regularmente un momento. Luego señaló:

—Me pareció que estabas allí, detrás de la esquina.

—Sí. ¿Qué era? Dilo de nuevo —Jenny lo dijo otra vez. La sobrina repitió después de ella.

—¿Qué significa?

—No lo sé. Simplemente lo recordé. No sé qué significa.

—Suenan bien —dijo la otra—. No se te ha ocurrido a ti, ¿verdad?

—No. Me lo enseñó un tipo. Estábamos dos parejas en el mercado una noche, tomando café: Pete y yo y una amiga mía y otro tipo. Habíamos ido a Mandeville en barco ese día, nadamos y bailamos. Ese día se ahogó un hombre en Mandeville. Pete y Thelma, mi amiga, y Roy, el amigo de mi amiga, lo vieron. Yo no lo vi porque no estaba con ellos. No fui a bañarme: hacía demasiado sol. No creo que las rubias puedan ponerse al sol tanto como las morenas, ¿verdad?

—¿Por qué no? Pero ¿qué pasa con...?

—Ah, sí. De todas maneras, no me metí donde se ahogó el hombre. Los estaba esperando y me puse a hablar con un tipo raro. Una especie de negro pequeño.

—¿Un negrato?

—No, no. Era blanco, pero estaba muy moreno e iba mal vestido. No llevaba corbata ni sombrero. Me dijo un montón de cosas graciosas. Me dijo que tenía la mejor digestión que había visto nunca y que si se rompían los tirantes de mi vestido devastaría el país. Dijo que era mentiroso de profesión y que ganaba mucho dinero con eso, lo bastante como para tener un Ford en cuanto acabara de pagarlo. Me pareció que estaba loco. No peligroso, solo loco.

La sobrina estaba callada. Dijo, pensativa:

—Parece que te den de comer pan y leche y te metan a la cama cuando se hace de noche todos los días... ¿Cómo se llamaba? ¿Te lo dijo? —preguntó de pronto.

—Sí, era... —Jenny reflexionó un momento—. Lo recuerdo porque era un hombre muy gracioso. Era... Walker o Foster o algo.

—¿Walker o Foster? ¿Cuál de los dos?

—Debe ser Foster porque me acuerdo de que empezaba con una «F» como el segundo nombre de mi amiga, Francés. Thelma Francés, solo que no usa los dos. Pero creo que no era Foster, porque...

—Entonces no te acuerdas.

—Sí que me acuerdo... Ah, sí: me acuerdo: Faulkner.

—¿Faulkner? —La sobrina reflexionó—. Nunca he oído hablar de él —dijo al final, tajante—, ¿Fue él quien te lo enseñó?

—No, fue después, cuando habíamos vuelto a Nueva Orleans. El loco volvía en el barco. Se puso a hablar con Pete y Roy mientras Thelma y yo nos arreglábamos abajo, y bailó con Thelma. No quiso bailar conmigo porque decía que no bailaba muy bien y tenía que concentrarse en la música al bailar. Dijo que podía bailar con Roy o Thelma o Pete pero no conmigo. Creo que estaba loco, ¿no te parece?

—Todo suena loco, por tu manera de contarlo. ¿Pero qué pasa con el que te enseñó eso?

—Ah, sí. Bueno, estábamos en el mercado. Había mucha gente porque era un domingo por la noche, ¿sabes?, y había unos tipos. Uno de ellos era un tipo elegante y yo lo miraba. Pete se había parado a comprar cigarrillos y yo y Thelma y Roy estábamos en medio de un montón de gente, tomando café. Así que yo empecé a mirar al guapo...

—Sí. Empezaste a mirarlo. Sigue.

—Vale. Y entonces el guapo se puso detrás de mí y empezó a hablar conmigo. Había un hombre entre Roy y yo y este tipo que estaba hablando me preguntó si estaba conmigo, quería decir el hombre que estaba a mi lado y yo dije no, no sabía quién era. Y este tipo preguntó si me apetecía irme con él porque tenía el coche aparcado fuera... El hermano de Pete tiene muchos coches... Uno de ellos es el mismo modelo que el de Pete... Y después... Ah, sí, dije: «¿Adonde vamos?, porque a mi padre no le gusta que salga con desconocidos». Y el tipo dijo que él no era un desconocido, que cualquiera podía decirme quién era. Se me ha olvidado cómo dijo que se llamaba. Y le dije que era mejor que le preguntara a Pete si podía ir y él preguntó: «¿Quién es Pete?». Bueno, había un hombre grande cerca de donde estaba él. Era grande como un estibador y entonces este tipo grandote volvió a mirarme. Me miró un minuto y me pareció que volvería a mirarme bastante pronto, así que le dije al que hablaba conmigo que era Pete, y cuando el hombre grande miró a otro sitio el tipo me dijo eso. Y entonces el hombre grande volvió a mirarme, y el otro tipo se marchó. Así que me levanté y fui donde estaban Thelma y Roy, y Pete llegó enseguida. Así es como lo aprendí.

—Bueno, suena bien. Me pregunto... ¿Me dejas usarlo?

—Vale —asintió Jenny—. Quédatelo. Oye, ¿qué es eso que le dices a tu tía? Algo del pico —la sobrina se lo dijo—. Eso también suena bien —dijo Jenny, magnánima.

—¿Tú crees? Ya sé: tú me dejas usar tu frase de vez en cuando, y tú puedes usar la mía. ¿Qué te parece?

—De acuerdo —volvió a asentir Jenny—. Trato hecho.

El agua lamía y susurraba incesantemente en la oscuridad pálida. La curva del techo sobre la litera daba una leve sensación de opresión al camarote, pero esa sensación de opresión se desvanecía en la holgura comparativamente mayor de la habitación, de la oscuridad con un orificio redondo situado aproximadamente en el

centro. La luna estaba más alta y la parte inferior del borde de latón del ojo de buey se había convertido en una fina hoz de plata, como una luna nueva.

Jenny volvió a moverse hacia el lado de la otra, respiró inefablemente contra la cara de la sobrina. La sobrina yacía con la pasiva desnudez de Jenny contra su hombro, movió el brazo hacia fuera a partir del codo y pasó lentamente el dorso de la mano por el muslo de Jenny. Lentamente, arriba y abajo, mientras Jenny seguía boca arriba y receptiva como un gato. Lentamente, hacia arriba y abajo, y otra vez.

—Me gusta la carne —murmuró la sobrina—. Tibia y suave. Ojalá hubiera vivido en Roma... Gladiadores untados de aceite... Jenny —dijo abruptamente—, ¿eres virgen?

—Por supuesto que lo soy —Jenny respondió inmediatamente, sobresaltada. Tuvo un momento de relajado asombro—. Quiero decir, yo... sí. Quiero decir sí. Por supuesto —meditó con sorpresa pasiva, después su cuerpo perdió su relajación—. Oye...

—Bueno —la sobrina asintió judicialmente—, supongo que yo también habría dicho eso.

—Oye —preguntó Jenny, completamente despierta—. ¿Por qué me has preguntado?

—Para ver qué decías. No tiene ninguna importancia, ya sabes, que lo seas o no. Conozco a muchas chicas que dicen que no lo son. No creo que todas mientan.

—A lo mejor no le importa a alguna gente —repuso Jenny, remilgada—, pero yo no lo apruebo. Creo que una chica pierde el respeto de un hombre si es pom, pom... No lo apruebo, eso es todo. Y no creo que tengas derecho a preguntarme.

—Señor, pareces una colegiala o algo por el estilo. ¿Nunca te ha intentado convencer Pete?

—Oye, ¿por qué me haces estas preguntas?

—Solo quería ver qué decías. No creo que tengas que rasgarte las vestiduras. Te escandalizas con demasiada facilidad —le informó la sobrina.

—Bueno, ¿y quién no? Si quieres saber lo que dice la gente cuando preguntas cosas así, ¿por qué no te lo preguntas a ti misma? ¿Nunca te lo han preguntado?

—No que yo sepa. Pero yo...

—Bueno, ¿lo eres?

La sobrina se quedó completamente quieta un momento.

—¿Soy qué?

—¿Eres virgen?

—Claro que sí —respondió bruscamente. Se incorporó sobre el codo—. Quiero decir, mira...

—Bueno, eso es lo que yo habría dicho —Jenny respondió con plácida malicia en la oscuridad.

La sobrina se apoyó en su codo tenso sobre la respiración dulce y regular de Jenny.

—De todas formas, ¿qué?... quiero decir... Me has preguntado tan deprisa —dijo—. Ni siquiera pensaba que me fueras a preguntar algo así.

—Yo tampoco. Me has preguntado más deprisa que yo a ti.

—Pero era distinto. Estábamos hablando de que tú lo eras. Ni siquiera estábamos pensando que yo lo fuera. Me has preguntado tan rápido que he tenido que decir eso. No ha sido justo.

—Yo también he tenido que decir lo que he dicho. Ha sido tan justo para ti como para mí.

—No, era distinto. Yo tenía que decir que no: así de rápido.

—Bueno, lo preguntaré cuando no te sorprenda, entonces. ¿Lo eres?

La sobrina se quedó callada un momento.

—¿Quieres decir, de verdad?

—Sí —Jenny echó su aliento tibio e intenso sobre la cara de la otra.

La sobrina volvió a quedarse callada. Al cabo de un tiempo dijo:

—Demonios —y entonces—: sí, lo soy. No merece la pena mentir por eso.

—Eso es lo que me parece —asintió Jenny con petulancia.

Quedó en un plácido silencio en la oscuridad. La otra esperó un momento, después dijo abruptamente:

—¿Bueno? ¿Tú eres virgen?

—Claro que lo soy.

—Quiero decir, de verdad. Lo has dicho de verdad, ¿no?

—Claro que lo soy —repitió Jenny.

—No estás jugando limpio —acusó la sobrina—. Yo te lo he dicho.

—Bueno, yo también.

—¿De verdad? ¿Lo juras?

—Claro que lo soy —repitió Jenny con su placidez sincera y devastadora.

—Diablos —dijo la sobrina. Bufó levemente.

Se quedaron calladas, una junto a la otra. En la cubierta, los demás también estaban en silencio, pero parecía que en la oscuridad permanecía un leve fantasma obstinado de ritmos sincopados y pies ruidosos e infatigables. Jenny movió los dedos de los pies con placer. Poco después dijo:

—Estás enfadada, ¿verdad? —No hubo respuesta—. Tú también tienes buen tipo —ofreció Jenny, conciliatoria—. Creo que tienes una figura pequeña y dulce.

Pero la otra no se dejaba engatusar. Jenny volvió a suspirar inefablemente, su aliento de leche y miel. Dijo:

—Tu hermano es universitario, ¿verdad? Conozco a algunos universitarios. Tulane. Los universitarios son monos. No se visten tan bien como Pete... son descuidados —reflexionó un momento—. Una vez llevé una insignia de una fraternidad, durante un par de días. Supongo que tu hermano pertenece a una, ¿verdad?

—¿Gus? ¿En uno de esos clubs de pacotilla? Creo que no. Es un hombre de Yale.

Bueno, lo será el mes que viene. Yo iré con él. Allí no cogen al primero que quiere entrar. Tienes que esperar hasta el segundo año.

Pero Gus se irá a una asociación de mayores, de todas formas. No tiene buena opinión de las fraternidades. Si te oyerá, se echaría a reír.

—Bueno, no lo sé. Me parece que cualquier sitio al que entres es como los demás. ¿Qué va a conseguir entrando en la que quiere entrar?

—No consigues nada, idiota. Solamente entras.

Jenny reflexionó un momento.

—¿Y tienes que trabajar para entrar?

—Tres años. Y solo unos pocos consiguen entrar.

—¿Y si lo consigues, no te llevas más que un botón o algo así? ¡Dios mío! Oye, ¿sabes lo que le voy a decir mañana? Le voy a decir que más le vale cerrar el pico: que no diga... ¿Cómo es el resto?

—Oh, cállate y vete a tu lado de la cama —dijo la sobrina abruptamente, dándole la espalda—. No entiendes nada.

—Seguro que no —asintió Jenny, rodando hacia el otro lado. Se quedaron de espaldas, sus traseros se tocaban, como hacen los niños—. Tres años... Dios mío...

Fairchild no había vuelto. Pero ella sabía que no lo haría: ni siquiera estaba sorprendida, y una vez más su fiesta se había convertido en una interminable partida de cartas. La señora Wiseman, ella misma, el señor Talliaferro y Mark. Si alargaba el cuello podía ver la intensidad frágil y sin humor de Dorothy Jameson y la sofisticación hortera del joven de Jenny, mientras balanceaban las piernas sobre el techo de la caseta. La luna subía y el sombrero de paja de Pete era un brillo débil inclinado sobre el ojo rojo de su eterno cigarrillo. Y, sí, estaba ese extraño, tímido y andrajoso señor Gordon, que merodeaba solo como de costumbre; y de nuevo sintió una puñalada de reproche por haberlo ignorado. Al menos los otros parecían disfrutar del viaje, aunque les costara soportarse unos a otros. Pero ¿qué podía hacer por él? Era tan difícil, se sentía tan incómodo cada vez que ella lo atendía... La señora Maurier se incorporó.

—Un rato —explicó—, el señor Gordon... Las pruebas de una anfitriona, ya saben. Pueden sustituirme en el juego hasta que... No, esperen...

Llamó a Dorothy con sacarina insistencia y la señorita Jameson respondió inmediatamente.

—¿Podría coger mi mano un ratito? Estoy segura de que este joven caballero la disculpará.

—Lo siento —dijo la señorita Jameson—, Me duele la cabeza. Le ruego que me disculpe.

—Vaya, señora Maurier —dijo la señora Wiseman—. Pasaremos el rato hasta que vuelva: nos hemos acostumbrado a estar sentados.

La señora Maurier mostró su asombro impotente.

—Sí, hágalo —añadió el señor Talliaferro—, lo entendemos...

La señora Maurier miró hacia donde Gordon apoyaba su cuerpo alto contra el muro.

—Tengo que hacerlo —explicó otra vez—. Es un consuelo tener gente en la que se puede confiar.

—Sí, vaya —repitió el señor Talliaferro.

Cuando se marchó, la señora Wiseman dijo:

—Juguemos una partida con dinero. Todavía me quedan unos dólares.

Ella se reunió con él en silencio. Él la miró con su rostro demacrado, apartó la vista.

—Qué silencioso, qué tranquilo está todo —empezó ella, imperturbable, inclinándose junto a él y contemplando el sueño inquieto del agua sobre el que la luna gastada extendía su incesante cola de pavo real como un tren de lentejuelas de plata. A la altura de los rayos de la luna la cara del hombre era escueta y cavernosa, arrogante y casi inhumana. «No tiene para comer», pensó ella, de manera repentina e infalible. «Es como la cara de un fauno de plata», pensó. «Pero es tan difícil, tan tímido...»—. Muy pocos de nosotros dedicamos tiempo a mirar hacia dentro y contemplamos a nosotros mismos, ¿no le parece? Es por la vida que llevamos, supongo. El que crea es el único que no ha perdido por completo ese arte: hacer que su vida sea completa viviendo dentro de sí mismo. ¿No le parece, señor Gordon?

—Sí —respondió él lacónicamente. Más allá de la curva sin dimensiones de cubierta en la que se encontraban podía ver, hacia delante y hacia abajo, la proa del yate: un puro triángulo blanco con pequeñas colas que lamían su pierna horizontal; cada una se rompía y centelleaba con una partícula de luna despedazada, y producía un pequeño susurro incesante. La señora Maurier movió las manos al gesticular: la luz de la luna ardió verde entre sus anillos.

—Vivir con uno mismo, ser suficiente con uno mismo. Hay tanta infelicidad en este mundo —suspiró de nuevo con asombro—. Atravesar la vida y conseguir no involucrarse en ella, para reunir inspiración para la Obra... Ah, señor Gordon, qué afortunados son ustedes los creadores. Lo mejor a lo que podemos aspirar los demás es que en algún momento, en algún lugar, quizá tengamos de algún modo la suerte de proporcionar inspiración para ella, o el escenario, al menos. Pero, después de todo, creo que eso sería un fin en sí mismo. Saber que uno ha puesto su grano de arena por el arte, no importa lo humilde que sea el grano de arena o el que lo da... La humilde trabajadora, señor Gordon, también tiene su lugar en el esquema de las cosas, también da algo al mundo, también camina por los senderos que pisaron los dioses.

Y yo espero que encuentre en este viaje algo que le compense por haberle alejado de su Obra.

—Sí —dijo Gordon de nuevo, observándola con su mirada arrogante e incómoda. «Este hombre tiene un aspecto muy raro», pensó ella, con una sensación extraña y fría. «Como un animal, una bestia de algún tipo». Su mirada revoloteó y, contra su voluntad, miró por encima de su hombro hacia el grupo tranquilizador en la mesa de cartas. Las piernas de Dorothy y del joven de Jenny se balanceaban inocentes y rítmicas en lo alto de la caseta, y mientras miraba Pete tiró su cigarrillo brillante por la borda hacia el agua oscura.

—Pero ser un mundo uno mismo, ver las travesuras de los hombres como si fueran un espectáculo de marionetas... Ah, señor Gordon, qué feliz debe ser usted.

—Sí —repitió él, autosuficiente en la ciudad de su arrogancia, en la torre de marfil de su soledad y su orgullo, y... Ella llegando al cielo oscuro de su vida como una estrella, como una llama amarga y nueva... En algún lugar dentro de él había una risa lejana y aterradora, jamás oída; toda su vida se destrozaba con esa risa burlona, y se enfrentó de nuevo a la vieja, le puso la mano encima y giró su cara hacia arriba y hacia la luz de la luna. La señora Maurier sintió un miedo total. No pánico; miedo: una condición pasiva y trágica como un sueño. Ella susurró «señor Gordon», pero no pronunció ningún sonido.

—No voy a hacerle daño —dijo él con aspereza, mientras observaba su cara como si fuera un cirujano—. Hábleme de ella —ordenó—. ¿Por qué no es usted su madre, para contarme cómo fue concebirla y llevarla en sus entrañas?

«¡Señor Gordon!», imploró ella desde sus labios secos, sin producir sonido. La mano de Gordon se movió sobre la cara de la señora Maurier, aprendió los huesos de su frente y las cuencas de los ojos y la nariz, a través de su carne.

—Hay algo en su cara, algo que está detrás de toda esa estupidez —continuó con su voz fría mientras un espacio de tiempo helado se negaba a transcurrir. Su mano pellizcó la curva floja de carne alrededor de su boca, se deslizó a lo largo de la línea desvaída de su mejilla y su mandíbula—. Supongo que ya ha tenido lo que usted llama su pena, ¿verdad?

—¡Señor Gordon! —dijo ella por fin, cuando encontró su voz. Él la liberó abruptamente y la dominó con su altura, demacrado, desnutrido y arrogante a la luz de la luna; la señora Maurier creyó que iba a desmayarse, y esperaba vagamente que él hiciera algún esfuerzo por atraparla cuando se desplomara, aunque estaba segura de que no lo haría. Pero no se desmayó, y la luna extendió su mano plateada y sin huesos sobre el agua, y el agua lamió y lamió el casco puro y soñador del Nausikaa, con un sonido débil y rumoroso.

Once en punto

—¿Sabes —dijo la señora Wiseman, mientras se levantaba de la silla— lo que voy a hacer si esto dura otra noche? Voy a pedirle a Julius que cambie el puesto conmigo y me deje emborracharme con Dawson y el mayor Ayers en su lugar. Buenas noches a todos.

—¿No va a esperar a Dorothy? —preguntó Mark Frost.

Ella miró hacia la caseta.

—No, supongo que Pete sabe cuidar de sí mismo —contestó, y los abandonó.

La luna proyectaba una sombra profunda en el lado oeste de la cubierta, y había alguien en una silla junto a la escalera. Ella aminoró la marcha.

—¿Señora Maurier? —dijo ella—. Nos preguntábamos dónde estaba. ¿Se había quedado dormida?

La señora Maurier se incorporó lentamente, moviéndose como una persona muy vieja. La mujer más joven se inclinó hacia ella, repentinamente solícita.

—No se encuentra bien, ¿verdad?

—¿Es hora de ir abajo? —preguntó la señora Maurier, incorporándose más bruscamente—. Nuestra partida de *bridge*.

—Usted nos había ganado a todos. Pero ¿puedo...?

—No, no —objetó rápidamente la señora Maurier, un poco molesta—. No es nada. Estaba aquí sentada disfrutando de la luna.

—Pensábamos que el señor Gordon estaba con usted —la señora Maurier se estremeció.

—Esos hombres terribles —dijo, intentando resultar leve—, ¡Esos artistas!

—¿Gordon también? Pensaba que se había escapado de Dawson y Julius.

—Gordon también —contestó la señora Maurier. Se levantó—. Vamos, creo que es mejor que vayamos a la cama —volvió a estremecerse, como si tuviera frío: su carne parecía temblar contra su voluntad, y tomó del brazo a la mujer más joven, se colgó de él—. Estoy un poco cansada —confesó—. Los primeros días siempre son duros, ¿no cree? Pero tenemos una fiesta muy agradable, ¿no le parece?

—Una fiesta estupenda —asintió la otra sin ironía—, Pero todos estamos cansados: estaremos mejor mañana, lo sé.

La señora Maurier bajó las escaleras despacio, pesadamente. La otra la sostuvo con su fuerte mano, abrió la puerta del camarote de la señora Maurier y encontró el interruptor.

—Ya está. ¿Quiere algo antes de irse a la cama?

—No, no —respondió la señora Maurier, que entró y apartó la cara rápidamente. Atravesó la habitación y se colocó frente al tocador, dándole la espalda—. Nada, gracias. Me voy a dormir enseguida, me parece. Siempre duermo bien en el agua. Buenas noches.

La señora Wiseman cerró la puerta. «Me pregunto qué pasa —pensó—. Me pregunto qué le ha ocurrido». Avanzó por el pasillo hasta su puerta. «Algo ha pasado, algo le ha ocurrido», repitió, y puso la mano en la puerta y giró el pomo.

No había ningún movimiento, ningún sonido. Hacía rato que las voces intermitentes y perezosas de cubierta habían cesado, y al cabo de un tiempo la sobrina se volvió hacia Jenny en la oscuridad, mirando la penumbra más espaciosa del camarote tras la forma vagamente curvilínea de Jenny.

—Hola, Jenny —murmuró adormilada. No hubo respuesta, y puso la mano sobre el cuerpo de Jenny, le acarició suave y lentamente el costado y el bulto de su cadera que luego volvía a caer. Jenny lanzó un suspiro suave e inefable y también se dio la vuelta, respirando en la cara de la otra. Hizo un sonido suave y húmedo con la boca y pasó la mano alrededor del cuerpo de la sobrina. La sobrina se apoyó en el codo para incorporarse y acarició con la mano el costado de Jenny. Cuando la sobrina se incorporó un poco el brazo de Jenny bajó por su cuerpo, se tensó, y Jenny pronunció una palabra incomprensible que no era Pete. La sobrina se inclinó sobre Jenny en la oscuridad. Su mano inquieta se detuvo en el valle bajo el bulto del muslo de Jenny y se quedó inmóvil un momento. Después puso su ancha boca sobria en la mejilla de Jenny.

Jenny emitió de nuevo su gemido soñoliento, y aparentemente sin moverse llegó hasta la otra con un movimiento envolvente y sin huesos, y giró la cabeza hasta que sus bocas se tocaron. Jenny se relajó inmediatamente, pero parecía envolver a la otra, como si uniera los dos cuerpos con su boca... La sobrina apartó la boca abruptamente, apoyó su cuerpo duro contra el pecho de Jenny, se asomó fuera de la litera y escupió.

—¡Agh! —Emitió un sonido áspero de estremecimiento—. Señor, ¿quién te enseñó a besar así? ¡Agh! —exclamó, y escupió otra vez.

Jenny se despertó del todo.

—¡Ay! —gritó—, me haces daño.

La sobrina rodó de vuelta a la litera, la empujó.

—Vamos, ahora, aparta las piernas. ¿Quién te ha enseñado a besar así? —repitió.

Jenny jadeaba. Estaba tumbada, desprovista de músculos, mientras la otra apartaba su cuerpo relajado.

—Ha sido culpa tuya —gimió—. Tú has empezado.

—No es verdad. Has empezado tú. Yo solo te rozaba con la mano. ¿Qué te pasa? ¿Estabas soñando?

—No he podido evitarlo —gimió Jenny sutilmente—. Tú has empezado.

—Bueno, no sabía que ibas a actuar así. ¡Besar así! ¡Ah! —Jenny yacía pasiva, gimoteando y jadeando—, ¿Por qué lo has hecho?

—No sé. Pensaba que así es como lo hace todo el mundo.

—No —dijo la sobrina con brusquedad—, no es así. Así solo se besa la gente vulgar.

—No lo sabía —repitió Jenny.

—Bueno, no llores por eso —la sobrina se dejó caer otra vez, luego se detuvo. El

gimoteo de Jenny amainó. Su respiración recobró la regularidad, y al cabo de un tiempo preguntó:

—¿Cómo lo hace la gente con clase, entonces?

La sobrina volvió a incorporarse.

—¿Me prometes que... que tendrás cuidado esta vez?

—De acuerdo —asintió Jenny—, Lo prometo.

La sobrina se acercó a la cara invisible de Jenny. Jenny, de nuevo sin movimiento aparente, llegó hasta ella, la envolvió suavemente. La sobrina se detuvo con cautela un segundo, después, hizo un movimiento rápido y tocó la nariz de Jenny con la boca. Jenny movió la boca obedientemente, pero antes de que sus bocas se encontraran de nuevo la sobrina volvió a pararse, completamente inmóvil sobre Jenny mientras la boca de Jenny la buscaba suavemente en la oscuridad. Se produjo un ruido en la puerta, la sobrina levantó la cabeza y se detuvo de nuevo, y casi inmediatamente la puerta se abrió revelando el pasillo iluminado y, tras un intervalo en el que no se produjo ningún movimiento, la luz del camarote se encendió y la señora Wiseman apareció junto a la puerta, contemplándolas con un aire tenebroso de intensa especulación.

Doce en punto

La luna se había levantado, rasgada y exangüe, derramaba vieja y un poco fatigada su plata cansada sobre el yate, el agua, la orilla... Y el yate, la cubierta y sus aparatos estaban desprovistos de pasión como un sueño sobre las alas plateadas y cambiantes del agua cuando ella apareció con su traje de baño. Se quedó un momento junto a la puerta hasta que percibió un movimiento y su camisa blanca cuando se giró en el cable sobre el que estaba sentado. Su mano levantada se distinguía en la silenciosa traición de la luna: un gesto, y sus pies descalzos no produjeron ningún sonido sobre la cubierta.

—Hola, David. He llegado a tiempo, como te dije. ¿Dónde está tu bañador?

—No pensaba que fuera a venir —dijo él, mirándola—. No pensaba que fuera a hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Dios, ¿por qué iba a decirte que vendría, si no iba a hacerlo?

—No lo sé. Solamente pensaba... Está morena, a la luz de la luna.

—Sí, estoy morena —asintió—, ¿Dónde está tu bañador? ¿Por qué no lo llevas puesto?

—Usted dijo que me iba a traer uno.

Ella lo miró consternada.

—Es verdad. Se me ha olvidado. Espera, a lo mejor puedo despertar a Josh y traerlo. No llevará mucho. Espera aquí.

Él la detuvo.

—Está bien. No se moleste por eso esta noche. Lo conseguiré otra vez.

—No, voy a buscarlo. Quiero que alguien se bañe conmigo. Espera.

—No, no se preocupe: yo llevaré el bote.

—Oye, todavía no crees que lo decía de verdad, ¿eh? —Lo examinó con curiosidad—. Vale, entonces. Supongo que tendré que bañarme sola. Tú puedes llevar el barco, de todas formas. Vamos.

Cogió los remos, entraron en el bote y lo bajaron al agua.

—Me gustaría que tuvieras un traje de baño —repitió ella desde la proa—. Preferiría que alguien viniera conmigo. ¿No podrías bañarte con la ropa o algo? Me daré la vuelta, y te quitas la ropa y saltas: ¿qué te parece?

—Mejor que no —respondió alarmado—. Creo que mejor que no.

—Jo, quería que alguien nadara conmigo. Sola no tiene gracia... Quítate la camisa y los pantalones, y métete en ropa interior. Es casi como un bañador: ayer me bañé con la de Josh.

—Llevaré el bote mientras usted se baña.

La sobrina volvió a decir «Jo». David remaba a un ritmo constante bajo el agua cambiante e iluminada por la luna. Pequeñas olas lamían el fondo del barco levemente mientras subía y bajaba, y tras ellos el yate era puro e indiferente como un sueño contra los árboles oscuros.

—Me encanta esta noche —dijo la sobrina—. Es como si fuéramos los dueños de todo —se tumbó boca arriba en el asiento de popa y apoyó los talones en la regala. David remaba rítmicamente; el movimiento del bote era un ritmo que prestaba a la luna y las estrellas que se balanceaban más allá de la decreciente sencillez de sus rodillas apoyadas un vaivén lento y consolador como un árbol enorme azotado por el viento.

—¿Cuánto quiere alejarse? —preguntó David.

—Me da igual —respondió ella, mirando el cielo. Él siguió remando, los toletes golpeaban rítmicamente, y ella se puso boca abajo, metió la mano en el agua y pequeñas burbujas de fuego de plata colgaban de su brazo, se rompían a regañadientes y nadaban lentamente a la superficie y desaparecían... Bultos pequeños y casuales golpeaban el fondo del bote, ligeramente, se deslizaban por el casco, un fuego de burbujas iluminado por la luna. Ella sacó las piernas y se balanceó en la popa del bote, dejando una estela en el agua. Él remó un poco más.

—No puedo remar si está ahí —dijo. Sus manos desaparecieron de la regala, su cabeza oscura desapareció, pero cuando él giró el bote abruptamente y se levantó volvió a verla, sacudiendo gotas plateadas de su pelo. La luna se deslizó y corrió sobre sus brazos alternos y desplegó ante ella un abanico de líneas de plata, que cambiaban y se extendían y se fundían.

—Jo —dijo ella. Su voz surgió del agua, baja pero con claridad: pequeñas olas chapoteaban contra ella—. Es estupendo: está buenísima. Deberías meterte —su cabeza volvió a desaparecer, él vio sus piernas delgadas que desaparecían, y una vez más se sacudió plata desparramada de la cabeza. Ella nadó hasta el bote—. Métete, David —insistió—. Quítate los pantalones y la camisa y salta. Me aparto y te espero. Venga —ordenó.

Así que David se quitó la camisa y el pantalón, los dejó en el bote, y se metió rápida y modestamente en el agua.

—¿No es estupendo? —dijo ella—. Ven aquí.

—Más vale que no nos alejemos del bote —dijo con cautela David—, No está anclado, ya sabe.

—Lo cogemos. No irá muy lejos. Ven aquí, y echamos una carrera hasta el barco.

Él nadó hasta donde lo esperaba su cabeza oscura y húmeda.

—Apuesto a que te gano —lo retó—. ¿Estás listo? Un, dos, tres. ¡Ya! —Y le ganó, y con un solo movimiento ininterrumpido se deslizó hacia arriba y se metió en el bote, y se puso de pie para que la luz de la luna resbalara por ella con un rumor de plata—. A ver quién llega más lejos buceando —lo retó ahora. David se agarraba al bote, sumergido hasta el cuello. Ella esperó que él se subiera al esquife—, ¿Sabes bucear, verdad? —Pero él seguía agarrado a la regala, mirándola—. Vamos, David —dijo ella con brusquedad—, ¿Eres tímido o qué? No voy a mirarte, si no quieres que lo haga —él se subió al barco, le dio la espalda pudorosamente. Pero ni sus ropas extravagantes y mojadas volvían ridículo su esplendor joven y delgado.

—No sé por qué te da vergüenza. Tienes un buen físico —le dijo ella—. Alto y duro. ¿Estás listo? Uno, dos, tres. ¡Ya!

Pero ella pronto estuvo satisfecha flotando sobre su espalda y recuperando el aliento, mientras él chapoteaba a su lado. Pequeñas manos de agua la lamían, salpicaban su pelo y su cara, y ella respiraba hondo y cerraba los ojos contra la insulsa luna menguante.

—La llevo un rato —se ofreció él, poniéndole la mano en la parte baja de la espalda.

—Lo haces muy bien —dijo ella, inmóvil—. ¿Es difícil? A ver si yo puedo sostenerte. Esta agua es diferente al mar: en el mar casi no te hundes si no quieres —dejó que sus piernas se hundieran y él se tumbó boca arriba obedientemente—. Puedo sostenerte, ¿verdad? Oye, ¿puedes llevar a alguien en el agua, como un salvavidas?

—Un poco —admitió él y ella se dio la vuelta y él le enseñó cómo se hacía. Después ella quiso probar. Él se sometió con dubitativa resignación. Su brazo duro y joven lo agarró de la garganta, asfixiándolo, y la sobrina se lanzó violentamente hacia delante, separando las piernas. Él le empujó los brazos para apartar su codo estrangulador y su cabeza terminó en el agua, con la boca abierta. Luchó para librarse de ella, y reapareció, intentando recobrar la respiración. Ella se acercó preocupada e

intentó sostenerlo aunque no hacía falta.

—Lo siento mucho. No quería hundirte.

—No pasa nada —dijo él, tosiendo, sin aire.

—No lo he hecho bien, ¿verdad? ¿Te encuentras bien? —Lo miró con ansiedad, intentando apoyarlo.

—Estoy bien —repitió—. Me has agarrado mal —explicó, chapoteando—. Me has cogido del cuello.

—Vaya, pensaba que lo estaba haciendo bien. Esta vez lo haré bien.

—Creo que es mejor que esperemos y practiquemos donde cubra menos, otra vez —objetó rápidamente.

—Vaya... Vale —asintió—. Creo que ahora sé hacerlo. Aunque supongo que es mejor que aprenda a hacerlo bien primero. Siento mucho haberte estrangulado.

—Ya no me duele. No noto nada.

—Pero ha sido una estupidez. Aprenderé a hacerlo bien la próxima vez.

—Ahora sabes hacerlo. Solo que antes me has agarrado mal. Prueba otra vez. A ver si ahora sabes hacerlo.

—¿No te importa? —dijo con una alegría súbita—. Esta vez te cogeré bien... No, a lo mejor vuelvo a hundirte. Más vale que aprenda primero.

—Seguro que no —dijo él—. Ahora sabes hacerlo. No me harás daño. Prueba —se puso boca arriba.

—Jo, David —dijo ella. Deslizó su brazo cuidadosamente por su pecho y bajo su brazo contrario—. ¿Así está bien? Voy.

Lo sostuvo con cuidado, concentrada en hacerlo bien, y él la animó. Pero su avance era enloquecedoramente lento: el barco parecía estar a kilómetros de distancia, y la sobrina tenía que esforzarse para mantener la cabeza fuera del agua. No tardó en respirar más rápido, tragando aire y después cerrando la boca contra el agua que el brazo lanzaba hacia su boca. «Lo haré, lo haré», se dijo, pero era mucho más difícil de lo que parecía. El bote se levantaba y caía contra las estrellas, y el agua iluminada por la luna burbujeaba a su alrededor. Debía esforzarse más, o tendría que dejarlo. Y se ahogaría antes de que sucediera eso.

El brazo que lo agarraba estaba entumecido, y ella nadó con más fuerza, cambió su abrazo y de nuevo su duro codo se cerró con fuerza asfixiante sobre la tráquea de David. Pero él lo esperaba: sin mover el cuerpo torció la cabeza, llenó los pulmones y cerró la boca y los ojos... Pronto, ella dejó de nadar y su brazo volvió a bajar, sosteniéndolo, y él llenó los pulmones y abrió los ojos para observar la regala del bote subiendo y bajando contra el cielo sobre su cabeza.

—Lo he conseguido —dijo ella, casi sin aire—. Lo he conseguido. ¿Estás bien? —preguntó, jadeando—. Lo he conseguido, David. Sabía que podría —se agarró al bote, apoyó la cabeza en las manos, jadeó—. Ha habido un momento, cuando he cambiado de postura, que pensaba que lo estaba haciendo mal otra vez. Pero lo he hecho bien, ¿verdad? —Las estrellas remotas y frías y el disco descompuesto de la

luna se balanceaban sobre ellos, sobre el mundo vacío al que se agarraban uno junto al otro—. Estoy casi agotada —admitió.

—Es difícil —asintió—, se necesita mucha práctica. Yo te llevo hasta que recuperes la respiración —la rodeó con el brazo bajo el agua.

—No me he quedado sin aire —protestó, pero se relajó gradualmente y él sostuvo todo su peso: sentía su corazón latiendo en la palma de la mano, mientras ella se agarraba a la regala y apoyaba su cabeza arqueada en las manos. Era como si David estuviera en un cuarto oscuro y de repente todas las luces se hubiesen encendido: así de sencillo.

Era como una mañana, en la que iba en un tren de mercancías a San Francisco con un montón de vagabundos y los vigilantes de la empresa los echaron y tuvieron que seguir andando. Estaban junto al muelle y había muchos barcos en el agua, se mecían anclados: podía ver reflejos de los barcos y de las boyas en el agua, balanceándose; y después de un rato el alba se levantó sobre el humo de la ciudad, como un sonido inaudible, y el amarillo y el rosa llegaron al agua donde se mecían los barcos, y en torno a las boyas unas pequeñas líneas amarillas parecían surgir directamente del agua; y parecía que las gaviotas tenían plumas amarillas y rosas, se inclinaban, rodaban.

Y era como si hubiera una calle en una ciudad, una calle llena de basura, pero enseguida estaba lejos de la calle, en un lugar con árboles. Debía de ser primavera, porque los árboles no estaban exactamente desnudos, y sin embargo tampoco tenían hojas, y el viento llegaba desde los árboles y él se detuvo y escuchó una música que llegaba de alguna parte: era como si acabara de levantarse, y un viento cargado de música llegase desde unas colinas verdes, valiente en un alba límpida. Así de simple.

Por fin, ella se movió contra su brazo.

—A lo mejor ahora puedo subir. Empújame un poco —su mano encontró su rodilla, se deslizó, y la sobrina levantó el pie para apoyarse. David vio su cuerpo plano de chico alzándose contra las estrellas; luego ella estaba en el bote y se inclinaba hacia él—. Cógeme de las manos —dijo ella, extendiéndolas, pero durante un tiempo no se movió en absoluto, se quedó agarrado a la regala y la miró con un anhelo total, perruno.

La señora Maurier estaba en la cama en su camarote a oscuras. Había un ojo de buey justo encima de la cama, y un largo lápiz de luna se inclinaba sobre ella, esparciéndose sobre el suelo y llenando la habitación de un brillo frío y disperso. Sobre la silla, vagamente, sus ropas: una masa informe, familiar, tranquilizadora; y en torno a ella, la íntima familiaridad de sus propias posesiones: las cosas del tocador, sus ropas, su olor peculiar con el que estaba tan familiarizada que ya no lo percibía.

Estaba en la cama —especialmente construida, la cama más cómoda del barco— rodeada, acunada en la seguridad y las cosas íntimas, amurallada y protegida por los

insulsos planos callados de los mamparos. Un sonido leve y feliz llegaba hasta ella: pequeñas lenguas de agua lamían sin cesar el yate, su yate —la isla de seguridad que siempre estaba dispuesta a transportarla cómodamente lejos de los rumores del mundo y sus penas; y más allá del yate, espacio: agua y cielo, oscuridad y silencio, una luna rasgada ni alegre ni triste... La señora Maurier yacía en su acogedora cama, en su cómoda habitación, y lloraba con sollozos largos y convulsos: una histeria pasiva, terrible y silenciosa.

EL TERCER DÍA

La mañana despertó con una bruma impenetrable y silenciosa. Estaba sobre un mundo de aguas en calma, la primera brisa suave de la mañana no tardaría en disiparla; pero ahora rodeaba el Nausikaa fuera del tiempo: el yate era una joya ancha envuelta en un algodón gris y suave, mientras en algún lugar del algodón el alba era como una respiración contenida. La primera mañana del Tiempo podría estar más allá de esa bruma, con unas trompetas que anticipasen una prosperidad dorada, y podrían oírse suspendidas las voces de los Dioses Lejanos en la primera mañana, diciendo «Está bien: hágase la luz». A poca distancia, una sombra, un rumor, un espesor más palpable: era la orilla. El agua, que se fundía lejos de la bruma, parecía un metal oscuro en el que el Nausikaa se hallaba rígidamente clavado, y el yate estaba inmóvil, envuelto en la bruma como una joya gorda.

Cinco en punto

De la oscuridad de la escalerilla surgió la sobrina, desnuda y silenciosa como un fantasma. Se quedó quieta un momento, pero no llegaban sonidos de ninguna parte y atravesó la cubierta y se detuvo contra la barandilla, dejó que la bruma suave y fresca entrara en sus pulmones, sintió que la neblina envolvía su cuerpo firme y sencillo con un frescor débil y persistente. Tenía las piernas y los brazos tan morenos que desnuda parecía llevar un bañador extraordinariamente blanco. Subió a la barandilla, el bote se movió un poco debajo de ella, haciendo que el agua negra cobrara vida y produjera sonidos desmayados. Después se deslizó por la popa y nadó hacia la bruma.

El agua se dividía con una desgana aceitosa, se cerraba tras ella con un leve murmullo. Ahí, al nivel del agua, no podía ver nada salvo una grisura y flácidas y molestas lenguas de agua que la lamían y dejaban pequeños huecos fugitivos entre la bruma y el agua antes de que la bruma volviera a llenarlos en silencio, como si posara sus alas. El casco del yate era una cosa imprecisa, algo que se percibía, se conocía más que se veía. Ella nadó lentamente, rodeando el lugar en el que sabía que debería estar.

Nadó despacio y sin parar, intentando mantener la distancia aproximada por instinto. Pero hacerlo de manera consciente era difícil; conscientemente, en esa vaga

inmensidad restringida, esa imprecisión sin límites cuyo centro era ella misma, el yate podía estar en cualquier dirección. Se detuvo y chapoteó, mientras pequeñas lenguas de agua besaban su cara y lamían sus labios. «Está a mi derecha», se dijo. «Está a mi derecha, allí». No era miedo: solamente una débil inquietud, una exasperación; pero para tranquilizarse dio unas brazadas en esa dirección. La bruma no se espesaba y tampoco se disipaba. Chapoteó de nuevo y el agua le lamió la cara sin el menor ruido. «Maldita seas», susurró, y en ese momento algo redondo y enorme como un ojo muerto y sin párpado la observó entre la bruma, y desde la neblina que había por encima de ella llegó un sonido débil. Con dos brazadas tocó el casco del yate: una vindicación. Lo supo con un orgullo débil y un toque de alivio y nadó en tomo al lago y rodeó la popa. Avistó la regala del bote y se quedó allí un rato, recuperando la respiración.

El sonido débil llegó de nuevo desde cubierta: un movimiento, y ella habló hacia la bruma.

—¿David? —La bruma tomó la palabra, la arrastró levemente contra el muro, después la rebotó y la absorbió. Pero él la oyó y apareció impreciso en la barandilla, mirando hacia el lugar donde ella se encontraba, suspendida en el agua—. Vete, para que pueda salir —dijo ella. Él no se movió—. No llevo bañador. Apártate un momento, David.

Pero no se movió. Se inclinó en la barandilla, mirándola con un anhelo completo y estúpido y al cabo de un momento ella se deslizó con rapidez y facilidad hasta el bote; y él siguió inmóvil, sin hacer el menor gesto para ayudarla mientras su cuerpo simple y grave subía velozmente al yate.

—Vuelvo en un minuto —dijo ella mirando hacia atrás y su sorprendente traje de baño blanco se apresuró por la cubierta y lejos del alcance de sus ojos de perro. Sin disiparse, la bruma se llenaba de luz, una inminencia del alba como una gloria, un esplendor de trompetas inaudibles.

Su minuto fueron tres minutos. Reapareció con su pequeño traje de colores, su pelo oscuro y áspero todavía húmedo, los zapatos y las medias en la mano. Él no se había movido en absoluto.

—Bueno, vámonos —dijo ella. Lo miró impaciente—, ¿Todavía no estás listo?

Él se movió por fin, observándola con la pasiva abyección de un perro.

—Vamos —dijo bruscamente—, ¿Aún no has preparado el desayuno? ¿Qué te pasa, David? Sal del trance —volvió a examinarlo, con una sobria impersonalidad—. No creías que fuera a hacerlo, ¿es eso? ¿O es que te estás echando atrás? Vamos: dilo ahora, si quieres dejarlo —se acercó y examinó su cara con sus graves ojos opacos. Extendió la mano—, ¿David?

Él tomó su mano lentamente, la miró, y ella vio su mano y sacudió su brazo con fuerza.

—Despierta. Oye, no has... Venga, vamos a coger algo para desayunar, y nos largamos. No tenemos todo el día —él la siguió y en la cocina la sobrina encendió la

luz y escogió una caja plana de tocino y un trozo de pan, los puso sobre la mesa, hurgó en las cajas y los cajones y los estantes.

—¿Tienes cerillas? ¿Una navaja? —preguntó mirando hacia atrás—. Y... ¿dónde están las naranjas? Vamos a llevar unas naranjas. Me encantan, ¿a ti?

Giró la cabeza para mirarle. La mano de David le tocaba levemente la manga, con tanta timidez que ella no la había notado. Se giró de pronto, dejó las naranjas en el suelo, y lo rodeó con los brazos, dura y firme y sin sexo, acercando su mejilla a su beso sobrio y húmedo. Ella sentía su corazón errático martilleando contra su pecho, podía escucharlo en el silencio como si estuviera en su propio cuerpo. Los brazos de David se tensaron y movió la cabeza al ver la boca, pero ella lo evitó con un movimiento rápido, sin reproches.

—No, no, eso no. Todo el mundo hace eso —ella lo apretó de nuevo contra su cuerpo, luego lo soltó—. Vamos. ¿Lo tienes todo? —Examinó los estantes de nuevo, y encontró un cesto pequeño. Estaba lleno de lechuga húmeda: tiró la lechuga y metió sus cosas—. Lleva mis zapatos. Te caben en el bolsillo, ¿verdad? —arrugó sus medias rubias y mustias en los zapatos y se los dio. Después cogió el cesto y apagó la luz.

El día estaba aún más cerca, aunque todavía no había llegado. Pese a que la bruma no se había levantado, el yate era visible de proa a popa, dormido como una gaviota con las alas plegadas; y el agua despertó lanzando un largo bostezo contra el casco. La orilla era más oscura, una vaguedad más palpable entre la bruma.

—Oye —observó ella, deteniéndose de pronto—, ¿cómo vamos a llegar a la orilla? Se me había olvidado. No vamos a coger el bote.

—Nadando —sugirió él. Su cabeza oscura y húmeda llegaba a la barbilla de David; la sobrina reflexionó un tiempo con sobria consternación.

—¿No hay manera de llegar al bote y después arrastrarlo al barco con una cuerda?

—Yo... Sí. Sí, podemos hacer eso.

—Bueno, consigue una cuerda entonces. Date prisa.

Cuando volvió con un cable ella ya estaba en el bote con los remos y observó con interés cómo pasaba la cuerda por el montante y llevaba los dos extremos al barco con él y ataba uno de los extremos al aro que había en la proa del bote. Después cogió la idea y se sentó y empezó a dar cuerda mientras él remaba hacia la orilla. Pronto llegaron y ella bajó a tierra, todavía llevaba en la mano el extremo suelto de la cuerda.

—¿Cómo vamos a hacer para que el bote no tire de la soga y se pierda? —preguntó.

—Te lo enseñaré —respondió él, y ella lo observó mientras ataba los remos y los toletes con el extremo libre de la cuerda y los metía a presión bajo la bancada—. Creo que aguantará. Seguro que alguien lo ve pronto —añadió, y se preparó para devolver el bote al barco.

—Espera un minuto —dijo ella. Reflexionó gravemente, observando el oscuro yate entre las sombras. Le pidió cerillas, se sentó en la regala del bote, arrancó un trozo de papel de la caja del tocino y con una cerilla gastada escribió «Vamos a». Miró hacia arriba.

—¿Dónde vamos? —Él la miró y ella añadió rápidamente—: ¿A qué ciudad? Tendremos que ir a una ciudad en algún sitio, ya sabes, para volver a Nueva Orleans, para que yo pueda recoger algunas ropas y mis diecisiete dólares. Dime el nombre de un pueblo...

—No sé. Nunca...

—Está bien. Nunca habías estado por aquí, ¿verdad? Bueno, ¿cómo se llama esa ciudad a la que van los ferris? ¿Esa que Jenny siempre dice que es divertida? —Volvió a mirar fijamente la imprecisa silueta del Nausikaa, después escribió «Mandeville»—. Se llama así: Mandeville. ¿En qué dirección está Mandeville? —Él no lo sabía y ella añadió—: Da igual: la encontraremos, supongo —firmó la nota y la puso en el asiento de proa, bajo una piedra pequeña—. Ahora, suéltala —ordenó, y sobre el agua inmóvil llegó un ruido débil—. Ahora, tira el remo lo más lejos que puedas. Alguien verá la cuerda y lo recuperarán.

Tiró el remo como una jabalina, fácilmente.

—Buen lanzamiento —dijo ella—. Adiós, Nausikaa. Espera —añadió—. Creo que me voy a poner los zapatos —él le dio los zapatos y ella se sentó en la playa estrecha y se los puso, y le devolvió las medias arrugadas—. Espera —dijo de nuevo, y cogió las medias y les dio la vuelta. Metió su brazo moreno en una de ellas y sacó un fajo arrugado, el dinero que había logrado reunir tras saquear las cosas de su tía, la señora Wiseman y la señorita Jameson. Alargó la mano y la puso en pie—. Mejor lleva tú el dinero —dijo ella, dándoselo—. Ahora, a desayunar —dijo, y le agarró la mano.

Seis en punto

Árboles pesados antiguos y cubiertos de musgo destacaban enormes y grises: la bruma podía haber sido algo que crecía lentamente entre ellos. No, esa neblina podría haber sido la primera mañana prehistórica; podría haber sido la mera sustancia en la que fecundó la semilla del principio de las cosas, y esos árboles gigantescos y silenciosos podrían haber sido las primeras cosas vivientes, que habían nacido demasiado recientemente como para conocer el miedo o el asombro, que arrastraban sus lentos cordones umbilicales del viejo útero del miasma a partir de una nada latente y aterradora. Ella se apretó contra él, repentinamente callada y sumisa, temblando un poco como un cachorro contra la seguridad de su brazo.

—Jo —dijo con un hilo de voz.

Ese sonido leve no se extinguió. Solamente se disolvió en la humedad gris que los rodeaba, y era como si con cualquier movimiento la palabra pudiera repetirse en algún lugar entre el cielo y el suelo, como una piedra sacudida de una tela de algodón. Él le pasó el brazo por los hombros y ella se giró rápidamente bajo su axila, ocultando el rostro.

—Tengo hambre —dijo por fin, con ese hilo de voz—. Eso es lo que me pasa —añadió, con más seguridad—. Quiero comer algo.

—¿Quieres que encienda fuego? —preguntó él a la corona áspera y dura de su cabeza.

—No, no —respondió rápidamente, agarrándolo—. Además, estamos demasiado cerca del lago. Alguien podría vernos. Deberíamos alejarnos más de la orilla —ella se aferró a él, dentro de su brazo—. Aunque supongo que es mejor esperar hasta que se levante la niebla. Un trozo de pan servirá —alargó su mano morena—. Vamos a sentarnos en algún sitio. Nos sentaremos y comeremos algo de pan —decidió—. Y cuando se vaya la niebla encontraremos la carretera. Venga, vamos a encontrar un tronco o algo.

La sobrina lo cogió de la mano y se sentaron al pie de un árbol enorme, sobre la tierra húmeda, y ella hurgó en el cesto. Rompió un trozo de pan y se lo dio, y cogió un fragmento para ella. Después se deslizó sobre los talones hasta que su espalda descansó sobre él y mordió el pan. Suspiró satisfecha.

—Ahí está. ¿No te encanta? —Levantó su cara grave, masticando, para mirarlo—. Todo gris y solitario. Te da frío por fuera y calor por dentro, ¿verdad? Oye, no te estás comiendo el pan. Cómete el pan, David. Me encanta el pan, ¿a ti no? —Volvió a moverse, hacia dentro: de alguna manera pareció acercarse a él más aún.

La bruma empezaba a disiparse, se rompía con una pesada desgana ante un rumor demasiado débil como para llamarlo viento. La niebla se rompió en harapos y vagó en fantasmas perezosos que parecían devorar todo sonido, bamboleándose y balanceándose como enormes simios espectrales que saltaban de un árbol a otro, que ascendían y caían y revelaban a sombríos patriarcas arbóreos y luego volvían a esconderlos. Desde lejos, muy lejos, en la marisma, llegaba un sonido áspero y familiar: el canto de amor de un caimán.

—Chicago —murmuró ella—. No sabía que estábamos tan cerca de casa —pronto llegó el sol, y ella se arrellanó contra él, mientras masticaba satisfecha su trozo de pan.

Siete en punto

No habían encontrado el camino, pero habían puesto una distancia segura con el lago. Ella había descubierto una mariposa más grande que sus dos manos juntas agarrada a un punto soleado del viejo tronco de árbol: movía sus encantadoras alas húmedas como esforzados pulmones expuestos de hierba o seda; y, mientras él reunía leña —una tarea difícil, porque ninguno había pensado en llevar un hacha—, ella se detuvo en el borde de un arroyo negro para hostigar a una serpiente lenta y gorda con una ramita. Un pájaro enorme de colores chillones apareció y la maldijo, y la serpiente la ignoró con una especie de fatigado desengaño, y se dejó caer pesadamente en el agua turbia. Después, mirando a su alrededor, vio un fuego delgado en el umbrío crepúsculo equívoco de los árboles.

Volvieron a comer: las naranjas, asaron tocino, lo chamuscaron, lo tiraron al suelo, lo recuperaron y lo limpiaron y lo masticaron, junto con el resto del pan.

—¿No te encanta ir de acampada? —Se sentó con las piernas cruzadas y limpió una tira de tocino en su falda—. Hagamos esto siempre, David: nunca tengamos una casa en la que haya que quedarse. Iremos por ahí así, de acampada. ¿David? —Levantó la tira de tocino y encontró sus ojos bobos y anhelantes. Sostuvo el tocino en el aire—. No me mires así —le dijo bruscamente. Luego, más amable—:...No mires nunca así a nadie. Nunca encontrarás a nadie con quien fugarte si miras así, David —extendió la mano.

La mano de David apareció lenta y dubitativa, pero el apretón de la sobrina era fuerte, real. Le sacudió el brazo para añadir énfasis.

—¿Cómo te miraba? —preguntó él al cabo de un rato, con una voz que no parecía la suya—, ¿Cómo quieres que te mire ahora?

—Oh... Ya sabes cómo. Pero no así. Me miras como... un hombre, eso es todo. O un perro. No como David —se soltó la mano, y comió su tira de tocino. Después se limpió los dedos en el vestido—. Dame un cigarrillo.

La bruma había desaparecido, y el sol llegaba siniestro y caliente entre los árboles, sobre la tierra del miasma. Se sentó sobre sus tobillos cruzados, llena, fumando. Abruptamente tiró el cigarrillo en una tensa interrupción de sus movimientos. Volvió a moverse, se golpeó repentinamente la pierna desnuda.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Extendió su palma plana y morena como respuesta. En el centro había un punto oscuro y una pequeña salpicadura carmesí.

—Dios mío, dame las medias —exclamó—. Tendremos que movernos. Jo, me había olvidado de ellos —dijo. Estiró las piernas y se puso las medias. Se levantó—. Pero pronto estaremos fuera. David, deja de mirarme así. Por lo menos, intenta que parezca que lo estás pasando bien. Un poco de alegría, David. Cualquiera pensaría que ya estás asustado. ¡Arriba ese ánimo! Creo que es estupendo huir así. ¿No te parece estupendo? —Volvió la cabeza y vio de nuevo el gesto tímido de la mano de David tocando su vestido. En la mañana cálida llegó el sonido estridente del silbato del Nausikaa.

Ocho en punto

—No, señor —respondió pacientemente el sobrino—. Es una pipa.

—Una pipa, ¿eh? —repitió el mayor Ayers, mirándolo con sus ojos pequeños, duros y afables—. Haces pipas, ¿verdad?

—Estoy haciendo esta —contestó absorto el sobrino.

—Te dejaste la tuya en tierra, a lo mejor —sugirió el mayor Ayers al cabo de un rato.

—No. No fumo. Estoy haciendo una nueva clase de pipas.

—Ah, ya veo. El mercado —la mente del mayor Ayers se encendió—. Hay dinero de por medio, ¿eh? Los estadounidenses comprarían un nuevo tipo de pipa. Ya has pensado en la promoción, claro.

—No, solo la estoy haciendo. Por diversión —explicó el sobrino con el tono paciente que se usa con un niño obtuso. El mayor Ayers contempló su cabeza inclinada y absorta.

—Sí —asintió—. Es mejor no decir nada hasta que hayas terminado todos tus cálculos sobre el coste de producción. No te culpo, para nada... —el mayor Ayers reflexionó, calculó. Dijo—: Los estadounidenses comprarían un nuevo tipo de pipa. Es raro que nadie haya pensado en eso... —el sobrino tallaba minuciosamente su cilindro. El mayor Ayers dijo, sigiloso—: No, no te culpo, para nada. Y cuando lo hayas hecho, necesitarás capital. Algo así, ya sabes. Y entonces... una palabra a tus amigos en el momento adecuado, ¿eh? —El sobrino miró hacia arriba.

—¿Decírselo a mis amigos? —repitió—. Oiga, solamente estoy haciendo una pipa, ya le digo. Una pipa. Por hacerla. Por diversión.

—Tienes razón —el mayor Ayers asintió cortésmente—. No te ofendas, joven. No te culpo, no te culpo para nada. He vivido la misma situación.

Nueve en punto

Encontraron el camino al fin: dos cicatrices débiles y una acumulación insoportable de polvo sobre un dique elevado que atravesaba el pantano. Pero entre ellos y el camino había una infecta y perezosa extensión de agua, vegetación y biología. Enormes raíces de cipreses se levantaban como huesos desgastados de una suciedad verde y un temblor que no era agua ni tierra, y siempre esos árboles barbados y eternos como dioses que miraban sin alarma la lastimosa profanación del silencio del aire y la tierra, que ya eran viejos cuando el vetusto Tiempo era un milagro rosa y terrible en los brazos de su madre.

Fue ella la que encontró el árbol caído, la primera que probó su traicionera corteza lodosa y pisó el camino vacío que se extendía monótono en las dos direcciones en medio de batallones de árboles patriarcas. Jadeaba un poco, se golpeaba el cuerpo con una rama rota y verde, lo observaba mientras avanzaba paso a paso hacia el tronco caído.

—Vamos, David —llamó ella impaciente—. Aquí está el camino: ya estamos a salvo —David estaba cruzando la zanja; ahora intentaba subir por el ribazo hostil del dique. Se agachó y le dio la mano. Pero él no la cogió, y ella se agachó más y le agarró la camisa.

—Ahora ¿en qué dirección está Mandeville?

—Por ahí —respondió él inmediatamente, señalando.

—Has dicho que nunca habías estado aquí —le acusó la sobrina.

—No. Pero estábamos al oeste de Mandeville cuando hemos bajado a tierra, y el lago está allí. Así que Mandeville tiene que estar por ahí.

—Creo que no. Está por ahí: mira, la ciénaga no es tan espesa por ahí. Además, sé que es por ahí.

Él la miró un momento.

—De acuerdo —asintió—. Supongo que tienes razón.

—Pero ¿no sabes en qué dirección está? ¿No hay forma de saberlo? —Se inclinó y se golpeó las piernas con la rama rota.

—Bueno, el lago está allí, y estábamos al oeste de Mandeville anoche, y...

—Solo lo supones —interrumpió ella con aspereza.

—Sí —respondió él—. Me parece que tienes razón.

—Bueno, tenemos que ir a alguna parte. No podemos quedarnos aquí —ella giró los hombros, retorciendo su cuerpo bajo el vestido—, ¿En qué dirección, entonces?

—Bueno, estábamos...

Ella se giró abruptamente hacia la dirección que había elegido.

—Vamos: me moriré aquí —ella encabezó la marcha.

Diez en punto

Intentaba explicárselo a Pete. El sol se había alzado siniestro y caliente, escalaba hacia una neblina soñolienta, y en una región imprecisa y baja, que no era ni agua ni cielo, marchaban solemnemente nubes como niñas gordas en vestidos almidonados.

—Es algo a lo que uno se asocia. Solo que tienen que trabajar para asociarse, y a veces ni siquiera consigues asociarte. Y los que se asocian no consiguen nada más que un botón o algo así.

—A ver, otra vez, más despacio —le dijo Pete, apoyado sobre sus codos y

aferrado a la barandilla con el talón, el sombrero inclinado sobre su rostro oscuro y temerario, los ojos entornados ante el humo del cigarrillo—. ¿De qué estás hablando?

—Hay algo en el agua —observó Jenny con plácido asombro, apretando el vientre contra la barandilla y mirando hacia el agua levemente ondulada mientras la brisa de tierra moldeaba su breve vestido verde—. Se ha debido caer del barco... Estoy hablando de esa universidad a la que va a ir. Trabajas para asociarte a sitios. Trabajas tres años, dice ella. Y entonces a lo mejor...

—¿Qué universidad?

—Se me ha olvidado. Es esa en la que tienen esos grandes partidos de fútbol que salen en los periódicos todos los años. Es...

—¿Yale y Harvard?

—Ajá. Esa es la que dijo. Es...

—¿Cuál? ¿Yale o Harvard?

—Ajá. Y entonces...

—Vamos, nena. Estás hablando de dos universidades. ¿Dijo Yale? ¿O Harvard? ¿O Sing Sing o qué?

—Oh —dijo Jenny—. Yale. Es la que dijo. Y tendrá que trabajar tres años para entrar. Y a lo mejor no puede.

—Bueno, ¿y qué? Imagina que trabaja tres años, ¿y qué?

—Si lo hace, no conseguirá nada más que un botoncito o algo, aunque entre, quiero decir —Jenny meditó blandamente, apoyada en la barandilla—. Tendrá que trabajar —repitió con una sorpresa suave e insulsa—. Tendrá que trabajar tres años y puede que entonces no...

—No seas idiota, chica.

El viento y el sol envolvían el cabello soñoliento de Jenny. La cubierta se extendía limpiamente, estaba desierta. Los demás estaban en la cubierta superior. De cuando en cuando oían voces, y un par de pies masculinos estaban cruzados inocentemente sobre la barandilla, justo encima de la cabeza de Pete. Un cigarrillo medio fumado describió un pequeño arco brillante y cayó por la proa. Jenny observó cómo caía con ligereza sobre el agua, y flotaba entre la basura que había captado su atención. Pete lanzó su cigarrillo hacia atrás por encima del hombro, pero este se hundió inmediatamente, para la plácida sorpresa de Jenny.

—Deja que el chico entre en su club, si quiere —añadió Pete—, ¿Qué tipo de club es? ¿Qué hacen?

—No sé. Solo entran. Trabajas tres años —dijo—. Tres años. Vaya, en ese tiempo eres demasiado viejo para hacer nada aunque consigas entrar... Tres años. Dios mío.

—Siéntate, y descansa un poco tu pata de palo —dijo Pete—, No seas estúpida —examinó la cubierta un momento, después, sin cambiar su posición contra la barandilla, giró la cabeza hacia Jenny—, Dale un beso a papá.

Jenny miró brevemente la cubierta. Volvió con una suerte de docilidad cautelosa, levantando su rostro inefable... Pete apartó la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Qué pasa con qué? —preguntó Jenny inocentemente.

Pete soltó el talón. Rodeó a Jenny con el brazo. Sus caras se fundieron de nuevo y Jenny se convirtió en una suavidad impersonal contra su boca y un solo ojo azul y un aura de cabellos soñolientos. Y Pete levantó la cabeza.

—Oye, ¿qué pasa contigo?

Jenny se soltó con un movimiento rubio y sin huesos.

—Ya no beso así —declaró remilgada, tocándose el pelo con sus dedos pequeños y sucios—. No es refinado.

Pete volvió a apoyar el pie en la barandilla, con violencia.

—Sí, ese es el problema con todo el barco. Refinado. Refinado —dijo Pete con un enfado amargo y lento—. Demonios. Tan refinados que casi me quitan a mi chica. ¡Refinado! Dios —sacó otro cigarrillo e intentó encender tres cerillas, con fuerza y en vano.

—Bueno, no lo es. Y tampoco voy a besar más así.

—Vale, vale. No te lo pido. Hay otras tías en este barco que no son tan condenadamente refinadas —dijo ominosamente—. Me las arreglaré siendo refinado tan bien como tú —añadió. La miró de reojo y la pilló observándolo con un inefable ojo especulativo. Tiró el cigarrillo—. No, escucha, nena, hablaba por hablar —dijo rápidamente—, Era una broma. No lo decía en serio.

Jenny apartó la mirada: solo le dio la aureola soleada de su cabellera angélica. Pete le puso la mano en el brazo.

—Estaba de broma sobre esa tía. Cristo, ¿crees que haría el tonto con ese vejstorio? —El brazo de Jenny estaba completamente pasivo bajo su mano—. Mírame, nena —Jenny no se movió y Pete tiró de ella con aspereza, arrastrándola hasta que lo miró. Su cara era sosa, inexpresiva—. Mírame —dijo Pete—. Te he visto tonteando con ese pájaro viejo. Cuidado con lo que haces: ¿ves? —La zarandéó.

—Ay —dijo Jenny—. Me haces daño. ¿De quién hablas? ¿Del señor Fairchild, o de ese judío gordo y viejo?

—Ya sabes de quién hablo —Pete inclinó su cara atrevida, temeraria, sobre la máscara rubia e inocente de Jenny—. Te estoy observando. Cuidado con lo que haces, ¿vale?

—Oh, quieres decir la Abuela —dijo Jenny con insulsa comprensión. Aparentemente sin moverse, llegó hasta él, cautelosa y dubitativa. Se detuvo un momento y echó la cabeza hacia atrás—. Sé refinado, Pete...

—Así.

—Mhhh.

Y al cabo de un tiempo Pete levantó la cabeza.

—Supongo que puedo soportar ser refinado un día o dos —dijo.

—Mmhh —asintió Jenny.

El Nausikaa yacía inmóvil en el agua escasa y ondulada: su gallardete caía

lánguido contra el cielo perezoso.

—Dame un beso, cariño.

Once en punto

El pantano parecía no terminar nunca. Se cernía a los dos lados del camino, fétido e intemporal, sombrío, silencioso y atroz. El camino continuaba a través de un túnel barbado, bajo el siniestro cielo de latón. El rocío había desaparecido hacía tiempo y el polvo respiraba sin vida bajo sus poderosos pasos. David caminaba pesadamente tras ella, observaba dos manchas de sangre seca en sus medias. De repente había tres, y él se adelantó. Ella miró por encima del hombro y le mostró su rostro contorsionado.

—¡No te acerques! —gritó—. ¿No ves que es peor?

Él volvió a quedarse atrás y ella se detuvo de pronto, soltó la rama rota y extendió los brazos.

—David —dijo. Él fue hacia ella, torpemente, y ella se agarró a él, gimoteando. Levantó la cabeza y lo miró fijamente—, ¿No puedes hacer nada? Me hacen daño, David —pero él solamente la miraba con su inexpresable anhelo idiota. Ella tensó los brazos, y lo soltó rápidamente—. Estaremos fuera enseguida —dijo, y recogió la rama—. Entonces será diferente. ¡Mira! Otra mariposa —su grito de placer se convirtió de nuevo en un leve gimoteo. Siguió caminando.

Jenny encontró a la señora Wiseman en el camarote que compartían. Se estaba cambiando de ropa.

—El señor Tal... Talliaferro —empezó Jenny. Después dijo—: es un hombre muy refinado. ¿No le parece?

—¿Refinado? —repitió la otra—. Exactamente eso. Ernest inventó esa palabra.

—¿De verdad? —Jenny fue al espejo y se miró un tiempo—. Su hermano también es refinado, ¿verdad?

—¿El hermano de quién, querida? —La señora Wiseman se paró y observó a Jenny con curiosidad.

—El que lleva el serrucho.

—Ah. Sí, bastante. Parece demasiado ocupado como para ser cualquier otra cosa. ¿Por qué?

—Y ese hombre de ojos saltones. Aunque todos los ingleses son refinados. Salía uno en una película que vi. Era muy refinado —Jenny miró su cara en el espejo, intemporal y totalmente entretenida. La señora Wiseman observó el cabello rubio y perfectamente acuñado de Jenny, el vestido de mala calidad que revelaba la divina

inevitabilidad de su cuerpo suave.

—Ven aquí, Jenny —dijo.

Doce en punto

Cuando la alcanzó, estaba sentada en el camino, encogida sin fuerza sobre sí misma, la cabeza entre sus brazos flacos y cruzados. Él se puso junto a ella, y dijo su nombre. Ella se meció hacia delante y atrás, después se retorció en éxtasis.

—Me han hecho daño, me han hecho daño —gimió, y se encogió de nuevo en un imposible espasmo de agonía. David se arrodilló junto a ella y dijo otra vez su nombre. Ella se incorporó.

—Mira —dijo furiosa— cómo llevo las piernas. Mira, mira... —las miró con una especie de fascinación ante una decena de grandes manchas grises que revoloteaban alrededor de sus medias manchadas de sangre, sin esforzarse en ahuyentarlas. Volvió a levantar su rostro furioso—, ¿Los ves? Los tengo por todas partes: en la espalda, en la espalda, donde no puedo llegar —se echó al suelo de pronto y frotó la espalda contra el polvo, agarrando la mano de David. Después se sentó y se giró contra las rodillas de David, contoneó el cuerpo a partir las caderas, intentó cubrir sus piernas sanguinolentas con la falda corta. Él la abrazó mientras ella gimoteaba y lo miraba con su cara furiosa y pálida.

—Tengo que meterme en el agua —jadeó—. Tengo que meterme en el agua. En el barro, lo que sea. Me muero, te digo.

—Sí, sí. Te daré un poco de agua. Espera aquí. ¿Me esperas?

—¿Me vas a traer un poco de agua? ¿De verdad? ¿Lo prometes?

—Sí, sí —repitió—. Te traeré algo. Espera aquí. Espera, ¿vale? —repitió estúpidamente. Ella volvió a doblarse sobre sí misma, gimió, se retorció en el polvo y él descendió por la ribera, se quitó la camisa y la mojó en la zanja tibia y fétida. Ella se había subido el vestido a los hombros, revelando su asombroso traje de baño blanco entre sus bragas y la cinta de satén que apretaba sus pechos.

—Ay, mi espalda —gimió, inclinándose hacia delante otra vez—. Rápido, rápido —él le puso su camisa húmeda sobre la espalda. Ella cogió las mangas y se las ató alrededor de la cintura, y volvió a apoyarse en los árboles con un largo suspiro estremecido—. Quiero beber. ¿Puedo beber, David?

—Pronto —prometió él sin esperanza—. Podrás beber cuando salgamos del pantano.

Ella volvió a gemir, un sonido largo y quejumbroso, y metió la cabeza entre los brazos. Se agacharon juntos en el camino polvoriento. El camino seguía titilando ante ellos, infinito bajo los vigilantes árboles barbados, cruzaba la implacable ciénaga con

una bravuconería pueril, como una voz suave que blasfema en una catedral. Agujas de fuego acuchillaban a su alrededor, en torno a los brazos y los hombros desnudos de David. Al cabo de un rato ella dijo:

—Mójala otra vez, David, por favor.

Lo hizo y volvió, subiendo con dificultad por el ribazo del fétido dique.

—No, lávame la cara, David —ella levantó la cara y cerró los ojos, y él le lavó la cara y la garganta y le apartó del rostro el pelo áspero y húmedo.

—Vamos a ponerte la camisa —propuso.

—No —objetó contra su brazo sin abrir los ojos, soñolienta—, Si no la llevas se te comerán vivo.

—No me molestan tanto como a ti. Vamos, póntela —ella objetó de nuevo y él intentó ponerle la camisa torpemente—. No la necesito —repitió.

—No... Quédatela, David... Deberías guardarla... Además, prefiero llevarla debajo... Oh, qué bien. ¿Seguro que no la necesitas? —Abrió los ojos, observándolo con su característica gravedad sobria. Él insistió y ella se sentó y se sacó el vestido por la cabeza. David la ayudó a ponerse la camisa, después la sobrina volvió a meterse en el vestido.

—No la aceptaría si no me hicieran tanto daño. Algún día haré algo por ti, David. Te lo juro.

—Claro —repitió él—. No la necesito.

Se levantó, y ella se puso de pie con un solo movimiento, antes de que él pudiera ofrecerse a ayudarla.

—Te juro que no la aceptaría si no me hicieran tanto daño, David —insistió, apoyando la mano en su hombro, levantando su rostro serio y moreno.

—Claro, ya lo sé.

—Te compensaré de alguna manera. Venga: vámonos de aquí.

Una en punto

La señora Wiseman y la señorita Jameson sacaron de la cocina a la señora Maurier, que gimoteaba y retorció las manos, y prepararon el desayuno. De nuevo pomelos, levemente disfrazados.

—Tenemos tantos —se disculpó la anfitriona con impotencia—, Y el camarero se ha ido. También estamos encallados, ya ven —explicó.

—Podemos soportar unas pocas privaciones, supongo —la tranquilizó jovialmente Fairchild—, La raza no ha degenerado tanto. En un libro, ahora, sería terrible: si uno obligara a unos personajes de un libro a comer tanto pomelo como nosotros, tanto los chicos del arte como los humanitarios se levantarían sobre sus

cuartos traseros y aullarían. Pero en la vida real... En la vida, cualquier cosa puede ocurrir; en la vida real la gente hace cualquier cosa. Solo en los libros la gente debe actuar según unas reglas arbitrarias de conducta y probabilidad; los libros son el único lugar en el que los acontecimientos nunca deben desobedecer la verosimilitud.

—Eso es verdad —asintió la señora Wiseman—, El carácter de las personas, cuando lo describen los escritores revelando lo que les gusta y lo que no, siempre parece tan perfecto, tan inevitable y consecuente, pero en la vi...

—Por eso la literatura es un arte y la biología no —interrumpió su hermano—. Un personaje de un libro debe ser consecuente en todo, mientras que el hombre únicamente es consecuente en una cosa: es consecuentemente vanidoso. La vanidad es lo único que mantiene sus moléculas húmedas y unidas entre sí, en vez de ser como un puñado de polvo que cualquier viento puede diseminar.

—En otras palabras, es consecuentemente inconsecuente —recapituló Mark Frost.

—Supongo —contestó el semita—. Aunque no sé qué significa eso... ¿Pero qué ibas a decir, Eva?

—Pensaba que cuando uno encuentra a la gente de los libros en la vida real, hay algo desconcertante y perverso en las cosas que les gustan y las que no. Por ejemplo, Dorothy. Imagina que colocas al personaje de Dorothy en una novela, Dawson. Cualquier escritor haría que le gustaran las joyas azules: oro blanco y platino, y zafiros en plata vieja, ya sabes. ¿Tú no lo harías?

—Vaya, sí, lo haría —asintió Fairchild con interés—. Le gustarían las cosas azules, seguro.

—Y además —continuó la otra—, la música. Dirías que le gusta Grieg, y todos esos nórdicos locos y fríos con hielo en las venas, ¿verdad?

—Sí —Fairchild asintió de nuevo, y pensó de inmediato en Ibsen y la leyenda de Peter Gynt y recordó un soneto de Sigfried Sassoon sobre Sibelius que había leído en una revista—. Eso es lo que le gustaría.

—Es lo que le debería gustar —corrigió la señora Wiseman— en aras de la coherencia artística. Pero apuesto a que estás equivocado. ¿No es así, Dorothy?

—Ah, sí —contestó la señorita Jameson—. Siempre me ha gustado Chopin.

La señora Wiseman se encogió de hombros: un gesto oscuro y elegante.

—Ahí lo tienes. Por eso el arte es tan desalentador. Una espera que cualquier cosa que esté asociada y dependa de las acciones humanas sea desalentadora. Pero siempre me sorprende ver que el hombre también depende de la población, del instinto gregario, al igual que las fábricas de automóviles o las medias.

—Solo que aún no se pueden usar piernas de mujeres para dar publicidad al arte —interrumpió Mark Frost.

—No sea tonto —dijo bruscamente la señora Wiseman—. Así es exactamente como el arte capta la atención del noventa y nueve por ciento de la gente que no lo produce y tiene por tanto alguna razón para comprarlo: postales y litografías apenas

lo bastante esotéricas como para evitar la persecución de la policía. Pregúntele a la gente de la calle qué entiende por el mundo del arte: todos le dirán un cuadro. ¿Verdad? —Apeló a Fairchild.

—Así es —asintió—, Y es una impresión equivocada. Arte es cualquier cosa conscientemente bien hecha, a mi juicio. Vivir, o hacer una buena cortadora de césped, o jugar al póquer. No me gusta esa idea moderna de restringir la palabra a la pintura.

—El arte de la Vida, de una existencia hermosa y completa del Alma —dijo la señora Maurier—. ¿No cree que es la función más grande del arte, señor Gordon?

—Por supuesto que no, niño —la señora Wiseman le dijo a Fairchild, ignorando a la señora Maurier—, Con lo rabiosamente americano que eres, no puedes aceptar eso, ¿verdad? Y ahí está el centro de tu aturdimiento: tú crees que la función de crear arte depende de la geografía.

—Es verdad. No puedes sembrar maíz si no tienes donde plantarlo.

—Pero el maíz no se planta en la geografía: se planta en la tierra. No solo no importa dónde está esa tierra, hasta puedes mover la tierra de un lugar a otro, por todo el mundo, si quieres, y seguirá produciendo maíz.

—Aun así, saldría una variedad de maíz distinta: maíz ruso, o latino o anglosajón.

—Todos los maíces son iguales para el estómago —dijo el semita.

—¡Julius! —Exclamó la señora Maurier—, El hambre del Alma: ese es el verdadero propósito del Arte. Hay tantas cosas para satisfacer los apetitos más groseros. ¿No le parece, señor Talliaferro?

—Sí —la señora Wiseman retomó el argumento de su hermano—. Dawson se aferra a su convicción por el motivo de siempre: es cómodo vivir y morir con ella, como creer en la inmortalidad. Un seguro contra la duda o la alarma.

—Y por pereza —añadió su hermano. La señora Maurier volvió a exclamar «¡Julius!»—. Al aferrarse espiritualmente a una parte diminuta de la superficie de la Tierra, encuentra mucho trabajo hecho. Detalles de vestidos, costumbres y forma de hablar que no entrañan dificultad a la hora de asimilarlos y que, cuando los amontona, son tan imponentes como un solo elemento asombroso de originalidad, como una cantidad ingente de trivialidades. ¿No te parece? Pero supongo que en su fuero interno todos los poetas consideran a los prosistas haraganes, ¿verdad?

—Sí —asintió su hermana—. Pensamos que son vagos. Solo un poco. No mentalmente, pero que sus... no sus corazones...

—¿Almas? —sugirió su hermano.

—Odio esa palabra, pero es la que más se acerca... —afrontó los ojos tristes y curiosos de su hermano, y exclamó—: ¡Ay, Julius! A veces te mataría. Se está riendo de mí, Dawson.

—Se está riendo de los dos —dijo Fairchild—, Pero dejemos que se divierta, pobre —rió entre dientes y encendió un cigarrillo—. Dejemos que ría. Siempre he querido ser uno de esos eunucos de la antigüedad, por una noche. Se debían morir de

la risa cuando los sultanes y sus cosas iban de visita.

—¡Señor Fairchild! ¡Qué cosas dice! —exclamó la señora Maurier.

—Está bien que alguien se divierta en ese proceso —dijo el otro—. Los maridos, los participantes activos, nunca parecen hacerlo.

—La naturaleza tiene previsiones para la supervivencia de la raza —dijo Fairchild—, Si los maridos vieran el aspecto cómico... Pero nunca lo hacen, aunque tengan la oportunidad, por muy blanca y delicada que sea la mano que decora su frente.

—No son las damas encantadoras ni los gallardos desconocidos —dijo el semita—, sino la ceremonia del matrimonio lo que desfigura nuestras frentes.

Fairchild gruñó. Después rió entre dientes.

—Seguro que la población disminuiría si el hombre tuviera un gemelo y hubiera de verse a sí mismo haciendo el amor.

—¿Y qué hay de las mujeres? —preguntó la señora Wiseman.

—Bueno, no habría tantas a la vista. Y de todas formas, es su trasero lo que resulta ridículo, lo que las delata, ya sabes.

La señora Maurier emitió un incomprensible sonido chillón. Mark Frost dijo:

—Pero la población no tendría que sufrir. Alguien inventaría un ingenio mecánico que haría el trabajo.

—¡Bueno, bueno, Mark! Esa es una idea. Debería registrarla, pedirle a Ted que haga uno y que el mayor Ayers lo explote. Sí, señor, ese es el truco —continuó Fairchild—, Un instrumento pequeño, que pudiera llevarse en el neceser, ¿eh?

—¡Señor Fairchild!

—Pero no demasiado pequeño —añadió y la señora Wiseman dijo «Dawson» con aire autoritario.

—No —dijo el semita, con tono judicial—, eso no sería necesario. Sería más que ridículo hacer impopular una forma de conducta de tan larga tradición y demostrado mérito.

—Sí, supongo que sí —asintió Fairchild—, Siempre habrá alguien que prefiera el viejo método. Algún reaccionario estrecho de miras, ya sabes —añadió—. Reaccionario —repitió, satisfecho con el término—. Espero que sí, de todos modos. Por ejemplo, yo siempre votaré por el estilo antiguo (y siempre habrá que votar las cosas en este país. Es el único pasatiempo general que tenemos, ahora que todo el mundo es cristiano y todos los indios están muertos). Sí, señor, yo siempre votaré por el viejo estilo ortodoxo: lo que fue bueno para mis padres es bueno para mí. ¿Eh, Talliaferro? Y apuesto...

—Cállate, Dawson —dijo de nuevo la señora Wiseman—, quiero decir algo.

—Apuesto a que todos votamos por eso, también.

—¡Señor Fairchild!

—Chopin —interrumpió la señora Wiseman—, La verdad, Dorothy, me has decepcionado —se encogió de hombros, mostró las manos. La señora Maurier dijo aliviada:

—Nadie sabrá nunca —miró alrededor con un asombro trágico y seguro— lo mucho que ha significado Chopin en mis penas.

—Sin duda —asintió la señora Wiseman—, siempre lo hace —se volvió hacia la señorita Jameson—. Fíjate: Dawson te habría hecho mucho mejor que Dios. Con todo respeto hacia la señora Maurier, hay mucha gente que encuentra consuelo en Chopin. Es como tener un dolor que cura la aspirina, ¿sabes? Podría haberte perdonado incluso a Verdi. ¡Pero Chopin! Chopin —repitió con una feliz inspiración—. Nieve que se pudre bajo una luna muerta.

Mark Frost estaba sentado mirándose las manos sobre el regazo, tras el borde de la mesa, y movía los labios levemente. Fairchild dijo:

—¿Qué música te gusta, Eva?

—Oh... Debussy, George Gershwin, quizá Berlioz... ¿por qué no?

—Berlioz —repitió la señorita Jameson imitando el tono de la otra—. Swedenborg de vacaciones en Francia —Mark Frost se contemplaba las manos, apoyadas en su regazo, movía los labios levemente.

—¿Olvidó su cuaderno, Mark? —preguntó Fairchild con curiosidad.

—Es muy triste —dijo el semita—. El hombre se las arregla bastante bien hasta el desdichado día en que alguien más lo descubre pensando. Después de eso, que Dios lo ayude: no se atreve a irse de casa sin un cuaderno. Es muy triste.

—Mark no es un bucanero tan consumado como Dawson y tú —respondió rápidamente su hermana—, Al menos él necesita un cuaderno.

—Querida —murmuró el semita en su voz perezosa—, te halagas a ti misma.

—Yo también —dijo Fairchild—. Siempre...

—¿A quién? —preguntó el semita—. ¿A ti o a mí?

—¿Qué? —dijo Fairchild, mirándolo fijamente.

—Nada. Perdona: estabas diciendo...

—Decía que siempre llevo mi carpeta conmigo porque es la única cosa cómoda que encuentro para sentarme.

Charla, charla, charla: la estupidez completa y desgarradora de las palabras. Parecía infinita, como si pudiera continuar siempre. Ideas, pensamientos se convertían en meros sonidos que había que propagar hasta que estuvieran muertos.

El mediodía fue opresivo como una mano, como el golpe sin cesar de una mano de latón: un golpe de latón no asestado ni contenido; alas ruidosas de latón que no pasaban. La cubierta ardía; la barandilla estaba demasiado caliente para tocarla y las zonas de sombra en la cubierta se mostraban pesadas e impregnadas de calor como sábanas empapadas. El agua era un destello insoportable, el bosque era un muro de bronce fundido a una temperatura aterradora y todavía no enfriado y en ningún lugar del cielo del mundo corría una brisa.

Pero el insoportable hiato del mediodía pasó por fin, y las alas de bronce se

marcharon hacia el oeste. La cubierta estaba desierta, como aquella primera tarde en la que él la había cogido a mitad de vuelo como una golondrina húmeda, una golondrina dura y apasionada por el vuelo; y era como si todavía viera en la cubierta las huellas húmedas y simples de sus pies desnudos, y parecía sentir a su alrededor, como un olor, su suavidad joven y dura. No era extraño que se hubiera ido; ella, que aquí era una llama entre cenizas viejas, una pequeña llama morena, que, al marcharse, se convirtió en una pipa que se soplaba con suavidad y en la distancia, como una ola en una costa rocosa al alba... ay ay estrangula tu corazón oh israfel alada con soledad y plumas amarga de orgullo.

El polvo se desprendía de sus pies, se arremolinaba perezoso y lento en el mediodía amenazante, atroz. A su lado siempre estaban esos eternos árboles barbados, barbados y al acecho, más viejos y callados que la eternidad. El camino corría como el hipnotismo: una progresión aburrida y sin fin de la que no había escapatoria.

Al cabo de un rato él la echó en falta en su posición a su espalda y se detuvo y miró hacia atrás. Estaba arrodillada junto a la acequia fétida. La observó estúpidamente, de pronto se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer y corrió hasta ella y la cogió de los hombros.

—¡No puedes hacer eso! Eso es veneno, ¡no puedes beberlo!

—¡No puedo evitarlo! Tengo que beber agua, ¡lo necesito! —Se tensó contra sus manos—. Por favor, David. Solo un trago. Por favor, David. Por favor, David —él le pasó las manos por debajo de los brazos pero se resbaló en la fétida hierba inclinada y se hundió en el agua espesa hasta la rodilla. Ella se retorció entre sus manos—. Por favor, oh, por favor. Solo humedecerme la boca. Mírame la boca —levantó la cara: sus gruesos labios pálidos estaban reseca, ásperos—. Por favor, David.

Pero él la agarró.

—Mete los pies, como yo. Eso te ayudará —dijo, con la garganta seca y áspera—. Deja que te quite los zapatos.

Ella se sentó, gimoteando como un perro mientras David le quitaba los zapatos. Después metió las piernas en el agua y gimió parcialmente aliviada. La luz del sol empezaba a inclinarse por fin, se inclinaba hacia el oeste como el sonido de unas alas doradas e inaudibles que avanzan por el cielo, aunque el umbroso crepúsculo bajo los árboles permanecía inmutable: sombrío y sin sonido, se cernía sobre ellos, lleno de unos dardos feroces de fuego invisible.

—Necesito agua —dijo ella por fin—. Tienes que encontrar agua, David.

—Sí —dijo él. Subió pesadamente del lodo caliente, salió del barro y el cieno. Se inclinó y le pasó las manos bajo los brazos—. Levanta. Tenemos que seguir.

Dos en punto

Jenny bostezó, sinceramente, después hizo algo en la parte delantera de su vestido, lo separó para mirarse el pecho. Le pareció que estaba bien, y volvió a colocarse el vestido: se atusó, levantando los hombros y alisándose la ropa sobre las caderas. Subió las escaleras y los vio, sentados como siempre. La señora Maurier no estaba con ellos.

Vagó hasta la barandilla y se apoyó relajadamente, esperó plácidamente hasta que el señor Talliaferro se percató de su presencia.

—Estaba mirando esas cosas en el agua —dijo cuando él se le acercó como una tachuela a un imán, sin voluntad y verboso.

—¿Dónde? —Él también miró por la borda.

—Eso de ahí —respondió ella, mirando hacia el grupo de sillas.

—Solo es basura de la cocina —dijo el señor Talliaferro sorprendido.

—¿De verdad? Tiene un aspecto raro... Hay más por ahí —el señor Talliaferro la siguió, intrigado y curioso. Ella se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro, y más allá de él: el señor Talliaferro la imitó pero no vio cosa viviente salvo a Mark Frost en el límite del grupo. No podía ver a los otros: los tapaba la caseta.

—Está más lejos —dijo Jenny.

Más adelante volvió a pararse y de nuevo volvió a mirar hacia delante.

—¿Dónde? —preguntó el señor Talliaferro.

—Aquí —Jenny miró el lago un momento. Después volvió a examinar la cubierta. Ahora el señor Talliaferro estaba perplejo, incluso algo alarmado—. Estaba aquí, esa cosa rara que he visto. Aunque supongo que ya no está.

—¿Qué había visto?

—Una cosa rara —respondió sin darle importancia—. El sol pega fuerte aquí —Jenny se apartó y se dirigió a un lugar en el que un ángulo de la caseta formaba un hueco. El señor Talliaferro la siguió atónito. De nuevo Jenny echó un vistazo a su alrededor, examinó la parte de la cubierta que podía verse y los accesos inmediatos; después se quedó completamente estática a su lado, y sin el menor movimiento pareció envolverlo, y le hizo pensar que estaba rodeado, encerrado por el fuego dulce y nublado de sus muslos, como hacen las chicas jóvenes.

El señor Talliaferro la veía a través de una bruma rubia. Una levedad se movía por sus miembros, una levedad tan exquisita que era casi insoportable, mientras por encima de todo escuchaba la seca incoherencia interminable de su propia voz. Esa insoportable levedad se movió de sus brazos a sus manos, llegó a sus piernas y al final alcanzó sus pies, y el señor Talliaferro huyó.

Jenny lo miró marcharse. Suspiró.

Al cabo de un rato el blanco camino polvoriento abandonó el pantano. Ahora corría por un campo ligeramente elevado: arena y pinos y un matorral seco y espeso, quemado por el sol, sibilante.

—Ya hemos salido —dijo ella. Aceleró el paso y llegó a su altura—. No puede estar mucho más lejos. Venga, vamos a correr un poco —él le gritó, pero ella trotaba y se alejaba de él. Él siguió sus piernas veloces y manchadas con un paso más lento, perdía distancia a un ritmo regular.

Las piernas de la chica centelleaban en el camino brillante y olvidado. El calor temblaba y brillaba sobre el camino y el cielo era una bóveda metálica intolerable y los altos pinos de la tarde sin viento exudaban un tenue olor vigorizante a resina y calor, arrojaban ralos remiendos de sombra sobre la cinta infinita y brillante del camino. Los lagartos se escabullían en el polvo delante de ellos, siseaban abruptamente en los matorrales quebradizos y polvorientos que crecían junto al camino. El camino continuaba, infinito y brillante delante de ellos. Volvió a llamarla, pero ella seguía trotando, despreocupada.

Sin aminorar el paso se dio la vuelta y se alejó de la carretera corriendo. Cuando él la alcanzó, ella se inclinó contra un árbol, jadeando.

—He corrido demasiado —dijo entrecortadamente, con la boca abierta y pálida—. Me siento rara... agotada. Sujétame —dijo mirándolo fijamente—. No: deja que me tumbe —se desplomó contra él—. El corazón me va demasiado rápido. Toca —él notó su corazón saltando contra su mano—. Demasiado rápido, ¿verdad? ¿Qué hago? —preguntó sobriamente—. Haz algo rápido, David —le dijo, mirándolo.

David la ayudó a bajar torpemente, se arrodilló junto a ella y puso la parte superior de su cuerpo por debajo de sus piernas, aguantándole la cabeza. Ella cerró los ojos contra el cielo implacable, pero los abrió inmediatamente e intentó liberarse.

—No, no: no puedo quedarme aquí. Quiero levantarme. Ayúdame.

Lo hizo, y tuvo que sujetarla.

—Tengo que seguir —repitió—. Haz que siga, David. No quiero morirme aquí. Haz que siga, te digo —tenía la cara roja: él veía que la sangre se le agolpaba en la garganta, y al sostenerla sintió un terror completo y brutal—. ¿Qué tengo que hacer? —decía—. Tú deberías saberlo. ¿No sabes lo que hay que hacer? Estoy enferma, te digo. Me ha dado hidrofobia o algo —cerró los ojos, todos sus músculos se relajaron de pronto y se deslizó al suelo otra vez; él se arrodilló junto a ella con terror y desesperación—. Levántame la cabeza un poco —murmuró, y él volvió sentarla en su regazo y le levantó la cabeza y la puso contra su pecho, apartándole el pelo húmedo de la frente—. Así está bien —abrió los ojos—. Arriba ese ánimo, David... Ya te he dicho que no me mires así.

Después volvió a cerrar los ojos.

Tres en punto

—Si estuviéramos a flote —se quejó la señora Maurier por duodécima vez—. No pueden haber llegado más lejos de Mandeville: estoy segura. ¿Qué me dirá Henry?

—¿Por qué no la encienden para intentar salir? —preguntó Fairchild—, A lo mejor ahora la arena está fija o algo —añadió vagamente.

—El capitán dice que no pueden, que tenemos que esperar al remolcador. Pidieron uno ayer, y todavía no ha venido —añadió la señora Maurier con una suerte de obstinado asombro. Se levantó, fue hacia la barandilla y miró el lago en dirección a Mandeville.

—No pensaba que haría falta un remolcador para sacarnos —observó Fairchild—, No es un barco tan grande. Parece que cualquier tipo de barco podría sacarnos. He visto lanchas pequeñas que sacaban barcos más grandes que este. Y un remolcador de río puede llevar seis u ocho de estas barcazas de acero a contracorriente.

La señora Maurier contestó esperanzada:

—No parece que sea necesario un remolcador para mover este yate, ¿verdad? Los marineros podrían pensar algo, de alguna manera, algo con cuerdas y cosas —añadió, también imprecisa.

—¿Desde dónde tirarían de las cuerdas? —quiso saber Mark Frost—, No podrían tirar desde la orilla. No es la dirección en la que queremos ir.

—Podrían subirse al bote y anclarlo —propuso el semita.

—Claro, sí —asintió la señora Maurier, radiante—. Si pudieran anclar el bote con seguridad, podrían... Si hubiera algo con lo que tirar de la soga. Los propios hombres... ¿Cree que los marinos podrían mover un barco como este a pulso?

—He visto un solo remolcador fluvial, no mucho más grande que un Ford, arrastrando una fila de barcazas cargadas a contracorriente —repitió Fairchild. Se sentó y miró a sus compañeros, y una extraña luz se asomó a sus ojos—. Oigan —dijo de pronto—, apuesto a que si todos nosotros...

El semita y Mark Frost gruñeron con alarma simultánea, y Pete, que estaba sentado en la parte exterior del grupo, se levantó apresurada y discretamente y se dirigió a la escalera. Se metió en su camarote y se quedó escuchando. Sí, iban a intentarlo. Podía oír la robusta voz de Fairchild llamando a todos los hombres, y una o dos voces que protestaban; por encima de todas estaba la voz de la vieja con una incomprensible excitación absurda. «Señor», susurró Pete, agarrando su sombrero.

La gente que bajaba por la escalera lo asustó y saltó tras la puerta abierta. Eran Fairchild y el judío gordo, pero pasaron ante su puerta y entraron en el camarote contiguo al suyo, desde el que escuchó los ruidos de una actividad que terminó con un leve choque de cristales.

—Dios mío, hombre —la voz del judío gordo—, ¿qué has hecho? ¿Crees que podemos mover este barco?

—No. Solamente quiero removerlos un poco. La vida empieza a ser demasiado aburrida a bordo: hoy no ha pasado nada. Lo he hecho sobre todo para ver sudar un poco a Talliaferro y Mark Frost —Fairchild se echó a reír. Su carcajada acabó en una pesada risa entre dientes—. Pero he visto un pequeño remolcador fluvial, no más grande que un Ford, arrastrando...

—Señor —dijo el otro—. Acábate la copa. Oh, querubín inmaculado —dijo, avanzando por el pasillo. Fairchild lo seguía. Pete oyó sus pies en la escalera, después escuchó cómo cruzaban la cubierta, y volvió al ojo de buey.

Sí, señor, iban a intentarlo, estaba claro. Ahora estaban subiendo al bote: los oía, dando golpes y armando ruido y hablando; un chillido delgado de alarma momentánea. Mujeres también («Maldita sea, seguro que Jenny está con ellos», susurró Pete). Y alguien que no quería ir.

Voces fuera; alarmas y excursiones, etcétera:

—Vamos, Mark, tiene que venir: necesitaremos a todos los hombres, ¿verdad, señora Maurier?

—Sí, así es. Así es. Todos los hombres tienen que ayudar.

—Claro: todos ustedes, los hombres fuertes y valientes, tienen que ir.

—Soy un poeta, no un remero. No puedo...

—También Eva: mírela. Ella va a venir.

—Shelley sabía remar.

—Sí, y recuerde lo que le pasó.

—Voy a impedirles a todos ustedes que ahoguen a Jenny. Por eso («Maldición», susurró Pete) voy.

—Oh, vamos, Mark, gánese la comida y la cama.

—Ohhh, sujeta el bote, Dawson.

—Vamos, vamos. Oye, ¿dónde está Pete?

—¡Pete!

—¡Pete! (Pies en la cubierta).

—¡Pete! ¡Oh, Pete! (En la escalera).

—¡Pete! («Jesús», susurró Pete, sin producir un sonido).

—No te preocupes, Eva. El bote está lleno. Si alguien más viene, tendrá que andar.

—Todavía falta alguien. ¿Quién es?

—Ah, somos bastantes. Vamos.

—Pero falta alguien. No creo que se haya caído por la borda cuando no mirábamos, ¿verdad?

—Oh, venga, vamos. Aparte, Talliaferro. (Un grito). Cuidado. ¡Agárrela! ¿Se encuentra bien, Jenny? Vamos entonces. Con cuidado.

—¡Ooohhhh!

—Maldición, está con ellos —volvió a susurrar Pete, intentando ver por el ojo de buey. Más golpes, y el bote apareció vacilante y letárgico ante sus ojos, cargado hasta arriba como una excursión de negros. Sí, estaba Jenny, y la señora Wiseman y cinco hombres, incluido el señor Talliaferro. La señora Maurier se inclinaba en la barandilla, sobre la cabeza de Pete, agitaba un pañuelo y chillaba mientras el bote se alejaba inseguro, dejando una cuerda tras de sí. Casi todos tenían un remo: el barquito se encrespaba con los remos que golpeaban el agua en vano, parecía una tarántula con temblores y sin articulaciones. Pero finalmente empezaron a cogerle el tranquillo y poco a poco el barco comenzó a adoptar algo parecido a una dirección definida. Mientras Pete miraba volvió a oír unos pies en la escalera, y una voz dijo cautelosamente:

—Ed.

Una respuesta ininteligible desde el camarote del capitán y la voz añadió misteriosamente:

—Suba a cubierta un momento.

Luego las pisadas se retiraron, acompañadas.

El bote evidenció una enloquecida inclinación al progreso en todos los sentidos salvo aquel para el que estaba construido. Fairchild giró la cabeza y miró comprensivamente su pequeña isla congestionada y cercada por un arrítmico choque de aspas. Los remos chocaban entre sí, pinchaban y se movían sobre el agua torturada hasta que el bote parecía un viejo caballo de articulaciones artríticas en un estado de alarma irrazonable y desquiciada.

—Tenemos demasiados remeros —decidió Fairchild. Mark Frost metió su remo hacia dentro inmediatamente, golpeando al semita en los nudillos.

—No, no: usted no —dijo Fairchild—, Julius, para: no estás haciendo nada, de todas formas. Eres el que nos está retrasando. Gordon, Mark, Talliaferro y yo...

—¡Yo quiero remar! —dijo la señora Wiseman—. Deje que lleve el remo de Julius. Ernest tendrá que ayudar a Jenny a vigilar la sogá.

—Coja el mío —ofreció rápidamente Mark Frost, que extendió su remo y lo chocó contra otro. El bote se balanceó de manera alarmante. Jenny chilló.

—¡Cuidado! —exclamó Fairchild—, ¿Quiere tirarnos al agua a todos? Julius, pasa tu remo. Así. Ahora, vosotros sentaos allí. Maldición, Mark, si golpea a alguien más con eso lo tiraremos por la borda. Shelley también sabía nadar, ¿sabe?

La señora Wiseman recibió al fin su remo, y el bote se mostró comparativamente dócil. Jenny y el señor Talliaferro iban sentados en popa y largaban sogá.

—Ahora —Fairchild miró a su tripulación y dio la orden—. Vamos.

—Zarpemos —corrigió, inspirada, la señora Wiseman. Metieron los remos en el agua. Mark Frost manejó de nuevo su remo, y golpeó el de Gordon.

—Deje que coja mi pañuelo —dijo—. Tengo manos delicadas.

—Yo también —decidió la señora Wiseman—. Deme el suyo, Ernest.

Mark Frost soltó su remo, que saltó rápidamente a bordo.

—¡Coja esa pala! —gritó Fairchild. El señor Talliaferro y la señora Wiseman fueron a agarrarlo y Gordon y el semita orientaron el bote en el último momento. Ganó estabilidad de inmediato y Jenny cerró la boca sobre su grito sin sonido. El remo se alejó nadando y se detuvo fuera de su alcance, alzándose y cayendo con el leve oleaje.

—Tendremos que remar hasta allí y cogerlo —dijo la señora Wiseman. Es lo que hicieron, pero justo antes de alcanzarlo el remo nadó de nuevo, de manera lenta e irritante. Los remeros chocaron y batieron el agua. El señor Talliaferro seguía sentado con una expresión de alarma atildada y dubitativa.

—Realmente, pienso —dijo— que más nos vale volver al yate. Las damas, quiero decir.

Pero no le hicieron caso.

—Ahora, Ernest —le dirigió bruscamente la señora Wiseman—, agáchese y cójalo.

Pero el remo volvió a evitarlos y Fairchild dijo:

—Vamos a dejar al condenado en paz. Ya tenemos bastantes remos de todas formas.

En ese momento el remo, balanceándose con suavidad, se acercó y nadó dócilmente a su lado.

—¡Cójalo, cójalo! —gritó la señora Wiseman.

—Realmente pienso... —propuso de nuevo el señor Talliaferro. Mark Frost agarró el remo, que surgió del agua calmado y sin resistirse.

—Lo tengo —dijo, y cuando hablaba el remo saltó ferozmente y le golpeó en la boca. Después recobró su docilidad.

Empezaron de nuevo, por fin; y después de varios intentos en falso adquirieron algo remotamente parecido a un ritmo; aunque Mark Frost, para proteger sus manos, remaba mal y mojaba generosamente a Jenny y el señor Talliaferro, que seguían sentados en el banco de popa. Los ojos de Jenny eran redondos y su boca era una O pequeña y roja: un grito continuo y sin sonido. El señor Talliaferro tenía una expresión de alarma demacrada y premonitoria. Dijo de nuevo.

—Realmente, pienso...

—Sospecho que es mejor que intentemos ir en otra dirección —sugirió el semita sin énfasis desde la proa—, o encallaremos.

Todos batieron sus remos sobre el agua, alargando el cuello. La orilla estaba a unos pocos metros, e inmediatamente, como si hubieran oído las palabras del semita, unas agujas de fuego asaltaron a la tripulación con fiera alegría. Volvieron a inclinarse sobre sus remos, moviendo las manos libres y frenéticas en torno a su cabeza, y, tras unos minutos de violenta conmoción, el bote aceptó y reptó lenta y terroríficamente hacia el agua. Pero ahora su presencia era conocida, el grupo

expedicionario se había reforzado, y alejarse de la orilla no podía ayudarlos.

—Realmente, pienso —dijo el señor Talliaferro—, por el bien de las damas, que deberíamos volver.

—Yo también —se sumó inmediatamente Mark Frost.

—No pierda el ánimo, Mark —le dijo la señora Wiseman—. Solo un poco más y podremos dar un paseo en barco esta tarde.

—Claro —dijo Fairchild—, Hemos llegado demasiado lejos como para dejarlo.

—Ya he tenido bastante paseo en barco en la última media hora, será suficiente por mucho tiempo —respondió el poeta—. Vamos a volver. ¿Qué piensan ustedes ahí atrás? ¿Qué le parece a usted, Jenny? ¿No quiere volver?

Jenny respondió «Sí, señor» con una voz suave y asustada, mientras se agarraba a su asiento con las dos manos. Su vestido verde estaba salpicado y manchado del agua del remo de Mark Frost. La señora Wiseman liberó una mano y palmeó la rodilla de Jenny.

—Cállese, Mark. Jenny está bien. ¿Verdad, cariño? Sería tan gracioso que sacáramos el barco a flote. Cuidado, Ernest. ¿No está tensa esa cuerda?

Estaba casi tirante, se deslizaba en el agua con un encantador arco esbelto y se alzaba de nuevo hasta la proa del yate. La señora Maurier estaba junto a la barandilla y agitaba el pañuelo de vez en cuando. En la otra barandilla había tres personas que mostraban un gesto de estudiada indiferencia: el capitán, el timonel y el marinero.

—Ahora —dijo Fairchild—, vamos a empezar todos a la vez. Talliaferro, usted mantenga la cuerda recta, y Julius... —miró hacia atrás, sudando, organizando su tripulación—, ¡Maldita orilla! ¡Ahí está otra vez! —Por segunda vez, estaban casi en tierra. Conmoción, y más sudor y un virulento fuego invisible. Al cabo de un tiempo el bote se sometió a regañadientes y pudieron alejarse.

—¡Zarpemos! —gritó la señora Wiseman, y volvieron a hundir los remos en el agua.

—El mío me hace daño en las manos —se quejó Mark Frost—. ¿Se mueve, Ernest?

El bote estaba en un costado del yate. La proa del yate apuntaba hacia la orilla. El señor Talliaferro se incorporó cautelosamente y se arrodilló en el asiento, apoyando la mano en el hombro de Jenny para mantener el equilibrio.

—Todavía no —contestó.

—Remen todo lo que puedan —jadeó Fairchild, que liberó una mano un momento y la movió furiosamente alrededor de la cara. La tripulación tiraba y sudaba, agujoneada hasta la locura por invisibles agujas de fuego, golpeando con sus remos los dedos de sus compañeros, y el bote alcanzó un movimiento que recordaba a los caballos de cartón de la niñez.

—La cuerda se está aflojando —avisó el señor Talliaferro.

—Remen —instó Fairchild, apretando los dientes. Mark Frost gruñó con tristeza y soltó una mano para abanicarse la cara.

—Sigue floja —dijo el señor Talliaferro al cabo de un tiempo.

—Entonces tiene que moverse —jadeó Fairchild.

—A lo mejor es porque no estamos cantando —sugirió la señora Wiseman, apoyándose en el remo—, ¿No conoces ninguna canción marinera, Dawson?

—Que cante Julius: no está haciendo nada —respondió Fairchild—, ¡Remad, demonios!

El señor Talliaferro chilló de pronto:

—¡Se mueve! ¡Se mueve!

Todos dejaron de remar para mirar el yate. Sin duda, se balanceaba lentamente hacia su popa.

—¡Se mueve! —gritó de nuevo el señor Talliaferro, moviendo los brazos. La señora Maurier respondió desde la cubierta del yate con su pañuelo; tras ella, los tres hombres seguían sentados, indiferentes e inmóviles.

—¿Por qué no encienden el motor esos idiotas? —dijo sin respiración Fairchild—, ¡Remad! —rugió.

Hundieron sus remos con renovado entusiasmo, azotando el agua como locos. El yate se balanceaba lentamente: pronto su proa apuntó hacia el bote, y siguió meciéndose despacio.

—Está saliendo, está saliendo —canturreó el señor Talliaferro con un débil falsete, su voz se rompía y bailaba hacia arriba y abajo. La señora Maurier también chillaba y agitaba su pañuelo—, ¡Está saliendo! —canturreó el señor Talliaferro, que se puso en pie y agarró el hombro de Jenny—, ¡Remen, remen!

—Todos juntos —jadeó Fairchild, y la tripulación lo repitió, azotando el agua. El yate estaba casi junto a ellos—. ¡Ahí viene! —exclamó extasiado el señor Talliaferro—. Ahí...

Un choque leve y brusco. El bote se detuvo inmediatamente. Vieron la totalidad dulce y rubia de las piernas de Jenny y el color rosa de su ropa interior, mientras Talliaferro caía con un grito salvaje y desesperado por la borda, se llevaba a Jenny consigo y desaparecía por completo entre las olas.

Por completo, salvo sus nalgas, es decir. Estas siguieron ahí, e inmediatamente el señor Talliaferro entero surgió de 45 centímetros de agua y miró con sorpresa conmocionada la rama de un árbol que estaba justo encima de su cabeza. Jenny seguía boca abajo en el agua, convertida en un confuso torbellino de pelo rubio, crespón verde y miedo. Se levantó, se resbaló y volvió a caer. El semita entró en el agua, tomó a Jenny en brazos y la dejó en el bote, donde los miró a todos con ojos suplicantes, asfixiada.

La señora Wiseman fue la única que tuvo la presencia de ánimo necesaria para darle un golpe entre los hombros, y, tras un terrorífico intervalo de trance durante el cual agarraron sus remos y la miraron mientras suplicaba con los ojos, Jenny recuperó la respiración, gimoteando. La señora Wiseman la atendió como si fuera su madre, sosteniendo la humedad infeliz y desastrada de Jenny, que lloraba de una

manera atroz.

—Me... me ha asustado —dijo Jenny al cabo de un tiempo, temblando y llorando, totalmente desdichada, sin esforzarse en ocultar su rostro.

La señora Wiseman emitía sonidos de consuelo carentes de significado, y acunaba a Jenny entre sus brazos. Tomó un pañuelo y limpió la cara llorosa de Jenny. El señor Talliaferro estaba de pie en el lago: chorreaba agua lastimosamente y curioseaba con su rostro atormentado por encima del hombro de la señora Wiseman. Los otros sujetaban los remos sin moverse.

Jenny se llevó sus pequeñas manos mojadas a la cara, en un gesto fútil. Después observó su mano y la puso ante su cara, la contempló. Tenía una mancha carmesí que se extendía mientras la miraba, y Jenny volvió a llorar con una tristeza completa y desesperada.

—Oh, te has cortado en la mano. Dawson —dijo la señora Wiseman—, eres el mayor idiota que anda suelto. Llévanos al yate. No intentes remar: nunca llegaremos. ¿No podemos volver tirando de la cuerda?

Podían, y la señora Wiseman ayudó a subir a Jenny, y los hombres volvieron a sus puestos. El señor Talliaferro revoloteaba con una expresión desesperada en el rostro.

—Suba —le dijo Fairchild—. No vamos a abandonarle ahí.

Llevaron el bote hasta el yate con rapidez escarmentada. La señora Maurier se reunió con ellos en la barandilla, chillando con alarma y asombro. Pete estaba a su lado. Los marineros habían desaparecido discretamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —canturreó la señora Maurier, moviendo su cara redonda y alarmada a su alrededor. Acercaron el barco y lo sostuvieron mientras la señora Wiseman ayudaba a Jenny a avanzar por el banco y subir a la barandilla. El señor Talliaferro revoloteaba aturdido y atormentado, pero Jenny lo evitaba.

—Me ha asustado —repitió ella.

Pete se inclinó en la barandilla y alargó las manos, mientras el señor Talliaferro revoloteaba en torno a su víctima. El bote se balanceó, rascando el casco del yate. Pete tomó las manos de Jenny.

—Sujeta el barco, viejo idiota —le dijo con fiereza al señor Talliaferro.

Tenía las piernas completamente entumecidas bajo el peso de la chica, pero no quería moverse. Blandió la rama rota a su alrededor. A veces se golpeaba con ella en la espalda. Ya no tenía la cara tan roja y él le puso la mano sobre el corazón.

Cuando la tocó, ella abrió los ojos.

—Hola, David. He soñado con agua... ¿Dónde has estado todos estos años? —Volvió a cerrar los ojos—. Me encuentro mejor —dijo al cabo de un tiempo—. ¿Qué hora es? —Él miró el sol y calculó—. Tenemos que seguir —dijo ella—. Ayúdame a levantarme.

Se incorporó y un millón de hormigas rojas correataron por las arterias de las

piernas de David. Se puso de pie, mareada y tambaleante, apoyándose en él.

—Jo, no valgo nada. La próxima vez que te fugues haz que la chica pase unas pruebas físicas, David. ¿Me oyes?... Pero tenemos que seguir: vamos, hazme caminar —dio unos cuantos pasos inseguros y volvió a agarrarlo, cerrando los ojos—. Dios mío, si salgo viva de esta... —volvió a detenerse—. ¿Qué hacemos? —preguntó.

—Yo te llevaré.

—¿Puedes? Quiero decir... ¿No estás demasiado cansado?

—Yo te llevaré, hasta que lleguemos a algún sitio —repitió él.

—Supongo que tendrás que hacerlo... Pero si yo fuera tú, te dejaría tirado. Eso es lo que haría.

Él se agachó delante de ella, la cogió por detrás y deslizó sus manos tras sus rodillas. Cuando se enderezó ella se inclinó sobre su espalda y le pasó los brazos alrededor del cuello, apretando la rama rota contra su pecho. Él se levantó lentamente, y colocó las piernas de la chica alrededor de su cadera, con la apertura que permitía la falda.

—Eres muy bueno conmigo, David —musitó ella contra su cuello, débil sobre su espalda.

La señora Wiseman lavó y vendó la mano de Jenny de forma inusual; después restregó sus dedos pequeños y suaves, parecidos a gusanos, y le limpió las uñas, mientras Jenny, desnuda, se secaba rosada en el camarote. La ropa interior no era difícil, y las medias también eran sencillas. Pero los pies de Jenny eran más cortos que pequeños, y los zapatos eran un problema. Aunque Jenny insistía en que los zapatos de la señora Wiseman eran bastante cómodos.

Pero al final se vistió, y la señora Wiseman reunió con cautela las dos prendas húmedas, y apoyó la cadera contra la cama. El vestido que ahora llevaba Jenny era de Patricia, y Jenny se puso frente al espejo: se hinchaba divinamente y se examinó en el cristal y alisó el vestido sobre sus caderas como si se atusara.

«No tenía ni idea de que fueran tan distintas», pensó la otra. «Es mucho más provocativo que un bañador».

—Jenny —dijo—, creo... La verdad, yo... Querida, creo que no debes ir donde puedan verte los hombres, vestida así. Lo digo por la señora Maurier, ya sabes: ya tiene bastantes problemas, sin disturbios.

—¿No me queda bien? Yo estoy cómoda —respondió Jenny, mientras intentaba ver tanto de sí misma como pudiera en el cristal de treinta centímetros.

—No lo dudo. Debes notar cada costura. Tenemos que encontrarte otra cosa. Quítatelo, querida.

Jenny obedeció.

—Yo estoy cómoda —repitió—. No me siento rara.

—No te queda mal, en absoluto. Al contrario, de hecho. Ese es el problema —respondió la otra, hurgando atareada en su bolsa.

—Siempre había pensado que tenía un tipo con el que podía llevar cualquier cosa —insistió Jenny, que sostenía pesarosa el vestido en la mano.

—Lo tienes —le dijo la otra—. Exactamente esa clase de tipo. Terriblemente. Simple e inevitable. Devastador.

—Devastador —repitió Jenny con interés—. Había un hombrecillo raro en Mandeville aquel día —se volvió de nuevo hacia el espejo, intentando ver tanto de sí misma como fuera posible—. Me han dicho que tengo un tipo parecido al de Dorothy Mackaill, pero no demasiado delgado... Creo que un poco de carne le viene bien a una chica, ¿no?

—Devastador —asintió la otra de nuevo. Se levantó y cogió un vestido oscuro—. Tendrás peor aspecto que nunca con este... terrible como una viuda joven.

Ella volvió hacia Jenny y le puso el vestido por encima, contemplativa; después, todavía con el vestido en las manos, rodeó a Jenny con los brazos.

—Un poco de carne es peor que un poco de dinamita, Jenny —dijo sobriamente, mirando a Jenny con sus ojos tristes y oscuros—, ¿Todavía te duele la mano?

—Ahora está bien —Jenny alargó el cuello, mirándose—. Es un poco largo, ¿no?

—El tuyo se secará pronto —levantó la cara de Jenny y la besó en la boca—, Póntelo, y colgaremos tus cosas al sol.

Cuatro en punto

Siguió caminando sobre el polvo, por el infinito camino brillante, entre pinos como explosiones fijadas en la tarde. La tarde era un resplandor insoportable y sin fin. Su sombra informe y fusionada se movía; dos pasos más y la pisaría, como hacía con la sombra rala de los pinos, pero se movía justo delante de él entre los surcos desvanecidos y abandonados, mantenía sin esfuerzo la distancia sobre el polvo desigual. El polvo era fino como la pólvora, constante; solo la huella ocasional de una herradura, un fantasma que se desvanecía o un paso olvidado. Por encima, el cielo metálico e implacable descansaba sobre su cuello arqueado y el peso laxo y húmedo de la chica que estaba sobre su espalda, y la mejilla que se frotaba monótonamente contra su cuello. Un fuego delgado lo agujijoneaba constantemente. Siguió caminando.

El camino polvoriento nadaba en su campo de visión, pasaba bajo sus pies y tras él como una cinta infinita. Descubrió que tenía la boca abierta, que babeaba aunque no desprendía ninguna humedad, y sus encías tenían la textura seca y delgada del papel de fumar. Cerró la boca, intentó humedecer las encías.

Árboles sin copa lo adelantaban, marchaban por delante de él, sin copa, y quedaban atrás; la hierba fétida que crecía a los lados del camino se acercaba, se volvía monstruosa y se separaba hoja a hoja: los lagartos siseaban en ella, y se esfumaban tras él. El fuego invisible lo agujoneaba, pero ni siquiera lo notaba, porque en sus hombros y sus brazos ya no sentía nada salvo el peso relajado de la sobrina y el cielo de latón que descansaba en su cuello y la mejilla húmeda que frotaba su cuello monótonamente. Descubrió que tenía la boca abierta otra vez, la cerró.

—Ya es bastante —dijo ella al despertarse—. Déjame bajar —su sombra fusionada se mezclaba a ratos con las sombras de los altos árboles sin copa, pero más allá de la sombra de los árboles su silueta unida aparecía de nuevo, dos pasos por delante de él. Y el camino continuaba brillante y ardiente y más blanco que la sal—. Bájame, David —repitió.

—No —dijo él tras sus dientes secos y ásperos, sobre la marcha imperturbable y remota de su corazón—. No estoy cansado —el corazón de David producía un sonido remoto. Cada latido parecía estar en algún lugar de su cabeza, justo detrás de sus ojos; cada latido era una marea roja que oscurecía temporalmente su visión. Pero siempre retrocedía, y después otra ola extraña y opaca lo cegaba un momento. Pero remota, como una marcha de soldados con uniformes rojos que pisaban sin cesar al otro lado de la puerta de la habitación en la que él estaba, donde se acuclillaba para mirar por debajo. Era un sonido opaco y pesado, como el motor de un barco de vapor, y descubrió que estaba pensando en agua, en una monotonía azul de mares. Era un sonido rojo, justo detrás de sus ojos.

El camino continuaba, una cinta ardiente sin fin entre surcos gastados por los que no había pasado nada en mucho tiempo. El mar hace un sonido sibilante en tus oídos. Regular. Silbido. Silbido. No contra tus ojos. No contra la parte trasera de tus ojos. La sombra emergía de una mancha de sombras más grandes, que producían árboles sin copa. Dos pasos más. No, tres pasos más. Tres pasos. Está llegando la tarde, ahora es más tarde que antes. Tres pasos, entonces. Vale. El hombre camina sobre sus patas traseras; un hombre puede dar tres pasos, un mono puede avanzar tres pasos, pero hay agua en la jaula de un mono, en un cazo. Tres pasos. Vale. Uno. Dos. Tres. Se fue. Se fue. Se fue. Es un sonido rojo. No detrás de tus ojos. Mar. Ver. Mar. Ver. Estás en una cueva, una cueva de sonido oscuro, el sonido del mar llega desde el exterior de la cueva. Mar. Ver. Ver. Ver. No si siguen caminando delante de la puerta.

Ahora había otro ruido en sus oídos: un sonido leve y molesto, y el peso sobre su espalda cambiaba a su voluntad, empujándolo hacia el polvo blanco y ardiente sobre el que caminaba, dio tres pasos, un hombre puede dar tres pasos, y se tambaleó, intentó mover sus brazos entumecidos y cogerla otra vez. Tenía la boca abierta de nuevo y cuando intentó cerrarla produjo un sonido seco y siseante. Uno. Dos. Tres. Uno. Dos. Tres.

—Déjame bajar, te digo —repitió ella, echándose hacia atrás—. Mira, un cartel.

Déjame bajar, te digo. Ahora puedo andar —ella intentó separarse, dobló las piernas y lo obligó a bajar, y él se tropezó y cayó de rodillas. Los pies de la sobrina tocaron el suelo, y, todavía a horcajadas sobre él, se apoyó y lo sujetó de los hombros. Él se detuvo al fin, a cuatro patas como una bestia, la cabeza colgando entre los hombros. Arrodillada junto a él en el polvo, ella deslizó la mano bajo su frente para aflojar la tensión de su cuello y levantó la vista hacia la señal. Mandeville. 22 kilómetros, y un dedo grosero que señalaba en dirección al lugar desde el que habían llegado. La parte delantera de su vestido estaba húmeda, con una mancha oscura de sudor.

Después de que las mujeres llevaran la húmeda indefensión de Jenny al camarote, Fairchild se quitó el sombrero y se secó la cara, mirando alrededor a su fatuo Frankenstein con una especie de asombro infantil. Después su mirada fue a descansar en la desesperación húmeda y demacrada del señor Talliaferro, y rió a carcajadas.

—Ríete si quieres —le dijo el semita—, pero si sigues con este tipo de humor te reirás en la orilla. Creo que ahora, si el señor Talliaferro comenzara una protesta activa y tú fueras su objetivo inmediato, todos nos sentiríamos inclinados a apoyarlo —el señor Talliaferro goteaba desamparado: un desánimo completo, sin esperanza. El semita lo miró, y miró a los otros y al en ese momento pacífico escenario de sus recientes actividades—, El arte tiene un precio, sin duda —murmuró—. Tiene un precio.

—Talliaferro es el único que ha sufrido un daño real —protestó Fairchild—, Y ahora voy a compensarle. Venga, Talliaferro, podemos arreglarlo.

—No será suficiente —dijo el semita, todavía siniestro—. La vanidad de los demás se ha visto lo bastante asediada como para que nos alcemos por principio.

—Bueno, entonces, si tengo que hacerlo, los compensaré a todos —respondió Fairchild. Encabezó la marcha hacia las escaleras. Pero se detuvo y se dio la vuelta—, ¿Dónde está Gordon? —preguntó. Nadie lo sabía— Bueno, no importa. Sabe adonde venir. Después de todo —continuó—, el arte tiene sus compensaciones, ¿verdad?

El semita admitió que las tenía.

—Aunque —añadió— es un precio muy alto para pagarlo con whisky —bajó las escaleras—. Sí, deberíamos sacar algo de esto. Hemos pasado bastante tiempo y hemos sufrido un torbellino moral y mental por su culpa.

—Claro —asintió Fairchild—, Los que lo producen sacan mucho de él. Reciben la bendición de tener su tiempo bien ocupado. Y eso es esperar mucho en este mundo —dijo profundamente, peleando con su puerta. Se abrió por fin y dijo—: Oh, aquí está. Oiga, se lo acaba de perder.

El mayor Ayers, con su vaso olvidado a un lado y un libro en la mano, salía a tomar el aire cuando ellos entraron, y los engalanó con un afable aturdimiento.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

Todos empezaron a contárselo al mismo tiempo, mostrando como prueba al señor Talliaferro, que merodeaba infeliz a su alrededor, para que el mayor Ayers lo inspeccionase y compadeciera; todavía contándose, encontraron sillas y Fairchild

asumió de nuevo el ritual de su maleta oculta. El mayor Ayers ya tenía la silla, pero el semita atacó el libro de todas formas.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó.

El sincero aturdimiento del mayor Ayers regresó.

—Estaba pasando el rato —explicó rápidamente. Miró el libro—. Es bastante raro... —dijo. Después añadió—: Quiero decir... Cómo hacen los libros ahora. Me gusta cómo hacen los libros ahora. Alegres, con colores, ya sabe. Pero... —reflexionó un momento—. Perdí el hábito de la lectura en Sandhurst —explicó, en un arranque de confianza—. Y luego, siempre en servicio activo...

—La guerra es mala —convino el semita—, ¿Qué estaba leyendo?

—Perdí el hábito de la lectura en Sandhurst —explicó de nuevo el mayor Ayers. Volvió a levantar el libro, y leyó moviendo los labios. El semita, intrigado, leyó por encima del hombro del mayor Ayers. El mayor Ayers volvió a mirar hacia arriba—. Parece que tiene algo que ver con la sífilis —explicó, apologetico.

—A lo mejor es solo estreñimiento —sugirió Fairchild, y abrió una botella nueva—. Alguien tiene que ir a buscar más vasos. Mark, a ver si puede colarse en la cocina y trae uno o dos más. Veamos el libro —dijo, alargando la mano.

El semita se lo impidió.

—Tú sigue y danos algo de whisky. Prefiero ahogar mis penas así.

—Pero... —insistió Fairchild. El otro lo rechazó.

—Danos algo de whisky, te digo —repitió—. Aquí viene Mark con los vasos. Lo que necesitamos en este país es protegernos de los artistas. Hasta quieren molestarnos con las cosas de otros artistas.

—Adelante —contestó ecuánime Fairchild—, disfruta tu broma. Ya sabes mi opinión sobre el ingenio —repartió los vasos.

—No lo dice en serio —dijo el semita—. Solo porque *The New Republic* lo pone a parir...

—Pero *The Dial* una vez le compró un cuento —dijo Mark Frost con envidia hueca.

—Y qué destino para un hombre con todo el orgullo lujurioso de su masculinidad del valle de Ohio: inmolación en una residencia para viejas señoritas de ambos sexos... La atmósfera estaba demasiado enrarecida para él, ¿eh, Dawson?

Fairchild se rió.

—Bueno, no tengo madera de alpinista. ¿Para qué quiere estar ahí, Mark?

—Sería perfecto para Mark: esa vaga furia educada del intelecto con la que funcionan. Lo que no veo es cómo se las ha arreglado Mark para quedarse fuera... Aunque si uno presta atención, encuentra de vez en cuando un poco de verdad en esas observaciones que Mark y yo hacemos y que tú consideras meramente ingeniosas. Pero tú dices cosas que no son lo bastante inteligentes como para ser falsas, y, mientras nosotros nos maravillamos de tu profundidad, pierdes el valor y te contradices de plano un momento después. ¿Por qué? Únicamente ese Dios

bienintencionado y carente de tacto que tienes lo sabe. El motivo por el que alguien debería preocuparse sobre el significado temporal o la construcción de palabras lo bastante como para contradecirse a sí mismo, o sentirse molesto cuando lo ha hecho de manera inconsciente, está fuera de mi alcance.

—Bueno, es una forma de esterilidad... Palabras —admitió Fairchild—, Empiezas a sustituir cosas y hechos por palabras, como el marchito marido cornudo que se llevaba el *Decamerón* a la cama cada noche, y pronto la cosa o el hecho se convierte en un tipo de sombra de cierto sonido que haces al poner la boca de cierta manera. Pero también hay una confusión. No pretendo que las palabras tengan vida por sí mismas. Pero cuando las palabras se colocan en un orden feliz producen algo que vive, igual que la unión adecuada de la tierra, el clima y una bellota producirá un árbol. Las palabras son como la bellota, ya sabes. No todas se convertirán en un árbol, pero si tienes suficientes, tendrás un árbol antes o después.

—Si hablas el tiempo suficiente, algún día acertarás. ¿Eso es lo que quieres decir? —preguntó el semita.

—Deja que te enseñe —Fairchild extendió la mano hacia el libro.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el otro—. Vamos a tomar esta copa en paz. Admitimos tu opinión, si eso es lo que quieres. ¿No es eso lo que usted dice, mayor Ayers?

—No: en realidad —protestó el mayor Ayers— yo disfruté el libro. Aunque perdí el hábito de la lectura en Sa...

—A mí me gusta el libro —dijo Mark Frost—. Mi única crítica es que se publicara.

—No puede hacer nada contra eso —dijo Fairchild—, Es inevitable. Le pasa a todo el mundo que asume el riesgo de escribir mil palabras coherentes consecutivas.

—E incluso antes —añadió el semita—, si has matado a tu marido o has ganado un campeonato de golf.

—Sí —asintió Fairchild—. La palabra impresa. Lo que haces resulta tan diferente cuando está impreso. Le presta una especie de autoridad impersonal incluso a la estupidez.

—Al revés —dijo el otro—. La estupidez le presta una especie de autoridad impersonal incluso a la letra impresa.

Fairchild lo miró fijamente.

—Oye, ¿qué es eso que acabas de decir de que me contradigo a mí mismo?

—Yo me lo puedo permitir —dijo el semita—. Yo nunca firmo lo que digo —vació su vaso—. Pero, en lo que respecta al arte y los artistas, prefiero a los artistas: ni siquiera protesto por pagar mi cuota para alimentarlos, siempre y cuando no me obliguen a escucharlos.

—Me parece —dijo Fairchild— que pasas mucho tiempo escuchándolos, para ser un hombre al que eso le desagrade, y que no tiene necesidad de hacerlo.

—Es porque tengo que escuchar a alguien: un artista o un zapatero. Y el artista es

más entretenido porque sabe menos sobre lo que intenta hacer... Y, además, yo también hablo un poco. Me preguntó qué ha sido de Gordon.

Cinco en punto

La tarde llegó triste, como sonidos de cuernos entre los árboles. El camino había caído de nuevo en la ciénaga, donde, en medio de una fétida selva impenetrable, oscuros riachuelos se revolcaban obscenos y sin rumbo, y contra la llama oculta del oeste se cernían árboles gigantescos, barbados y antiguos como profetas del Génesis. David estaba tumbado junto al camino. Había estado ahí mucho tiempo, pero finalmente se incorporó y se giró para verla.

Ella estaba junto a un ciprés, metida hasta las rodillas en el agua densa, los brazos cruzados contra el tronco y la cara oculta entre los brazos, completamente inmóvil. A su alrededor, un crepúsculo verde y húmedo se llenaba de un fuego invisible.

—¿David? —Sus brazos apagaron su voz, y tras ella no hubo ningún sonido en el fecundo crepúsculo atemporal de los árboles. Él se sentó junto al camino y ella dijo de nuevo—: Es un desastre, David. No sabía que iba a ser así —él emitió un sonido áspero y torpe, como si intentara hablar con la voz de otra persona—. Silencio —dijo ella—. Es culpa mía: yo te he metido en esto. Lo siento, David.

Esos árboles eran más gruesos, más enormes, más antiguos que ninguno, en el crepúsculo amenazador de sus barbas.

—¿Qué hacemos ahora, David? —Al cabo de un rato levantó la cabeza y lo miró y repitió la pregunta.

Él respondió despacio.

—Lo que quieras.

Ella dijo:

—Ven aquí, David —y él se levantó despacio, se metió en el agua oscura y densa y fue hacia ella, y durante un tiempo ella lo miró sobriamente, sin moverse. Entonces se apartó del árbol y se acercó a él, y se quedaron de pie sobre el agua negra e infecta, abrazados. De pronto ella lo agarró fieramente.

—¿No puedes hacer algo? ¿No puedes hacer que sea distinto? ¿Tiene que ser así?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó despacio con esa voz que no era la suya. Ella soltó los brazos y él repitió como si se lo hubieran apuntado—. Haz lo que quieras.

—David, siento mucho haberte metido en esto. Josh tiene razón: soy una idiota —retorcó su cuerpo bajo el vestido, gimoteando de nuevo—. Me hacen tanto daño —se quejó.

—Tenemos que salir de aquí. Dime qué quieres hacer.

—¿Todo irá bien, si hago lo que me parece mejor? —preguntó rápidamente, mirándolo con sus ojos serios y opacos—. ¿Juras que irá bien?

—Sí —respondió él con una fatiga completa—. Haz lo que quieras.

Se volvió instantáneamente pasiva, sumisa y dócil entre los brazos de David. Pero él siguió abrazándola suavemente, sin mirarla. Con la misma rapidez su pasividad desapareció y dijo:

—Eres buena gente, David. Me gustaría hacer algo por ti. Compensarte, de alguna manera —lo miró y vio que él la estaba mirando—, ¡David! ¿Por qué, David? No te sientas así —pero él la seguía mirando con su anhelo total y silencioso—, David, lo siento, lo siento, lo siento. ¿Qué puedo hacer? Dímelo: lo haré. Lo que sea. Lo que sea.

—Está bien —dijo él.

—Pero no es verdad. Quiero compensarte, de alguna manera, por meterte en esto —la cabeza de David miraba hacia otra parte: parecía estar escuchando.

Después el sonido volvió a través de la tarde, de los árboles patriarcales: un sonido leve, inquietante.

—Hay un barco. Estamos cerca del lago.

—Sí —asintió ella—. Lo he oído hace un rato. Creo que se está acercando —se movió y él la soltó. Volvió a escuchar, tocando levemente el hombro de David—, Sí, viene por aquí. Más vale que te pongas la camisa. Date la vuelta, David, por favor.

Seis en punto

—Claro, sé dónde está su barco. Lo he visto moverse al venir. En aguas muy poco profundas, además. No estamos ni a cinco kilómetros del lago —les dijo el hombre, mientras dejaba un cubo de agua galvanizado en el borde de la galería. Su casa se apoyaba en unos montones clavados en la tierra húmeda, en el límite de la selva. Delante de ella había un arroyo oscuro y ancho sin movimiento aparente, entre rígidas empalizadas de árboles.

El hombre se quedó en la galería y la observó mientras ella se echaba agua celestial en la cabeza. El agua corría por su pelo, le goteaba por la cara y le mojaba el vestido mientras el hombre la observaba. La camisa azul sin cuello del hombre se sujetaba con un botón de latón, sus tirantes manchados de sudor ceñían sus pantalones de algodón sobre su barriga. Su papada se movía rítmicamente y lanzaba escupitajos marrones sobre la tierra que había a sus pies, casi sin apartar la cara.

—¿Han estado en la ciénaga todo el día? —preguntó, mientras la miraba fijamente con sus ojos pálidos y pesados, y paseaba lentamente la mirada por sus medias embarradas y su vestido manchado—, ¿Para qué quieren volver ahora? El tipo

ya ha tenido bastante, ¿eh? —Volvió a escupir, y emitió un sonido de menosprecio y desagrado—. Nunca se tiene bastante. La próxima vez búsqese un hombre de verdad —miró a David y le hizo una pregunta. Utilizó un verbo impublicable.

Una ira automática se encendió lentamente en él pese al cansancio, pero ella se adelantó.

—Vamos a volver al barco, lo primero —miró al hombre de nuevo, afrontó sus ojos pesados y pálidos y preguntó bruscamente—: ¿cuánto?

—Cinco dólares —volvió a mirar a David—, Por adelantado.

David se llevó la mano a la cintura.

—Con mi dinero —dijo ella rápidamente, observando cómo David hurgaba en su bolsillo y sacaba un solo billete bien doblado—. No, no, con el mío —insistió, tomándole la mano—, ¿Dónde está el mío? —Él sacó de los pantalones su arrugada masa de billetes y ella la cogió.

El hombre aceptó el dinero y volvió a escupir. Bajó pesadamente del porche y los guió hacia el agua, donde estaba amarrada su lancha. Subieron, el hombre soltó amarras, alejó el barco de la orilla y se inclinó pesadamente sobre el motor.

—Sí, señor, así son los tipos de ciudad. Sin agallas. La próxima vez, pásese por aquí y búsqese un hombre de verdad. Yo puedo escaquearme casi cualquier día. Y no me echaré a llorar para volver a casa cuando se haga de noche —añadió mirando por encima del hombro.

—Cállese —dijo ella bruscamente—. Haz que se calle, David.

El hombre se detuvo, la miró con sus ojos pálidos y soñolientos.

—Oiga... —comenzó.

—Cállese y encienda su cacharro —repitió ella—. Tiene nuestro dinero, así que vámonos.

—Bueno, eso también está bien. Me gusta que tengan carácter —la miró con sus ojos vagos y caídos, masticando rítmicamente. Después la insultó.

David se levantó de su asiento, pero ella lo contuvo con la mano, y maldijo al hombre con elocuencia.

—Ahora, vamos —terminó—. Si vuelve a abrir la boca, David, tíralo por la borda.

El hombre enseñó sus dientes amarillos, después se inclinó sobre el motor. Su inquietante clamor se elevó y el barco se deslizó, en círculos, cortando el agua negra e inmóvil. Por delante, pronto, había un destello de espacio más allá de los árboles, un destello de agua, y no tardaron en pasar desde la nave de bronce del río al lago, bajo las alas veloces y silenciosas del atardecer y una gloria agonizante del día bajo la fresca bóveda de latón del cielo.

El Nausikaa se parecía más que nunca a una gaviota rosada al atardecer, que se agachaba tranquilamente sobre el índigo oscurecido del agua, contra los negros

árboles metálicos. El hombre apagó su motor quisquilloso y la lancha se deslizó a un lado y el hombre agarró la barandilla y sostuvo su barco, y observó las piernas enlodadas de la chica mientras subía al yate.

No había nadie a la vista. Estaban de pie en la barandilla, miraron su ancha espalda mientras volvía a poner en marcha el bote. El motor se encendió por fin y la lancha rodeó el yate y se dirigió hacia donde se ocultaba el sol: el motor quisquilloso profanaba la calma del agua, el cielo y los árboles. Pronto el barco no era más que una mancha en el camino borroso del atardecer.

—¿David? —dijo ella cuando desapareció. Se dio vuelta y puso su mano morena y firme sobre el pecho de David y él giró la cabeza y la miró con un anhelo animal.

—No pasa nada —dijo al cabo de un tiempo. Ella lo rodeó de nuevo con sus brazos, dura y sin sexo, acercando la mejilla para darle un beso sobrio y húmedo. Esta vez él no movió la cabeza.

—Lo siento, David.

—No pasa nada —repitió él. Ella puso las manos en su pecho y él la soltó. Durante un tiempo se contemplaron el uno al otro. Después ella se marchó y cruzó la cubierta y bajó la escalerilla sin mirar atrás, y lo abandonó, y también la tarde de la que el sol se había marchado de pronto y a la que la noche había alcanzado de pronto, a través de la que llegaba débilmente el sonido inquietante y leve de la lancha, tras el cielo empañado en el que las estrellas empezaban a surgir como un silencioso florecimiento mágico.

Encontró a los demás cenando en el salón, porque la brisa estaba aún lejos de la orilla y el salón estaba protegido. La saludaron con distintas sorpresas, pero ella los ignoró, igual que el rostro redondo y lleno de su tía, y ocupó su lugar con altivez.

—Patricia —dijo la señora Maurier por fin—, ¿dónde has estado?

—De paseo —espetó la sobrina. En la mano llevaba una pequeña masa arrugada y la puso en la mesa, separando los billetes y alisándolos en tres fajos.

—Patricia —dijo la señora Maurier otra vez.

—Te debo seis dólares —le dijo a la señorita Jameson, y puso uno de los fajos junto a su plato—. Tú solamente tenías un dólar —informó a la señora Wiseman, a la que dio un solo billete—. Te daré lo que te falta cuando lleguemos a casa —le dijo a su tía, y alargó la mano hacia el hombro del señor Talliaferro con el tercer montón. Volvió a enfrentarse al rostro apopléjico de su tía—. También he traído a tu camarero de vuelta. Así que no tienes por qué protestar.

—Patricia... —dijo la señora Maurier. Añadió, ahogándose—: ¿El señor Gordon no ha vuelto contigo?

—No estaba conmigo. ¿Para qué iba a llevarlo? Ya tenía un hombre.

La cara de la señora Maurier adquirió una expresión de terror: mientras la sangre moría en su corazón tuvo de nuevo la breve visión de unas nalgas inertes que flotaban

en el lago, y que luego llegaban a la orilla con la implacabilidad inoportuna y terrible de los ahogados.

—Patricia —dijo, llena de miedo.

—Oh, cierra el pico —interrumpió fatigada—. No digas chorradas. Jo, tengo hambre —se sentó y encontró la mirada fría de su hermano—, Y tú también, Josh —añadió, cogiendo un trozo de pan.

El sobrino miró brevemente el rostro contraído de su tía.

—Deberías darle una buena paliza —dijo con calma, y se marchó sin cenar.

Nueve en punto

—Pero lo he visto sobre las cuatro —dijo Fairchild—, Estaba en el barco con nosotros. ¿Usted no lo ha visto, mayor? Ah, pero si usted no estaba con nosotros. Usted lo vio, Mark, ¿verdad?

—Estaba en el bote cuando hemos empezado. De eso me acuerdo. Pero no recuerdo haberlo visto después de que Ernest se cayera.

—Bueno, yo sí. Sé que lo he visto en cubierta justo después de volver. Pero no recuerdo verlo en el barco después de que Jenny y Talliaferro... Pero no pasa nada. Aparecerá pronto. No es el tipo de persona que se ahoga.

—No esté muy seguro de eso —dijo el mayor Ayers—, No falta ninguna mujer, ya sabe.

Fairchild lanzó una risotada apreciativa. Después encontró la mirada solemne y cristalina del señor Ayers y se detuvo. Luego volvió a reírse, un poco como alguien que entra a tientas en una habitación oscura, y se paró otra vez, y volvió hacia el mayor Ayers su expresión confiada y perpleja. El mayor Ayers dijo:

—Ese lugar al que hoy han ido esos jóvenes...

—Mandeville —dijo el semita.

—¿Qué tipo de lugar es? —se lo contaron—. Ah, sí. Tiene instalaciones para esas cosas, ¿eh?

—Bueno, no más de lo normal —dijo el semita, y Fairchild, que todavía observaba al mayor con una especie de cautelosa perplejidad, dijo:

—No más de las que puedes llevar contigo. Los estadounidenses siempre llevamos con nosotros nuestras instalaciones. Son vidas de alta tensión, de lucha, las que vivimos en este país, ¿sabe?.

El mayor Ayers lo contempló educadamente.

—Como en el continente —sugirió al cabo de un rato.

—No exactamente —dijo el semita—. En América muchas veces encuentras castos por su casta —Fairchild y el mayor Ayers miraron fijamente al semita.

—Y también hay una sombra en los castos —dijo Mark Frost. Fairchild y el mayor Ayers lo miraron fijamente, lo observaron mientras encendía un cigarrillo nuevo con la colilla del anterior, y dejaba su silla y se tiraba cuan largo era en la cubierta.

—¿Por qué no? —Lo apoyó el semita—. El amor es ciego.

—Tiene que serlo —respondió Mark Frost. El mayor Ayers miró alternativamente a uno y otro un rato. Dijo:

—Mandeville... Es una convención, ¿verdad? ¿Una convención local?

—¿Convención? —repitió Fairchild.

—Quiero decir, como nuestra Gretna Green. Le pides a una chica que vaya allí, y hay un entendimiento instantáneo: ahorra explicaciones innecesarias y todo eso.

—Yo pensaba que Gretna Green era un lugar al que se iba para conseguir licencias de matrimonio a toda prisa —dijo Fairchild con suspicacia.

—Así era, en otros tiempos —asintió el mayor Ayers—, Pero en el gran incendio todos los registros y las parroquias quedaron destruidos. Y en esa época las comunicaciones eran tan malas que la noticia tardó en llegar quince días o más. Mientras tanto mucha gente joven había ido allí con toda sinceridad, ya sabe, y tenía que volver al día siguiente sin el servicio del clero. Por supuesto las jóvenes damas no se atrevían a contarlo hasta que el asunto estaba arreglado, lo que, durante esos tiempos convulsos, podía durar hasta un mes. Pero para entonces, por supuesto, la policía ya había oído hablar de ello. La policía de Londres siempre se entera de las cosas a tiempo, ya saben.

—Y entonces, cuando vas a Gretna Green ahora, consigues un policía —dijo el semita.

—Está pensando en Yokohama —respondió el mayor Ayers seriamente—. Por supuesto, son policías nativos —añadió.

—Como pescaditos —sugirió el semita.

—O sardinas —corrigió Mark Frost.

—O sardinas —asintió amablemente el mayor Ayers. Aspiró con violencia su pipa fría mientras Fairchild lo miraba con aturdimiento intrigado—. Pero esa señorita, la que saltó con el camarero. Y volvió el mismo día... ¿Es habitual entre sus chicas jóvenes? Pido información —añadió rápidamente—: Nuestras jóvenes no hacen eso, ya saben. Solo lo hacen las condesas decadentes: huyen a Italia con chóferes y lacayos. Y nunca vuelven antes de que sea de noche. Pero nuestras jóvenes...

—El arte —explicó el semita concisamente. Mark Frost elaboró:

—En Europa, ser un artista es una forma de conducta; en América, es una excusa para una forma de conducta.

—Sí. Pero, digo... —el mayor Ayers reflexionó de nuevo. Aspiró violentamente su pipa fría. Después—: No es la que hizo ese librito, ¿verdad? ¿El de la sífilis?

—No. Esa era la hermana de Julius: la que se llama Eva —dijo Fairchild—. La que se ha fugado y ha vuelto no es una artista. Supongo que es la atmósfera artística

de este barco.

—Oh —dijo el mayor Ayers—, Extraño —observó. Se levantó y golpeó la pipa contra la palma de la mano. Después sopló por el tubo y la guardó en el bolsillo—. Creo que voy a bajar a tomar un whisky. ¿Alguien viene?

—Creo que ahora no —decidió Fairchild. El semita dijo «Luego». El mayor Ayers se volvió hacia el poeta prono.

—¿Y usted, viejo?

—Suba la botella —sugirió Mark Frost.

Pero Fairchild vetó la propuesta. El semita lo apoyó y el mayor Ayers se fue.

—Me apetece una copa —dijo Mark Frost.

—Baje y tome una —le dijo Fairchild. El poeta gruñó.

El semita volvió a encender su puro y Fairchild habló desde su aturdimiento desconfiado.

—Eso de Gretna Green era interesante, ¿verdad? No lo conocía. Nunca lo había leído, quiero decir. Pero supongo que hay muchas cosas importantes en los anales de todos los pueblos que nunca salen en los libros de historia —el semita rió entre dientes.

Fairchild intentó ver su cara en la oscuridad. Después dijo:

—Los ingleses son raros: siempre bromean en el momento equivocado. Las cosas están justo en el filo de lo improbable, y cuando te decides a tomarlas de una manera, te das cuenta de que no querían decir eso —meditó un poco en la oscuridad—. Era bastante agradable, ¿verdad? Jóvenes, hombres y chicas jóvenes atrapados en la magia silenciosa del sexo y el misterio de la ropa íntima y las funciones y todo eso, y de yacer uno junto al otro en la oscuridad, contándose cosas... Ese es el encanto de la virginidad: contarse cosas. La virginidad no cambia nada en lo que respecta al cuerpo. Gente joven huyendo en una ráfaga de secreto, cautela y deseo, para encontrar... —de nuevo volvió su amable rostro confuso hacia su amigo. Siguió al cabo de un rato.

—Por supuesto, si habían llegado tan lejos, las chicas serían persuadidas. Ya sabes: entorno extraño, una habitación desconocida como una isla en un mar que no aparece en los mapas, lleno de monstruos como caseros y desconocidos, el mero asunto de preocuparse del cuerpo y llevarlo de un sitio a otro, de alimentarlo y cuidarlo; y nuestro joven frustrado y lujurioso y probablemente temeroso de que cambies de idea y te echas atrás, y una pequeña habitación secreta y cerrada y lejos de las cosas familiares, y tú eres joven y suave y agradable a la vista y además lo sabes... Por supuesto que las convencerían. Y por supuesto, al volver a casa, no lo contarían, no hasta que apareciera un cura y todo volviera a ser como siempre. Y a lo mejor ni siquiera entonces. Quizá se lo susurrarían un día a una amiga, después de llevar casadas el tiempo suficiente como para preferir hablar con otras mujeres a hablar con sus maridos, en una conversación sobre las cosas de las que hablan las mujeres. Pero no se lo contarían a las jóvenes solteras. Y si, incluso un año más tarde,

se enterasen de que habían visto a otra yendo o volviendo... Ya sabe, son unas criaturas muy prácticas: solo los hombres se aferran a las convenciones por razones morales.

—O por costumbre —añadió el semita.

—Sí —dijo Fairchild—. Me pregunto qué ha sido de Gordon.

Jenny observó sus piernas, envueltas en *tweed*. «¿Cómo puede soportar una ropa tan gruesa con ese calor?», se preguntó con plácido asombro, llamándolo en silencio mientras pasaba. Sus resueltas zancadas vacilaron cuando llegó hasta ella.

—Disfrutando la noche, ¿eh? —sugirió afablemente, mirándola en la oscuridad. En sus ropas prestadas era abundante como nata montada, rubia y perecedera como repostería cara.

—Más o menos —admitió. El mayor Ayers apoyó los codos en la barandilla.

—Iba hacia abajo —le dijo.

—Sí, señor —asintió, pasiva en la oscuridad, como una luciérnaga erótica que proyectaba esa percepción de sí misma rodeada y encerrada por el fuego nublado y dulce de sus muslos, como hacen las chicas jóvenes. El mayor Ayers miró su cabellera suave, imprecisa. Después movió la cabeza bruscamente, miró a su alrededor.

—Disfrutando la noche, ¿eh? —volvió a preguntar.

—Sí, señor —repitió Jenny. Florecía como una flor pesada y empalagosa. El mayor Ayers se movió impaciente. Volvió a girar la cabeza como si hubiera oído su nombre. Después miró a Jenny otra vez.

—¿Es usted nativa de Nueva Orleans?

—Sí, señor. Esplanade.

—¿Perdone?

—Esplanade. Donde vivo en Nueva Orleans —explicó—. Es una calle —añadió al cabo de un tiempo.

—Oh —murmuró el mayor Ayers—. ¿Le gusta vivir allí?

—No lo sé. Siempre he vivido allí —al cabo de un tiempo añadió—. No está lejos.

—No está lejos, ¿eh?

—No, señor —se quedó inmóvil a su lado y por tercera vez el mayor Ayers volvió la cabeza rápidamente, como si algo intentara llamar su atención.

—Iba hacia abajo —repitió.

Jenny esperó un momento. Después murmuró.

—Es una hermosa noche para coquetear.

—¿Coquetear? —repitió el mayor Ayers.

—Con citas —el mayor Ayers miró fijamente su cabello suave—. Cuando los chicos vienen a verte —explicó—. Cuando sales con chicos.

—Salir con chicos —dijo el mayor Ayers—, ¿A Mandeville, quizá?

—A veces —se mostró de acuerdo—. He estado allí.

—¿Va con frecuencia?

—Bueno... a veces —dijo.

—Con chicos, ¿verdad? Con hombres, también, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Jenny con una sorpresa suave—. No creo que ninguna chica fuera allí sola.

El mayor Ayers calculó pesadamente. Jenny estaba de pie, dócil y exuberante, proyectaba su pequeña aura seductora, se esforzaba.

—Oiga —dijo un momento más tarde el mayor Ayers—, ¿qué le parece si vamos mañana, usted y yo?

—¿Mañana? —repitió Jenny con blanda sorpresa.

—Esta noche, entonces —corrigió él—, ¿Qué le parece?

—¿Esta noche...? ¿Podemos llegar esta noche? Es un poco tarde, ¿no? ¿Cómo llegaremos?

—Como los que han ido esta mañana. Hay un autobús o un tranvía, ¿no? O un tren en el pueblo más cercano.

—No lo sé. Han venido en un barco.

—Ah, un barco —el mayor Ayers meditó un momento—, Bueno, no importa. Esperaremos hasta mañana, entonces. Iremos mañana, ¿eh?

—Sí, señor —repitió Jenny sin cansarse, pasiva y abundante, proyectando su efluvio. El mayor Ayers miró a su alrededor una vez más. Después apartó la mano de la barandilla y mientras Jenny, que vio el movimiento, se volvía hacia él lentamente y sin oponerse, le pellizcó la barbilla.

—Muy bien, entonces —dijo bruscamente, y se apartó—. Mañana —Jenny lo miró marcharse con un asombro pasivo y él se dio la vuelta y volvió hacia ella, le dirigió una mirada íntima e incitadora y pellizcó de nuevo su barbilla suave y sorprendida. Después se marchó definitivamente. Jenny observó cómo se disolvía su forma envuelta en *tweed*, cómo desaparecía de su vista. «Está claro que es extranjero», se dijo. Suspiró.

El agua lamía el casco con pequeños sonidos, susurros como manos sin huesos, y ella se inclinó sobre la barandilla, mirando el agua oscura.

«Sería más refinado que nadie», reflexionó. «Al ser su hermano... Más refinado, porque ella había estado fuera todo el día con el camarero del comedor... Pero a lo mejor el camarero también era refinado. Aunque yo no he encontrado muchos chicos que... Supongo que su tía se le habrá echado encima. Me pregunto qué habría hecho al regresar si hubiéramos tenido el barco listo y nos hubiéramos marchado... y ahora ese pelirrojo y... ella dice que se ha ahogado...».

Jenny contempló el agua oscura, y pensó en la muerte, en estar indefensa en la

horrible elasticidad asfixiante del agua, en sentir de nuevo esa indefensión completa y atroz de terror y miedo. Así que cuando el señor Talliaferro apareció de pronto y en silencio junto a ella y la tocó, lo reconoció instintivamente, y sintió de nuevo que el mundo se había vuelto inestable y cambiante bajo sus pies, que todos los objetos familiares y sólidos se apartaban debajo de ella, veía que las caras y los objetos familiares descendían lejos de ella, mientras caía por un intervalo sin tiempo desde un sol deslumbrante hasta el Miedo, como un fulgor verde que se desviara para recibirla: ella era agreste y estaba en trance. Pero al fin pudo moverse de nuevo, gritando.

—Me ha asustado mucho —dijo lastimosamente, y se apartó de él. Se dio la vuelta y echó a correr, corrió hacia la luz, hacia la seguridad de las paredes.

El camarote estaba oscuro: no se oía ningún ruido dentro, y tras la oscura amplitud de la cubierta parecía cargado y caliente. Pero las paredes eran cómodas, y Jenny encendió la luz y entró, entró en una atmósfera de familiaridad: un leve espectro del perfume que le gustaba, y con el que se había impregnado feliz cuando subió a bordo y que todavía no había desaparecido por completo, y el olor agudo y leve de las lilas que ahora asociaba a la señora Wiseman y permanecía en el camarote; y la ropa de la otra, y su propio peine sobre el tocador y el cilindro metálico y brillante de su pintalabios a su lado.

Jenny miró su cara en el espejo un momento, después se quitó una prenda y volvió a mirar su inmaculado rosa y blanco, inefable, a salvo de cualquier pensamiento. Después se quitó el resto de la ropa, y ante el espejo se pasó el peine por la soñolienta Golconda en miniatura de su cabello. Después metió plácidamente su cuerpo desnudo en la cama, como era su costumbre desde hacía tres noches. Pero no apagó la luz.

Se quedó en la litera, contemplando el brillo engreído de la luz sobre la interrumpida extensión pintada del techo. Permaneció rosada e inmóvil un tiempo medido por las pequeñas manos de agua sin hueso que acariciaban el casco al otro lado del ojo de buey; también oía pies, y gente que se movía y hacía ruidos. No sabía lo que quería, pero sabía que era algo. Así que se tumbó sobre su espalda rosada y silenciosa, tras el brillo desnudo de la luz inadecuada, hasta que al cabo de un tiempo pensó que a lo mejor iba a echarse a llorar. Quizá fuera eso, así que se quedó desnuda y rosa y pasiva, boca arriba, esperando el comienzo.

Oía los movimientos de la gente: voces y pies, mientras esperaba el primer sabor del llanto que llega a la garganta antes de empezar: esa sensación de dos canales pequeños y salados bajo los oídos que te asalta cuando sientes pena por ti mismo, y esa otra sensación que tienes en la base de la nariz. «Solo que mi nariz no se pone roja cuando lloro», pensó, con un plácido e inminente sufrimiento de tristeza y absurda desesperación, mientras esperaba pasiva, tranquila y sin miedo que empezara. Pero antes la señora Wiseman entró en el camarote.

Llegó hasta Jenny y Jenny miró hacia arriba y vio la pequeña cabellera oscura de la otra, como la cabeza de un ciervo, a contraluz, y esa manera penetrante y oscura que la otra tenía de mirarla, y la señora Wiseman dijo:

—¿Qué pasa, Jenny? ¿Qué tienes?

Pero ella lo había olvidado, casi: solo recordaba que había habido algo pero, ahora que la otra estaba allí, Jenny apenas recordaba haber olvidado nada, así que simplemente se quedó tumbada y miró la cabeza oscura y esbelta de la otra contra la luz desnuda.

—Pobrecita, has tenido un día duro, ¿verdad? —La señora Wiseman puso la mano en la frente de Jenny, alisó el oro fino y callado del cabello de Jenny, pasó la mano por su mejilla. Jenny se quedó quieta bajo la mano, cerrando los ojos como un gato que recibe una caricia, y supo que podría llorar toda la noche, en el momento en que quisiera. Solo que era casi igual de divertido quedarse allí y saber que podía hacerlo cuando tuviera ganas, porque el llanto estaría preparado. Abrió sus ojos azules, inefables.

—¿Cree que se ha ahogado de verdad? —preguntó. La señora Wiseman acarició la mejilla de Jenny, le apartó el pelo de la frente.

—No lo sé, cariño —respondió sobriamente—. Es un hombre sin suerte. Y a un hombre sin suerte le puede pasar cualquier cosa. Pero no pienses en eso. ¿Me oyes? —Inclinó su cara sobre la de Jenny—, ¿Me oyes? —preguntó de nuevo.

—No —dijo Fairchild—, No es la clase de persona que se ahoga. Hay gente que no es de esa clase... Me pregunto... —Dijo de pronto, contemplando a sus compañeros—: Oigan, imaginen que se marchó porque pensaba que esa chica se había ido de verdad.

—¿Ahogarse por amor? —dijo Mark Frost—, No en esta época. La gente se suicida por dinero y por enfermedad, no por amor.

—No estoy seguro de eso —objetó Fairchild—. Antes morían de amor. Y la naturaleza humana no cambia. Sus acciones alcanzan resultados distintos bajo condiciones diferentes, pero la naturaleza humana no cambia.

—Mark tiene razón —dijo el semita—. En los libros antiguos, la gente moría porque le rompían el corazón, que probablemente era una condición que cualquier médico o veterinario moderno podría curar en un momento. Pero la gente no se muere de amor. Por eso la unión de amor y muerte tiene ese constante atractivo en los libros: en ningún otro lugar se asocian tanto. Pero en lo que respecta a los corazones rotos, en esta época de alfabetización general y facilidad para diseminar la palabra impresa... —hizo un sonido despectivo—. Afortunado el que cree que tiene el corazón roto: puede escribir inmediatamente un libro y vengarse (¿qué es más terrible que saber que el hombre al que acabas de derribar ha encontrado una moneda en el arroyo al levantarse?) del o de la que ha dañado sus ventrículos. Además puede

airearlo en películas y revistas. No, no —repitió—. Uno no se suicida cuando el amor lo decepciona. Escribe un libro.

—No estoy seguro de eso —repitió obstinadamente Fairchild—. La gente hace cualquier cosa. Pero supongo que hay que ser un idiota para pensar y actuar según ese principio —más allá del horizonte, al este, se oía el rumor de la plata clara, pálida y fría y débil, y se sentaron un rato en silencio, pensando en el amor y la muerte. El ojo rojo de un cigarrillo a treinta centímetros de cubierta: era Mark Frost. Fairchild rompió el silencio.

—El día que se marchó con Da... con el camarero fue bastante bonito, ¿verdad? Y volvieron. Sin excusas, sin explicaciones. «No pienses mal», ya saben. Eso es lo que los jóvenes de posguerra nos han enseñado. Solo los viejos como Julius y yo veríamos el mal en lo que hace la gente, los jóvenes. Pero supongo que la gente que ha crecido con la forma de ver la vida que nosotros heredamos encontraría el mal en cualquier cosa cuya inclinación no estuviera al servicio del deber. Nos enseñaron que el deber era infalible, o no sería deber, y que si era lo bastante desagradable, te darían un sitio en el cielo, seguro... Pero quizá una generación y otra no sean tan distintas. La mayoría de nuestros pecados son vicarios. Supongo que cuando eres joven te lo pasas demasiado bien simplemente existiendo como para pecar mucho. Pero es bastante agradable ser un joven de esta generación.

—Sin duda. Todos pensamos eso cuando nuestras arterias empiezan a endurecerse —se unió el semita—. No solo la mayoría de nuestros pecados son vicarios; también lo son nuestros placeres. Mira nuestros libros, nuestro teatro, nuestras películas. ¿Quién los sostiene? No los jóvenes. Ellos preferirían dar un paseo o sentarse y hacer manitas.

—Es un sustituto —dijo Fairchild—. ¿No lo ves?

—¿Sustituto de qué? Cuando eres joven, y ayer estabas enamorado y hoy no y mañana sí, ¿acaso sabes algo sobre el amor? ¿Es algo para ti, aparte de una mezcla atroz de celos y deseos frustrados e interferencias con ese mundo del hombre que, a fin de cuentas, todos preferimos, y reproches y quizá un poco de placer como una droga? Ya sabes que las mujeres con las que nos acostamos no son las que más recordamos.

—No, gracias a Dios —dijo Fairchild. El otro continuó.

—Es el viejo problema de la aristocracia una y otra vez: una envidia natural de la minoría que tiene la libertad de cometer todos los pecados, mientras la mayoría no puede dejar de ganarse la vida y no tiene tiempo para cometerlos —volvió a encender su cigarro—. Los jóvenes siempre moldean sus vidas tal como requiere la generación anterior. No quiero decir exactamente que vayan a misa cuando les dicen que lo hagan, por ejemplo, porque sus mayores lo esperan, aunque solo Dios sabe qué otra razón podrían tener para ir a la iglesia tal y como esta se comporta ahora, con un guardián que patrulla el edificio en las localidades urbanas, y con escuadrones del Ku Klux Klan en las zonas rurales, batiendo los bosques y todos los refugios

tradicionales que en los viejos tiempos permitían a la iglesia producir un alma para todo el que salvaba. Pero en general la juventud vive incuestionablemente de acuerdo con los preceptos arbitrarios de sus mayores. Por ejemplo, hace una generación la educación superior no se consideraba esencial, y la gente se acostumbraba en casa a la convención de que lo que había que hacer era casarse a los veintiún años e ir a trabajar inmediatamente, al margen del equipamiento, la inclinación o la aptitud que tuviera cada uno. Pero ahora se acostumbran a la convención de que la juventud, ser menor de treinta años de edad, es un prolongado curso sin clases, en el que uno debe pasar el tiempo vestido como una caricatura, bebiendo alcohol casero y manoseando al sexo opuesto, con intervalos de arrestos por parte de los guardias de tráfico. Hace unos años uno de esos denominados artistas comerciales (gime, maldito seas), llamado John Held, empezó a caricaturizar la vida universitaria, tanto enclaustrada como no, en revistas: desde entonces, la vida universitaria, enclaustrada o no, ha estado muy ocupada caricaturizando a John Held. Es lo que esperaban sus mayores. Y los jóvenes les seguían la corriente: los jóvenes son mucho más tolerantes con los caprichos inexplicables y peligrosos de sus mayores de lo que fueron o serán los mayores con respecto a las debilidades naturales e inofensivas de sus hijos... Pero quizá ambos lo disfrutaban.

—No lo sé —dijo Fairchild—, Ni siquiera a los viejos les gustaría estar rodeados de gente que convierte la existencia en un drama así. Y a los jóvenes tampoco les gustaría: los jóvenes tienen muchas otras cosas que hacer, ya saben. Creo... —su voz se detuvo, murió en la oscuridad y el sonido leve del chapoteo del agua. La luna había vuelto a emerger por el este, esa luna menguante y decadente, gastada, afable y fría. Era magia sobre el agua, una magia de las cosas pálidas e incorpóreas. El ojo rojo del cigarrillo de Mark Frost se arqueó lenta y lateralmente en su mano invisible, volvió a su puesto treinta centímetros sobre la cubierta, y brilló y se desvaneció como un pulso—. Vean —añadió Fairchild como disculpa—. Creo en el amor de los jóvenes en primavera y cosas de ese tipo. Supongo que soy un sentimental irremediable.

El semita gruñó. Mark Frost dijo:

—Virtud a través de humillación y falsificación: inmolación de insinceridad — Fairchild lo ignoró: siguió envuelto en su sueño.

—Cuando la juventud sale de ti, tú sales de la juventud. Fuera de la vida, quiero decir. Hasta ese momento solamente vives: después de eso, eres consciente de vivir: la vida se convierte en un proceso consciente. Como le sucede, con los años, al pensamiento. Te vuelves consciente de pensar, y empiezas a pensar en palabras. Y lo primero que descubres es que no tienes ideas en la cabeza: solo tienes palabras. Pero cuando eres joven, solamente eres. Después alcanzas una etapa en la que haces. Después una etapa en la que piensas, y por último, en la que recuerdas. O intentas recordar.

—Sexo y muerte —dijo Mark Frost sepulcralmente, mientras describía un arco

con el ojo rojo de su cigarrillo—, Una pared blanca en la que el sexo proyecta una sombra; la sombra es la vida.

El semita volvió a gruñir, inmerso en uno de sus escasos periodos poco comunicativos. La luna subió, el vientre pálido y sin músculos de la luna, y el Nausikaa soñaba como una gaviota en el agua inquieta y oscura.

—No estoy seguro —dijo de nuevo Fairchild—. Nunca he visto nada sombrío en la vida, amigos. Y menos todavía en lo que hago. Pero quizá haya gente sombría en el mundo, gente para la que la vida es una especie de sombra traviesa. Pero esa gente no me impresiona en absoluto, no los entiendo. Quizá la razón es que tengo una confianza firme en que la vida es buena —Mark Frost había tirado su último cigarrillo y ahora era una larga sombra prona. El semita también estaba inmóvil, sostenía su cigarro muerto.

—Pasaba el verano con mi abuelo, en Indiana. En el campo. Era un crío, y había una especie de reunión familiar, con tías y primos que llevaban años sin verse. Niños, también, de todos los tamaños. Recuerdo a una chica, creo que debía de ser de mi edad. Tenía los ojos azules y un montón de pelo rizado, largo y rubio de niña repipi. Esa chica, Jenny, debió parecerse a ella, a los doce o trece años. Yo no conocía bien a los demás niños, y además estaba acostumbrado a divertirme solo, así que simplemente andaba por ahí y los veía hacer las cosas que hacen los niños. No sabía qué hacer para convertirme en amigo suyo. Había visto cómo lo hacían los otros recién llegados, y pensé en lo que haría: lo que diría cuando me acercase a ellos... — se detuvo y pensó un momento con una especie de sorpresa callada—. Como Talliaferro —dijo por fin, en voz baja—. No había pensado en eso —reflexionó un momento. Luego siguió.

»Era como un perro entre perros desconocidos. Asustado, más o menos, aunque altanero y distante. Pero los observaba. La forma que ella tenía de imponerse, por ejemplo. Un día después de llegar ya era la líder, y siempre les decía lo que había que hacer. Casi siempre llevaba vestidos azules —Mark Frost roncó en el silencio. El Nausikaa soñaba como una gaviota en el agua oscura.

»Esto fue antes de que hubiera agua corriente y alcantarillado en las casas de campo, y esta tenía la típica letrina. Había un sendero que llevaba hasta ella desde la casa. A finales de verano había lampazos a los lados del sendero: a finales de agosto eran más altos que un chico de doce años. La letrina era una especie de caja pequeña, con una partición interior que separaba el espacio de los hombres y el de las mujeres.

»Hacía calor, era por la tarde. Los otros estaban en el huerto, bajo los árboles. Desde donde estaba, un gran árbol en el jardín, podía verlos, al igual que los vestidos de colores de las chicas a la sombra, y, cuando bajé del árbol y volví al jardín trasero y pasé la puerta metálica y caminé por el sendero hacia el retrete, los veía intermitentemente, a través de los huecos en los lampazos. Estaban sentados a la sombra, jugando o quizá solo hablando. Seguí por el sendero y entré, y cuando me di la vuelta para cerrar la puerta del lado de los chicos, miré hacia atrás. Y vi su vestido

azul, que brillaba y avanzaba por el sendero entre los altos matorrales. No sabía si me habría visto o no, pero sabía que si volvía tendría que cruzarme con ella, y me daba vergüenza. Habría sido distinto si ya hubiera ido y estuviera saliendo, o eso me parecía. Los chicos son así, ya sabes —añadió vacilante, mostrando su aturdimiento a su amigo. El otro gruñó. Mark Frost roncaba en la sombra.

»Así que cerré la puerta rápidamente y me quedé quieto, y pronto la oí entrar en el otro lado. No sabía si me había visto, pero iba a quedarme callado hasta que se marchara. Solo tenía que hacer eso, me parecía.

»Los niños son mucho más intuitivos que los adultos. La parte de la vida de los niños que sucede en su cabeza es mayor de lo que piensa la gente. El niño puede distinguir en un solo instante todo el espectro de las experiencias que nunca ha conocido de verdad. La antropología lo explica un poco. Pero no mucho, porque las lagunas del conocimiento humano que hay que franquear por medio de la especulación son demasiado grandes. Lo primero que aprende un niño es la infalibilidad y la necesidad del precepto; y para cuando un niño es lo bastante grande como para añadir cualquier cosa a nuestro conocimiento de la mente, ya lo ha olvidado. Mudamos de alma cada año, como las serpientes, creo yo. No puedes recordar las emociones que sentiste el año pasado: únicamente recuerdas que había una emoción asociada a algún hecho físico de la experiencia. Pero todo lo que te queda de ella es una suerte de fantasma de la felicidad y un pesar impreciso y sin sentido. Experiencia: ¿por qué deberíamos adquirir sabiduría a través de la experiencia? Solo recuerdan los músculos, y hay que repetir muchas veces para enseñarle cualquier cosa a un músculo.

Arturo, la cabeza de Orion, se balanceaba hacia abajo en sus rodillas: una langosta eléctrica que se desvanecía en el cielo del sur mientras la luna subía. El agua lamía el casco del Nausikaa con sonidos suaves.

—Así que fui de puntillas al retrete. Hacía calor, el sol pegaba con fuerza: podía oler la resina caliente por encima del olor del sitio. En una esquina del techo había un avispero, un bulto duro de arcilla con agujeros pegado al techo, y moscas verdes y grandes que zumbaban constantemente. Recuerdo el calor que hacía, y la sensación que producen lugares como ese: una especie de bajar las barreras de la pretensión, de sumergir las constricciones de la civilización bajo la gran implacabilidad de la naturaleza y el cuerpo. Y me quedé allí, con esa sensación, y el calor, escuchando el zumbido de esas moscas grandes, aguantando la respiración y esperando que llegara un sonido desde el otro lado. Pero no llegaba ningún sonido, así que asomé la cabeza por el asiento. ¿Sabes lo que vi?

Mark Frost roncaba. La luna, el vientre pálido de la luna, inundaba el mundo con una magia empañada que no pertenecía a las cosas vivas, posaba su mano incorpórea y plateada sobre el agua, tiñendo las pequeñas manos de agua que susurraban y chapoteaban contra el casco del yate. El semita agarró su cigarro muerto: él y Fairchild estaban sentados en la implacable flaccidez de los músculos y el

reblandecimiento de los tejidos de sus cuarenta y tantos años, veían dos ojos azules abiertos y curiosos en los que una sorpresa invertida se asomaba clara como el agua, y unos largos rizos dorados que se balanceaban sobre los excrementos, y se quedaron callados, recordando la juventud y el amor, el tiempo y la muerte.

Once en punto

Mark Frost se había levantado y con un epigrama fantasmal se había ido a la cama. Más tarde el semita se levantó y se marchó, dejándole un cigarro, y Fairchild se sentó con los pies sin zapatos apoyados en la barandilla, dando caladas al tabaco desacostumbrado. Veía la cubierta a la luz pálida de la luna, y descubrió que había alguien sentado cerca de popa. Fairchild no sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado, pero estaba, solo y bastante inmóvil, y había algo en su actitud que despertó la curiosidad de Fairchild, que al fin se levantó de su silla.

Era David, el camarero. Estaba sentado en un cable enrollado, y tenía algo en las manos, entre las rodillas. Cuando Fairchild se paró a su lado, David levantó la cabeza lentamente hacia la luz de la luna y miró al hombre más viejo, sin esforzarse en ocultar lo que tenía en la mano. Fairchild se acercó para verlo. Era una zapatilla, una sola zapatilla rota y manchada con barro seco y vergonzoso, pero que parecía sostener en su forma muda algo de la gravedad dura y sin sexo de su dueña.

Al cabo de un rato David apartó la mirada, contempló de nuevo el agua oscura y su cambiante sendero de plata con la zapatilla entre las manos, y, sin decir nada, Fairchild se dio la vuelta y se marchó silenciosamente.

EL CUARTO DÍA

Siete en punto

Fairchild se despertó y se quedó un tiempo tumbado boca arriba alegremente. Al cabo de un rato se giró sobre el costado para volver a dormirse, y descubrió un trozo de papel que había en el suelo, como si alguien lo hubiese empujado bajo la puerta. Lo observó un rato, después se despertó del todo, se levantó, cruzó el camarote y lo cogió.

«Estimado señor Fairchild Dejo el barco hoy tengo un trabajo mejor me deven dos días pero no los voy a reclamar por que dejo el barco antes de que el viaje termine dígame a la señora More que tengo un trabajo mejor pregúntele si puede pagarle los 5 dólares que usted me prestó suyo

David West»

Volvió a leer la nota, reflexionó sobre ella, la dobló, se la metió en el bolsillo de la chaqueta del pijama y se puso una copa. El semita roncaba en su litera, profundo e indefenso sobre la espalda.

Fairchild volvió a sentarse en la litera, tenía frente a él la bebida, que aún no había probado; desdobló la nota y volvió a leerla, recordando la juventud, pensando en la edad y la decadencia de la carne como una pena vieja y leve presente en todos los lugares del mundo.

Ocho en punto

—No se preocupe en absoluto —tranquilizó a la señora Maurier—, Podemos hacer lo que hicimos ayer: así, será más divertido que nunca. Dorothy y yo podemos abrir latas y calentar cosas. Podemos arreglárnoslas igual de bien con un camarero que sin él, ¿verdad, Dorothy?

—Será como un *pícnic* —coincidió la señorita Jameson—. Por supuesto, los hombres también tendrán que ayudar —añadió, mirando a Pete con sus ojos pálidos y desprovistos de humor.

La señora Maurier se rindió, y las persiguió con su llorosa fatuidad mientras la señora Wiseman, la señorita Jameson y la sobrina abrían latas y calentaban cosas; manchaban espantosamente la cocina de grasa y zumos y sangre del pulgar de la sobrina; y abrían, instigadas por Mark Frost, una lata que decía «Alubias», para

descubrir que contenía judías verdes.

Sin embargo, al final consiguieron hacer café, y no desayunaron muy tarde. Como habían dicho, parecía un *pícnic*, pero no había hormigas, como señaló el semita justo antes de que lo echaran de la cocina.

—Te abriremos una lata —ofreció bruscamente su hermana.

Además, todavía quedaba mucho pomelo.

Ocho y media

En el desayuno:

Fairchild: Pero yo lo vi después de volver al yate. Estoy seguro.

Mark: No, no estaba en el barco cuando volvimos: ahora me acuerdo. No lo vi desde que nos cambiamos el sitio, justo después de que se cayeran Jenny y Ernest.

Julius: Es tan... ¿Estaba en el bote con nosotros? ¿Alguien se acuerda de haberlo visto en el bote?

Fairchild: Claro que sí: ¿no te acuerdas de que Mark no paraba de pegarle con su remo? Te digo que he visto...

Mark: Estaba en el barco al principio. Pero después de queje...

Fairchild: Claro que estaba. ¿No recuerdas haberlo visto después de volver, Eva?

Eva: No lo sé. Yo os daba la espalda cuando remabais. Y no me acuerdo de quién estaba y quién no después de que Ernest tirase a Jenny.

Fairchild: Talliaferro estaba enfrente de nosotros. ¿Usted no lo vio, Talliaferro? Y

Jenny: Jenny debería acordarse. ¿Usted no recuerda haberlo visto, Jenny?

El señor Talliaferro: Yo estaba vigilando la cuerda, ya sabe.

Fairchild: ¿Y usted, Jenny? ¿Usted se acuerda?

Eva: No molestes a Jenny con eso. ¿Cómo podría recordar algo sobre eso? ¿Cómo podría alguien recordar, o querer recordar, algo sobre una idiotez... idiotez...?

Fairchild: Bueno, yo me acuerdo. ¿No recuerdan que bajara al camarote con nosotros, cuando volvimos?

La señora Maurier retorció las manos: ¿Alguien sabe algo? Es terrible. No sé qué hacer: ustedes no parecen darse cuenta de la posición en que me deja esto, que algo tan terrible penda sobre mí. Ustedes no tienen nada que perder, pero yo vivo aquí, tengo cierto... Y ahora una cosa como esta...

Fairchild: Ah, no se ha ahogado. Enseguida aparecerá. Haga caso de lo que digo.

La sobrina: Y si se ha ahogado, lo encontraremos. Desde aquí a la orilla el agua no es muy profunda.

(Su tía la miró aterrada).

El sobrino: Además, un cadáver siempre flota después de 48 horas. Solo tenemos que esperar hasta mañana por la mañana: lo más probable es que aparezca aquí al lado, listo para que lo subamos a bordo.

(La señora Maurier gritó. Su grito se estremeció y murió en su papada y ella miró al grupo con cara de abyecta desesperación).

Fairchild: No se ha ahogado. Les digo que...

La sobrina: Seguro. Ánimo, tía Pat. Lo traeremos de vuelta, aunque se haya ahogado. No es como perderlo del todo. Si devuelves el cuerpo, a lo mejor sus familiares no te reclaman el barco ni nada...

Eva: Callaos, niños.

Fairchild: Pero digo que vi...

Nueve en punto

Por delante, Jenny, la sobrina, su hermano —temporalmente fuera de su caparazón científico— y Pete formaban un grupo; Pete con su sombrero de paja, el sobrino con su cuerpo delgado y joven, y las dos chicas con sus vestidos breves, incómodas con una especie de gracia terrible: su juventud era tan obvia que se convertía en una barrera entre ellos y los demás, y hacía que hasta el señor Talliaferro los acechara de cerca, sin el coraje de unirse a ellos.

—Esas jóvenes —dijo Fairchild. Observó el grupo, observó a la sobrina y a Jenny mientras se aferraban a la barandilla y se balanceaban despreocupadamente, girando sobre sus talones con la falta de inhibiciones de los músculos jóvenes—. Me asustan —admitió—. No una castidad posible o probable, ya saben. La castidad no es...

—Una ilusión incorpórea multiplicada por la falta de oportunidad —dijo Mark Frost.

—¿Qué? —preguntó, mirando al poeta—. Bueno, quizá —retomó su idea tenue—. Quizá todos tengamos ideas distintas sobre el sexo, como todas las razas... Quizá nosotros tres estamos racialmente separados unos de otros en lo que respecta al sexo. Como un francés, un anglosajón y un mongol, por ejemplo.

—Para un italiano —dijo el semita— el sexo es como un petardo en una fiesta infantil; para un francés, una ocupación, de la que uno descansa ganando dinero; para un inglés, una molestia; para un estadounidense, una carrera hípica. ¿Cuál es tu tipo?

Fairchild se rió. Observó al grupo moverse.

—Esos cuerpos extraños y asexuados —siguió—. Nosotros, tú y yo, crecimos esperando que hubiera algo debajo del vestido de una mujer. Algo satisfactorio en forma de pechos y caderas y demás. Pero ahora... ¿Recuerdas las fotos que solían aparecer en los paquetes de tabaco, o en las revistas de las barberías? ¿Anna Held y

Eva Tanguay con cuerpos como lámparas de un salón elegante? ¿Dónde están ahora? Ahora, ¿qué ves en la calle? Criaturas con la torpeza simple de los potros y los terneros, con dos pequeños bultos por pechos y el amago de unas nalgas que, de no ser por su aspecto blando, podrían pertenecer a un chico de quince años. Ya no son satisfactorias: solo excitantes.

Y monótonas. Sobre todo monótonas. ¿Dónde —continuó— están esas cosas suaves y protuberantes, con forma de conejo, que las mujeres solían tener bajo la ropa? Ya se han ido, como el pobre indio y la cerveza de diez centavos y la ropa interior de cambray. Pero, aun así, estas chicas jóvenes son bonitas: como una música monótona de flauta o algo parecido.

—Chillonas y estúpidas —asintió el semita. También contempló el grupo un tiempo—, ¿Quién fue el idiota que dijo que nuestras ropas, nuestras costumbres a la hora de vestirnos, no afectan a la forma de nuestro cuerpo o a nuestro comportamiento?

—Estúpidas no —objetó el otro—. Las mujeres nunca son estúpidas. Su equipamiento mental tiene una eficacia sublime a la hora de dar las pocas direcciones que su cuerpo requiere. Y cuando tu mentalidad es suficiente para tus necesidades corporales, cuando existe una armonía tan perfecta entre capacidad y necesidad, no puede existir la estupidez. Si las mujeres poseen una inteligencia superior a eso, tarde o temprano se convierten en una molestia. Solo necesitan la inteligencia suficiente para moverse y comer y respetar las precauciones esenciales de la existencia.

—Y reconocer la moda corriente con el tiempo suficiente para adaptarse —dijo Mark Frost.

—Bueno, sí. Y tampoco me parece mal —dijo Fairchild—. Como un simple hermano lego de la raza humana, quiero decir. Después de todo, son meros objetos genitales articulados con una aptitud especial para gastar todo el dinero que tengas. Así que, cuando consiguen tener exactamente el mismo aspecto que todas las demás, puedes concentrar toda tu atención en sus cuerpos.

—¿Y qué pasa con las excepciones? —preguntó Mark Frost—, Las que no se pintan ni llevan el pelo corto.

—Pobrecitas —respondió Fairchild y el semita dijo:

—Quizá haya un cielo, después de todo.

—¿Entonces crees que quizá tengan alma? —preguntó Fairchild.

—Sin duda. Aunque no nacieran con ellas, serían criaturas bastante desvalidas si a los once años no pudieran arrebatarse la suya a un hombre tonto.

—Es verdad —dijo Fairchild. Miró un tiempo al grupo delantero. Luego se levantó—. Creo que me acercaré para escuchar de qué están hablando.

La señora Wiseman se acercó y le pidió un cigarrillo a Mark Frost, y observaron cómo se marchaba la fornida espalda de Fairchild. El semita dijo:

—Un hombre de indudable talento, a pesar de su torpe aturdimiento ante las emociones sofisticadas.

—A pesar de su falta de seguridad, quiere decir —corrigió Mark Frost.

—No, no es eso —dijo la señora Wiseman—, Usted quiere decir lo mismo que Julius: que, al haber nacido estadounidense en una familia de clase media baja en un área provinciana del medio oeste, ha heredado toda la admiración de la clase media baja por la Educación con una E mayúscula, una admiración aumentada por su dificultad para ir a la universidad y para quedarse.

—Sí —asintió su hermano—, Y la reacción que los años y la experiencia humana acumulada han provocado en él le ha lanzado al extremo opuesto sin destruir esa arraigada admiración u ofrecerle nada con lo que sustituirla. Su escritura parece torpe, no porque la vida sea opaca para él, sino por su creencia innata y desprovista de humor en que, por más que a veces lo asombre, la vida es en el fondo buena, admirable y estupenda; y porque, al planear sobre esta escena estadounidense a la que ha sido arrojado, los fantasmas de los Emerson y Lowell y Greeley y todos los otros paradigmas de la Educación con una E mayúscula, que «se sentaron en sillas de salones bellamente alfombrados», rodeados por una atmósfera de encuadernaciones de cuero y seguridad, y dominaron las letras estadounidenses en la fase más sana del país «sin calor ni vulgaridad», sonríen afectadamente con una especie de vigilancia ubicua. Una suerte de bravuconería pueril, burlona, mientras él teme —explicó.

—Pero —dijo su hermana—, para un hombre como Dawson no hay mejor tradición estadounidense que esa... Si él lo supiera. Puede que se sentasen entre sus objetos, transcribiendo griego y latín y manteniendo correspondencia con el otro lado del Atlántico, pero tenían tiempo de salir de sus puertos de Nueva Inglaterra con la Palabra de Dios en una mano y una cabilla en la otra y todas las velas desplegadas; y todo lo que encontraban infecto era estadounidense. Y, por Dios, era estadounidense. Y lo sigue siendo.

—Sí —asintió de nuevo su hermano—. Pero le falta lo que ellos tenían a su disposición entre sus estantes de libros discretos y su escasez de calor y vulgaridad: un estándar de literatura que sea internacional. No, no un estándar exactamente: una creencia, una convicción de que su talento no necesita limitarse a delinear cosas que su mente consciente le asegura que son reacciones americanas.

—¿La libertad? —sugirió Mark Frost con desapego.

—No. Nadie necesita libertad. No podemos soportarla. Solo necesita dejarse ir, olvidar ese fetiche de la cultura y la formación que su educación y los fantasmas de aquellos a los que las circunstancias permitieron estar en la universidad más tiempo, y a los que a su pesar admira, le aseguran que le faltan. Porque quitándose de en medio a sí mismo y su aturdimiento e inhibiciones, y describiendo de una manera que ni la traducción pueda estropear (como hizo Balzac) la vida americana tal y como es, se volvería eterno e inmortal. La vida es la misma en todas partes, ya sabes. Las formas de vida pueden ser distintas... ¿No son distintas entre dos pueblos cercanos?

Apellidos, beneficios de un solo campo o un huerto, influencias de trabajo... Pero las viejas compulsiones, deberes e inclinaciones del hombre, el eje y la circunferencia de su jaula de ardilla, no cambian. Los detalles no importan, los detalles solo nos entretienen. Y nada de lo que simplemente nos entretiene puede importarnos, porque las cosas que nos entretienen son meramente especulativas: los placeres prospectivos que probablemente no alcanzaremos. Las otras cosas solo nos sorprenden. Y el que ha soportado la sorpresa del nacimiento puede aguantar cualquier cosa.

Diez en punto

—Narices —dijo el sobrino, levantando la cabeza—. Ya te he dicho lo que estaba haciendo, ¿no?

Había regresado a su retiro en el puente de mando, donde resultaría más difícil que lo interrumpieran. O eso pensaba.

Jenny estaba de pie junto a su silla y lo miraba plácidamente.

—No iba a preguntarte otra vez —contestó sin rencor—. Solamente pasaba por aquí —después examinó el espacio visible de la cubierta con una mirada breve y abarcadora—. Es un buen lugar para coquetear —observó.

—Sí, ¿verdad? —dijo el sobrino—. ¿Qué pasa con Pete? —Detuvo la navaja y levantó la cabeza. Jenny dio una respuesta imprecisa. Movi6 su cabeza de nuevo y se quedó de pie, sin mirarlo exactamente, plácida y abundante, y le hizo pensar que estaba rodeado y encerrado por el fuego nublado y dulce de sus muslos, como hacen las chicas jóvenes. El sobrino dejó su pipa y su navaja a un lado.

—¿Dónde me siento? —dijo Jenny, así que él se movió en la silla de lona, para dejarle hueco, y ella se acercó despacio y sin oponerse, se hizo un sitio en el asiento combado—. Es bastante estrecho —señaló.

En ese momento, el sobrino levantó la cabeza.

—No pones mucho entusiasmo en tus caricias —comentó. Así que Jenny, plácidamente, puso más entusiasmo... Al cabo de un tiempo el sobrino levantó la cabeza y miró el agua.

—Narices —murmuró con un susurro de indiferencia, mientras acariciaba lentamente los plácidos muslos de Jenny—. Narices... —al cabo de un rato levantó la cabeza—. Oye —dijo abruptamente—, ¿dónde está Pete?

—Por ahí detrás, en algún sitio —respondió Jenny—, Lo he visto antes de que me pararas.

El sobrino asomó el cuello, miró por la cubierta. Luego agachó el cuello. Al cabo de un tiempo levantó la cabeza.

—Creo que ya es bastante —dijo. Empujó el abandono rubio de Jenny—.

Levántate. Tengo trabajo. Lárgate.

—Dame tiempo —dijo Jenny, intentando salir de la silla. Era bastante estrecho, pero se puso en pie finalmente, y se alisó la ropa. El sobrino retomó sus herramientas, y después de un tiempo Jenny se marchó.

Once en punto

Era un volumen delgado con tapas de color azul oscuro y un estrecho arabesco naranja de diseño esotérico que se extendía por la portada y la contraportada, en la parte alta, junto al título naranja: *Satiricón a la luz de las estrellas*.

—Aquí tenemos —dijo Fairchild, mientras alisaba una página con la mano y sus pesadas gafas de montura de carey cabalgaban alegremente sobre su cara redonda y benigna— el poema sobre la sífilis del mayor. Después de todo, la poesía llega a algo cuando consigue que un hombre como el mayor se ponga a reflexionar un rato. Los poetas carecen de sentido de los negocios. Ahora, si yo...

—A lo mejor eso es lo que hace bueno a un poeta —sugirió el semita—. Ser capaz de mantener una estupenda indiferencia ante el mundo y sus compulsiones.

—Estás pensando en los pescadores de ostras —dijo la señora Wiseman—. Ser un poeta de éxito es ser lo bastante brillante, oscuro e inminente en tu vida pública como para excusar cualquier cosa que hagas en privado.

—Si yo fuera poeta... —empezó Fairchild.

—Es verdad —dijo el semita—. Ahora el arte amable ha alcanzado ese estado de perfección en el que no necesitas saber nada de literatura para ser poeta; y llegará un momento en el que ni siquiera tendrás que escribir para convertirte en uno. Pero ese día todavía no ha llegado: todavía hay que escribir algo de vez en cuando; no con mucha frecuencia, claro, pero sí de vez en cuando. Y si es lo bastante oscuro todo el mundo está satisfecho y uno se siente justificado y lo olvidan de inmediato y de nuevo es perfectamente libre de cenar con cualquiera que lo invite.

—Pero, escucha —repitió Fairchild—, si yo fuera un poeta, ¿sabes lo que haría? Yo...

—Cazarías a una hembra sin ataduras, pero ardiente y adinerada. O, si faltaba eso, otro poeta más afortunado compartiría un fin de semana o algo así contigo: parece que hay una especie de nobleza obliga entre ellos —respondió el otro—. Entre los caballeros poetas, quiero decir —añadió.

—No —dijo Fairchild, infatigable—. Intercalaría en mi libro fotografías y estudios artísticos de idiotas inefables en traje de baño o con apretadas imitaciones de cortinas bordadas alrededor de la cintura. Eso es lo que haría.

—Eso lo condenaría como arte —objetó Mark Frost.

—Confunde el Arte con la Vida del Estudio, Mark —le dijo la señora Wiseman. Ella se adelantó y aceptó un cigarrillo—. Se me han acabado. Lo siento. Gracias.

—¿Por qué no? —respondió Mark Frost—, Si la vida del estudio te cuesta lo bastante, se convierte en arte. Y tienes que dar una buena razón para convencer a la familia, que vive en Ohio o Indiana o algún sitio así.

—Pero no todo el mundo nace en el valle de Ohio, gracias a Dios —dijo el semita. Fairchild lo observó, amable y perplejo, algo beligerante—. Hablo por aquellos de nosotros que leemos libros en vez de escribirlos —explicó—. Es bastante malo vivir con la convicción de que uno se va a pasar el resto de su vida escribiendo libros, cuando ya se ha alcanzado la edad de la discreción. Pero que la posibilidad de tener que escribir la Gran Novela Americana oscurezca tu infancia...

—Oh —dijo Fairchild—, Bueno, a lo mejor tú eres como yo: prefiero un poeta vivo a lo que ha escrito cualquier hombre.

—Que sea un poeta muerto, y estoy contigo.

—Bueno... —se subió las gafas—. Escucha esto —Mark Frost gruñó, se levantó y se marchó. Fairchild leyó implacable:

Heces sangran en melocotón y rosa,
Un sacrificio que ha impuesto el amor,
Su boca sin vida bajo su mano,
Su boca está muerta bajo su mano.

—No. Espera —buscó el principio de la página. La señora Wiseman escuchaba intranquila, su hermano conservaba su acostumbrada flema curiosa—:

El Cuervo desolado y Filomel
Yacían entre árboles sangrantes,
Mientras sus gritos ásperos se mezclaban
Y en la oscuridad caían sus heces.

Sobre la rosa roja que estalla,
Sobre la rama rota del frutal,
Borrosos en bocas perfumadas,
Se cantan el uno al otro, y cierran...

Leyó todo el poema.

—¿Qué te parece?

—Sobre todo palabras —respondió rápidamente el semita—. Una especie de cóctel de palabras. Imagino que puede impactarte, si tienes el gusto educado en los cócteles.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo la señora Wiseman, fieramente protectora—. Solo los estúpidos buscan ideas en los versos.

—Quizá —admitió su hermano—. Pero no hay nutrición en la electricidad, como parecéis creer los poetas ahora.

—Bueno, ¿y sobre qué deberían escribir, entonces? —preguntó—. Solo hay un tema del que se puede escribir. ¿Qué es digno del esfuerzo y la desesperación de la escritura, salvo el amor y la muerte?

—Esa es la parte femenina. Más te vale dejar el arte en paz, y limitarte a los artistas. Es tu naturaleza.

—Pero las mujeres han hecho algunas cosas buenas —objetó Fairchild—. He leído...

—Paren genios. ¿Pero crees que les preocupan algo los cuadros o la música que sus hijos producen? ¿Que sienten una emoción distinta a la fiera tolerancia frente a los caprichos del niño? ¿Crees que la madre de Shakespeare estaba más orgullosa de él que, por ejemplo, la de Tom O'Bedlam?

—Sin duda —dijo la señora Wiseman—, Shakespeare ganó dinero.

—Has elegido mal la comparación —dijo Fairchild—, Todos los artistas están un poco locos. ¿No te parece? —preguntó a la señora Wiseman.

—Sí —espetó esta—. Casi tan locos como los que se sientan y hablan de ellos.

—Bueno... —Fairchild miró de nuevo la página, que había marcado con la mano. Dijo, despacio—: Es oscuro. Es como si alguien te llevara hasta una puerta oscura. ¿Entrarías en esa habitación, o no?

—Pero los antiguos te llevaban primero a esa habitación —dijo el semita—. Después te preguntaban si querías salir o no.

—No lo sé. Hay habitaciones, cuartos oscuros, de los que no sabían nada. Freud y todos esos alemanes...

—Los descubrieron justo a tiempo para ofrecerles a nuestros literatos, que no tenían donde caerse muertos, un sitio donde dormir gratis. Pero Eva y tú acabáis de decir que el tema, la sustancia, no importa en el verso, que la mejor poesía son solo palabras.

—Sí... enamoramiento de las palabras —dijo Fairchild—. Eso sucede cuando se logra buena poesía, gran poesía. Una especie de ritmo que canta en el mundo y que coges sin darte cuenta, como un nadador que se mete en la corriente. Palabras... Una vez lo tuve...

—Cállate, Dawson —dijo la señora Wiseman—. Julius puede permitirse ser un idiota.

—Palabras —repitió Fairchild—, Pero ahora lo he perdido. El primer enamoramiento, quiero decir: ese enamoramiento y esa forma de maravillarse ante la belleza y el poder de las palabras. Ya lo he perdido. Agotado, supongo. Así que ya no puedo escribir poesía. Ahora me lleva demasiado tiempo decir las cosas.

—Todos escribimos poesía de jóvenes —dijo el semita—. Algunos incluso la ponían sobre el papel. Pero todos la escribíamos.

—Sí —repitió Fairchild, que avanzaba despacio por el volumen—. Escuchad:

Oh primavera licenciosa y cruel,
Muestras a la mano curva y hambrienta
De marzo tus muslos bruscos y blancos.

Y escuchad... —avanzó unas páginas.

La señora Wiseman miraba el lugar en el que habían aparecido Jenny y el señor Talliaferro, que ahora se apoyaban sobre la barandilla. El semita escuchó con cortesía fatigada.

Sobre ondulantes colinas sin savia
En abril la abeja ebria de placer.

—Es una confianza infantil en la eficacia de las palabras, ya veis; una manera de creer que en algún lugar la circunstancia investirá de magia la trivialidad más pura. Y, maldita sea, a veces sucede, aunque sea histórica o gramatical o físicamente incorrecto o imposible; aunque sea algo trillado: llega un momento en el que estará investido con algo que no es de esta vida, de este mundo. Es una especie de fuego... —buscó la palabra, miró intensamente los ojos tristes y curiosos del semita y la cara apartada de la señora Wiseman—. Alguien, algún farmacéutico o algo, ha triturado el tierno... Y, ¿sabéis qué pienso? Creo que siempre está escribiendo para una mujer, que de verdad piensa que está adelantándose a un bestia más grande o rico o guapo que él; creo que cada palabra que escribe un escritor tiene la intención última de impresionar a una mujer que probablemente no tiene ningún interés por la literatura, como es frecuente en la naturaleza femenina. Es posible que ella no siempre sea una criatura de carne y sangre: puede ser únicamente el símbolo de un deseo. Pero es femenina. La fama es solo un subproducto... Ya sabes que los antiguos ni siquiera se molestaban en firmar sus cosas... Pero no sé. Supongo que nadie conoce nunca las razones de un hombre a partir de lo que hace: solo puedes generalizar a partir de los resultados.

—Él mismo casi nunca conoce sus razones —dijo el otro—, Y para cuando se recupera de su asombro ante el resultado imprevisto, ha olvidado la razón que una vez creyó que tenía... Pero ¿cómo puedes generalizar a partir de un poema? ¿Qué resultado tiene un poema? Dices que la sustancia no importa, no tiene un lugar apropiado en un poema. Tienes —continuó con curiosa especulación el semita— la rarísima costumbre de contradecirte, hurgar confusamente por ahí, y después huir y apalear a tu oyente con la refutación... Pero Dios sabe que hay mucho espacio para la especulación en la poesía moderna. También para hurgar confusamente, aunque son los poetas los que se encargan de la mayor parte. ¿No te parece, Eva?

Su hermana respondió «¿Qué?», y volvió hacia él su mirada oscura y absorta. Él repitió la pregunta. Fairchild interrumpió lanzado:

—El problema con la poesía moderna es que para comprenderla tienes que haber

pasado recientemente por una experiencia emocional idéntica a la que el poeta ha vivido. La poesía de los poetas modernos es como un par de zapatos que solo pueden llevar aquellos cuyos pies son idénticos a los del zapatero; mientras que los antiguos hacían zapatos con los que cualquiera podía caminar, que cualquiera podía llevar...

—Como chanclos —sugirió el otro.

—Como chanclos —asintió Fairchild—, Pero no la desprecio. Quizá los pocos que puedan llevar esos zapatos puedan llegar mucho más lejos que todo el rebaño de gente que lleva el mismo calzado.

—Interesante, de todas formas —dijo el semita—, reducir el progreso espiritual de la raza a los términos de una migración emocional: estetas israelitas que cruzan sin mojarse un mar rosa de aburrimiento y seguridad. ¿Qué te parece, Eva?

La señora Wiseman, que pensaba en el cuerpo suave de Jenny, emergió de su sueño.

—Creo que no solo sois tontos, sino también aburridos —se levantó—. Quiero otro cigarrillo, Dawson.

Le dio uno y una cerilla, y ella se marchó. Fairchild pasó unas páginas.

—Me resulta un poco difícil reconciliarla con este libro —dijo lentamente—, ¿A ti no te pasa?

—No tanto que haya escrito esto —respondió el otro— como que haya escrito en general. Que alguien escriba. Pero no hay ningún misterio en el libro. No para mí, quiero decir. Pero tú, que vagas confiado en este parque de árboles oscuros y sin raíces que el doctor Ellis y tus alemanes han abierto al público hace poco... Siempre serás un niño en ese bosque, ya sabes. Aturdido, y algo molesto; inquieto, como el semental de Asurbanipal cuando lo montaba su amo.

—Bisexualidad emocional —dijo Fairchild.

—Sí. Pero estás intentando reconciliar el libro y el autor. Un libro es la vida secreta de su autor, el gemelo oscuro de un hombre: no puedes reconciliarlos. Y contigo, cuando llega el inevitable choque, el personaje real del autor es el que se hunde, porque tú eres de aquellos para quienes los hechos y las falacias ganan verosimilitud cuando aparecen en letra impresa.

—Quizá —dijo Fairchild, con desapego, reflexionado de nuevo sobre las páginas—. Escucha:

Estás cansada y tus labios lucen más cansados,
Cansados por el pálido, astuto y rizado
Enigma callado de tu cara secreta, y tu
Desesperación obsesionada por su mal

No digas —tu mano de niño en el corazón—
Que la sonrisa arregla tu boca fatigada
Pues jurarlo te mantiene vilmente engañada
Con secreta alegría en tu pecho de mujer.

Fatigada tu boca de sonrisas: ¿no puedes
Casarte contigo, o besarte y saciarte?
Tu vigilia de virgen es en sí una burla
Tan despierta, con la falta afilada del sueño;
Junto a tu boca el corazón doble oculta el duelo;
Puesto que no hay pecho, tampoco puede quebrarse.

—Hermafrodita —dijo—. De eso trata. Es una especie de perversión oscura. Como un fuego que no necesita combustible, que vive de su propio calor. Quiero decir, toda la poesía moderna es una especie de perversión. Como el tiempo de la poesía saludable ha terminado, la gente moderna no nació para escribir poesía. Otras cosas, de acuerdo. Pero no poesía. Un poco como los hombres de hoy, que no son lo bastante masculinos y lujuriosos como para mezclarse con algo que se acerca tanto a lo antinatural. Una raza estéril: mujeres demasiado masculinas para concebir, hombres demasiado femeninos para engendrar —cerró el libro y se quitó despacio las gafas—. Tú y yo sentados aquí, en este momento... Es una de las cosas más insidiosas que la poesía debe combatir. La educación generalizada ha hecho que sea demasiado fácil que todo el mundo tenga una opinión sobre ella. Sobre cualquier cosa, también. Los únicos a los que se debería permitir una opinión sobre la poesía son los poetas. Pero, tal y como es... Sin embargo, todos los artistas deben sufrirlo: indiferencia, escarnio e indignación y, lo que es peor, la adulación de los idiotas.

—Y —añadió el semita—, lo que es peor todavía: la charla.

Doce en punto

—Debe de estar harto de preocuparse por él —sugirió Fairchild mientras bajaban a comer (llegaba una brisa desde la orilla y el salón estaba a resguardo. Y además, estaba cerca de la cocina)—. ¿Por qué no lo deja en el camarote? Yo creo que se puede fiar del mayor Ayers.

—Está bien así —respondió Pete—, Me he acostumbrado a él. Lo echaría de

menos, ¿sabe?

—Sí —asintió el otro—. Nuevo, ¿verdad?

—Hace tiempo que lo tengo —Pete se lo quitó y Fairchild observó su cinta gastada y gris y el grueso trenzado de la paja.

—A mí me gusta el panamá —murmuró—. Un sombrero blando... Este debió costar cinco o seis dólares, ¿no?

—Sí —asintió Pete—, Pero creo que puedo cuidar de él.

—Es bonito —dijo el semita—. No todo el mundo puede llevar un sombrero de paja dura. Pero queda bien con la forma de la cara de Pete, ¿no te parece?

—Sí, es verdad —dijo Fairchild—. Pete tiene ese tipo de cara temeraria y falta de humor que queda perfecta con un sombrero rígido. Un hombre con una cara sonriente no debería llevar nunca un sombrero rígido. Pero claro, solamente un hombre sin humor se atrevería a comprar uno.

Pete los precedió en el salón. El hombre tenía buena intención. Un viejo raro. Tranquilo. Tranquilo. Alguien limpiando pescado. Alguien. Fairchild volvió a hablarle con educada insistencia.

—Mire. Aquí tiene un buen sitio para dejarlo mientras come. No había visto este lugar, me parece. Póngalo aquí abajo, ¿ve? Estará seguro como una iglesia hasta que lo necesite de nuevo. Mira, Julius, este lugar se hizo para un sombrero de paja, ¿verdad? —El lugar era una mesa de servir plegable, con dos estantes, contra el mamparo: funcionaba con un resorte y cualquier cosa que se dejara en el estante de abajo quedaría intacta hasta que llegara otra persona y bajara de nuevo los estantes.

—No me molesta nada —dijo Pete.

—De acuerdo —respondió el otro—, Pero también podría dejarlo aquí: es un lugar estupendo para dejar un sombrero. Mucho mejor que en los teatros. Me gustaría tener un sombrero para dejarlo aquí. ¿A ti no, Julius?

—Puedo llevarlo —repitió Pete.

—Claro —asintió Fairchild—. Pero inténtelo un momento —Pete lo hizo, y los otros dos lo observaron con interés.

—Encaja perfectamente, ¿verdad? ¿Por qué no lo deja allí, solo por probar?

—Me parece que no. Creo que lo voy a guardar —decidió Pete. Recuperó el sombrero y cuando se sentó lo deslizó en su lugar habitual, entre su espalda y el respaldo de la silla.

La señora Maurier canturreaba:

—Siéntense, amigos —con un tono apologético, desesperado—, Deben perdonar cómo están las cosas. Esperaba comer en la cubierta, pero con el viento soplando desde la orilla...

—Han descubierto dónde estamos y saben que somos buenos para comer, así que da igual desde dónde sople el viento —dijo la señora Wiseman, ocupada con la bandeja.

—Y como el camarero se ha ido y todo está patas arriba —continuó la anfitriona,

en una segunda estrofa, recorriendo al grupo con su mirada infeliz—... Y el señor Gordon...

—Está bien —dijo Fairchild, pesado y atento, mientras se sentaba—. Ya verá cómo aparece.

—No seas tonta, tía Pat —añadió la sobrina—, ¿Para qué iba a ahogarse?

—Soy tan desdichada —gimoteó la señora Maurier—, Cosas... Me pasan cosas, ya ven —explicó, perseguida por la visión de la pálida implacabilidad del agua y los pantalones húmedos, y una barba roja a la deriva, inclinada en las regiones verdes del mar en una atroz imitación de la vida.

—Ah, qué horror —protestó la sobrina—. Con lo feo y engreído que es... Tiene muchas razones para ahogarse. La gente que no tiene excusa para hacerlo es la que se ahoga o a la que atropella un taxi y cosas así.

—Pero nunca se sabe lo que hará la gente —dijo la señora Maurier, alcanzando la profundidad a través de la desintegración de los objetos cómodos—. La gente es capaz de cualquier cosa.

—Bueno, si se ha ahogado, supongo que es porque quería —dijo la sobrina fríamente—. No puede esperar que nos quedemos aquí haciendo el tonto hasta que aparezca. Nunca he oído que nadie desaparezca sin dejar una nota de algún tipo. ¿Y tú, Jenny?

Jenny sintió un blando terror premonitorio.

—¿Se ha ahogado? —preguntó—. Un día en Mandeville, vi... —en los ojos celestiales de Jenny apareció de pronto una emoción desinteresada, temporalmente pura y limpia. La señora Wiseman la miró, obligándola con los ojos. Dijo:

—Oh, olvídense de Gordon un rato. Si se ha ahogado (que no creo), se ha ahogado; si no, ya aparecerá, como dice Dawson.

—Eso es lo que yo digo —la apoyó rápidamente la sobrina—. Solo que más le vale aparecer pronto, si quiere volver con nosotros. Tenemos que volver a casa.

—¿Tú? —preguntó su tía con una ironía sorprendida y pesada—, ¿Cómo vas a ir, por favor?

—Quizá su hermano pueda hacernos un barco con su serrucho —sugirió Mark Frost.

—Es una idea —se mostró de acuerdo Fairchild—, Oye, Josh, ¿no tienes una herramienta que nos pueda poner a flote? —El sobrino miró a Fairchild con solemnidad.

—Sáquele punta —dijo—. Le presto mi navaja si me la trae enseguida —siguió comiendo.

—Bueno, tenemos que volver —repitió la sobrina—. Ustedes pueden quedarse por aquí si quieren, pero Josh y yo tenemos que volver a Nueva Orleans.

—¿Pasarán por Mandeville? —preguntó Mark Frost.

—El remolcador debería llegar en cualquier momento —insistió la señora Maurier, que había regresado a su irremediable estupor. La sobrina lanzó a Mark

Frost una grave mirada especulativa.

—Usted es muy listo, ¿verdad?

—Tengo que serlo —respondió ecuaníme—, o...

—...tendría que trabajar, ¿eh? Hay que ser listo para vivir a costa de mi tía Pat, ¿verdad?

—¡Patricia! —exclamó su tía.

—Bueno, tenemos que volver. Tenemos que prepararnos para ir a New Haven el mes que viene.

Su hermano surgió de su sueño otra vez.

—¿Tenemos? —repitió con fuerza.

—Yo también voy —respondió ella rápidamente—. Hank dijo que podía.

—Oye —dijo su hermano—, ¿vas a seguirme toda tu vida?

—Voy a ir a Yale —repitió obstinadamente—, Hank dijo que podía ir.

—¿Hank? —repitió Fairchild, observando a la sobrina con interés.

—Así es como llama a su padre —explicó su tía—. Patricia...

—Bueno, no puedes ir —respondió su hermano violentamente—, Maldita sea, si voy a tenerte siempre detrás de mí. Por tu culpa no me puedo mover. Deberías ser recaudadora de impuestos.

—Me da igual: voy —repitió obstinada. Su tía dijo en vano:

—¡Theodore!

—No puedo hacer nada, por su culpa —se quejó amargamente—. No puedo moverme, por su culpa. Y ahora habla de venir. Incordió a Hank hasta que tuvo que decirle que podía venir. Dios sabe que yo habría dicho lo mismo: no querría tenerla encima todo el tiempo.

—Cierra el pico —le dijo su hermana. La señora Maurier cantó «Patricia Patricia»—. Voy a ir, voy a ir, voy a ir.

—¿Y qué hará allí? —preguntó Fairchild. La sobrina se giró, fiera, belicosa. Dijo:

—¿Qué ha dicho?

—He preguntado cómo pasará el tiempo, mientras él va a clase y esas cosas. ¿Usted también trabajará en algo?

—Oh, solo iré por ahí con pantalones bombachos. Cabarés y sitios por el estilo. No le molestaré; casi no lo veré: es un maldito gruñón.

—¡De ninguna manera! —interrumpió su hermano—. No vas a ir, te digo.

—Sí que iré. Hank dijo que podía. Dijo que podía. Yo...

—Bueno, no me verás nunca: no quiero que andes detrás de mí.

—¿Eres la única persona del mundo que va a ir allí? ¿Eres la única persona que habrá allí? No voy a perder el tiempo en la entrada del salón Dwight u Osborn para verte. No me verás sentada en la barandilla del Green con los novatos. Iré a sitios a los que tú irás, a lo mejor, dentro de tres años, si no te echan antes. No te preocupes por mí. ¿A quién —continuó— invitaron al baile el año pasado, aunque Hank no me dejara ir? ¿Quién vio el partido el otoño pasado, mientras tú estabas en la última fila,

con un montón de periodistas, bajo la lluvia?

—Tú no fuiste al baile.

—Porque Hank no me dejó. Pero iré el año que viene, y puedes apostar por eso.

—Oh, cállate un rato —dijo su hermano con un gesto de cansancio—, A lo mejor alguna de estas damas quiere decir algo.

Dos en punto

Y ahí estaba el remolcador tirando de los cables, rompiendo el horizonte meridional con un efecto de magia abrupta, como una imagen de linterna mágica que emerge repentinamente en la pantalla cuando habías girado la cabeza un momento.

—Miren ese barco —anunció Mark Frost. La señora Maurier, que estaba justo detrás de él, chilló.

—¡Es el remolcador! —Se dio la vuelta y gritó mientras bajaba las escaleras—. ¡Es el remolcador: el remolcador ha venido!

—¡El remolcador! ¡El remolcador! —Cantaron todos los demás.

El mayor Ayers exclamó, dramático y oportuno:

—¡Ja! ¡Nos vamos!

—Por fin ha venido —chilló la señora Maurier—, Ha llegado mientras comíamos. Alguien... —paseó los ojos a su alrededor—. El capitán... ¿Alguien le ha informado? ¿Señor Talliaferro...?

—Claro —asintió con educada presteza el señor Talliaferro, subiendo las escaleras y desintegrando sus miembros con la prisa—. Llamaré al capitán.

Así que corrió hacia arriba y los otros subieron a cubierta y miraron el remolcador; y una brisa suave soplaba desde cubierta y se golpearon intermitentemente en las partes del cuerpo que estaban expuestas. El señor Talliaferro gritó «¡Capitán! ¡Oh, capitán!» por la cubierta; vociferó en el puente de mando vacío y regresó.

—Debe de estar dormido —les dijo.

—Por fin nos vamos —entonó la señora Maurier—, Podemos irnos por fin. El remolcador ha venido. Pedí que viniera hace días y días. Pero ahora podemos irnos. Pero el capitán... ¿Dónde está el capitán? No debería estar dormido, a esta hora. Con todo el tiempo que el capitán puede dormir... Señor Talliaferro...

—Pero ¿y Gordon? —dijo Mark Frost—, ¿Qué...?

La señorita Jameson le apretó el brazo:

—Primero, vámonos —dijo.

—Lo he llamado —les recordó el señor Talliaferro—, Debe de estar dormido en su camarote.

—Debe de estar dormido —repitió la señora Maurier—. ¿Algún caballero podría...?

El señor Talliaferro respondió a su pie:

—Iré yo —dijo.

—Si es tan amable —gritó tras él la señora Maurier. Volvió a mirar el remolcador—. Debería estar aquí, para que empecemos —dijo, inquieta. Ondeó su pañuelo hacia el remolcador, que la ignoró.

—De todas formas podríamos prepararlo todo —sugirió Fairchild—, Más vale que lo tengamos todo listo cuando lleguen.

—Sí —asintió Mark Frost—, Más vale bajar y prepararlo todo, ¿no?

—Ah, todavía no vamos a casa. Acabamos de empezar el crucero. ¿Verdad, amigos?

Todos miraron a la anfitriona. Ella paseó sus ojos conmocionados, pero dijo al fin, con valentía:

—No. No, por supuesto que no, si ustedes no quieren... Pero el capitán... Deberíamos prepararnos.

—Bueno, vamos a prepararnos —dijo la señora Wiseman.

—Nadie sabe nada de barcos salvo Fairchild —dijo Mark Frost. El señor Talliaferro volvió de vacío.

—¿Yo? —repitió Fairchild—, Talliaferro ha cruzado el océano. Y está el mayor Ayers. Los británicos echan dientes jugando con cadenas de ancla y arpones.

—Y hacen sus juguetes con cuerdas de grumete —canturreó la señora Wiseman—. Es casi un poema. Que alguien lo termine.

El señor Talliaferro emitió un sonido de alarma.

—No, la verdad, yo... —la señora Maurier se volvió hacia Fairchild.

—¿Asumirá usted el puesto hasta que aparezca el capitán, señor Fairchild?

—El señor Fairchild —cotorreó el señor Talliaferro—, El señor Fairchild será temporalmente nuestro comodoro, amigos. Parece que el capitán no está a bordo —le susurró a la señora Maurier.

Fairchild miró a su alrededor con una suerte de impotencia ridícula:

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó—. ¿Saltar por la borda con una pala y quitar la arena?

—Un hombre que ha reiterado su superioridad tanto como has hecho tú durante la última semana nunca debería dudar sobre lo que ha de hacer —le dijo la señora Wiseman—, Nosotras las mujeres ya habíamos pensado en eso. Tú tienes que pensar algo distinto.

—Bueno, también he pensado en no saltar por la borda y apartar la arena —respondió Fairchild—, Pero tampoco parece que eso ayude mucho, ¿verdad?

—Debería enrollar cuerdas o algo así —sugirió la señorita Jameson—, Eso es lo que siempre hacen en los barcos sobre los que he leído.

—De acuerdo —convino Fairchild—, Enrollaremos cuerdas, entonces. ¿Dónde

están las cuerdas?

—Ese es tu problema —dijo la señora Wiseman—, Ahora eres el capitán.

—Bueno, pues encontraremos unas cuerdas y las enrollaremos —se dirigió a la señora Maurier—. ¿Tenemos su permiso para enrollar cuerdas?

—No, la verdad —la señora Maurier dijo con su voz impotente y asombrada—, ¿No hay algo que podamos hacer? ¿No podemos hacerles señales con una sábana? A lo mejor no saben que este es el barco correcto.

—Oh, lo saben, supongo. De todas formas, recogeremos cuerda y nos prepararemos para cuando lleguen. Que vengan aquí los hombres —llamó a su reducida tripulación y la reunió en proa. La envió a su camarote y la nutrió de estimulantes.

—Quizá enrollemos la cuerda correcta —sugirió el semita—, El mayor Ayers debería saber algo de barcos: los británicos tienen que llevarlo en la sangre.

El mayor Ayers no estaba de acuerdo.

—Los barcos americanos tienen unos rasgos anfibios de los que los nuestros carecen —explicó—: la mitad del viaje en tierra, ya saben —explicó tediosamente.

—Claro —dijo Fairchild. Llevó de nuevo a su tripulación arriba y hacia proa, donde el instinto le decía que debían estar las cuerdas—. Me pregunto dónde estará el capitán. Seguro que no se ha ahogado, ¿verdad?

—Supongo que no —dijo el semita—. Le pagan por esto... Ahí viene un bote.

El bote venía con el remolcador, y pronto se acercó y el capitán apareció en la barandilla. Un desconocido lo seguía, y bajaron sin prisas, abandonado las palabras de la señora Maurier como vanidosos pájaros sin pareja en el aire.

—Vamos a prepararnos, entonces —ordenó Fairchild a su tripulación—. Vamos a enrollar una cuerda a algo.

Así que ataron una cuerda a algo, con un nudo intrincado, y después el mayor Ayers descubrió que la habían atado a la manecilla de un cabrestante que encajaba holgadamente en un hueco y probablemente se soltaría con facilidad en cuanto hubiera algo de tensión en la cuerda. Así que la desataron y encontraron algo firmemente unido a cubierta: ataron allí la cuerda, y al cabo de un rato el capitán y el desconocido, que llevaba una pipa corta y malvada, llegaron a cubierta y se acercaron y los observaron.

—Tenemos la cuerda correcta —dijo Fairchild a su tripulación en voz baja, y ataron la soga y la estiraron—, ¿Qué tal, capitán? —preguntó Fairchild.

—Bien —respondió el capitán—, ¿Podrían prestarme una cerilla?

Fairchild les dio una cerilla. El desconocido encendió su pipa y volvieron al bote y se marcharon. No estaba muy lejos cuando apareció uno que se llamaba Walter y los llamó; se dieron la vuelta y regresaron a buscarlo. Después volvieron hacia el remolcador. Al cabo de un tiempo Fairchild dijo:

—Ha dicho que era la cuerda correcta. Así que supongo que podemos dejarlo.

Eso hicieron, y fueron donde estaban las mujeres: justo entonces el bote regresó

balanceándose sobre el agua. Llegó de nuevo junto al barco y un negro, que sudaba con regularidad y gentileza, lo sostuvo mientras Walter y otro desconocido subían a bordo, con una cuerda que dejaba un rastro en el agua que había tras ellos.

Todos observaron con interés a Walter y su compañero, que ataron fuertemente la cuerda a la proa del barco, tras quitar la soga de Fairchild. Después Walter y su amigo bajaron.

—Oye —dijo Fairchild de pronto—, ¿crees que han encontrado nuestro whisky?

—Supongo que no —lo tranquilizó el semita—. Espero que no —corrigió; y como un solo hombre todos miraron fijamente el bote, donde el negro, sin preocuparse por ellos, se comía un objeto grande y gris. Mientras observaban al negro, Walter y su compañero volvieron y el desconocido berreó hacia el remolcador, usando las manos como altavoz. Una respuesta por fin, y el otro extremo de la cuerda que habían llevado a bordo del yate se deslizó de la cubierta del remolcador y cayó pesadamente en el agua; y Walter y su compañero la subieron al yate y la enrollaron, húmeda y goteante. Después apoyaron los codos en la barandilla, echaron la cuerda en el bote, se subieron, y el negro guardó su extraño objeto comestible temporalmente y remó de vuelta al remolcador.

—Ha vuelto a equivocarse —dijo Mark Frost con ironía fúnebre. Se agachó y se rascó los tobillos—. Pruebe con otra cuerda.

—Espere —respondió Fairchild—, Espere diez minutos, y hable después. Estaremos a toda máquina en diez minutos... ¿De dónde ha llegado ese barco?

El barco era un esquife, aunque no sabían cuándo ni desde dónde había llegado; y en la tarde soñolienta surgió desde algún sitio el inquietante sonido del motor de una lancha. El esquife se puso en un costado del yate: lo manejaba un hombre presa de la malaria, con un estropeado sombrero de mujer de paja negra que le daba el aspecto difuso de alguien que acaba de perder a un ser querido.

—¿Dónde está el ahogado? —preguntó, agarrando la barandilla.

—No lo sé —respondió Fairchild—. Lo perdimos en alguna parte de aquí a la orilla —extendió el brazo. El recién llegado observó su gesto con tristeza.

—¿Alguna recompensa?

—¿Recompensa? —repitió Fairchild.

—¿Recompensa? —replicó la señora Maurier, sin aliento—. Sí, hay una recompensa: ofrezco una recompensa.

—¿Cuánto?

—Primero encuéntrelo —dijo el semita—. Habrá una recompensa.

El hombre seguía agarrado a la barandilla.

—¿Han dragado el lago?

—No, acabamos de empezar a cazar —respondió Fairchild—. Siga y busque, y nosotros traeremos el bote y le ayudaremos. Habrá una recompensa.

El hombre empujó su esquife y cogió los remos. El sonido de la lancha llegó con más claridad: pronto apareció, con dos hombres, cambió de rumbo y se acercó al

esquife. El motorcillo quisquilloso dejó de hacer ruido, y se deslizó hacia el esquife, dejando una onda agonizante bajo su quilla. Los dos barcos se quedaron juntos un tiempo, luego se separaron y, a corta distancia el uno del otro, avanzaron despacio mientras sus ocupantes tanteaban el fondo del lago con sus remos.

—Míralos —dijo el semita—. Parecen buitres. Seguramente habrá una docena de barcos en una hora. ¿Cómo se habrán enterado?

—Dios sabe —respondió Fairchild—. Vamos a reunir a nuestra tripulación y echar una mano. A ver si vienen los tipos del remolcador.

Gritaron alternativamente durante un rato, y al final uno salió a la barandilla del remolcador, los miró apático y se marchó. Al cabo de un tiempo el barco pequeño llegó desde el remolcador y avanzó hacia ellos. Una consulta, a la que asistían todos, mientras el hombre del remolcador se movía sin prisa para atar una cuerda más sucia a la proa del Nausikaa. Después él y Walter regresaron al remolcador, soltaron la sogas tras ellos mientras la insistencia de la señora Maurier se consumía sobre la tarde soñolienta. Los invitados se miraban impotentes. Luego Fairchild dijo con determinación:

—Vamos. Iremos en nuestro bote —escogió a sus hombres, reunieron los remos disponibles y se prepararon para embarcar.

—Ahí vuelve el bote del remolcador —dijo Mark Frost.

—Se han olvidado y han atado ese cabo de la cuerda a algo —dijo maliciosamente la señora Wiseman. El barco llegó hasta ellos sin prisa y se frotó la nariz amistosamente con el bote del yate, y el compañero de Walter preguntó sin interés:

—¿Dónde se ahogó ese tipo?

—Iré en su barco para enseñárselo —decidió Fairchild. Mark Frost volvió a subir al yate con presteza. Fairchild lo detuvo.

—Vengan detrás de nosotros con este barco. Cuantos más haya en la batida, mejor.

Mark Frost gruñó y asintió. Los otros tomaron sus posiciones y, bajo la dirección de Fairchild, los dos botes cubrieron el recorrido del día anterior. Las otras dos embarcaciones iban a cierta distancia, se movían lentamente; y los botes se separaron y los buscadores empujaban con sus remos, tanteando el fondo del lago. Y tal es la influencia de la acción en la mente que pronto hasta el optimismo rotundo de Fairchild se volvió inseguro y callado ante la inminencia de lo desconocido, y no tardó en aceptar, sin darse cuenta, lo posible como probable.

El sol se ocultaba tras una neblina, como si se hubiera cansado de su propio calor implacable, y el agua, el agua que podía contener —pronto lo revelaría— la prueba silenciosa del escarnio definitivo de las luchas de todo hombre, chapoteaba y golpeaba las fragilidades mecánicas que los sostenían: un ruido pequeño, monótono y sin rencor: ¡podía esperar! Siguieron remando.

Pronto los cuatro barcos, como abanicos, habían atravesado el recorrido, y se

dieron la vuelta y regresaron una y otra vez, lentamente y en silencio. La tarde transcurría, adormecida, soñolienta. El yate y el remolcador permanecían inmóviles en un brillo cegador de agua y sol.

Cubrieron de nuevo el recorrido del día anterior palmo a palmo, con paciencia, en silencio y en vano; y los cuatro barcos, casi sin voluntad, se acercaron unos a otros, se apiñaron como un rebaño de ovejas, mientras el agua chapoteaba y golpeaba bajo sus cascos, siniestra e imperturbable por la espera... Pronto la lancha motora se levantó y rascó levemente el casco sobre el que estaba Fairchild, que levantó la cabeza, pestañeando contra el resplandor. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Eres un fantasma o lo soy yo?

—Es lo que yo iba a preguntarte —contestó Gordon, sentado sobre la lancha motora. Se miraron el uno al otro. Los otros barcos se acercaron, y el que se llamaba Walter habló:

—¿Esto es todo lo que querían? —preguntó con un tono de desagrado cortés, rompiendo el hechizo—. ¿O quieren seguir remando un rato?

Sin moderación, Fairchild estalló en un ataque de risa histérica.

Cuatro en punto

El palúdico había unido su esquife a la lancha del gordo y los dos se habían alejado morosamente abatidos, sin recompensa; el remolcador había silbado una última explosión despectiva, les había enseñado su fea popa donde el negro comía su objeto gris, y, mostrando el par de pies más sucio que podrían ver nunca, se alejó. El Nausikaa era libre una vez más y se movió rápidamente hacia delante, ganó distancia y el golpe final y agudo de carne contra carne se extinguió bajo la tarde.

La señora Maurier lo había mirado, levantando las manos con un gesto contorsionado, lo había dejado con el saludo en la boca.

—Pero yo te vi en el barco cuando volvimos —respondió Fairchild con una sorpresa obstinada. Abrió una botella nueva.

—No puede ser —respondió escuetamente Gordon—, Salí del barco en medio del lío de Talliaferro —rechazó el vaso que le ofrecían. El semita dijo triunfante:

—Te lo dije... —Fairchild lo intentó de nuevo, empeñado:

—Pero yo...

—Si vuelves a decirlo —le dijo el semita—, te mato —se dirigió a Gordon—, ¿Y pensabas que Dawson se había ahogado?

—Sí. El hombre que me ha traído —fui a su casa esta mañana— ya había oído hablar de eso: debe haberse extendido por el lago. No recordaba el nombre y cuando yo dije los nombres del grupo y mencioné a Dawson, dijo que era ese. Dawson y

Gordon: ¿veis? Y pensé...

Fairchild empezó a reír de nuevo. Reía constantemente, intentaba decir algo:

—Y entonces... entonces vuelve y pasa —de nuevo una nota histérica apareció en su risa, y sus manos temblaron, haciendo que la botella chocara contra el vaso y derramando un dedo de licor sobre el suelo— y se pasa... Vuelve y se pasa medio día buscando... buscando su propio cu-cuerpo...

El semita se levantó, le quitó la botella y el vaso y prácticamente lo empujó sobre la litera.

—Siéntate y bebe esto.

Fairchild bebió el whisky obedientemente. El semita se volvió hacia Gordon.

—¿Por qué has vuelto? No fue porque oíste que Dawson se había ahogado, ¿verdad?

Gordon estaba de pie contra la pared, manchado de barro y silencioso. Levantó la cabeza, los observó con su mirada áspera e incómoda. Fairchild tocó la rodilla del semita como una advertencia:

—Eso no tiene importancia —dijo—. La cuestión es: ¿nos emborrachamos? Yo creo que tenemos que hacerlo.

—Sí —asintió el otro—. Parece que depende de nosotros. De todas formas, Gordon debería celebrar su resurrección.

—No —respondió Gordon—, no quiero nada —el semita protestó, pero Fairchild volvió a agarrarlo en silencio, y cuando Gordon se volvió hacia la puerta se levantó y lo siguió por el pasillo.

—Ella también ha vuelto, ¿sabes? —le dijo.

Gordon miró al otro hombre, más bajo, con su cara delgada y barbuda, su cara de halcón solitario y arrogante por timidez y orgullo:

—Lo sé —respondió (tu cuerpo es como una campanilla dorada en mi corazón) —. El hombre que me he traído es el que los trajo ayer.

—¿De verdad? —dijo Fairchild—, Está montándose un negocio con los desertores, ¿eh?

—Sí —respondió Gordon. Y siguió por el pasillo con una ligereza musical en el corazón, una alegría brillante y plateada como unas alas.

La cubierta estaba vacía, como aquella otra tarde, pero esperó pacientemente en la callada felicidad de su sueño, y su corazón amargo y arrogante era tan joven como cualquier otro, tan ajeno al pasado y al mañana. Y pronto, como una respuesta, apareció ella con las piernas desnudas y moldeada por el movimiento del viento, y su sorpresa grave se levantó y le ofreció una mano firme y bronceada.

—Así que tú también has huido —dijo ella.

—Y tú también —respondió tras un intervalo lleno de algo plateado, limpio y fino.

—Es verdad... Somos los arenques del barco, ¿verdad?

—¿Arenques?

—Agallas, ya sabes —explicó. Lo miró seriamente tras el estrépito oscuro y áspero de su cabello—, Pero has vuelto —lo acusó.

—Y tú también —le recordó desde sus mudas alas de plata.

Cinco en punto

—Pero nos movemos de nuevo, por fin —repetía a intervalos la señora Maurier, con un aire distante, escuchando un sonido vagamente feliz que llenaba a intervalos la escalerilla. Poco después, la señora Wiseman observó el aire preocupado de la anfitriona y también se detuvo, escuchando atentamente.

—¿Otra vez? —dijo con aprensión.

—Me temo que sí —respondió la otra con tristeza. El señor Talliaferro también escuchó atentamente.

—Quizá sea mejor que... —empezó. La señora Maurier lo detuvo con la vista, y la señora Wiseman dijo:

—Pobres. Han tenido que aguantar mucho estos días.

—Los chicos son los chicos —añadió el señor Talliaferro con un dócil lamento, mientras escuchaba anhelante ese sonido vagamente feliz. La señora Maurier lo escuchó, fríamente indiferente y especulativa.

—Pero nos movemos, de todas formas.

Seis en punto

El sol se ponía sobre el agua mecida por el viento: el agua estaba impregnada de tonos dorados, como la brillante elegancia de caoba y latón del yate; y las alas plateadas del corazón de él tenían un toque de rosa y oro, mientras miraba la corona áspera de la cabeza de la chica, y esa forma grave y asexuada de replicar su actitud contra la barandilla: una imitación inconsciente cómica y estremecedora.

—¿Sabes —preguntó— lo que dijo Cyrano? *Había una vez un rey que lo poseía todo. Todo era suyo: poder, gloria, riqueza, esplendor y calma. Y así, se sentaba al anochecer en su corte de mármol, llena del sonido del agua y de los pájaros, rodeado por los gestos fijos de las palmeras, mirando las silenciosas cúpulas de su ciudad, y más allá, hacia las lilas soñadoras que eran los límites de su mundo...*

—No. ¿Qué? —preguntó ella. Pero él solamente la miró con sus ojos cavernosos, incómodos—. ¿Qué dijo? —repitió ella. Y luego—: ¿Estaba enamorado de ella?

—Creo que sí... Sí, estaba enamorado de ella. Ella tampoco podía dejarlo. No podía alejarse de él de ningún modo.

—¿No podía? ¿Qué le había hecho? ¿La había encerrado?

—Quizá ella no quería irse —sugirió él.

—Ah. Pues era muy tonta, entonces. ¿Él era lo bastante idiota como para creer que ella no quería?

—No corrió esos riesgos. La encerró. En un libro.

—¿En un libro? —repitió ella. Luego comprendió—. Ah. Eso es lo que tú has hecho, ¿verdad? Con esa chica de mármol sin brazos y piernas que has hecho. ¿No preferirías tener una viva? Oye, no tienes novia ni nada, ¿verdad?

—No —respondió—, ¿Cómo lo sabes?

—Tienes muy mala pinta. Desharrapado. Pero esa es la razón: ninguna mujer va a perder el tiempo con un hombre que está tan satisfecho con un trozo de madera o algo así. Deberías salir de ti mismo. Reventarás un día de repente, o te quedarás seco. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y seis —le dijo. Ella respondió:

—Narices. Treinta y seis años, y vives en una chabola con un trozo de roca, como un perro con un hueso seco. Narices. ¿Por qué no te libras de él? —Pero él solamente la miró, desde su altura—. Dame la escultura, ¿qué te parece?

—No.

—Te la compraré.

—No.

—Te daré... —lo miró con sobria indiferencia—. Te daré diecisiete dólares. En efectivo.

—No.

Lo miró con una especie de paciente exasperación.

—Bueno. ¿Qué vas a hacer con ella? ¿Qué razón tienes para quedártela? No la robaste, ¿verdad? No me digas que diecisiete dólares no te sirven de nada, viviendo como vives. Apuesto a que no tienes ni cinco dólares en este momento. Apuesto a que viniste a este viaje para ahorrar comida. Te daré veinte dólares, diecisiete en efectivo —él la contempló como si no la hubiera oído ..y *el rey habló a un esclavo postrado a sus pies: «¿Halim?».* «¿Señor?»». «Poseo todas las cosas, ¿no es así?»». «Eres el hijo de la mañana, señor». «Entonces escucha, Halim, tengo un deseo...».

—Veinticinco —dijo ella, agarrándole el brazo.

—No.

—¡No, no, no, no! —Aporreó la barandilla con sus nudillos morenos—. Me sacas de quicio, maldita sea. ¿No sabes decir otra cosa que No? Tú... tú... —lo miró con su cara enfadada y curtida, y usó la frase que había intercambiado con Jenny. Él la cogió por los codos, y ella se puso tensa y siguió observando su cara: él notaba los

músculos pequeños y duros de sus brazos—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó. Gordon la levantó del suelo, y ella empezó a defenderse. Pero él la llevó, implacable, por la cubierta y se sentó en una silla y la puso boca abajo sobre sus rodillas. Ella le clavó las uñas y pateó con una furia silenciosa, pero él la sujetó, y ella dejó de moverse, y hundió los dientes en la pierna de Gordon a través de la tela arenosa de sus pantalones, y se aferró como un cachorro furioso mientras él le apretaba la falda y la azotaba, la azotaba con fuerza.

—¡Lo decía de verdad! —gritó ella, airada y sin lágrimas, cuando él se liberó de sus dientes y la sentó erguida en su regazo. Había una pequeña mancha ovalada y húmeda en los pantalones de Gordon—. ¡Lo he dicho de verdad! —repitió, furiosa y tensa.

—Sé que lo decías de verdad. Por eso te he pegado. No porque lo hayas dicho: lo que has dicho no significa nada. Y has dicho el género al revés. Te he pegado porque lo decías de verdad, aparte de que supieras decirlo o no.

De repente ella se relajó y lloró y él la apretó contra su pecho. Pero dejó de llorar tan abruptamente como había empezado, y se quedó quieta mientras él movía la mano por su cara, con lentitud y firmeza, pero con levedad. *«Es como una cosa que se oye, no como se oye una música de viento y cuerdas rasgadas, con la voluptuosidad de jóvenes bailarinas entre las cuerdas; no, Halim, no es una virgen pálida de Tal con las uñas pintadas y miel y mirra colocadas astutamente bajo su lengua. Ni es un perfume de mirra y rosa que ablande y haga que la médula de los huesos de los hombres fluya como el agua, ni... No te vayas, Halim: Una vez fui... ¿una vez fui? ¿No es eso cierto? Es la hora del alba, en las colinas altas y frías, el amanecer es como un viento en las colinas limpias, y sobre el viento cabalgan las gaitas de los pastores, y el olor del alba y los almendros. ¿No es verdad?». «Ay, señor. Te lo dije. Yo estaba allí».*

—¿Acaricias además de ser un machote? —preguntó ella. Sus músculos volvieron a tensarse y movió hacia arriba su ojo expuesto. La mano de él se movió sobre su mejilla y su mandíbula, se detenía, trazaba un músculo, se seguía moviendo. *«Entonces escucha, Halim: deseo algo que, si no estuviera despierto, habría abierto los ojos al sentir; algo que, si lo recordara, haría que me aferrase a este mundo aunque estuviera muerto, y me convirtiera en un mendigo vestido con harapos; sería más feliz que un rey de reyes sobre los sonidos suaves y perfumados del paraíso. Encuéntrame eso, Halim».*

—Oye —dijo ella con curiosidad, cuando ya había superado la alarma—, ¿Para qué haces eso?

—Para aprender tu cara.

—¿Aprender mi cara? ¿Vas a hacerme de mármol? —preguntó rápidamente, levantándose—, ¿Puedes hacer una escultura de mármol con mi cabeza?

—Sí.

—¿Me la puedo quedar? —se alejó, observando su cara—. Entonces haz dos —

sugirió—. Si no, dame la otra, la que tienes, y posaré para ti sin cobrarte nada. ¿Qué te parece?

—Quizá.

—Prefiero hacer eso a tener esta. ¿Ya te has aprendido mi cara? —Volvió a moverse, retomó su posición anterior y giró la cabeza hacia arriba—. Apréndela bien. *Ahora bien, este Halim era un hombre anciano, tan anciano que había olvidado muchas cosas. Había montado al rey en su primer pony, caminando pacientemente a su lado por las calles y los caminos; se había interpuesto entre el joven príncipe y todas esas formas de aniquilación repentina y completa que el joven príncipe había engendrado a la manera ingenua de los muchachos; se había colocado entre el joven príncipe y la inevitable amonestación parental que entrañaban. Y se sentó con sus manos grises sobre sus rodillas delgadas, con la cabeza gris doblada sobre las manos mientras el crepúsculo llegaba sobre las cúpulas sencillas e inmaculadas de la ciudad hasta la corte, acallando el sonido de los pájaros de forma que el silencio lila de la corte solo era importunado por el rumor del agua, y por la grave inquietud de las palmeras. Al cabo de un tiempo Halim habló: «Ah, señor, en las colinas de Georgia yo mismo amé a esa dama, cuando era joven. Pero eso fue hace mucho tiempo, y ella ha muerto».*

Ella se apoyó contra su pecho mientras el atardecer moría como un corno francés sobre el agua. Ella dijo, sin moverse:

—Eres un hombre raro... Me pregunto si yo sabría esculpir. Imagina que hago tu cara... Bueno, entonces no. Me quedaré aquí tumbada. Es mucho más cómodo estar encima de ti de lo que parece. Solo que pensaba que te cansarías... No soy ningún pajarito. ¿No estás cansado de sujetarme? —insistió. Él movió su cabeza por fin, mirándola de nuevo con sus ojos cavernosos e incómodos, y ella intentó hacer algo con los suyos, y asumir al mismo tiempo una actitud, una especie de invitación lasciva tan claramente teatral y falsa que solo serviría para subrayar su asexualidad grave y dura.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó él con calma—, ¿Seducirme?

Ella dijo:

—Bah —se incorporó, saltó de su regazo y se puso de pie—. No me la darás. No lo harás, ¿verdad?

—No —le dijo él sobriamente, pero de inmediato ella dio la vuelta, se detuvo y lo miró otra vez.

—Te doy veinticinco dólares.

—No.

Ella dijo «Bah» otra vez y continuó caminando con sus pies morenos y silenciosos y se fue. (Tu nombre es como una campanilla dorada colgada en mi corazón, y cuando pienso en ti...). El Nausikaa siguió avanzando rápidamente. El crepúsculo llegó abruptamente; pronto, una estrella.

Siete en punto

El lugar parecía inexpugnable, pero se había acostumbrado a sentirlo tras él, en la silla, donde sabía que no iba a sucederle nada. Además, cambiar ahora, después de tantos días, sería como echarse atrás en una apuesta... Sin embargo, permitir que el judío gordo y el otro vejestorio le tomaran el pelo con eso... Se detuvo ante la puerta del salón... Los otros estaban sentados y a mitad de cenar, pero ante cuatro sitios vacíos estaba esa fruta insípida y eterna, insulsa y siniestra como los impuestos. Algunos de ellos aún no habían llegado: tendría tiempo de volver a su camarote y dejarlo. ¿Y dejar que uno de esos borrachos lo tirase por la ventana para hacer una gracia?

La señora Wiseman, que llevaba una bandeja, dijo bruscamente «Aparte, Pete», y se apretó contra la pared para que pasara. La sobrina lo llamó volviendo la cabeza. «Paso», dijo, y escuchó otros pasos acercándose. Dudó un segundo, después metió el sombrero en el pequeño armario entre los dos estantes. Esa noche se arriesgaría, de todas formas. Podía vigilarlo, más o menos. Se sentó.

La tropa de Fairchild irrumpió: una sincera jovialidad que se transformó en una sobresaltada consternación al ver los pomelos.

—Dios mío —dijo Fairchild en voz baja.

—Siéntate, Dawson —ordenó bruscamente la señora Wiseman—, Ya hemos tenido más humor de esa clase del que este viaje puede soportar.

—Eso es lo que yo pienso —convino él rápidamente—, Es lo que Julius, el mayor Ayers y yo pensamos en cada comida. Y, sin embargo, cuando llegamos a la mesa, ¿qué vemos?

—Mi primera opción es una princesa india —dijo Mark Frost con un tono hueco y cadencioso—. Pero es un poco pronto para las charadas, ¿verdad?

El mayor Ayers dijo «¿Eh?», y trasladó su mirada desde Mark Frost a Fairchild. Después aventuró:

—Es pomelo, ¿verdad?

—Pero tenemos tantos... —explicó la señora Maurier—. Se supone que uno nunca se cansa de ellos.

—Eso es —dijo solemnemente Fairchild—, El mayor Ayers lo ha adivinado a la primera. Yo no estaba seguro de lo que era. Pero no se puede engañar al mayor Ayers: no se puede engañar a un hombre que ha viajado tanto como él solamente con un pomelo. Supongo que usted ha cazado muchos pomelos en China y la India, ¿verdad, mayor?

—Dawson, siéntate —repitió la señora Wiseman—. Haz que se sienten, Julius, o id a la cocina, si solo queréis estar de cháchara.

Fairchild se sentó rápidamente:

—No se preocupe —dijo—. Podemos soportarlo si las damas pueden. El cuerpo

humano puede soportar cualquier cosa —añadió con seriedad—. Puede emborracharse y bailar toda la noche, consumir banasta tras banasta de pom... —la señora Wiseman se inclinó sobre el hombro de Fairchild y apartó su pomelo—. Oye —exclamó.

—No los quieren —le dijo a la señorita Jameson al otro lado de la mesa—. Coge los suyos, también —así que también privaron al mayor Ayers de su pomelo, y la señora Wiseman dejó los platos con fuerza en su bandeja. Al pasar tras la señora Maurier golpeó la mesa plegable con la cadera y dijo «Maldita sea»; se detuvo para liberar el resorte y volvió a chocar contra el mamparo. El sombrero de Pete se cayó al suelo y ella lo empujó con el dedo del pie hasta la pared.

—Sí, señor —repitió Fairchild—. El cuerpo humano puede soportar muchas cosas, pero si tengo que comer otro pomelo... Fíjate, Julius, me estaba mirando la espalda hoy, y la piel se está poniendo áspera y seca, con un tono amarillento. Si sigue así, creo que no me atreveré a desnudarme en público, como Al Jack...

Mark Frost emitió un sonido agudo de alarma.

—Cuidado, amigos —exclamó, levantándose—. Me voy.

—Jackson, que no se quitaba los zapatos en público —continuó Fairchild, imperturbable. La señora Wiseman volvió y se quedó con los brazos en jarras, observando la cabellera descuidada de Fairchild con desagrado. La señora Maurier lo miró impotente.

—Todos hemos terminado —dijo la señora Wiseman—. Venga, vamos a cubierta.

—No —protestó la señora Maurier. Dijo, con firmeza—: Señor Fairchild.

—Vamos —dijo la sobrina—, ¿Qué pasa con Al Jackson?

—Calla, Pat —ordenó la señora Wiseman—, Vengan todos. Que se queden aquí y se digan tonterías el uno al otro. Vamos a encerrarlos: ¿qué les parece?

La señora Maurier se impuso. Se levantó:

—Señor Fairchild, simplemente no voy a tolerar... Si continúa con este comportamiento, abandonaré la habitación... ¿No se da cuenta de lo duro... lo difícil, lo difícil... —bajo la impotencia suplicante de sus ojos, sus múltiples barbillas empezaron a temblar— lo difícil...?

La señora Wiseman le tocó el brazo:

—Venga. Es inútil discutir con ellos ahora. Vamos, querida —echó a un lado la silla de la señora Maurier y la vieja dio un paso y se detuvo bruscamente, agarrando el brazo de la otra.

—He pisado algo —dijo, buscando a ciegas. Pete se levantó con un grito enloquecido, inarticulado.

—El Viejo Jackson —continuó Fairchild— presume de ser un descendiente directo del Viejo Nogal. Un antiguo y respetado linaje sureño, con el orgullo de una antigua y respetada familia sureña. Al tiene mucho de ese orgullo: por eso no se quita

los zapatos cuando está acompañado. Luego les contaré la razón.

«Bueno, el Viejo Jackson era contable o algo, ganaba un sueldo pequeño y tenía una gran familia que alimentar, y quería mejorar su situación con el mínimo esfuerzo, como quiere naturalmente cualquier descendiente de una antigua y respetada familia sureña, y se le ocurrió emplear un poco de sus tierras en las ciénagas de Luisiana para criar ovejas. Se había dado cuenta de la rapidez con la que crece la vegetación en los árboles de las tierras pantanosas, y pensó que la lana debía crecer igual si la oveja se criaba en un pantano. Así que dejó su trabajo de contable y cogió un poco de tierra en las ciénagas del río Tchufuncta y lo llenó de ovejas, gracias al dinero que el tío de su mujer, miembro de una vieja familia aristocrática de Tennessee que se dedicaba a la venta ilegal de alcohol, les había dejado.

»Pero las ovejas empezaron a ahogarse inmediatamente, así que hizo cinturones salvavidas para ellas con las barricas de madera que habían formado parte de la herencia de ese tío de Tennessee: de esta forma, cuando las ovejas se metían en el agua flotaban hasta que la corriente volvía a llevarlas a tierra. La cosa funcionó bien, pero las ovejas siguieron desapareciendo: es decir, las hembras y los corderos. Entonces descubrió que los caimanes...

—Sí —murmuró el mayor Ayers—, el Viejo Nogal.

—... se las estaban llevando. Así que hizo una imitación de los cuernos de un carnero con madera, y ató un par a cada oveja y a cada cordero que nacía. Y eso redujo sus pérdidas debidas a los caimanes a un mínimo prácticamente insignificante. Parecía que la carne de los carneros era demasiado repugnante, incluso para los caimanes.

»Al cabo de un tiempo los salvavidas se gastaron, pero para entonces las ovejas habían aprendido a nadar bastante bien, y el Viejo Jackson decidió que no merecía la pena poner más salvavidas. La cosa es que las ovejas le habían cogido afición al agua: la primera generación de corderos solo salía del agua a la hora de comer, y cuando llegó el esquila, el viejo y sus chicos tuvieron que reunir el ganado con botes.

»La siguiente vez que llegó la temporada de esquila las ovejas, el ganado no salía del agua ni para comer. Así que el viejo y sus chicos tenían que subirse a los botes y poner comederos flotantes en los pantanos para que se alimentaran. Esa generación de corderos también sabía bucear. Nunca vieron ninguno de ellos en tierra: solo veían sus cabezas nadando entre los cenagales.

»Finalmente llegó otro esquila. El Viejo Jackson intentó atrapar una oveja, pero nadaban más rápido de lo que él y sus chicos remaban, y los corderos se metían debajo del agua y escapaban. Tuvieron que pedir prestada una lancha motora. Y cuando por fin agotaron una de esas ovejas y la atraparon y la sacaron del agua, se dieron cuenta de que solo la parte más alta de su lomo tenía lana. El resto de su cuerpo tenía escamas, como un pescado. Y cuando finalmente atraparon uno de los corderos con un gancho para cazar caimanes, descubrieron que la cola era ancha y

plana como la de un castor, y que no tenía patas. Al principio no se dieron cuenta de lo que era.

—Digo —murmuró el mayor Ayers.

—Sí, señor, completamente atrofiado. El tiempo pasó, nunca volvieron a ver la siguiente generación de corderos. Los pájaros se comían la comida que les pusieron, y cuando llegó el siguiente esquila, no pudieron atrapar ni una con la lancha. Pero sabían que seguían allí, porque de vez en cuando las oían balar de noche en lo más profundo del pantano. A veces atrapaban alguna en las redes con anzuelos para tiburones cebados con maíz, pero no era frecuente.

Bueno, señor, cuanto más pensaba el Viejo Jackson en ese pantano lleno de ovejas, más se enfadaba. Pisoteaba con fuerza por toda la casa, y juraba que las atraparía aunque tuviera que comprar una lancha motora que fuera a sesenta kilómetros por hora, y un traje de buceador para él y para todos sus chicos. Tenía un chico llamado Claude, el hermano de Al. Claude era bastante salvaje: loco por las mujeres, jugador y bebedor; guaperas, sin humor y con mucho garbo. Y al final Claude hizo un trato con su padre para quedarse con la mitad de cada oveja que capturara y se puso a trabajar inmediatamente. No se molestó con barcos ni redes: se quitó la ropa, se metió en el agua para pelearse con ellas cuerpo a cuerpo.

—¿Cuerpo a cuerpo? —preguntó el mayor Ayers.

—Claro: tiraba una y la colocaba contra el borde y la sacaba con las manos desnudas. Así era Claude. Y después descubrieron que los corderos de ese año no tenían nada de lana, y que su carne era el mejor pescado de Luisiana, porque se habían alimentado en parte de maíz y eso les daba buen sabor. Entonces fue cuando el Viejo Jackson abandonó el negocio de las ovejas y abrió un rancho de pescado a gran escala. Sabía que todo iría bien mientras Claude pudiera atrapar las ovejas, así que llegó a acuerdos con los mercados de Nueva Orleans inmediatamente, y empezaron a hacerse ricos.

—Por Júpiter —susurró excitado el mayor Ayers, su cabeza empezaba a arder.

—A Claude le gustaba el trabajo. Era una vida aventurera que le venía bien, así que lo dejó todo y se dedicó a ella por completo. Dejó de beber y jugar y salir de noche, y hubo un claro descenso del vicio en el vecindario, y las chicas jóvenes suspiraban por él en los bailes locales y los domingos por la tarde se sentaban en sus porches en vano.

»Pronto fue capaz de nadar más rápido que las ovejas viejas, y, como tenía que bucear tanto para atrapar a las más jóvenes, cada vez aguantaba más tiempo bajo el agua. A veces se quedaba media hora o más. Y pronto llegó un momento en el que se quedaba en el agua todo el día, y únicamente salía para comer y dormir, y se dieron cuenta de que la piel de Claude tenía un aspecto extraño y que caminaba de una forma peculiar, como si tuviera las rodillas rígidas o algo así. Poco después, dejó de salir del agua por completo; ni siquiera salía para comer: le traían la cena al agua y la dejaban allí, y al cabo de un rato él se acercaba nadando y la comía. A veces no veían

a Claude durante días. Pero él seguía atrapando esas ovejas, las metía en un redil que el Viejo Jackson había construido y vallado en una parte poco profunda del pantano, y su mitad del dinero crecía en el banco. A veces aparecían trozos de oveja medio devorados, y el Viejo Jackson decidió que los caimanes se las estaban comiendo otra vez. Pero ya no podía ponerles cuernos, porque Claude era el único que podía atraparlas, y hacía tiempo que no veía a Claude.

»Habían pasado un par de semanas desde la última vez que alguien había visto a Claude, cuando un día se produjo un gran alboroto en el redil de las ovejas. El Viejo Jackson y dos de sus chicos corrieron hasta allí y vieron que las ovejas intentaban saltar del agua de cualquier manera, tratando de regresar a la tierra; y al cabo de un tiempo un gran caimán surgió entre ellas, y el Viejo Jackson supo lo que las había asustado.

»Y entonces, justo detrás del caimán vio a Claude. Los ojos de Claude se habían movido a los lados de su cabeza y su boca se había extendido mucho, y le habían crecido los dientes. Y entonces el Viejo Jackson supo qué había asustado a ese caimán. Pero esa fue la última vez que vieron a Claude.

»No mucho después de eso, hubo una alerta por tiburones en las playas de la costa del Golfo. Parecía que un tiburón solitario molestaba a las bañistas, sobre todo a las rubias, y todos supieron que era Claude Jackson. Las rubias lo volvían loco.

Fairchild se detuvo. La sobrina chilló y saltó; fue hacia él y le palmeó la espalda. Los ojos redondos e inefables de Jenny lo observaban, completamente desprovistos de pensamiento. El semita estaba desplomado en su silla: puede que se hubiera dormido.

El mayor Ayers miró a Fairchild mucho rato. Por fin dijo:

—¿Pero por qué lleva esas botas el tipo de los caimanes?

Fairchild reflexionó un momento. Después dijo, con tono dramático:

—Se le pegaron los dedos, como a una rana.

—Sí —convino el mayor Ayers. Meditó—, Pero el que se hizo rico...

La sobrina volvió a chillar. Se sentó junto a Fairchild y lo miró con admiración:

—Vamos, vamos —dijo—. El que se llevó el dinero, ya sabe.

Fairchild la miró amablemente. Un sonido leve y dulzón quebró el silencio.

—Ahí está el gramófono —dijo él—. Vamos a bailar.

—El que robó el dinero —insistió ella—. Por favor —le puso la mano en el hombro.

—Otra vez será —prometió mientras se levantaba—. Ahora vamos a bailar —el semita seguía hundido en su silla. Fairchild lo sacudió.

—Despierta, Julius. Ahora estoy a salvo.

El semita abrió los ojos y el mayor Ayers preguntó:

—¿Cuánto ganaron con su pescado?

—No tanto como se ganaría con un laxante de buen sabor. No todos los estadounidenses comen pescado. Venga, vamos a celebrar ese baile con el que nos

han dado la lata todas las noches.

Nueve en punto

—Oye —dijo la sobrina mientras subía con Jenny a la cubierta—, ¿te acuerdas de lo que nos cambiamos la otra noche? ¿La frase que me dejaste decir a cambio de que yo te dejase la mía?

—Me parece que sí —respondió Jenny—, Me acuerdo del cambio.

—¿Has usado tu frase?

—Nunca me acuerdo de ella —confesó Jenny—, Nunca consigo recordar lo que me dijiste... Además, ahora tengo otra.

—¿Tienes una? ¿Quién te la ha enseñado?

—El de los ojos saltones. El inglés.

—¿El mayor Ayers?

—Ajá. La otra noche estábamos hablando y no paraba de decir que teníamos que ir a Mandeville. No paraba de decirlo. Y esta mañana ha actuado como si yo hubiera dicho que íbamos en serio. Ha actuado como si estuviera enfadado.

—¿Qué ha dicho? —Jenny se lo dijo: era una mezcla de inglés pidgin e indostaní que el mayor Ayers debió aprender en el puerto de Singapur, o quizá en algún lugar turbio y desviado en los estrechos, pero cuando Jenny lo repitió no se parecía a nada —, ¿Qué? —preguntó la sobrina. Jenny volvió a decirlo—. No me suena a nada —dijo la sobrina—, ¿Lo ha dicho así?

—A mí me ha sonado así —contestó Jenny.

La sobrina dijo con curiosidad:

—Los hombres te dicen muchas palabrotas. Siempre te están insultando. ¿Qué les haces?

—No les hago nada —respondió Jenny—. Solo hablo con ellos.

—Bueno, la verdad es... Oye, puedes quedarte con la frase que me dejaste.

—¿La has usado con alguien? —preguntó Jenny con interés.

—La he probado con Gordon, el pelirrojo.

—¿El ahogado? ¿Qué ha dicho?

—Me ha pegado —la sobrina se acarició con una mano bronceada y retrospectiva—. Me ha pegado de lo lindo.

—Jo —dijo Jenny.

Diez en punto

Fairchild reunió su tropa, la nutrió, y la llevó de nuevo a cubierta. Las damas saludaron su aparición con dudosa alegría. El señor Talliaferro y Jenny estaban bailando. La sobrina y Pete, con su sombrero dañado, bailaban con un abandono diestro y asexuado que resultaba casi profesional, mientras el resto del grupo los observaba desde las sillas.

—¡Bravo! —gritó Fairchild, que observó a la sobrina y a Pete con creciente admiración infantil. En ese momento se pusieron el uno frente al otro a corta distancia, sus cuerpos rígidos hasta la cintura. Pero por debajo eran asombrosos juguetes inarticulados, sus piernas parecían volar en todas las direcciones al mismo tiempo, sus rodillas parecían rozar el suelo. Después se dieron la mano y giraron juntos bruscamente, sin interrumpir su vertiginoso *staccato* de tacones.

—Mire, mayor. ¡Fíjate, Julius! Vamos, yo creo que también puedo hacerlo.

Llevó a sus hombres al asalto. El gramófono se detuvo en ese instante. Envió al semita a atenderlo y se dirigió al lugar en el que estaban Pete y la sobrina.

—Oigan, ustedes son unos profesionales. Pete, déjemela esta vez, si me lo permite. Quiero que me enseñe a hacer eso. ¿Me enseñará? A Pete no le importa.

—De acuerdo —asintió la sobrina—. Le enseñaré. Se lo debo por la historia de la cena —apoyó la mano en el hombro de Pete—, No te vayas, Pete. Se lo enseñaré y luego puede practicar con los otros. No te vayas: me caes bien. Puedes bailar un rato con Jenny. Debe de estar cansada: él ha estado apoyándose en ella media hora. Vamos, Dawson. Fíjese en mí —era como si no tuviera huesos.

El mayor Ayers y el semita tenían compañeras, pero bailaban con más reposo. El mayor Ayers galopaba con los pesados movimientos de un dragón: cuando el disco terminó la señorita Jameson jadeaba. Quiso sentarse durante la siguiente canción, pero Fairchild anuló su decisión. Creía que ya le había pillado el truco.

—Vamos a enseñarle a la vieja cómo se baila —les dijo. El mayor Ayers, inflamado por la propuesta de Fairchild, le propuso bailar a la sobrina. El señor Talliaferro, privado de Jenny, adquirió a la señora Wiseman; el semita incitaba a la anfitriona.

—Vamos a enseñarle a bailar al nuevo estilo —canturreó Fairchild. Estaban fuera de sí.

Gordon había llegado de alguna parte y se quedó en la sombra, observando.

—Venga, Gordon —le gritó Fairchild—, ¡Agarra a una! —Cuando la música terminó Gordon se puso delante del mayor Ayers. La sobrina lo miró sorprendida, y el mayor Ayers fue hacia Jenny.

—No sabía que bailaras —dijo ella.

—¿Por qué no?

—No tenías pinta de bailar. Y le dijiste a la tía Pat que no sabes bailar.

—No sé —respondió él, mirándola fijamente—. Amarga —dijo lentamente—. Eso es lo que tú eres. Nueva. Como la corteza de un árbol cuando sube la savia.

—¿Me la darás? —Él se quedó callado. Ella no podía distinguir su cara: solo la

forma barbuda de su cabeza alta—. ¿Por qué no? —No hubo respuesta, y su cabeza era tan fea como el bronce contra el cielo. Fairchild volvió a poner la máquina en marcha: el saxofón era un lamento obscuro, y ella levantó los brazos—. Vamos.

Cuando el disco terminó, la tropa de Fairchild corrió escaleras abajo, y el señor Talliaferro vio su oportunidad y les siguió subrepticamente. Fairchild y el mayor Ayers estaban extasiados, volubles: el camarote era una fábrica de ruido. Luego volvieron a cubierta.

—Tenga cuidado, Talliaferro —le advirtió a Fairchild mientras subían—. Le está vigilando. ¿Ya ha bailado con ella? —El señor Talliaferro no lo había hecho—. Cuando lo haga, intente no echarle el aliento a la cara.

Llevó a sus hombres al asalto. Las damas protestaron, pero Fairchild estaba en todas partes, incitando, amenazando, era el alma de la fiesta. Terminando el baile de la vieja. La señora Maurier intentaba captar la mirada del señor Talliaferro. La sobrina había vuelto a reclutar con autoridad a Pete, y Gordon se hallaba de nuevo en la sombra, altivo y distante. Estaban fuera de sí.

Once en punto

—Creo —dijo el señor Talliaferro, que entró rápida pero cautelosamente en el camarote y aceptó un vaso— que es mejor que bajemos un poco el ritmo, ¿no les parece?

—¿Para qué? —preguntó el semita, y Fairchild dijo:

—Ah, está bien. Es lo que ella espera de nosotros. Alguien tiene que ser el populacho, ya sabe. Además, queremos que este viaje sea recordado en los anales de las aguas profundas. ¿Verdad, mayor? A Talliaferro le conviene tranquilizarse.

—Oh, cuidaremos a Talliaferro —dijo el semita.

—Sin miedo, maldita sea —confirmó el mayor Ayers—. Un trago, ¿eh? —Todos tomaron un trago. Luego volvieron a cubierta.

—¿Qué hace en Nueva Orleans, Pete? —preguntó la señorita Jameson con intensidad.

—Oh. Una cosa y otra —dijo Pete cautelosamente—. Trabajo con mi hermano —añadió.

—Tiene muchas amigas, imagino. A todas las chicas les gustaría bailar con usted. Es uno de los mejores bailarines que he visto. Casi un profesional. Me gusta bailar.

—Sí —asintió Pete. Estaba inquieto—. Supongo.

—Me pregunto si usted y yo podríamos vernos alguna noche y bailar otra vez. Yo no voy a muchos clubes, porque ninguno de los hombres que conozco sabe bailar. Pero con usted me gustaría.

—Supongo que sí —respondió Pete—, Bueno, yo...

—Le daré mi número de teléfono y mi dirección, y usted me llamará pronto, ¿verdad? Puede venir a cenar, y podemos salir luego, ya sabe.

—Claro —respondió Pete, incómodo. Se quitó el sombrero y examinó la corona. Después volvió a ladearlo sobre su cabeza oscura y temeraria. La señorita Jameson dijo:

—¿Concierta citas con antelación alguna vez, Pete?

—No —respondió rápidamente—. No tengo citas ni con un día de tiempo. Las llamo y las saco por ahí y las llevo a casa a tiempo de ir a trabajar al día siguiente. No quedaría si tuviera que esperar hasta mañana.

—Yo tampoco. Así que le diré una cosa: vamos a romper la regla esta vez, y preparemos una cita para la primera noche que estemos en tierra. ¿Qué le parece? Usted viene a cenar a mi casa, y luego salimos a bailar. Tengo coche.

—Yo... Bueno, verá...

—Solo haremos eso —continuó la señorita Jameson, sin remordimientos—. No lo olvidaremos: es una promesa, ¿de acuerdo?

Pete se levantó:

—Creo que es mejor que... que no hagamos promesas. Podría pasar algo y que yo... que no pudiéramos vernos. Supongo —ella se quedó en silencio, mirándolo—, Quizá sea mejor esperar y arreglarlo cuando volvamos. Puede que tenga que estar fuera de la ciudad o algo ese día, ¿sabe? Igual es mejor esperar y ver qué forma toman las cosas —ella siguió sin decir nada, apartó sus ojos sin humor y poco después miró el agua oscura, mientras Pete seguía incómodo, con una acuciante necesidad de decir algo—. Creo que es mejor esperar, ¿sabe? —Ella apartó la cabeza, y él se marchó discretamente. Se detuvo y la miró. Ella seguía contemplando el agua: una humillación pasiva y sin lamentos, silenciosa en su silla entre las sombras.

Cuando la abrazó, Jenny le quitó el sombrero que se ladeaba con aire perverso sobre su cabeza temeraria, y examinó la corona rota con un asombro suave y reiterativo; todavía con el sombrero en la mano llegó hasta él con un fluido movimiento envolvente, sin dar la sensación de mover un músculo. Sus caras se fundieron y Jenny pasó a carecer de huesos, parecía suspender con su boca suave su exuberancia ansiosa por mezclarse, luego abrió la boca contra la suya... al cabo de un rato Pete levantó la cabeza. La cara de Jenny era una mancha pasiva, adormilada y abundante, inefablemente abundante en la oscuridad. Y Pete sacó su pañuelo sucio y le limpió la boca, con bastante amabilidad.

—Lo has superado sin que te quede una cicatriz, ¿eh? —dijo. Sin voluntad se balancearon en un mundo invisible y tibio como el agua; invisible y rico y hermoso, extraño y rumoroso y grave, bajo la luna menguante de la decadencia y la muerte.

—Dale un beso a tu chico, nena...

La sobrina entró en el camarote de su tía, sin llamar. La señora Maurier levantó su rostro atónito y chillón y tapó con una prenda sin forma su pecho, que acababa de liberar de un corsé, como hacen las mujeres. Cuando se recuperó en parte del susto, corrió pesadamente hacia la puerta y la cerró.

—Soy yo —dijo la sobrina—. Oye, tía Pat.

Su tía respiró hondo: su pecho y sus barbillas se hincharon; ahora carecían de límites.

—¿Por qué no has llamado? No hay que entrar así en las habitaciones. ¿Henry no te ha...?

—Claro que sí —interrumpió la sobrina—. Todo el tiempo. Oye, tía Pat, Pete cree que tienes que pagarle el sombrero. Por pisarlo, ya sabes.

Su tía la miró fijamente:

—¿Qué?

—Has pisado el sombrero de Pete y le has hecho un agujero. Él y Jenny creen que deberías pagarlo. U ofrecerte a hacerlo, por lo menos. Supongo que si tú te ofreces, él no lo aceptará.

—Cree que debería... —la voz de la señora Maurier se desvaneció en un asombro conmocionado y mudo.

—Sí, es lo que piensan... Te lo comento porque les he prometido que te lo diría. No tienes que hacerlo si no quieres, ya sabes.

—Cree que debería... —de nuevo la voz de la señora Maurier falló, y su asombro se convirtió en un caos que llenó su rostro de una forma interesante. Luego se congeló en algo definido, un desagrado fríamente determinado, y recuperó su voz—. He alojado y alimentado a esa gente una semana —dijo sin sombra de humor—. No creo que también tenga que vestirlos.

—Bueno, solamente te lo comento porque se lo había prometido —repitió la sobrina, con ánimo tranquilizador.

La señora Maurier, Jenny y la sobrina habían desaparecido, para el relativo alivio del señor Talliaferro. Todavía quedaban dos, sin embargo. Se las turnaron.

El mayor Ayers, Fairchild y el semita volvieron al camarote; esta vez el señor Talliaferro los siguió abiertamente, de manera algo errática.

—¿Cómo va? —preguntó Fairchild mientras levantaba la botella.

El señor Talliaferro emitió un sonido húmedo y modesto, y miró a los otros dos.

Lo observaron con un interés amable.

—Oh, están bien —le calmó Fairchild—, Tienen tantas ganas de que termine como yo —bajó la botella, la puso al alcance de todos, y vació su vaso de un trago—. Le voy a decir una cosa: lo que funciona con las mujeres es la audacia, ¿verdad, mayor?

—Tiene razón: audacia. Entrar sin llamar: tomarlas por sorpresa.

—Ahí está. Eso es lo que tiene que hacer. Tómese otro trago —rellenó el vaso del señor Talliaferro.

—Ese es mi plan, exactamente. Audacia. Audacia. Audacia —el señor Talliaferro observó al otro con una mirada vidriosa. Intentó guiñar un ojo—, ¿No me ha visto bailar con ella?

—Sí, pero eso no es lo bastante atrevido. Si yo fuera usted, si lo estuviera haciendo, probaría hoy el truco, ahora. Julius, ¿sabes lo que haría? Iría a su habitación: entraría. Ya ha estado bailando y hablando con ella: ya se ha abierto camino. Apuesto a que ahora está ahí dentro, esperándolo, deseando que sea lo bastante atrevido como para entrar. Talliaferro se sentirá bastante mal mañana cuando vea que ha perdido su oportunidad, ¿verdad? Nunca tienes más que una oportunidad con una mujer, ya sabes. Si le fallas entonces, ha terminado contigo: el siguiente hombre que pase se la lleva. El hombre por el que se preocupa la mujer no es el que recoge la cosecha de la pasión: es el hombre que llega después de que ella haya perdido al otro. Me pondría enfermo al pensar que he estado trabajando para que otro se beneficie, ¿y usted?

El señor Talliaferro lo miró fijamente. Tragó dos veces.

—Pero imagine, solo imagine, que no me está esperando.

—Oh, claro. Por supuesto que debe correr ese riesgo. Se necesita ser un hombre valiente, de todas formas, para entrar en su habitación, entrar sin llamar y meterse en la cama. ¿Y cómo se podría resistir una mujer? Yo no lo haría, si fuera mujer. Si usted fuera ella, Talliaferro, ¿se resistiría? He descubierto —continuó— que la audacia lo consigue casi todo, sobre todo mujeres. Pero hay que ser un hombre atrevido... Apuesto a que el mayor Ayers lo haría.

—Tiene razón. Yo iría, por Júpiter... Quiero decir: creo que iría. ¿Cuál es? ¿La vieja no?

—De acuerdo. Eso si Talliaferro no quiere ir. Él tiene prioridad, ya sabe: ha hecho todo el arduo trabajo preparatorio. Pero hay que ser un hombre valiente.

—Oh, Talliaferro es tan valiente como cualquier otro hombre —dijo el semita.

—Pero, de verdad —repitió el señor Talliaferro—, imaginen que no me espera. Imaginen que se pone a gritar... No, no.

—Sí, Talliaferro no es lo bastante atrevido. Es mejor que vaya el mayor Ayers, después de todo. No hay que decepcionar a la chica, por lo menos.

—Además —añadió rápidamente Talliaferro—, comparte camarote con otra persona.

—No, no. Tiene un camarote para ella sola, al final de este salón.

—Ese es el camarote de la señora Maurier —dijo el señor Talliaferro, mirándolo fijamente.

—No, no, se ha cambiado. El camarote tiene una mampara rota, así que se ha cambiado. Julius y yo la hemos ayudado a trasladarse esta tarde. ¿Verdad, Julius? Por eso sé que Jenny está allí ahora.

—Pero, ¿de verdad? —El señor Talliaferro volvió a tragar saliva—, ¿Están seguros de que ese es su camarote? Es un asunto serio, ya saben.

—Tómese otra copa —dijo Fairchild.

Doce en punto

La cubierta estaba vacía. Fairchild y el mayor Ayers se detuvieron, miraron alrededor dolorosamente sorprendidos. El gramófono estaba tapado y mudo, vanidosamente inescrutable. Celebraron una apresurada conferencia, después se prepararon para buscar a los rezagados. No había nadie.

—Pon un disco —sugirió Fairchild al fin—. A lo mejor eso los atrae. Habrán pensado que nos hemos ido a la cama.

El semita puso en marcha el gramófono, y el mayor Ayers y Fairchild volvieron a peinar la cubierta en vano. La luna se había levantado, su viejo disco huesudo señalaba el cielo como una moneda gastada.

La señora Maurier hizo salir al capitán y juntos fueron al camarote de Fairchild.

—Búsquelo todo —dirigió ella—. Todo lo que haya. —El capitán lo encontró todo—. Ahora, abra esa ventana.

Dio al capitán más instrucciones, cuando terminaron, y regresó a su camarote, donde volvió a sentarse en el borde de la cama. La luz de la luna entraba en la habitación como una lanza a través del ojo de buey, como un lápiz de mármol que se hacía añicos y llenaba la estancia con un delgado polvo de plata, como de mármol.

—Ha llegado, por fin —susurró, consciente de su cuerpo pesado y blando por los años. «Debería sentirme feliz, debería sentirme feliz», se dijo a sí misma, pero encontraba sus miembros fríos y extraños, y sentía que dentro de ella se estaba hinchando algo terrible, algo terrible y venenoso, que se había liberado como el agua que ha estado demasiado tiempo embalsada: como si en su cuerpo cómodo y familiar se hubiera despertado algo que yacía dormido, algo que ella había albergado sin saberlo.

Se sentó al borde de la cama, sentía los miembros fríos y extraños mientras esa

cosa que se inflaba dentro de ella se desplegaba como una intrincada flor venenosa, un nacimiento de pétalos complejo y lento que crecía y se desvanecía, moría y era reemplazado por otros pétalos más enormes y más implacables.

Sus miembros eran extraños y fríos: temblaban. Esa oscura flor de la risa, esa flor secreta y horrible crecía y crecía hasta que todo el mundo que era ella se convirtió en un lento torbellino de histeria que se levantaba en su garganta y la sacudía con una miríada de manos pequeñas; mientras llegaba desde arriba una leve música dulzona punteada por los pasos pesados, en el lugar en el que Fairchild enseñaba el charleston al mayor Ayers.

Y pronto, otro sonido: el Nausikaa tembló, vibró y prosiguió su marcha.

El señor Talliaferro estaba en proa: dejaba que el viento le soplara en la cara, en el pelo. La luna gastada se había levantado y extendió su mano sin hueso sobre el agua infinita, y las estrellas frías y remotas balanceaban en el cielo, frías, remotas e indiferentes: ¿qué les importaba a ellas la demacrada desesperación de su cara, la desesperación silenciosa de su corazón? Habían visto demasiados arrebatos e indecisión y asombro humanos como para que les preocupase el hecho de que el señor Talliaferro acabara de contraer un nuevo compromiso matrimonial.

... Pronto, un sonido, y el Nausikaa tembló, vibró y continuó su marcha.

De repente Fairchild se detuvo y levantó la mano para pedir silencio.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —respondió el mayor Ayers, que también se detuvo y lo miró fijamente.

—Me ha parecido oír que algo caía al agua —fue a la barandilla y se inclinó. El mayor Ayers lo siguió y escucharon. Pero ningún sonido extraño turbaba el agua oscura e inquieta, la noche era tranquila y aislaba el disco gastado y soso de la luna.

—El camarero tirando pomelos —sugirió finalmente el mayor Ayers, y se alejaron.

—Espero que sí —dijo Fairchild—, Ponía otra vez, Julius.

Y pronto, otro sonido: y el Nausikaa tembló, vibró y continuó su marcha.

EPÍLOGO

1.

El agua salada le había hecho cosas raras al pequeño vestido verde de Jenny. Se había secado mal, y se había dado de sí en algunas partes y se había encogido en otras. La parte trasera de la falda, por ejemplo, porque ahora, entre la graciosa hinchazón en miniatura del dobladillo y la parte alta de sus medias deslucidas, se veía carne rosa.

Pero ella era inefablemente inconsciente de esto, mientras esperaba que llegara su tranvía en Canal Street, y miraba cómo el estropeado sombrero de Pete se ladeaba en medio del tráfico, agarrando con su mano pequeña y sucia la moneda de diez centavos que él le había dado para el viaje. Pronto llegó el tranvía y se subió y le dio al conductor la moneda, recibió el cambio y echó siete centavos en la máquina, mientras los hombres, hombres sin afeitar y sin abrigo, hombres viejos y hombres jóvenes y acicalados y hombres que olían a perfume barato y ron y sudor y hombres que solo olían a sudor la observaban con la abyección húmeda de los perros de caza. Después ella se dirigió al pasillo, abundante, plácidamente dispuesta, y el tranvía dio un tirón hacia delante y Jenny se sentó parcialmente sobre un hombre gordo con un sombrero hongo y un periódico, que la miró y después se encorvó contra la ventana y se zambulló de nuevo en el periódico sin quitarse el sombrero.

El tranvía rechinó y aceleró y traqueteó y se detuvo y traqueteó y rechinó y aceleró entre paredes encogidas y hierros viejos y hermosos como un encaje deslucido, y entre los chillidos de niños que habían salido del sur de Europa, salvajes y suaves como animales y alegres con su mugre; antiguos olores de comida lo bastante fuertes como para hacerte engordar de solo respirarlos; y mujeres que gritaban a la puerta de al lado, vestidas con chales sucios y brillantes. Sus tres céntimos estaban tibios y húmedos en su mano, así que se los pasó a la otra mano y se secó la palma en el muslo.

Pronto estaban en una calle más ancha y de ángulos rectos: una fatigada amplitud verde de la vegetación de finales de agosto y civilización de nuevo en forma de una gasolinera; bajó y paseó entre casas que mucho tiempo atrás poseyeron individualidad y reserva pero ahora se habían convertido en lugares imprecisa y deslucidamente idénticos, y finalmente llegó a una verja de hierro, la cruzó y caminó por un sendero de cemento bordeado por arriates en los que por alguna razón las flores nunca parecían crecer bien, y atravesó el porche y entró en la casa.

Su padre trabajaba de noche y estaba sentado, en calcetines y con los tirantes caídos, ante su cena —caballa (era viernes), patatas fritas y café— y un periódico

vespertino. Se limpió el bigote con el dorso de la mano.

—¿Dónde has estado?

Jenny entró en la estancia y se quitó el sombrero. Lo tiró al suelo y se acercó a él por un costado.

—En un barco —respondió.

Su padre metió los pies bajo la silla para ponerse en pie y su cara se cubrió lentamente de alivio e ira.

—¿Y crees que te puedes ir así, sin decirle una palabra a nadie, y luego volver a esta casa...? —Pero Jenny lo atrapó y se contorsionó en su regazo antes de que pudiera levantarse, y, aunque su padre intentó defenderse, lo besó en su bigote manchado de caballa, y lo dejó sin palabras mientras ella hurgaba en esa región vaga y rosada que era su mente. Al cabo de un rato lo recordó.

—Cierra el pico —dijo—. No diga chorradas.

2

Pete era el pequeño: era demasiado joven como para haberse dado cuenta, pero el signo eléctrico con el apellido de la familia había marcado un momento crítico: la ascensión, similar a la del Ave Fénix, de la fortuna familiar, desde las pardas cenizas de la respetabilidad y un pequeño restaurante que alimentaba a trabajadores italianos, a la última y definitiva americanización de la familia, ya que su fortuna, como la mayoría de las del país, se había construido a partir del desprecio a un impedimento legal.

Antes de 1919 uno entraba en una habitación lúgubre y repleta de los olores ricos y pesados de la cocina italiana, se sentaba rodeado de rostros italianos y sinceros ruidos alimentarios italianos, ante un hule de alegres cuadros blancos y rojos, astutamente manchado, impregnado de comida, y sobre el que ponían más comida. Quizá llegaría la propia señora Ginotta, atareada con la sopa y con un pulgar en un plato grueso y una palabra rápida para ti, o Joe, de todas formas, con los brazos desnudos, hábil y taciturno; mientras el propio señor Ginotta seguía con su delantal manchado, hablando con una mesa de íntimos. Quizá, si uno se quedaba el tiempo suficiente ante el plátano o las uvas maduras y manoseadas, viera a Pete con sus pantalones cortos de pana y una desvaída camisa limpia, con su mata de pelo rizado y sus extraños ojos dorados, a los doce años y tan hermoso como solamente un muchacho italiano puede ser.

Pero todo eso había cambiado. Lo que había sido una sala deslucida y llena de comida, con el suelo de madera y no demasiado limpia, se había convertido en un espacio embaldosado despejado y encerado para que se pudiera bailar, cerrado en un

lado por espejos y por el otro con una hilera de reservados provistos de una mesa y dos sillas, iluminados con una discreta luz de mesa de un tono de rosa subrepticio e inconfundible, y protegidos por una cortina de tela ribeteada marrón. Y donde antes se encontraba comida italiana buena y barata, ahora se pagaba tanto por ella que no hacía falta ni comerla; y las bandejas de espaguetis y pollos asados, que ahora no traía Joe, con los brazos desnudos y hábil aunque taciturno, sino camareros vestidos de etiqueta con caras planchadas y más viejas que el pecado, unas bandejas que hacían las veces de atrezo escénico para la comedia más antigua y cansada del mundo, eran servidas y retiradas con una especie de clarividente omnipresencia y regresaban a la cocina prácticamente intactas. Y desde la cocina no llegaba ningún olor de elaboración de la comida.

Era idea de Joe. Joe, veinticinco años y más estadounidense que ninguno de ellos, había visto el futuro, había discutido, vencido y demostrado que estaba en lo cierto. El señor Ginotta no había soportado la prosperidad. Para empezar, el nuevo suelo le daba miedo. Le parecía resbaladizo, peligroso para un hombre de su edad y su volumen, y mirar desde la cocina, esa cocina en la que ya no se atrevía a meter su mandil manchado, esa sala antes abarrotada de amigos, ruidosa y alegre con gente comiendo y olores...

Pero todo aquello había cambiado. Ni siquiera conocía a los camareros, y la comida que llevaban y traían no era comida, y el ruido era un alboroto ampuloso de saxofones y baterías y una risa metálica y aguda de mujeres, que cabalgaba por encima como pájaros distraídos, sin fin y sin alegría, y los olores una mezcla de tabaco y alcohol y un perfume lascivo. Y desde la cocina ya no llegaba el olor de la comida: hasta su hornillo había desaparecido; lo había sustituido un horno de fuel.

Así que murió, bastante cargado de años y con más dinero en el banco que la mayoría de los príncipes italianos. La señora Ginotta tuvo la gripe al mismo tiempo. Se metió en sus oídos y con el tiempo se quedó realmente sorda; y, como sus amigos iban a cenar a otros lugares y la gente que ahora acudía al local llegaba bastante tarde, cuando ella ya estaba en la cama, y su marido estaba muerto y sus hijos eran tan americanos, ocupados, ricos y taciturnos, y, puesto que los camareros desconocidos la asustaban un poco, la anciana perdió por completo la costumbre de hablar. Preparaba comida para sus hijos en el nuevo horno, que también le daba miedo, pero entraban y salían con tanta frecuencia que resultaba difícil prever la hora de las comidas. Además, como su vista ya no le permitía coser, pasaba el tiempo haciendo tareas sencillas en sus habitaciones del piso de arriba, o en un rincón de la cocina, con cuidado de no estorbar, preparando verduras y cosas por el estilo, que no requieren agudeza visual o atención.

No entraba en la sala, aunque desde su rincón acostumbrado de la cocina en ocasiones podía observar la elástica sofisticación del saxofonista y los veloces brazos del batería, y años antes había oído los ruidos que hacían. Pero había pasado mucho tiempo desde entonces y se le había olvidado, y ahora aceptaba sus travesuras como

aceptaba los otros cambios, sin asociarlos a ningún sonido. En ese momento Joe tenía varios automóviles: eran grandes y llamativos, e intentaba convencerla para que se montara. Pero ella siempre se negaba obstinadamente, aunque el barrio comentaba lo buenos que eran con su madre los jóvenes Ginotta.

Pero Joe, con su rostro perspicaz y taciturno y su cabello cada vez más escaso y su camisa de seda de rayas anchas, tirante y sin arrugas sobre su prieta barriga embrionaria; Joe, de pie con su *maître* junto al escritorio, interrumpiendo su actividad para contemplar la sala con todos sus aparatos modernos, su suelo embaldosado y sus luces y sus espejos, con encomiable orgullo. Con la callada alegría de la posesión, su mirada siguió su menguante túnel de espejos, pasó a la entrada discretamente adornada con cortinas bajo el signo eléctrico, ese definitivo galardón de la americanización que mostraba su nombre en letras doradas bajo la lluvia o en la niebla o contra las estrellas locas y lejanas, y se posó en su hermano, que ladeó desafiante su sombrero estropeado y entró.

Joe guardó su fajo de billetes en una mano, puso encima su dedo húmedo y observó cómo Pete atravesaba la sala llena de espejos.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó.

—En el campo —respondió brevemente Pete—. ¿Hay algo de comer?

—¡Comer, demonios! —exclamó su hermano—. He tenido que pagarle a un hombre dos días porque tú estabas haciendo el imbécil por ahí. Y ahora vienes a hablar de algo para comer —apartó su fajo de billetes y sacó de un cajón un paquete de papeles pequeños y lo revisó. El *maître* contaba dinero imperturbable, metódico—. Le prometí que lo tendría al mediodía. Ponte a trabajar y corre... Esta es la dirección. Y sin tonterías, ¿eh? Comer, ¡demonios! —Pero Pete había pasado junto al otro sin detenerse. Su hermano lo siguió—. Ponte a ello, ¿me oyes? —Alzó la voz—. Crees que puedes marcharte y estar por ahí lo que te dé la gana, ¿eh? Crees que puedes venir al cabo de una semana, ¿eh? ¿Crees que este negocio es tuyo?

La anciana esperaba en la cocina. Ya casi no hablaba: solo emitía sonidos, sonidos húmedos de alarma y satisfacción; y vio la cara de su hijo mayor y produjo uno de esos ruidos, mirando a uno y a otro pero sin ofrecerse a tocarlos. Pete entró en el cuarto y su hermano se detuvo en la puerta, y la anciana arrastró los pies hasta el horno, le llevó un plato de espaguetis y pescado recalentado y lo puso ante él sobre una mesa cubierta de cinc. Su hermano estaba de pie en el umbral, lo miraba enfadado.

—Levántate, ahora, como te he dicho. Vamos, vamos. Ya comerás cuando vuelvas.

Pero la anciana se movía atareada, se interponía entre los dos con el obstinado muro de su sordera, y sus sonidos alarmados volvieron a levantarse, luego cayeron en una especie de canturreo sin sentido mientras seguía entre los dos, acercándole el plato a Pete, poniéndole en la mano el tenedor y el cuchillo.

—Cuidado —dijo por fin Pete, apartando sus manos. Joe miraba enfadado desde

la puerta, pero siguió la corriente a su madre como solía hacer.

—Date prisa —dijo bruscamente, y se apartó. Cuando Joe se marchó, la anciana volvió a su silla y a su abandonada fuente de verduras.

Pete comió con hambre. Los sonidos regresaban a él: una escoba, palabras incomprensibles y la puerta de la calle abierta y cerrada y por encima del repique de unos tacones escuchó la voz de una mujer. Le hablaba a su hermano en el escritorio, pero el frágil *staccato* llegaba sin cesar, y, cuando Pete levantó la cabeza, la chica entró con sus tacones altos y baratos y una increíble cantidad de media blanca que surgía bruscamente de su brevísimo vestido oscuro. En la brillante campana de su sombrero, su cara pintada y apasionada y su estridencia vulgar eran equilibrados y monótonos como un árbol delgado.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Por ahí con unas mujeres —siguió comiendo.

—¿Más de una? —preguntó rápidamente, observándolo.

—Sí. Cinco o seis. Por eso he tardado tanto.

—Oh —dijo ella—, eres todo un hombre, ¿eh? —Él siguió comiendo y ella se puso a su lado—. ¿Por qué estás tan triste? ¿Alguien te ha quitado un caramelo? —Le quitó el sombrero—. Oye, mira tu sombrero —lo observó, luego lo dejó sobre la mesa, deslizó la mano en el pelo espeso y rizado de Pete y levantó su cabeza y sus extraños ojos dorados—, límpiate la boca —dijo ella. Pero lo besó de todas formas y levantó la cabeza—. Más te vale que te la limpies —dijo meditativa. Le soltó el pelo—. Bueno, tengo que irme —y se volvió, pero se detuvo de nuevo ante la silla de la anciana y le gritó en italiano. La anciana miró hacia arriba, asintiendo con la cabeza, luego se inclinó de nuevo sobre sus judías.

Pete terminó de comer. Todavía oía la voz chillona en la habitación de al lado, y encendió un cigarrillo y salió. La anciana no lo había estado vigilando, pero en cuanto se marchó, se levantó y apartó el plato, lo lavó y lo guardó, y luego volvió a sentarse y recogió su fuente.

—Listo para marcharte, ¿eh? —Su hermano lo miró desde el escritorio—. Aquí tienes la dirección. Date prisa. Le dije que lo tendría al mediodía —el grueso del negocio de Joe estaba fuera, como en este caso. Estaba orgulloso de su reputación de fiabilidad—. Coge el Studebaker —añadió.

—¿Ese cacharro? —Se detuvo Pete, protestando—. Me llevaré tu Chrysler.

—Ni en sueños —dijo su hermano, calentándose de nuevo—. Vete, coge el Studebaker como te he dicho —dijo con violencia—. Si no te gusta, cómprate uno.

—Ah, cállate —Pete se alejó. En uno de los reservados, tras una cortina parcialmente echada, la vio frente al espejo, mientras volvía a pintarse los labios. A su lado estaba uno de los camareros en mangas de camisa, con un trapo. Ella dirigió un gesto rápido de la mano al reflejo de Pete en el espejo. Él volvió a ladearse el sombrero sin contestar.

Era un viejo cacharro, comparado con el esplendor de beige y níquel del nuevo

Chrysler, pero funcionaba y podía transportar seis o siete cajas cómodamente: las cuatro que llevaba eran guisantes en una caja de cerillas. Siguió el tráfico hasta Canal Street, cruzó y cayó en el carril que esperaba para girar en Saint Charles. La fila avanzaba un poco, se detenía y volvía a moverse un centímetro cuando sonaba la campana. El policía dirigía el tráfico desde el bordillo y Pete observaba el enjambre de apresurados repartidores de periódicos y haraganes y compradores y paseantes y pequeñas chicas como potros con sus monótonas piernas rubias. La campana sonó, pero el policía los contenía. Pete se asomó por la ventanilla, hizo ronronear su motor ocioso.

—Vamos, vamos, policía cabrón —gritó—. Venga.

Al final el policía bajó el guante y Pete entró hábilmente en Saint Charles, y la calle se ensanchó y se convirtió en una avenida flanqueada de palmeras. Se irguió sobre su espalda, ladeó su sombrero estropeado para que tuviera un aspecto arrogante sobre su pelo oscuro y temerario, y empezó a adelantar a los conductores lentos.

3

El tremendo dolor de cabeza de Fairchild terminó por despertarlo, y se quedó un rato sumergido en la tediosa miseria vibrante de su cuerpo antes de descubrir que el barco se había detenido de nuevo y, tras un esfuerzo de estoicismo inigualado, que eran las once en punto. No se oía ningún ruido por ninguna parte, y sin embargo había algo en la atmósfera a su alrededor, algo distinto. Pero el esfuerzo por decidir qué era solamente hacía que su cabeza le doliera aún más, así que se rindió y volvió a tumbarse. El semita dormía en su litera.

Al cabo de un rato Fairchild gruñó, se levantó, dio tumbos por el camarote y bebió abundante agua. Después vio tierra a través del ojo de buey: una carretera y un gastado muro de madera, y detrás de él, árboles. Mandeville, decidió. Intentó despertar al semita, pero el otro lo insultó adormilado, dio una vuelta y se puso de cara a la pared.

Buscó la botella otra vez, pero no quedaban ni siquiera los vidrios vacíos: quien lo hubiera hecho había llevado a cabo una buena limpieza. «Bueno, una taza de café, entonces». Así que se puso los pantalones y cruzó el pasillo hacia el baño y metió la cabeza bajo el grifo un rato. Luego volvió y terminó de vestirse y se marchó.

Alguien dormía ruidosamente en el camarote del mayor Ayers. Era el propio mayor Ayers, y Fairchild cerró la puerta y continuó, sorprendido por la extraña atmósfera que el barco parecía haber adquirido durante la noche. El salón también estaba vacío, y una comida interrumpida ofendió su sensibilidad temporalmente refinada con tazas medio vacías y platos fríos y sucios. Pero seguía sin haber sonidos,

ningún sonido humano, salvo las durmientes estrofa y antistrofa del mayor Ayers y el semita. Se quedó en el umbral del salón y volvió a gruñir. Después se llevó su dolorida cabeza a cubierta.

Allí pestañeó ante la luz, cerró los ojos contra ella mientras calientes martillos de latón golpeaban sus ojos. Tres hombres que balanceaban las piernas en el borde del muelle lo miraban, y Fairchild volvió a abrir los ojos y vio a los tres hombres.

—Buenos días —dijo—. ¿Qué ciudad es esta? ¿Mandeville?

Los tres hombres lo miraron. Al cabo de un tiempo uno dijo:

—¿Mandeville? ¿Mandeville qué?

—¿Qué ciudad es, entonces? —preguntó, pero al hablar se dio cuenta, y al mirar a su alrededor vio un puente de acero y un tranvía sobre el puente, y, más lejos todavía, una débil mancha malva en el horizonte, y, más lejos todavía, una débil mancha débil en el cielo, y en la otra dirección la bandera que flotaba sobre el club de yate, lánguida en la brisa suave. Los tres hombres seguían sentados, moviendo las piernas y observándolo. Al cabo de un rato, uno de ellos dijo:

—Su grupo se ha ido y les ha dejado.

—Eso parece —convino Fairchild—, ¿Saben si dijeron que mandarían un coche a buscarnos?

—No, no va a mandárselo hoy —respondió el hombre. Fairchild se restregó los ojos doloridos: era el capitán—. Ahí está la vía del tranvía —le dijo a Fairchild, que ya se había dado la vuelta y bajaba por la escalera.

4

La cita del mayor Ayers era a las tres de la tarde. Su reloj lo corroboró y elogió su puntualidad mientras salía del ascensor a un corredor fresco y acristalado a los dos lados con láminas opacas, más allá de las cuales llegaba un débil martilleo de máquinas de escribir. Pronto encontró la puerta correcta y entró, y le dio su tarjeta a una chica delgada y perfumada que estaba al otro lado de un mostrador bajo. La miró afablemente, y durante el intervalo siguiente miró a través de la ventana los diversos rectángulos de mampostería que se extendían hacia el río.

La chica volvió.

—El señor Reichman le verá ahora —dijo, con un chicle en la boca, abriéndole la puerta.

El señor Reichman le dio la mano y le ofreció una silla y un cigarro. Le preguntó al mayor Ayers por sus impresiones de Nueva Orleans e inmediatamente interrumpió la confusa respuesta entrecortada del visitante para pedirle al mayor Ayers, para quien la guerra había sido la única condición posible bajo la que había podido volver a

Inglaterra, y para el que, por ciertas razones privadas, la ciudad de Londres estaba prohibida desde el armisticio, que comparase cómo andaban las cosas en las dos ciudades. Después volvió a sentarse en su sillón de cuero y dijo:

—Entonces, mayor, ¿cuál es su propuesta?

—Ah, sí —dijo el mayor Ayers mientras sacudía la ceniza de su cigarro—. Son unas sales. Verá, todos los estadounidenses padecen estreñimiento...

5

Debajo de él, en la planta baja, donde un rectángulo de luz caía sobre el callejón, una mano pesada e inmisericorde aporreaba una máquina de escribir. Fairchild se sentó con un cigarro en el balcón, justo encima del mecanógrafo, disfrutando de la fresca oscuridad y la amplitud sombreada y llena de árboles de la catedral, cerca del balcón. Un tranvía ocasional sonaba y chirriaba por Royal Street, pero era poco frecuente, y cuando su sonido desaparecía, el único ruido que quedaba era el estrépito monótono de la máquina de escribir. Entonces vio y reconoció al señor Talliaferro, que doblaba la esquina, y con una exclamación de alarma se puso en pie y echó la silla hacia atrás de una patada. Se escondió en la habitación perfumada de menta: apagó la luz de lectura, saltó a un sofá, fingió dormir.

El señor Talliaferro entró con elegancia, su bastón en la mano, su objetivo a la vista. Sí: Fairchild tenía razón. Conocía a las mujeres, el alma femenina... No, no el alma: no tienen alma. La naturaleza, la naturaleza femenina: esa sustancia, esa auténtica esencia de su ser, impalpable como la luz de la luna, desafiante y elusiva al mismo tiempo, inconsistente —o mejor: incomprendible—, aunque de una devastadora eficacia práctica para sus intereses. Como si la tierra, el mundo, el hombre y sus deseos e impulsos se hubieran inventado con el único propósito de acallar sus pequeñas almas hambrientas ocupando su tiempo y sirviendo a sus fines biológicos...

Sí, audacia. Y proximidad. Y oportunidad, esa feliz conjunción de técnica y circunstancia, estar con la persona adecuada en el momento correcto y el lugar apropiado. Sí, sí, Oportunidad, Oportunidad: acaso lo más importante de todo. El señor Talliaferro presentó la Oportunidad: convocó elecciones. La Oportunidad ganó.

Se detuvo completamente quieto ante el destello de su inspiración. Por fin lo tenía: había encontrado el truco, la Palabra mágica. Era tan sencillo que le sorprendía que no se le hubiera ocurrido antes. Pero luego se dio cuenta de que esa sencillez era la explicación. «Y mi naturaleza es compleja», se dijo a sí mismo, contemplando las estrellas en el cielo caliente y oscuro, en un sendero de cielo sobre el ataúd abierto de la calle. Era tan devastadoramente sencillo que sintió un leve reparo. ¿Era juego

limpio? ¿No era como dispararle a una codorniz en tierra? Pero, no, no: ahora que tenía la clave, ahora que había encontrado la Palabra, se atrevió a admitir ante sí mismo que había sufrido. No tanto en su vanidad, no físicamente: después de todo, el hombre puede vivir sin los placeres del amor, eso no lo mata; pero cada fracaso parecía poner años a sus espaldas con mucha más contundencia que el transcurso de los días. Sí, el señor Talliaferro se debía una reparación, que sufran quienes tengan que hacerlo. ¿Y no era ese el papel de la mujer desde tiempos inmemoriales?

«Oportunidad, crea tu Oportunidad, prepara el terreno sin prestar atención a todas esas trivialidades importantes y pequeñas que tanto significan para ellas, después aprovéchate. Y puedo hacerlo», se dijo. «Indiferencia, quizá, como si las mujeres no fueran una cosa desacostumbrada para mí, como si pudiera haber otra mujer a la que preferiría ver si no se hubieran interpuesto circunstancias que ninguno de los dos puede controlar. Les gusta un hombre que tiene otras mujeres, por alguna razón. ¿Es posible que para ellas el amor sea mitad adulterio y mitad celos?... Sí, puedo hacer algo así, puedo de verdad».

—Llevaría ropa interior negra —dijo el señor Talliaferro exultante.

Golpeó el pavimento con el bastón, levemente.

—Por Dios, eso es —dijo en voz baja, y siguió caminando—, Crea la oportunidad, ve hacia ella delicada pero firmemente. Deja caer una observación sobre volver por la noche porque lo habías prometido. Si, les gusta un hombre honorable: aumenta su libertad. Ella dirá: «Por favor, sáqueme a bailar». Y yo diré: «No, no quiero bailar esta noche». Y ella dirá: «¿No me va a llevar?», se apoyará contra mí, «¿eh?...». Vamos a ver, me dará la mano. Pero yo no responderé de inmediato. Ella me provocará y yo la rodearé con el brazo y levantaré su cara en el taxi oscuro y la besaré, fríamente, y diré: «¿De verdad quiere bailar esta noche?», y ella dirá: «Oh, no lo sé. Podríamos dar una vuelta en el coche». ¿Dirá eso en ese momento? Bueno, ¿no debería...? Vamos a ver, ¿qué diría?

El señor Talliaferro siguió caminando deprisa, reflexionando aceleradamente. «Bueno, de todas formas, si dice eso, si lo dice de verdad, yo diré: “No, vamos a bailar”. Sí, sí, algo así. Aunque quizá sea mejor volver a besarla, quizá no tan fríamente... ¿Pero ella debería decir algo más?... Sin embargo, estaré preparado para cualquier imprevisto, ¿eh? La mitad de la batalla... Sí, algo así, hecho delicadamente, pero con firmeza, para no asustar a la presa. Las tormentas derriban algunas murallas, pero todas se doblegan ante el sitio. También está la fábula del viento y el sol y el hombre con una capa».

—Le cambiaremos el género, por Júpiter —dijo el señor Talliaferro, que emergió repentinamente de su ensoñación para descubrir que había pasado ante la puerta de Fairchild. Volvió sobre sus pasos y alargó el cuello para ver la ventana oscura.

—¡Fairchild!

Ninguna respuesta.

—¡Ah, Fairchild!

Las dos ventanas oscuras eran inescrutables como dos destinos. Llamó al timbre, luego retrocedió para terminar su aria. Junto a la puerta había otra entrada. La luz fluía desde una persiana a media altura como la puerta de un *saloon*; tras ella, alguien aporreaba con fiereza una máquina de escribir. El señor Talliaferro llamó tímidamente desde el otro lado de la persiana.

—Hola —tronó una voz sobre la máquina parlanchina, aunque esta no dejó de sonar. El señor Talliaferro reflexionó un momento, luego volvió a llamar.

—Entre, maldita sea —la voz ahogó temporalmente el sonido de la máquina de escribir—. Entre. ¿Cree que esto es un baño? —El señor Talliaferro abrió la persiana y el hombre gigantesco y en mangas de camisa levantó su leonina cabeza sudorosa y lo miró con expresión inquieta—, ¿Bueno?

—Perdone. Estoy buscando a Fairchild.

—El piso de arriba —espetó el otro, suspendiendo las manos en el aire—. Buenas noches.

—Pero no contesta. ¿No sabrá usted si está aquí?

—No.

El señor Talliaferro volvió a reflexionar, tímidamente.

—Me pregunto cómo podría averiguarlo. Me urge...

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Suba arriba, o quédese ahí y llámelo.

—Gracias. Subiré, si no tiene objeción.

—Bueno, suba, entonces —respondió el hombre grande, que volvió a saltar sobre la máquina de escribir.

El señor Talliaferro lo observó un tiempo.

—¿Puedo ir por aquí? —aventuró finalmente, con timidez y cortesía.

—Sí, sí. Vaya por donde quiera. Pero, por el amor de Dios, deje de molestarme.

El señor Talliaferro murmuró «Gracias», y se deslizó junto a ese hombre grande y frenético. La pequeña habitación temblaba bajo las pesadas manos del hombre y la máquina de escribir saltaba y cotorreaba como si estuviera loca.

Continuó y avanzó por un pasillo oscuro lleno de un leve murmullo perverso, y ascendió por escaleras sin luz hasta una región acre y perfumada de menta. Fairchild lo oyó tropezar en la oscuridad y gruñó. «¡Esta me la vas a pagar!», le juró a la indiferente y ruidosa máquina de escribir del piso de abajo. Al cabo de un tiempo su puerta se abrió y el visitante susurró «Fairchild» hacia la habitación. Fairchild maldijo entre dientes. El diván se quejó de sus movimientos, y él dijo:

—Espere hasta que encienda la luz. Si entra a tientas en la oscuridad romperá todo lo que tengo.

El señor Talliaferro suspiró aliviado.

—Bueno, bueno, estaba a punto de dejarlo y marcharme cuando el hombre de abajo me ha dejado entrar amablemente —la luz se encendió bajo la mano de Fairchild—. Oh, estaba dormido, ¿verdad? Siento mucho molestarle. Pero quiero su consejo, y como no pude verle esta mañana... ¿Ha llegado bien a casa? —preguntó

con considerado tacto.

Fairchild respondió «Sí» brevemente, y el señor Talliaferro dejó su sombrero y su bastón sobre una mesa, tirando un jarrón lleno de flores del fin de verano. Con sorprendente agilidad cogió el jarrón antes de que llegara al suelo, aunque no antes de que sus contenidos lo salpicaran generosamente.

—Oh, ¡diablos! —exclamó. Volvió a poner el jarrón en su lugar y se puso a limpiarse las mangas y la parte delantera de la chaqueta con su pañuelo—, Y el traje recién salido de la tintorería —añadió con exasperación.

Fairchild lo observaba con una alegría vengativa mal disimulada.

—Qué pena —se compadeció, sin sombra de sinceridad, mientras volvía a tumbarse en el sofá—, Pero ella no se dará cuenta: estará demasiado interesada en lo que usted le diga.

El señor Talliaferro miró hacia arriba, rápidamente, algo dubitativo. Extendió su pañuelo sobre la esquina de la mesa para que se secase. Después se pasó las manos por su cabello arreglado y pálido.

—¿Usted cree? ¿De verdad? Eso es lo que querría discutir con usted —durante un rato el señor Talliaferro se sentó cuidadosamente y contempló a su anfitrión tras una barrera de educada y total desesperación. Fairchild observó su expresión con repentina curiosidad, pero antes de que pudiera hablar el señor Talliaferro se asentó y recobró su acostumbrado aire de alarma leve y elocuente.

—¿Qué pasa? —preguntó Fairchild.

—¿A mí? Nada. Nada en absoluto, mi querido amigo. ¿Por qué lo pregunta?

—Parecía que se le había ocurrido algo, hace un momento.

El invitado lanzó una risa artificial.

—En absoluto. Se lo ha imaginado, de verdad —esa cosa oscura y oculta merodeaba por detrás de sus ojos, pero la venció momentáneamente—. Le pediré un favor, de todas formas, antes de... antes de pedirle consejo... Que no mencione nuestra... conversación. Su tema general, ya sabe —Fairchild lo observaba con curiosidad—. A ninguna de nuestras amigas comunes —añadió a continuación, afrontando la mirada simpática y curiosa de su anfitrión. De pronto el señor Talliaferro puso sus cartas sobre la mesa—. No quiero que la señora Maurier oiga hablar de ello, por razones que le explicaré a la menor oportunidad.

—De acuerdo —asintió Fairchild—, Nunca menciono ninguna de las conversaciones que tenemos sobre este tema. No creo que empiece a hacerlo ahora.

—Gracias —el señor Talliaferro había adoptado de nuevo su personalidad educada y petulante—. Tengo una razón particular, esta vez, que compartiré con usted tan pronto como considere... Usted será el primero en saberlo.

—Muy bien —dijo Fairchild de nuevo—. ¿Qué va a ser esta vez?

—Ah, sí —dijo el invitado con veloz optimismo—. Creo que he descubierto el secreto del éxito con ellas: crear el escenario apropiado de antemano, mostrar indiferencia para estimular su interés, y después audacia: eso es lo que siempre he

pasado por alto. Escuche: esta noche probaré el truco. Pero necesito su consejo — Fairchild gruñó y se tumbó. El señor Talliaferro cogió su pañuelo de la mesa y lo sacudió en sus tobillos. Continuó:

—Para empezar, le daré celos, hablándole de otra mujer en... términos bastante íntimos. Sin duda querrá bailar, pero yo fingiré indiferencia y cuando me suplique que la lleve a bailar, quizá la bese, repentinamente, pero con indiferencia, ¿ve?

—¿Sí? —murmuró el otro, acunando la cabeza con las manos y cerrando los ojos.

—Sí. Así que nos iremos a bailar, y la acariciaré un poco, todavía impersonalmente, como si pensara en alguien más. Naturalmente, ella se sentirá intrigada y dirá: «¿En qué piensa?». Y yo diré: «¿Por qué quiere saberlo?». Me rogará, quizá bailando muy cerca de mí, incitándome; pero yo diré: «Preferiría decirle en qué está pensando usted», y ella dirá inmediatamente: «¿En qué?». Diré: «Está pensando en mí». Ahora, ¿qué le parece? ¿Qué dirá ella a continuación?

—Probablemente que es usted un engreído.

El rostro del señor Talliaferro se desplomó.

—¿Usted cree que dirá eso?

—No lo sé. Lo descubriré pronto.

—No —dijo el señor Talliaferro al cabo de un tiempo—. No creo que lo haga. Más bien me imaginaba que pensaría que conozco mucho a las mujeres... — reflexionó profundamente un momento. Después comenzó de pronto—: Si lo hace, diré: «Quizá. Pero estoy cansado de este lugar. Vámonos». Ella no querrá irse, pero yo seré firme. Y entonces... —el señor Talliaferro adoptó una expresión petulante, ardiendo con algo que retenía—. No, no: no se lo voy a decir. Es dolorosamente sencillo. ¿Cómo es posible que nadie haya...? —se regodeó.

—¿Le da miedo que salga corriendo y lo use antes de que usted tenga oportunidad? —preguntó Fairchild.

—La verdad es que no. En absoluto. Yo... —meditó un momento, después se inclinó hacia el otro—. No es eso, realmente; solo siento que... Al ser el descubridor, esa clase de cosa, ¿eh? Confío en usted, mi querido amigo —añadió rápidamente en una explosión de confianza—. Se trata solamente de mis escrúpulos. ¿Lo entiende?

—Claro —dijo secamente Fairchild—. Lo entiendo.

—Usted tendrá tantas oportunidades, mientras que yo... —de nuevo, esa cosa oscura apareció tras los ojos del señor Talliaferro y se asomó al exterior unos segundos. La contuvo—. ¿Usted cree que funcionará?

—Seguro. Si el golpe final es tan mortífero como usted dice. Y si ella actúa como debería. Aunque a lo mejor es buena idea esbozarle el plan. Así ella no cometerá ningún desliz.

—Ahora me está tomando el pelo —el señor Talliaferro se molestó un poco—. ¿Pero usted no piensa que este plan es bueno?

—Hermético. Ha pensado en todo, ¿verdad?

—Sin duda. Es la única forma de ganar batallas, ya sabe. Napoleón nos enseñó

eso.

—Napoleón también dijo algo sobre la artillería más pesada —dijo el otro perversamente. El señor Talliaferro sonrió con modesta complacencia.

—Yo soy como soy —murmuró.

—Especialmente cuando hace tiempo que no se usa —añadió Fairchild. El señor Talliaferro parecía una bestia golpeada—, ¿Pero va a probar este plan esta noche, o lo está describiendo como un caso hipotético? —dijo el otro dijo rápidamente.

El señor Talliaferro sacó su reloj y lo miró consternado.

—Dios santo, tengo que darme prisa —se puso en pie, se metió el pañuelo en el bolsillo—, Gracias por sus consejos. Creo que por fin he encontrado el sistema, ¿no le parece?

—Claro —asintió el otro. En la puerta el señor Talliaferro se dio la vuelta y regresó apresuradamente para estrecharle la mano—. Deséeme suerte —dijo volviéndose. Se detuvo una vez más—. No mencionará nuestra pequeña charla, ¿verdad?

—Claro, claro —repitió Fairchild. La puerta se cerró tras el visitante y sus pies bajaron ruidosamente la escalera. Volvió a tropezarse, después la puerta de la calle se cerró tras él, y Fairchild se levantó y lo vio desaparecer desde el balcón. Fairchild regresó al sofá y volvió a acostarse, riendo. Dejó de reír entre dientes de pronto, y albergó por un tiempo una preocupación alarmada. Luego gruñó otra vez, se levantó y cogió el sombrero.

Cuando salió al callejón, el semita, que se había detenido en el umbral, le habló:

—¿Dónde vas? —preguntó.

—No sé —contestó Fairchild—. A alguna parte. La Gran Ilusión acaba de visitarme —explicó—. Esta noche tiene un plan totalmente nuevo.

—Oh. ¿Se está escapando? —preguntó el otro, bajando la voz.

—No, acaba de irse. Pero no me atrevo a quedarme esta noche. Volverá en un par de horas para contarme por qué no ha funcionado este plan. Tendremos que ir a otro lugar —el semita se pasó el pañuelo por su cabeza calva. Al otro lado de la persiana la máquina de escribir seguía cotorreando. Fairchild rió entre dientes de nuevo, luego suspiró—. Me gustaría que Talliaferro encontrase una mujer. Estoy harto de que me seduzcan... Vamos a casa de Gordon.

6

La sobrina había bostezado elaboradamente y varias veces ante el invitado solitario: estaba preparada y reconoció los síntomas preliminares que indicaban que su hermano estaba a punto de emprender su acostumbrada, abrupta y balbuciente

retirada de la mesa. Ella también se levantó con presteza.

—Bueno —dijo con brusquedad—. Encantada de conocerle, Mark. A lo mejor el verano que viene volvemos, y tendremos que hacerlo otra vez, ¿no le parece?

—Patricia —dijo su tía—, siéntate.

—Lo siento, tía Pat. Pero Josh quiere que esté con él esta noche. Mañana se va —le dijo al invitado.

—¿Usted no va? —preguntó Mark Frost.

—Sí, pero esta es nuestra última noche aquí, y Gus quiere que...

—Yo no —su hermano lo negó rápidamente—. Por mí no hace falta que vengas...

—Bueno, me parece que es mejor, de todas formas.

Su tía repitió:

—Patricia.

Pero la sobrina la ignoró. Rodeó la mesa y estrechó la mano del invitado bruscamente, antes de que él pudiera levantarse.

—Adiós —repitió—. Hasta el verano que viene. Su tía dijo «Patricia» otra vez, con firmeza. Ella se dio la vuelta ante la puerta y dijo educadamente «Buenas noches, tía Pat».

Su hermano había subido las escaleras. Ella se apresuró tras él, mientras su tía gritaba «¡Patricia!» en el salón, y alcanzó la cima de las escaleras a tiempo de ver cómo se cerraba la puerta de su cuarto. Cuando intentó entrar, el pestillo de la puerta estaba echado, así que se fue quedamente a su habitación.

Se quitó la ropa en la oscuridad y se tumbó en la cama, y al cabo de un rato lo escuchó golpear y chapotear en el baño que conectaba los cuartos de los dos. Cuando los sonidos terminaron se levantó y entró en el baño por la puerta de su habitación en silencio, y probó en silencio la puerta del cuarto de su hermano. No estaba cerrada.

Encendió la luz y abrió el grifo de la ducha hasta que unas agujas de agua golpearon con ferocidad la bañera. Metió la mano bajo al chorro a intervalos: pronto se clavaba y estaba frío; y tomó aire como si fuera a bucear y se metió debajo, agarró una pastilla de jabón y se retorció temblando y gritando mientras el agua agujoneaba su cuerpo duro y simple con su asombroso bañador blanco, oscurecía su pelo áspero, se le clavaba y la cegaba.

Giró de nuevo el grifo y el agua concluyó su trueno antiséptico en miniatura, y tras secarse vigorosamente con una toalla descubrió que tenía el mismo calor que antes, aunque ya no se sentía pegajosa. Moviéndose más despacio, regresó a su habitación y se puso un pijama limpio. Este traje todavía tenía su cordón original. Caminó sobre sus pies desnudos y silenciosos y se puso ante la puerta de la habitación su hermano, escuchando.

—Cuidado, Josh —avisó de repente, y abrió la puerta con fuerza—, voy a entrar.

La habitación de su hermano estaba a oscuras, pero ella podía distinguir la forma de su cuerpo en la cama al atravesar rápidamente la habitación y tirarse con fuerza

sobre ella. Él se incorporó bruscamente.

—Oye —exclamó—. ¿Por qué quieres venir aquí a molestarme? —Él se incorporó un poco: una lucha breve y violenta, y la sobrina cayó pesadamente al suelo. Dijo «Ay» en un tono apagado y sorprendido—. Ahora, vete y no vuelvas —añadió su hermano—. Quiero dormir.

—Ay, deja que me quede un rato. No voy a molestarte.

—¿No es bastante que te hayas pegado una semana detrás de mí y ahora tienes que venir cuando estoy intentando dormir? Lárgate.

—Solamente un ratito —suplicó—. Estaré callada y quieta si quieres dormir.

—No vas a quedarte callada. Vete.

—Por favor, Gus. Te juro que me quedaré callada y quieta.

—Bueno —concedió por fin su hermano, a regañadientes—. Pero si empiezas a dar la lata...

—Me quedaré quieta —prometió. Se deslizó con rapidez en la cama y se tendió rígidamente boca arriba.

Fuera, en la oscuridad caliente, los insectos raspaban, chocaban y zumbaban. La habitación, sin embargo, mostraba un frescor espacioso y callado, y las cortinas de las ventanas se movían con el fantasma de una brisa.

—Josh —ella estaba quieta, sin mover un músculo.

—¿Eh?

—¿No le hiciste nada a ese barco?

Al cabo de un tiempo él dijo:

—¿Qué barco? —Ella estaba callada, tensa, escuchando. Él dijo—: ¿Por qué? ¿Para qué le querría hacer algo a un barco? ¿Qué te hace pensar eso?

—¿No lo hiciste? ¿De verdad?

—Estás loca. No rompí... Únicamente bajé la mañana que me seguiste. ¿Para qué iba a querer hacerle nada? —Estaban inmóviles: una cierta tensión. Él dijo de pronto —: ¿Le has dicho que hice algo?

—Ay, no seas idiota. No voy a chivarme de ti.

—Por supuesto que no. No le hice nada.

—Vale, vale: no voy a contarlo, si tú no te atreves. Estás amarillo, Josh —le dijo con calma.

—Mira, te he dicho que si querías quedarte aquí tenías que estar callada, ¿no? Pues cállate. O vete.

—¿De verdad que no rompiste el barco?

—No, ya te lo he dicho. Ahora cállate o lárgate de aquí.

Se quedaron callados un rato. Luego ella se movió cuidadosamente, girando gradualmente sobre su vientre. Se quedó quieta un momento, luego levantó la cabeza. Parecía dormido, así que volvió a bajar la cabeza, relajó los músculos, y extendió las piernas y los brazos por la partes de la sábana que todavía estaban frescas.

—Me alegro de que nos vayamos mañana —murmuró, como si lo dijera para sí

misma—. Me gusta ir en tren. Y montañas otra vez. Me encantan las montañas, todas azules y... azules... Veremos montañas pasado mañana. Pequeñas ciudades que no huelen a gente comiendo todo el tiempo. Y montañas...

—No hay montañas de aquí a Chicago —dijo su hermano con aspereza—. Cállate.

—Sí que hay —se incorporó sobre los codos—. Hay algunas. Las vi cuando vinimos.

—Eso era en Virginia y Tennessee. Para ir a Chicago no se pasa por Virginia, atontada.

—Pero pasamos por Tennessee.

—Por esa parte de Tennessee no. Cállate, te digo. Mira, levántate y vuelve a tu habitación.

—No. Por favor, un poco más. Estaré callada. Venga Gus, no seas malo.

—Lárgate. Ahora —repitió implacable.

—Me quedaré callada: no diré una pa...

—No. Fuera, ahora. Vamos, vamos, como te he dicho.

Se acercó a él pesadamente.

—Por favor, Josh. Luego me iré.

—Bueno. Date prisa —él apartó la cara y ella se inclinó sobre él y tomó su oreja entre sus dientes, mordiéndole un poco, haciendo un sonido sin sentido y maternal contra su oreja—. Ya vale —dijo él poco después, volviendo la cara y su oreja húmeda—. Ahora vete.

Ella se levantó obedientemente y volvió a su habitación. Parecía que hacía más calor allí que en la habitación de su hermano, así que se levantó y se quitó el pijama y se metió en la cama, y se tumbó boca arriba, acunando su cabeza oscura y grave entre los brazos y contemplando la oscuridad, y al cabo de un rato no hacía tanto calor y era como si estuviera en un lugar elevado, desde el que veía montañas que se desvanecían soñadoras y azules, sin fin en una bruma púrpura, bajo la música solemne y oblicua del sol. Las vería, en un par de días. Montañas...

7

Fairchild fue directamente hacia la figura de mármol y se quedó ante ella, con las manos detrás de su rotunda espalda. El semita se sentó nada más entrar en la habitación, apropiándose de la única silla. El anfitrión estaba ocupado tras la cortina que daba paso a su habitación, desde donde reapareció con una botella de whisky. Se había quitado la camisa y la camiseta interior, y tras una leve pelusa rojiza su pecho brillaba blanco con el calor, como el torso untado de aceite de un gladiador.

—Veo —señaló Fairchild cuando el anfitrión entró— que también te ha atrapado ese fetiche moderno de la virginidad. Pero tienes esta ventaja sobre nosotros: la tuya permanecerá inmaculada sin que tengas que cerrar los ojos sobre lo que le sucede; no tienes que esforzarte para evitar que sea de otro modo. Muy satisfactorio. Y muy inusual. La mayor parte de la inmoción del hombre a la virginidad se compone, creo yo, de una alarma y una sospecha de que otro pueda, como suele decirse, llevársela.

—A lo mejor la alarma de Gordon sobre su particular ilusión sea que alguien no pueda quitársela a él —sugirió el semita.

—No, supongo que no —dijo Fairchild—, No quiere venderle esto a nadie, ya sabes. ¿Quién pagaría una buena cantidad por una virginidad que no puede violar más tarde, aunque solo fuera para asegurarse de que era auténtica?

—Podría hacerse con ella una Leda apretando su pato con los muslos, sin embargo —señaló el otro—. Es lo bastante grande. O...

—Cisne —corrigió Fairchild.

—No, pato —insistió el semita—. Los estadounidenses preferirían un pato. Y se podrían añadir ubres y una hoja de parra a la escultura. ¿No se puede, Gordon?

—Sí. Podría restaurarse —admitió secamente Gordon. Desapareció de nuevo tras la cortina y volvió con dos vasos gruesos y un tazón para guardar cosas para afeitarse con un nombre, ya casi borrado y escrito en caligrafía gótica dorada. Cogió el banco sobre el que descansaba su jarra de agua esmaltada y Fairchild se acercó y se sentó sobre él. Gordon tomó el tazón y apoyó su cuerpo alto contra la pared. Su intolerante cara de halcón era como bronce bajo el resplandor crudo de la lámpara. El semita fumaba un cigarro. Fairchild levantó su vaso y lo examinó entornando los ojos.

—¡Ubres, y una hoja de parra! —repitió. Bebió y dejó su vaso para encender un cigarrillo—. Después de todo, ese es el fin del arte. Quiero decir...

—Sacamos algo del arte —asintió el semita—. Todos admitimos eso.

—Sí —dijo Fairchild—. El arte nos recuerda nuestra juventud, nos recuerda esa época en la que no hace falta levantar la cara de la vida a cada rato para considerarla hermosa. Esa es toda la virtud que hay en el arte: es una especie de Battle Creek, Michigan, para el espíritu. Y cuando nos recuerda la juventud, recordamos el dolor y olvidamos el tiempo. Eso es algo.

—Algo si todo lo que tiene que hacer el hombre es olvidar el tiempo —añadió el semita—. Pero el que pasa los días intentando olvidar el tiempo es como el que pasa los días intentando olvidar la muerte o la digestión. Es otro ejemplo de tu inquebrantable fe en las palabras. El lenguaje es como la morfina. Un hábito terrible: para empezar, te conviertes en un aburrimiento para todos los que de otra manera te apreciarían. Por supuesto, está la oportunidad de que te saluden como un genio cuando lleves muerto muchos años. Pero, ¿qué más te da? Seguirá habiendo elevados intentos que terminarán como siempre con besos en la oscuridad, pero ¿dónde estás tú? El Tiempo. ¿El Tiempo? ¿Por qué preocuparse por algo que cuida tan bien de sí

mismo? Se nace con la costumbre de consumir tiempo. Quédate satisfecho. Tom O'Bedlam era el único que tenía genio para consumir tiempo: es decir, era totalmente inconsciente de hacerlo. Pero tú hablas por los artistas. Yo pienso en la mayoría de nosotros, que no somos artistas y necesitamos protección de los artistas, que insisten en hacer pasar su tiempo por el nuestro. Nosotros nos las arreglamos bastante bien con nuestras horas de sueño y nuestras comidas y nuestra procreación, si los artistas nos dejan en paz. Pero vosotros, malditos, no estáis satisfechos con el mundo tal y como es y por tanto intentáis reconstruir hasta el mismo suelo que pisáis, nos habláis y gritáis y gesticuláis hasta que nos contagiáis vuestra inquietud y vuestra alarma. Así que creo que si el arte sirviera a algún propósito, lo mínimo sería que mantuviera ocupados a los propios artistas.

Fairchild volvió a levantar su vaso.

—Es más que eso —dijo—. Es entrar en la vida, entrar y rodearte con ella, convertirte en parte de ella. Las mujeres pueden hacerlo sin arte: la vieja biología se encarga de eso. Pero los hombres, los hombres... Una mujer concibe: ¿le preocupa luego de quién era la semilla? No. Y pare, y el resto de su vida —sus años jóvenes y turbadores— está lleno. Por supuesto el padre puede echar un vistazo de vez en cuando. Pero en el arte un hombre puede crear sin ninguna ayuda: lo que hace es suyo. Una perversión, lo admito; pero una perversión que construye Chartres o inventa a Lear es una cosa bastante buena —bebió y dejó su vaso en el banco.

—Aunque hay mujeres artistas —dijo el semita—, ¿Cómo explicas eso?

—La creación, la reproducción desde dentro... Después de todo, ¿el impulso dominante en el mundo es femenino, como creen los pueblos primitivos? Me refiero a la reproducción. Hay un tipo de araña o algo así. La hembra es más grande y cuando el macho va hacia ella, va hacia la muerte: ella lo devora durante el propio acto de la concepción. Y eso es el hombre: una clase de voracidad que hace que el artista esté junto a sí mismo, siempre con una libreta en la mano, apuntando todas las cosas hermosas que le ocurren, matándolas en aras de algo problemático que puede usar o no. Escucha —dijo—, el amor, la juventud, la tristeza, la esperanza y la desesperación no significaban nada para mí hasta que más tarde encontré la necesidad de una reacción particular que poner en boca de un personaje sobre el que no estaba seguro en ese momento, y que aún no me parece admirable. Pero quizá fuera porque cuando era joven tenía que trabajar todo el tiempo para ganarme la vida.

—Quizá sea así —concedió el semita—. La gente sigue creyendo que tiene que trabajar para vivir.

—Claro que hay trabajar para vivir —dijo Fairchild rápidamente.

—Es natural que digas eso. Si un hombre ha tenido que negarse los placeres durante sus años de placer, prefiere pensar que era necesario hacerlo. De ahí vienen tus puritanos. No nos gusta que nadie viole las leyes que observamos y se salga con la suya. Dios sabe que el cielo es una recompensa árida por la abnegación.

Fairchild se levantó y se acercó a la fluida y apasionada fijeza del mármol.

—El fin del arte —repitió—. Quiero decir, para el consumidor, no para nosotros: nosotros tenemos que hacerlo, ellos no. Pueden tomarlo o dejarlo. Probablemente Gordon siente lo mismo hacia las historias que yo hacia la escultura, pero para mí... —meditó sobre el mármol un tiempo— cuando la estatua está completamente desnuda, solo tiene una significación fría y formal, ya sabes. Pero cuando un elemento extraño, como una hoja o el pliegue de una tela (puestas allí en desafío a la ley de la gravedad por una razón que solo conoce Dios), atrae la imaginación hacia el lugar donde se ocultan los órganos sexuales, le da a la estatua algo más caliente, una... más...

—Significación especulativa —aportó el semita.

—Significación especulativa que admito que necesito en mi escultura.

—Sin duda los moralistas están de acuerdo contigo.

—¿Por qué no iban a estarlo? La misma comida alimenta las convicciones de todos. Y un hombre que se gana el pan en una fábrica de cola debe encontrar algún tipo de placer oliendo las herraduras del ganado, o cambiaría de trabajo. Ahí está tu perversión, supongo.

—Y si te pasas la vida preocupado por el sexo —dijo el semita—, que te paguen por tu tiempo es una satisfacción añadida.

—Sí. Pero si me ganara el pan por medio del sexo, al menos estaría bastante orgulloso de ser una puta buena y honrada —Gordon volvió y llenó los vasos otra vez. Fairchild regresó y cogió el suyo, y se paseó sin rumbo por la habitación, examinando cosas. El semita se sentó con su pañuelo extendido sobre su cabeza calva. Miró el torso desnudo de Gordon con asombro envidioso—. No parecen molestarte nada —dijo inquieto.

—Mira —dijo Fairchild de pronto. Había sacado un trapo húmedo de algún sitio y ahora se inclinaba sobre su hallazgo—. Ven para acá, Julius.

El semita se levantó y se le unió. Era arcilla, pero estaba húmeda, y desde su tediosa grisura muerta la señora Maurier los miraba. Sus papadas, ásperas, y los flácidos músculos de sus mandíbulas con salvaje verosimilitud. Sus ojos eran cavernas excavadas con pulgares en el mortecino y familiar asombro de su rostro; y, sin embargo, tras ellos, en algún lugar del interior de esas cuencas vacías, había algo más tras su sorpresa familiar, algo que mostraba la máscara que era su rostro, y, lo que es más, una máscara inconsciente.

—Bueno, maldito sea —dijo Fairchild, mirándola fijamente—, La conozco desde hace un año, y Gordon, en cuatro días... Maldito sea —dijo otra vez.

—Te lo podría haber contado —dijo el semita—. Pero quería que lo vieras por ti mismo. No sé cómo te lo perdiste: no sé cómo nadie con tu fe en el hombre podría pensar que alguien puede ser tan tonto como ella, sin razón.

—¿Una explicación para la tontería? —dijo Fairchild—, ¿Acaso requiere una explicación su tipo de tontería?

—La da a gritos —respondió el otro—. Mira, Gordon la pilló inmediatamente.

—Es verdad —admitió Fairchild. Volvió a contemplar la cara. Luego miró a Gordon con envidiosa admiración—, Y lo pillaste inmediatamente, ¿verdad?

Gordon estaba llenando los vasos otra vez.

—No se le podía escapar —repitió el semita—. No sé cómo se te escapó a ti. Tú eres razonablemente agudo sobre la gente, tarde o temprano.

—Bueno, parece que se me escapó —Fairchild volvió y ofreció su vaso—. Pero es lo normal, ¿no? ¿Plantaciones y demás? ¿Una primera familia y todo eso?

—Algo así —dijo el semita. Volvió a su vieja silla. Fairchild se sentó junto a la jarra de agua—. Es del norte. Se casó con el dinero. Su marido debía de ser bastante viejo cuando se casaron. Eso es lo que la explica, me parece.

—¿Qué? ¿Ser del norte, o el matrimonio? El matrimonio empieza y explica muchas cosas sobre nosotros, como la soltería o la viudedad. Y supongo que el río Ohio también puede afectar a nuestro destino. ¿Pero cómo la explica a ella?

—La historia es que su familia la obligó a casarse con el viejo Maurier. Antes de la guerra civil era capataz en una gran plantación. Desapareció en el 63, y cuando la guerra terminó apareció a lomos de un caballo con una silla de la caballería de la Unión y cien mil dólares en billetes federales sin contar como manta para la silla. Dios sabe cuál era la cantidad exacta, o cómo la consiguió, pero era suficiente para establecerse. Dinero. No se puede discutir con el dinero: solo protestar.

«Todo el mundo esperaba que derrochara el dinero: que se exhibiera ante la aristocracia arruinada, ese tipo de cosas; vencer algunas de las inhibiciones que habría desarrollado durante sus días de capataz. Pero no lo hizo. Quizá se libró de sus inhibiciones en la guerra. De todas formas, no consiguió estar a la altura del personaje, así que la gente decidió que era un cobarde moral, que se había escondido con su dinero en algún lugar, como una rata. Y esa fue la opinión general hasta que corrió un rumor sobre unos negocios inmobiliarios bastante turbios en los que le asesoró un judío llamado Julius Kauffman, que adquirió una fortuna y un nombre desagradable durante los años inmediatamente posteriores a que el general Butler subiera al poder. Y cuando el humo se disipó un poco, tenía más dinero del que los rumores pudieron calcular jamás, y era el propietario de la plantación en la que una vez había sido capataz, y en una década formaba parte de la clase terrateniente. No dudo que desenterrara un poco de sangre azul de emigrantes huidos de las revoluciones en Europa. Era un hombre perspicaz y pequeño, un hombre frío y violento; exactamente el tipo de persona que tiene una genealogía impecable. Desprovisto de humor y perspicaz, pero no dudo que alguna vez se sentara en los salones de sus padres recién adoptados y se echara a reír.

»La historia es que el padre de ella llegó a Nueva Orleans en un viaje de negocios, con una bendición de Washington. Ella era joven entonces; probablemente una formación en una escuela exclusiva y un futuro social, de esos que se escriben con mayúsculas por descontado, pero todo de alguna manera bastante precario: col y un lacayo para servirla; un salón en el que se sentaban educadamente, rodeados de

objetos, mientras hablaban un francés correcto, probablemente, con los hombres del alguacil en el porche y la cuenta del carnicero en la puerta de la cocina. La nobleza: trajes de gala y ropa interior vieja debajo. Imagino que él, su padre, estaba en las últimas. Algún nombramiento del gobierno, me figuro, lo trajo al sur: un secuestro de privilegios con sanción oficial.

»Parece, sin embargo, que toda la familia encontró nuestro clima saludable, con hibiscos y mimosas en los campos en vez de alguaciles, y nuestros aires dulzones después de los rigores de Nueva Inglaterra; y ella destacó bien pronto entre la *jeunesse dorée* de los años noventa; se enamoró de un joven, sin blanca pero auténtico, que dirigía los bailes de etiqueta e iba sin guantes para mandarle flores y cositas glaseadas de la rué Vendôme y cantaba y tocaba la guitarra bajo los hibiscos y las mimosas cuando salían las estrellas. Mientras tanto, el viejo Maurier había hecho un intento. La nobleza todavía no lo aceptaba. Pero no se puede ignorar al dinero: solo protestar. Y temblar. Mi pueblo le enseñó eso al mundo... Y entonces —el semita vació su vaso. Continuó:

»Sabéis cómo es: cómo de pronto llega un momento en el transcurso de los acontecimientos humanos en el que todo —la atención pública, las circunstancias, incluso el propio destino— está atrapado en el único instante posible, y las acciones de cierta gente, por ninguna razón en absoluto, cobran una importancia y un interés extraordinarios para el resto del mundo. Eso es lo que sucedió con esta gente. Se hicieron apuestas; incluso un jugador famoso organizó una porra. Y todo ese tiempo ella seguía con sus asuntos, con sus fiestas, sus encuentros y sus bailes, tras esa fría máscara de porcelana de Dresde. Dicen que era bastante hermosa. La gente no paraba de pintarla. Su cara estaba en todas las exposiciones, su nombre era una palabra corriente en la calle y un brindis en Antoine's y en el Saint Charles... Pero puede que no hubiera nada tras esa máscara.

—Por supuesto que había algo —dijo rápidamente Fairchild—. Aunque solo sea por la historia.

—Orgullo, en cualquier caso, imagino. Tenía eso —el semita alargó la mano hacia la botella. Gordon se acercó y rellenó su tazón—. Debió resultarle bastante duro, aunque solamente sufriera su orgullo. Pero las mujeres pueden soportar cualquier cosa...

—Y disfrutarla, además —añadió Fairchild—, Sigue.

—Eso es todo. Se casaron en la catedral. Ella no era católica: Irlanda todavía no había emigrado en cantidades significativas cuando su gente se estableció en Nueva Inglaterra. Eso era otra cosa, claro. Y su Lochinvar descabalgado estaba presente. Se habían hecho apuestas que decían que si se hubiera ausentado, o si lo hubiera dicho, nadie habría asistido. Todavía se consideraba a Maurier... bueno, imagina para ti una situación como esa: una tradición de tranquilidad inexpugnable e infranqueable que se desmorona bajo tus pies; y de esa catástrofe surge un hombre que antes sujetaba tu estribo cuando tú ibas a subir al caballo... Ya sabéis: treinta años es apenas la

adolescencia de la amargura.

»Me habría gustado verla salir de la iglesia después de la boda. Tendrían un baldaquín que llevaría desde la puerta hasta el carruaje: tenía que haber un baldaquín, y flores, olorosas —creo que Lochinvar habría mandado gardenias—. Y ella, engalanada con todos los hábitos paganos de la inocencia y su hermosa cara secreta junto a ese hombre frío y violento, ya encanecido. Pero os habéis dado cuenta de cómo se necesita la arlequinada de la aristocracia para revelar la sangre campesina, ¿verdad? Y su Lochinvar deseándole buena suerte, observando sus tobillos mientras subía al carruaje.

»No tuvieron hijos. Puede que Maurier fuera demasiado viejo; puede que ella fuera estéril. A menudo sucede con esa clase de mujer. Pero no creo. Me parece... Pero ¿quién sabe? Yo no. De todas formas eso la explica, desde mi punto de vista. Al principio uno piensa que es solo tontería, falta de ocupación: un cubo de ropa sucia, para ser más precisos. Pero veo algo frustrado detrás de todo eso, algo ahogado, que sin embargo se resiste a morir.

—Una virgen —dijo Fairchild—, Eso es lo que es, exactamente. Tonteando con el sexo, posando la mano sobre él como un gato con un ovíllo. Se perdió algo: su cuerpo se lo dijo, insistió, la obligó a intentar remediarlo y llenar ese vacío. Pero ahora su cuerpo es viejo; ya no recuerda que se perdió nada, y todo lo que le queda es un hábito, el fantasma de una necesidad de rectificar algo pese a que su cuerpo olvidó esa carencia hace mucho tiempo.

El semita volvió a encender su cigarro frío. Fairchild contempló su vaso, lo giró a un lado y otro lentamente. Gordon seguía apoyado contra la pared: miraba más allá de ellos y observaba algo que no estaba en la habitación. El semita se golpeó en la muñeca, después se limpió la palma en el pañuelo. Fairchild habló:

—Y no me di cuenta, no me di cuenta de nada —meditó—, Y entonces Gordon... Oye —levantó la vista de pronto—, ¿cómo has aprendido todo esto?

—Julius Kauffman era mi abuelo —contestó el semita.

—Oh... Bueno. Está bien que me lo hayas contado. Supongo que no tendré otra oportunidad de saber nada de ella de primera mano —se rió entre dientes, sin alegría.

—Oh, seguro que sí —le dijo el otro—. No nos guardará rencor por el viaje en barco. La gente es mucho más tolerante con los artistas de lo que los artistas son con la gente —aspiró el humo de su cigarro—. El problema contigo es que no actúas nada bien. Eres el artista más decepcionante que conozco. Mark Frost está mucho más cerca que tú de lo genuino. Pero él también tiene mucho más tiempo que tú para ser un genio: pasas demasiado tiempo escribiendo. Y ahí también es donde va a fracasar Gordon. Vosotros dos representáis el típico genio escotado. Y la gente que tiene coches y comida pone el límite justo en el *negligé*... Algo que les cubra hasta la clavícula. Recordadme que se lo diga a Mark mañana: se me ha ocurrido varias veces que necesita uno nuevo.

—Hablando de escote —Fairchild volvió a limpiarse la cara—. ¿Qué hace que un

hombre beba whisky en una noche como esta?

—No lo sé —respondió el otro—. Quizá sea un plan de la naturaleza para alimentar a nuestros inmigrantes italianos. O de la providencia. Prohibición para los latinos, política para los irlandeses. Él las inventó para ellos.

Fairchild rellenó su vaso, vacilante.

—Ya que estamos puedo llegar hasta el final —dijo. Gordon seguía apoyado contra la pared, inmóvil y remoto. Fairchild continuó—. Italianos e irlandeses. ¿Dónde entramos nosotros, los nórdicos nativos? ¿Qué ha inventado Dios para nosotros?

—Nada —respondió el semita—. Vosotros inventasteis la providencia —Fairchild levantó su vaso, bebió de golpe, y una parte del licor cayó por encima suavemente y se escurrió por las comisuras de sus labios y por su barbilla. Después bajó el vaso y miró al otro con una blanda sorpresa.

—Me temo —respondió, articulando las palabras cuidadosamente— que esta va a ser definitiva —se limpió la barbilla con una mano vacilante, y chocó su vaso vacío contra el suelo. El semita gruñó.

—Ahora tendremos que marcharnos otra vez, justo cuando me había acostumbrando. O a lo mejor te apetece tumbarte un rato.

Fairchild siguió sentado un momento, reflexionando.

—No —dijo, contundente—. Si me tumbo, no volveré a levantarme. Un poco de aire, aire fresco. Iré fuera —el semita se levantó y lo ayudó a ponerse de pie. Fairchild se recompuso—. Ven, Gordon, tengo que salir un rato.

Gordon emergió de su sueño. Llegó y elevó la botella hacia la luz, y la dividió entre su tazón y el vaso del semita. Bebieron mientras sostenían a Fairchild entre los dos. Después Fairchild tenía que volver a examinar la figura de mármol.

—Creo que es bonita —se puso ante ella, balanceándose y tragando el líquido caliente y salado que seguía llenando su garganta—. Dan ganas de que hable, ¿verdad? Sería como un viento que sopla entre los árboles... No... hablar no: te gustaría observarla desde cierta distancia una mañana de mayo, bañándose en una charca rodeada de álamos. Es la manera de olvidar el dolor.

—No es rubia —dijo Gordon bruscamente, con la botella vacía en la mano—. Es oscura, más oscura que el fuego. Es más terrible y hermosa que el fuego —se detuvo y los miró. Después levantó la botella y la estrelló en la enorme chimenea llena de basura.

—¿No es...? —murmuró Fairchild, intentando enfocar los ojos.

—Mármol, pureza —dijo Gordon con su voz intolerante y áspera—, Pura porque todavía no han descubierto una forma de hacerla impura. Lo harían si pudieran. ¡Malditos sean! —Los miró un momento tras sus cavernosas cejas de bronce. Sus ojos eran pálidos como dos trozos de acero—. Olvida el dolor —repitió con aspereza—. Solo un idiota no tiene dolor, y solo un imbécil lo olvidaría. ¿Qué otra cosa hay en el mundo lo bastante afilada como para pegarse a tus entrañas?

Cogió el abrigo fino que había detrás de la puerta y se lo puso sobre el torso desnudo, y ayudaron a Fairchild a salir de la habitación y bajar las escaleras oscuras, repentinamente calmadas y silenciosas.

8

Mark Frost estaba en la esquina, francamente exasperado. La luz de la calle salpicaba su alta figura espectral con sombras de las hojas mordisqueadas de finales de agosto, y estaba de pie indeciso, reflexionando con inquietud. Su noche se había echado a perder: era demasiado tarde para montar nada por su cuenta o unirse a la fiesta de otro, demasiado pronto para irse a casa. Mark Frost dependía por completo de los demás para pasar el tiempo.

Sobre todo, estaba molesto con la señora Maurier. Molesto y desagradablemente sorprendido y perplejo. Por su extraña... no frialdad, más bien indiferencia, distancia, insensibilidad. Si uno tiene un mínimo de temperamento artístico, si tiene un rastro de arte en la sangre, cenar con ella servía para llenar la velada. Pero esa noche... «Nunca había visto a la vieja tan indiferente ante la presencia del genio», se dijo. «No parecía importarle un carajo que yo me quedase o me marchara. Pero quizá no se encuentra bien, tras las emociones de estos días», añadió generosamente. «Y, como se trata de una mujer, además...». Había olvidado por completo a la sobrina, la polilla sepulcral de su corazón había olvidado esa llama momentánea.

Su tranvía (poseído y administrado por el ayuntamiento) llegó en ese instante, y el instinto le subió a bordo. El instinto también le otorgó el transbordo adecuado, pero una migaja de precaución (o pereza) en el lugar del transbordo lo empujó entre los automóviles que llevaban a jóvenes encantados de distintas edades velozmente hacia la nada o menos, en dirección a una farmacia en la esquina que tenía un teléfono. La llamada le costó cinco centavos.

—Hola... Sí, soy yo... Pensaba que ibas a salir esta noche... Sí. Un viaje muy estúpido. No aguantaba más... Así que has decidido quedarte, ¿no?... No, solo he pensado llamarte... De nada... Se me ha caído otro botón... Gracias. Lo llevaré la próxima vez que vaya... ¿Esta noche? Bue... no... ¿eh?... vale. Voy. Adiós.

Su aire espectral parecía aniquilar el espacio: llegaba invariablemente después de que te hubieras olvidado de él y antes de que lo esperaras. Pero ella lo conocía desde hacía mucho tiempo y antes de que llamara apareció en una ventana y dejó caer la llave, y él registró su triste sonido metálico y entró en la sala oscura. Una luz brillaba tenue desde lo alto de la escalera, donde ella se inclinó para observar la leve nube de su pelo al subir.

—Estoy sola esta noche —dijo ella—. Mi familia se ha ido a pasar el fin de

semana fuera. No esperaban que volviera hasta el domingo.

—Me alegro —respondió él—. No me apetecía hablar con tu madre esta noche.

—A mí tampoco. Ni con nadie, después de estos cuatro días. Pasa.

Era una habitación vagamente libresca, en medio de la cual una pesada lámpara de aspecto caliente y de color champán producía un oasis de luz sobre un diván con un brocado azul y gastado. Mark Frost fue inmediatamente hacia el diván y se tiró cuan largo era. Después se movió y sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta. La señorita Jameson aceptó uno y él volvió a relajarse y lanzó un gruñido de alivio hueco.

—Estoy demasiado cómodo —dijo—. Me da vergüenza estar tan cómodo.

La señorita Jameson puso una silla justo en el borde del oasis de luz.

—Sírvete —contestó—. No hay nadie más que nosotros. Mi familia no vuelve hasta el domingo por la noche.

—Elegante —murmuró Mark Frost. Puso el brazo sobre su cara, tapándose los ojos—. Toda la casa para ti. Tienes suerte. Dios, me alegro de no estar en ese barco. Nunca más.

—No menciones ese barco —se estremeció la señorita Jameson—, Creo que ninguno de ese grupo volverá. Por lo que ha dicho esta mañana la señora Maurier. Por lo menos, ni Dawson ni Julius, en todo caso.

—¿Mandó un coche a buscarlos?

—No. Después de lo de ayer, se podían haber caído por la borda y ni siquiera se lo habría dicho a la policía... Pero no hablemos de ese viaje —dijo con cansancio. Se sentó justo más allá del radio de la luz: una fragilidad imprecisa y sin humor. Mark Frost seguía boca arriba, fumando su cigarrillo—. Ahora que lo pienso: ¿cerrarás la puerta cuando te vayas? Estaré sola aquí esta noche.

—Vale —prometió él desde debajo de su brazo. Su boca pálida y prensil liberó el cigarrillo y su mano se balanceó hacia donde suponía que había un cenicero. El cenicero no estaba allí y su mano hizo una serie de movimientos fútiles hasta que la señorita Jameson se inclinó hacia delante y movió el cenicero hacia la elipsis automática de su mano. Al cabo de un rato ella se inclinó hacia delante de nuevo y apagó su cigarrillo. En algún lugar detrás de él, un reloj golpeó monótono el silencio y ella se movió inquieta en la silla, se inclinó y cogió otro cigarrillo del paquete de Mark Frost. Él apartó el brazo el tiempo suficiente como para levantar el paquete a la altura de sus ojos y contar los cigarrillos que quedaban. Después dejó el brazo donde estaba antes.

—Estás callado esta noche —señaló ella. Él gruñó y ella se inclinó hacia delante una vez más y aplastó con decisión su cigarrillo a medio fumar. Se levantó—. Voy a quitarme algo de ropa y ponerme algo más fresco. No hay nadie que pueda protestar. Perdóname un momento.

Él volvió a gruñir por debajo del brazo, y ella se alejó del oasis de luz. Abrió la puerta del dormitorio y permaneció en la oscuridad un momento, justo al otro lado de

la puerta. Después cerró audiblemente la puerta, esperó un momento, luego la abrió un poco, y apretó el interruptor.

Fue al tocador y encendió dos pequeñas lámparas eléctricas, regresó y apagó la luz del techo. Reflexionó un rato; luego volvió a la puerta y se quedó de pie, con el pomo en la mano; luego, sin cerrar, volvió al tocador y apagó una de las luces. Eso llenó la habitación de un brillo suave y rosado en el que un callado susurro de cristal sobre el tocador era la única figura que se distinguía. Se quitó el vestido apresuradamente, y se quedó en ropa interior con una especie de coraje pasivo y retorcido, pero seguía sin llegar ningún sonido de movimiento desde el otro lado de la puerta, y ella encendió la otra luz y se examinó en el espejo.

Reflexionó de nuevo, examinó su cuerpo frágil con sus ropas íntimas. Después corrió rápido y en silencio hacia una cómoda, y en un cajón cerrado buscó febrilmente una delicada masa limpia de tela transparente: al final encontró un vestido de noche bordado, pulcramente doblado y apenas llevado y con un suave perfume. Luego, de pie y donde la puerta, si se abriera, la ocultaría un momento, se metió el vestido por la cabeza y a continuación se quitó la ropa interior. Después tomó su corazón temerario y atribulado, y la calma frágil y sin humor en la que latía, de regreso al tocador se sentó ante el espejo y asumió una pose estudiada, mientras peinaba y peinaba su cabello largo y exento de interés.

Mark Frost seguía tirado en el diván, como de costumbre, cubriéndose los ojos con el brazo. A ratos se incorporaba para encender otro cigarrillo, y cada vez contaba el número decreciente de pitillos que continuaban en alarma estática. Un reloj hacía tic-tac en algún lugar de la habitación. La luz tenue de la lámpara lo bañaba en un mar inmóvil de color champán... Levantó un cigarrillo nuevo: su boca pálida y prensil se enrolló a su alrededor como si fuera un organismo distinto.

Pero al cabo de un rato no quedaban cigarrillos. Y, despierto temporalmente, percibió la prolongada ausencia de su anfitriona. Volvió a tumbarse, deleitándose en el silencio y la suave superficie sobre la que descansaba. Pero no tardó en levantar el paquete de tabaco vacío; gruñó desolado y se levantó y se paseó en silencio por la habitación, quizá con la esperanza de encontrar un cigarrillo que alguien hubiera olvidado. Pero no había ninguno. El sofá lo atraía y regresó al oasis de luz, donde descubrió y capturó el cigarrillo prácticamente entero que la señorita Jameson había descartado. «Dale», murmuró con sepulcral falta de humor y le prendió fuego, retirando la cabeza para no perder las pestañas al hacerlo, y se tumbó de nuevo, cubriéndose los ojos con el brazo. El reloj seguía sonando en medio del silencio. Parecía estar justo detrás de él: si pudiera meter los ojos en el interior de su cráneo... Más le valía mirar, después de todo, al cabo de un rato. Después de medianoche solamente había un tranvía cada hora. Si perdía el de las doce...

Así que al cabo de un rato miró —se tuvo que mover para hacerlo— y se levantó

del diván con una prisa loca e inarticulada. Afortunadamente recordaba dónde había dejado el sombrero y lo cogió y se lanzó escaleras abajo y cruzó el pasillo oscuro. Chocó con una cosa o dos, pero el rectángulo pálido de la puerta de cristal lo guió y tras una violenta lucha logró abrirla, saltó hacia fuera y la golpeó con fuerza tras él. No cerró bien y a mitad de camino por las escaleras volvió la vista salvajemente hacia la brillante oscuridad que revelaba el resplandor vago de la luz en lo alto de las escaleras.

La esquina no estaba lejos, y, mientras corría ágil y frenéticamente, llegó el grave gesto de altas palmeras y el rumor exangüe de la luna moribunda, y el murmullo creciente del tranvía que sonaba entre los árboles. Vio cómo se detenían sus ventanillas encendidas, oyó cómo cesaba su zumbido, vio las ventanillas otra vez y oyó que el zumbido se hinchaba y ahogaba sus gritos ásperos y reiterados. Pero el revisor lo vio finalmente y tiró otra vez de la cuerda, y el tranvía volvió a detenerse, zumbó con impaciencia, y Mark Frost lanzó sus piernas largas e ingobernables por el resplandor blando y adormilado del asfalto pulido e impulsó su cuerpo jadeante y espectral entre las puertas abiertas, hacia las que se asomó el revisor, diciendo:

—¡Vamos, vamos: esto no es un taxi!

9

Habían pasado tres sacerdotes grises y de pies silenciosos, pero en un intervalo acallado por viejas paredes sin ventanas permanece una desesperación leve y célibe. Bajo una alta puerta de piedra con un emblema y un artefacto tallado en piedra yace un mendigo que acuna en la mano un trozo de pan^[2]

(Gordon, Fairchild y el semita caminaban por la ciudad oscura. Por encima de ellos, el cielo: una noche cargada y voluptuosa y enormes estrellas cálidas como gardenias marchitas. A su alrededor, calles: cañones estrechos y poco profundos, llenos de podredumbre, adornados con delicadas rejas, apenas visibles)

La primavera está en alguna parte del mundo, como una caña afilada y mecida por el viento, alta y fieramente fría: todavía no la ve; una forma que reconocerá; todavía no la ve. Los tres sacerdotes pasan: las paredes han silenciado sus pies descalzos y grises

(Había mujeres tras una puerta entreabierta. Sus caras bajo la luz de las estrellas planas, pálidas y abundantes, olorosas, incitantes y lascivas. Gordon hola Dempsey destacaba sin sombrero sobre sus dos compañeros. Caminaba deprisa, sin prestar atención a las mujeres. Fairchild se rezagaba; el semita, forzosamente, también. Una mujer rió, abundante, queda y exuberante en la oscuridad olorosa vamos chicos muchas chicas os refrescarán vamos chicos. El semita empujó hacia delante a Fairchild, que farfullaba excitado)

¡Eso es, eso es! Caminas por una calle oscura, en la oscuridad. La oscuridad es pesada e íntima a tu alrededor, sostiene todas las cosas, cualquier cosa: únicamente tienes que sacar la mano para tocar la vida, para sentir cómo late el corazón de la vida. Belleza: una cosa invisible, sugerida: natural, fecunda y fétida. No te detienes por ella: la dejas de lado

(El semita lo arrastró tras las altas zancadas de Gordon) *Amo tres cosas Ratas como plata opaca y astuta, entusiastas y gordas como la muerte, se deslizan para roer la corteza que el mendigo sostiene sin fuerza bajo la puerta de piedra. Nadie las reprende y se aglomeran en tomo a su forma acostada, explorando su ropa con un silencio obscuro, arrastrando sus vientres calientes sobre su cuerpo delgado y marchito, olisqueando sus partes íntimas* Amo tres cosas

(Empujó hacia delante a Fairchild, que farfullaba en éxtasis) Una voz, un toque, un sonido: la vida continuaba a tu alrededor sin ser vista en la pesada oscuridad, tras esos muros y esos ladrillos... (Fairchild se detuvo, apoyó las manos en el muro ebrio de calor que había a su lado, miró a su amigo a la luz de las estrellas. Gordon iba por delante de ellos, caminando rápidamente) En este o aquel cuarto oscuro. Quieres ir a todas las calles de todas las ciudades en las que viven los hombres. Mirar todas las habitaciones oscuras del mundo. No con curiosidad, ni con temor, desaprobación o duda. Sino con humildad y delicadeza. Como te deslizarías para mirar a un niño que duerme, sin molestarlo

Después se van rápidamente como una sola rata, y, de nuevo seguras y quietas, parecen una hilera de cigarrillos que brilla sin parpadear y a la misma altura. El mendigo, cuya mano conserva el gesto de sostener su corteza robada, continúa dormido bajo la puerta de piedra

(Fairchild farfullaba. Gordon continuaba delante, se dio la vuelta y franqueó una puerta. La puerta se abrió con fuerza, una sábana de luz cayó hacia la acera, después volvió a cerrarse, recogiendo rápidamente la sábana de luz. El semita apretó el brazo de Fairchild. Fairchild se detuvo. En torno a él la ciudad se desvanecía con una voluptuosidad de oscuridad y calor: un sueño que no era un sueño; y la oscuridad y el calor lamían su cuerpo bajo y fornido con el pulso eterno y oculto del mundo. Por encima de él, por encima del serrado cañón de la calle, unas estrellas enormes y calientes ardían en el corazón de las cosas)

Otros tres sacerdotes, descalzos, con ropa del color del silencio, surgen de la nada. Se apresuran hacia los otros tres, cuando espían al mendigo bajo la puerta de piedra. Se detienen junto a él: los muros acallan sus pies grises y sibilantes. Las ratas están inmóviles como una hilera de cigarrillos (Gordon reapareció, cerniéndose sobre los otros dos a la luz callada de las estrellas. Llevaba una botella en la mano) Los sacerdotes se acercan, se tocan unos a otros, se inclinan tímidamente sobre el mendigo en la calle vacía mientras llega el silencio, lento como una procesión de monjas con la respiración fundida. Sobre los muros callados, algo salvaje y apasionado, remoto y triste: chirriante como una gaita, y sin embargo no se oye. Por debajo, formas sin sonido entre las que aparece imprecisa una doncella con un vestido sin ceñir y con una cadena delgada y brillante entre los tobillos, y el sonido de un lamento lejano

(Doblaron una esquina y entraron en una calle más oscura. Gordon volvió a detenerse, meditabundo y remoto. Levantó la botella contra el cielo) Sí, amarga y nueva como el fuego. Alimentada con el sueño. Acallado su fuego extraño y ardiente. Una crisálida de fuego blanco. Espléndida y nueva como el fuego. (Bebió, escuchando el ritmo medido de su propio corazón amargo y salvaje, después pasó la botella a sus compañeros, su rostro de halcón se cernía sobre ellos y contra el cielo. Los otros bebieron. Siguieron avanzando por la ciudad oscura)

El mendigo todavía duerme, acariciando su corteza robada, y uno de los sacerdotes dice: ¿Requieres algo del hombre, Hermano? Justo sobre el silencio, entre las formas, un chico desnudo untado de bermellón, que lleva con naturalidad una corona. Se mueve errático con una risa sin sentido; y el cuerpo desnudo y sin cabeza de una mujer esculpido en ébano, rodado de mujeres que llevan pieles de animales muertos y están encadenadas unas a otras y se lamentan. El mendigo no responde, no se mueve, y un segundo sacerdote se inclina sobre su cara pálida ensombrecida. Bajo

su frente alta y blanca no duerme, porque sus ojos miran fijamente y en silencio más allá de los tres sacerdotes, sin percibirlos. El tercer sacerdote se inclina, alza la voz.
Hermano

(Se detuvieron y bebieron de nuevo. Después continuaron, el semita llevaba la botella, la acunaba contra su pecho) Amo tres cosas (Fairchild caminaba erráticamente a su lado. Por encima, entre las estrellas locas, la cabeza barbuda de Gordon. La noche era llena y rica, olía a calles y gente, a seres secretos y cosas)

El mendigo no se mueve y la voz del sacerdote es un pájaro oscuro que intenta salir de una jaula. Sobre el silencio, entre él y el cielo travieso, crece un sonido como el rumor del mar que se oye a lo lejos. Los tres sacerdotes se miran unos a otros. El mendigo yace inmóvil bajo la puerta de piedra. Las ratas miran con sus cigarrillos expectantes sobre la escena

Amo tres cosas: el oro, el mármol, el púrpura *El sonido aumenta. Entre sombras y ecos se convierte en un viento atronador que llega desde las colinas con el estrépito de las pezuñas de los centauros. La mujer negra y sin cabeza es una agonía esculpida más allá de la placidez borrosa de la doncella sin ceñir, y mientras las sombras y los ecos se mezclan las mujeres encadenadas levantan de nuevo sus voces, en un lamento suave* (Los acosaban. Susurros desde cada umbral, manos lascivas, inoportunas y abundantes en la oscuridad densa y salvaje. Fairchild se tambaleó a su lado, y Gordon volvió a detenerse. «Voy a entrar», dijo. «Dame algo de dinero». El semita le dio un billete sin nombre) *El viento sigue soplando, se llena con figuras que saltan traviesas como las llamas, y un ruido de gaitas fieras y frías esculpe oscuramente a partir del espacio el mundo oscuro. Las pezuñas de los centauros chocan, furiosas, voces chillonas cabalgan en la tormenta como pájaros racheados, salvajes, apasionados y tristes* (Una puerta se abrió en el muro. Gordon entró y antes de que la puerta volviera a cerrarse lo vieron en un pasillo estrecho, alzando a una mujer en la sombra, levantándola contra las estrellas locas, suavizando sus gritos con su beso alto) *Después voces y ruido, sombras y ecos cambian de forma en un torbellino, se convierten en el torso sin cabeza sin piernas sin brazos de una chica, inmóvil y virginal y apasionadamente eterno antes de que las sombras y los ecos se alejen girando*

(Siguieron. El semita acunaba la botella contra su pecho) Amo tres cosas... Dante inventó a Beatriz, creó para sí una dama que la vida no tuvo tiempo de crear, y puso

sobre sus hombros frágiles y rectos toda la carga de la historia del hombre y el deseo imposible de su corazón... *Finalmente un sacerdote, más atrevido, se inclina y desliza la mano bajo el triste vestido del mendigo, contra su corazón. Está frío* (De repente Fairchild se tropezó pesadamente a su lado y habría caído. Agarró a Fairchild y Fairchild se apoyó contra la pared, la cabeza hacia atrás, sin sombrero, mirando el cielo fijamente, escuchando el ritmo oscuro y medido del corazón de las cosas. «Eso es lo que es. Genio». Hablaba despacio, vocalizaba con claridad y contemplaba el cielo. «La gente lo confunde tanto, ya ve. Ahora solo significa un estado activo de la mente en el que se pinta un cuadro o se escribe un poema. Cuando no es eso en absoluto. Es esa Semana de Pasión del corazón, ese instante de beatitud atemporal que algunos nunca llegan a conocer; que algunos, supongo, alcanzan cuando quieren; que otros alcanzan por medio de un agente exterior como el alcohol, como esta noche. Ese estado pasivo del corazón con el que la mente, el cerebro, no tiene nada que hacer, en el que los trillados accidentes que forman este mundo —el amor, la vida, la muerte, el sexo, la tristeza—, unidos por azar en proporciones perfectas, adquieren una belleza espléndida y atemporal. Como Iseo la de las Blancas Manos y Tristán, con su insulsez noble y limpia de corazón; como esa joven Lady Algo que ejecutó algún gobierno, que pedía permiso y tocaba con una especie de sobria sorpresa el filo de la cuchilla que iba a cortarle la cabeza; como una chica pelirroja, una idiota, que aparece con un vestido blanco bajo una espaldera cubierta de glicinas al final de una tarde de mayo...»). Se apoyó en la pared, mirando fijamente el cielo callado y loco, escuchando el corazón oscuro y simple de las cosas. Desde detrás de una cornisa llegó por fin el rumor frío y exangüe de la luna moribunda)

(El semita acunó la botella contra su pecho «Amo tres cosas: el oro, el mármol y la púrpura...») *Los sacerdotes se santiguan mientras las monjas del silencio funden de nuevo su respiración, y pasan de largo: los muros altos y sin ventanas no tardan en acallar su leve desesperación célibe. Las ratas son arrogantes como cigarrillos. Al cabo de un rato avanzan quedamente otra vez, suben sobre el mendigo, arrastran sus vientres calientes sobre él, exploran sin reproche sus partes íntimas. En algún lugar a lo largo de la calle oscura, sobre las colinas esculpidas por el viento, más allá del silencio: leves gaitas, inaudibles. Salvajes, apasionadas, tristes («Forma, solidez y color», dijo a su propio corazón apasionado y oscuro, y a Fairchild, que estaba a su lado, apoyado en una pared oscura, vomitando)*

El rectángulo de luz seguía cayendo sobre el callejón: al otro lado de la persiana a media altura, la máquina de escribir saltaba y tronaba.

—Fairchild.

El que manipulaba la máquina sintió una vaga molestia, como cuando uno sabe que alguien intenta despertarlo de un sueño agradable y tiene conciencia de que el sueño se romperá si se resiste.

—Oh, Fairchild.

Volvió a concentrarse, intentó exorcizar al violador de la beatitud de su corazón golpeando su teclado con más fuerza. Pero finalmente llegó un sonido tímido en la ventana.

—¡Maldición! —se rindió—. ¡Adelante! —bramó, levantando la cabeza—. Dios mío, ¿de dónde ha salido? Le he dejado entrar hace unos diez minutos, ¿no? —Después vio la cara del visitante—, ¿Qué sucede, amigo? —preguntó rápidamente—, ¿Está enfermo?

El señor Talliaferro se quedó parpadeando bajo la luz. Después entró lentamente y se dejó caer en una silla.

—Peor que eso —respondió con un abatimiento absoluto. El hombre grande se dio la vuelta pesadamente para mirarlo.

—¿Necesita un médico o algo?

El visitante escondió la cara entre las manos.

—No, no, un médico no puede ayudarme.

—Bueno, ¿qué quiere entonces? Estoy ocupado. ¿Qué pasa?

—Creo que quiero un trago de whisky —dijo finalmente el señor Talliaferro—. Si no es molestia —añadió con su habitual timidez educada. Alzó un momento su rostro horrorizado—. Me ha ocurrido algo terrible esta noche —bajó la cara hasta sus manos de nuevo, y el otro se levantó y volvió poco después con un vaso medio lleno de licor. El señor Talliaferro lo aceptó agradecido. Bebió un trago, luego bajó el vaso temblorosamente—, Necesito hablar con alguien. Me ha ocurrido algo terrible —meditó un momento—. Era mi última oportunidad, ¿entiende? —explotó repentinamente—. Para Fairchild, o para usted, sería diferente, pero para mí... —el señor Talliaferro ocultó su rostro con su mano libre—. Me ha ocurrido algo terrible —repitió.

—Bueno, suéltelo. Pero sea breve.

El señor Talliaferro cogió débilmente su pañuelo y se secó la cara. El otro seguía sentado: lo observaba con impaciencia.

—Bueno, justo como había pensado, he fingido indiferencia, he dicho que no me apetecía bailar. Pero ella ha dicho: «Ah, vamos: ¿cree que he venido a sentarme en el parque o algo así?». Y cuando le he pasado la mano alrededor...

—¿Alrededor de quién?

—De ella. Y cuando he intentado besarla, ella ha puesto...

—¿Pero dónde ha pasado eso?

—En el taxi. No tengo coche, ya ve. Estoy pensando en comprar uno el año que viene. Y ella me ha puesto el codo debajo de la barbilla y me ha ahogado hasta que he tenido que volver a mi parte del asiento, y ha dicho: «Nunca bailo en privado o sin música, señor machote». Y entonces...

—Por el amor de Dios, amigo, ¿de quién habla?

—De J... De esa chica con la que estaba esta noche. Y entonces hemos ido a bailar, y la he acariciado un poco, como en el barco: no más, se lo aseguro. Y ella me ha dicho inmediatamente que parase. Ha dicho que no tenía lumbago o algo así. ¡Y sin embargo, en todo el tiempo que estuvimos en el barco nunca protestó! —El señor Talliaferro miró a su anfitrión con un educado asombro desconcertado. Luego suspiró y terminó el whisky y dejó el vaso junto a sus pies.

—Señor —murmuró el otro.

El señor Talliaferro continuó más deprisa:

—Y me he dado cuenta de que su atención se dirigía hacia algo o alguien que estaba detrás de mí. Apartaba la cara hacia un lado y otro mientras bailábamos y perdía el ritmo y decía: «Perdón». Pero cuando he intentado descubrir qué era no he visto nada. Así que he dicho: «¿Qué está pensando?», y ella ha dicho: «¿Eh?», así, y yo: «Sé qué está pensando», y ella ha dicho: «¿Quién? ¿Yo? ¿Qué estoy pensando?», todavía intentando ver algo que estaba detrás de mí, recuerde. Después he visto que sonreía y le he dicho: «Está pensando en mí».

Y ella ha dicho: «¿Ah, sí?».

—Dios mío —murmuró el otro.

—Sí —asintió con tristeza el señor Talliaferro. Sin embargo, continuó rápidamente—, Y yo he dicho, como había planeado: «Estoy cansado de este lugar. Vámonos». Ella ha protestado, pero yo he sido firme, y al final ha consentido y me ha dicho que saliera y parase un taxi, que ella se reuniría conmigo en la calle.

»Tendría que haber sospechado algo en ese momento, pero no lo he hecho. He corrido y he parado un taxi. Le he dado al taxista diez dólares y él ha aceptado ir a una carretera poco transitada y parar y fingir que se había olvidado algo por el camino, y esperar hasta que yo tocara el claxon para avisarle.

»Así que he esperado y esperado. Ella no ha aparecido, y al final le he pedido al taxi que esperase y he corrido escaleras arriba. No la he visto en la entrada, así que he ido a la sala de baile —se detuvo, y se quedó un momento dominado por un desánimo meditabundo.

—¿Entonces? —apuntó el otro.

El señor Talliaferro suspiró.

—Se lo juro: creo que me rindo. No quiero tener nada que ver con ellas nunca más. Cuando he vuelto a la sala de baile la he buscado en la mesa donde nos habíamos sentado. No estaba allí, y durante un tiempo no la encontraba, pero al final la he visto, bailando. Con un hombre al que no había visto nunca. Un hombre grande, como usted. No sabía qué pensar. Finalmente he decidido que era un amigo suyo con

el que bailaba hasta que yo regresara, porque había malinterpretado nuestro plan de encontrarnos abajo. Aunque ella me había dicho que la esperara en la calle. Eso es lo que me confundía.

»He esperado en la puerta hasta que por fin he captado su mirada, y le he hecho una señal. Ella ha respondido moviendo la mano, como si quisiera que yo esperase hasta que terminara el baile, y he seguido en mi lugar junto a la puerta, donde ella podía encontrarme sin problemas. Pero cuando la música ha terminado, han ido a una mesa y se han sentado y han llamado a un camarero. ¡Y ella ni siquiera ha vuelto a mirarme!

»He empezado a enfadarme, entonces. He ido hacia ellos. No quería que todo el mundo viera que estaba enfadado, así que los he saludado con una reverencia y ella me ha mirado y ha dicho: “Vaya, hola. Pensaba que se había ido y este amable caballero se ha ofrecido a llevarme a casa”. “Puedes jugarte las orejas a que lo haré”, ha dicho el hombre, mirándome fijamente. “¿Quién es?”. Ya ve —intercaló el señor Talliaferro—, Intento hablar como él. No puedo imitar su execrable manera de hablar. Ve, no habría... no me habría sentido tan, tan impotente si él hubiera hablado correctamente. Pero su manera de decir las cosas... Parecía que no había forma de responder. ¿Se da cuenta?

—Siga, siga —dijo el otro.

—Y ella ha dicho: «Es un amiguito mío». Y el otro: «Es hora de que los críos como él se vayan a la cama». Me ha mirado, con dureza, pero yo no le he hecho caso y he dicho firmemente: «Vamos, señorita Steinbauer, nuestro taxi espera». Después él ha dicho: «Herb, no estarás intentando llevarte a mi chica, ¿verdad?». Le he dicho que ella estaba conmigo, con firmeza; y luego ella ha dicho: «Váyase. Está cansado de bailar: yo no. Así que me voy a quedar y a bailar con este hombre agradable. Buenas noches».

»Ella estaba sonriendo otra vez: me he dado cuenta de que se burlaban de mí. Y entonces él se ha echado a reír, como un caballo. “Lárgate, hermano”, ha dicho. “Te ha dejado plantado. Vuelve mañana”. Bueno, cuando he visto su cara gorda y roja llena de dientes, quería pegarle. Pero me he acordado a tiempo... Mi posición en la ciudad y mis amigos —explicó—, así que los he mirado y me he dado la vuelta y me he marchado. Por supuesto todo el mundo había visto y oído lo que había pasado: cuando he llegado a la puerta un camarero ha dicho: “Mala suerte, amigo, pero son así”.

El señor Talliaferro meditó de nuevo con una especie de educada incompreensión, con más aturdimiento que ira o incluso desánimo. Volvió a suspirar.

—Y, para colmo, el taxista se ha marchado con mis diez dólares.

El otro hombre miró a Talliaferro con admiración absoluta.

—¡Oh, Tú, que estás por encima del trueno y por encima de las excursiones y las alarmas, observa tu Obra Maestra! ¡Balzac, muérdete tus amargos pulgares!

Y aquí estoy yo, desperdiciando mi maldita vida, intentando inventar gente por

medio de la palabra escrita —su cara se llenó de ira; él se levantó, como una torre—, ¡Váyase al infierno! —rugió—, ¡Me pone enfermo!

El señor Talliaferro se levantó obedientemente. Un desánimo desesperado lo invadió de nuevo.

—Pero ¿qué voy a hacer?

—¿Hacer? ¿Hacer? Vaya a un burdel, si quiere una chica. O si tiene miedo de que alguien llegue y se la lleve, salga a la calle y escoja una: tráigala aquí, si quiere. Pero, por el amor de Dios, no vuelva a dirigirme la palabra. Ya ha dañado mi ego de manera irreparable. ¿Quiere otra copa?

El señor Talliaferro suspiró de nuevo y negó con la cabeza.

—Gracias de todas formas —respondió—. El whisky no me sirve para nada —el hombre grande lo cogió del brazo, apartó la persiana de una patada y ayudó al señor Talliaferro a salir al callejón, con amabilidad pero también con firmeza. Después la persiana se balanceó y se cerró, y el señor Talliaferro se quedó de pie un rato, escuchando la frenética máquina de escribir, observando planos de sombra, dejando que la oscuridad lo tranquilizara. Un gato, sigiloso, lo miró, después trazó una raya fugaz y lúgubre por la calle. Lo siguió con los ojos, adoptando una expresión de miseria pausada, con envidia. El amor era tan sencillo para los gatos: sobre todo ruido; el éxito no parecía cambiar mucho las cosas. Suspiró y caminó lentamente hacia delante, dejó a sus espaldas la atronadora máquina de escribir. Finalmente dobló una esquina y dejó de oírla. Desde detrás de una cornisa llegó por fin el rumor frío y exangüe de la luna moribunda.

Su paso decoroso recorrió calles interesantes con la oscuridad, y caminó maravillado de que por dentro pudiera sentirse tan desesperado y por fuera pudiese conservar el aspecto de siempre. «Me pregunto si se me nota», pensó. «Es porque me hago viejo: por eso no atraigo a las mujeres. Pero conozco a hombres de mi edad y mayores que consiguen mujeres con facilidad... o dicen que lo hacen... Es algo de lo que carezco, algo que nunca he tenido».

Y pronto volvería a estar casado. El señor Talliaferro, al ver que la libertad y la juventud volvían a abandonarlo, había sentido desde el principio un arrepentimiento claro y agudo que rayaba en la desesperación, porque se daba cuenta de que esta vez el matrimonio sería un climaterio, que después de eso nunca volvería a ser joven; y un destello final de libertad y juventud había surgido en él como una llama moribunda. Pero ahora, mientras caminaba por calles oscuras bajo un cielo pesado y caliente y las locas gardenias marchitas de las estrellas, sintiéndose vacío y algo cansado, escuchando su quejumbroso esqueleto —ese camarada petulante, duro e inevitable que disfruta cuando apunta «Te lo dije»—, se descubrió esperando ilusionado un matrimonio que, con un alivio leve pero definitivo, veía como una solución a su problema. «Sí —se dijo, suspirando de nuevo—, de los hombres casados se espera castidad. O al menos, esta no hace que pierdan su casta».

Pero era insoportable pensar que nunca había tenido el poder de excitar a las

mujeres, que siempre había sido un arma de fuego sin balas e inconsciente de ello. «No, es algo que puedo hacer, o decir, que todavía no he descubierto». Al llegar a la calle silenciosa en la que vivía vio a dos personas en un portal, abrazadas. Aceleró el paso.

Al fin en casa, se quitó la chaqueta y la colgó pulcramente en un armario sin darse cuenta de que había realizado ese ritual; después sacó del baño una máquina metálica que tenía una bomba de mano, y esparció metódicamente por la habitación una esencia acre de poleo. Cada vez que apretaba hacia abajo encontraba una resistencia leve y cómoda, aunque el émbolo volvía hacia arriba fácilmente. Como la respiración: delante y detrás y delante y detrás: un ritmo.

«Algo que pueda hacer. Algo que pueda decir», repitió siguiendo el ritmo de su brazo. El líquido cuchicheaba acremente, se disolvía en la atmósfera y la impregnaba. Algo que pueda decir Algo que pueda hacer Tiene que haber Sin duda un hombre puede estar dotado de un impulso y sin embargo privado de la posibilidad de saciarlo Algo que pueda decir.

Su brazo se movió cada vez más deprisa, esparciendo el líquido por el aire con breves chorros susurrantes. Se detuvo, y tanteó para encontrar su pañuelo, hasta que recordó que estaba en su chaqueta. Sin embargo, sus dedos descubrieron algo, y, agarrando su olorosa máquina, sacó del bolsillo del pantalón una caja de metal pequeña y redonda, la sostuvo en la mano, mirándola. «Agnes Mabel Becky», leyó, y soltó una risa breve y desprovista de alegría. Luego se movió lentamente hacia su cómoda, escondió la pequeña caja cuidadosamente en su lugar habitual, y volvió hacia el armario donde colgaba su chaqueta, cogió el pañuelo y se limpió con él la frente. «Pero ¿he de convertirme en un viejo antes de descubrir lo que es? Viejo, viejo, un viejo antes de vivir nada...».

Se dirigió lentamente hacia el baño, dejó el perfume en su sitio, y volvió con una palangana de agua tibia. Puso la palangana en el suelo y volvió al espejo; examinó su rostro. Su pelo empezaba a escasear, de eso no había duda («no puedo conservar ni mi pelo», pensó amargamente) y sus treinta y ocho años se notaban en su cara. No tenía inclinación carnosa, pero la piel bajo las mandíbulas empezaba a soltarse, se volvía fofa. Suspiró, y terminó de desnudarse, apartando pulcra y automáticamente la ropa mientras se la quitaba. En la mesa que había junto a su silla guardaba una caja de pastillas digestivas y se sentó con los pies en el agua tibia, masticando una de ellas.

El agua que subía tibia por su cuerpo delgado lo tranquilizó, la olorosa pastilla entre sus mandíbulas lentas le dio una momentánea sensación de alivio. «Veamos — meditó mientras masticaba rítmicamente, revisando con calma la velada—. ¿En qué me he equivocado esta noche? Mi plan era bueno. El propio Fairchild lo ha admitido. Vamos a pensar...». Sus mandíbulas se tensaron y su mirada se detuvo en una fotografía de la pared de enfrente. «¿Por qué nunca actúan como has calculado? Puedes pensar en cualquier contingencia, y siempre harán una cosa distinta, algo que

ni ellas mismas podían haber imaginado o previsto de antemano».

«...He sido demasiado amable con ellas, he dejado demasiado espacio para que intervengan su perversidad natural o simplemente el azar. Ese ha sido siempre mi error: invitarlas a cenas y espectáculos inmediatamente, dejar que me releguen a la posición de un pretendiente, de alguien que sirve sus placeres. El truco, el único truco, es intimidarlas, dominarlas desde el principio: no emplear tretas jamás y no darles nunca la oportunidad de emplear tretas. La técnica más vieja del mundo: un palo. ¡Dios mío, así es!».

Se secó los pies rápidamente y los metió en sus zapatillas de estar por casa, y fue hacia el teléfono y dio un número.

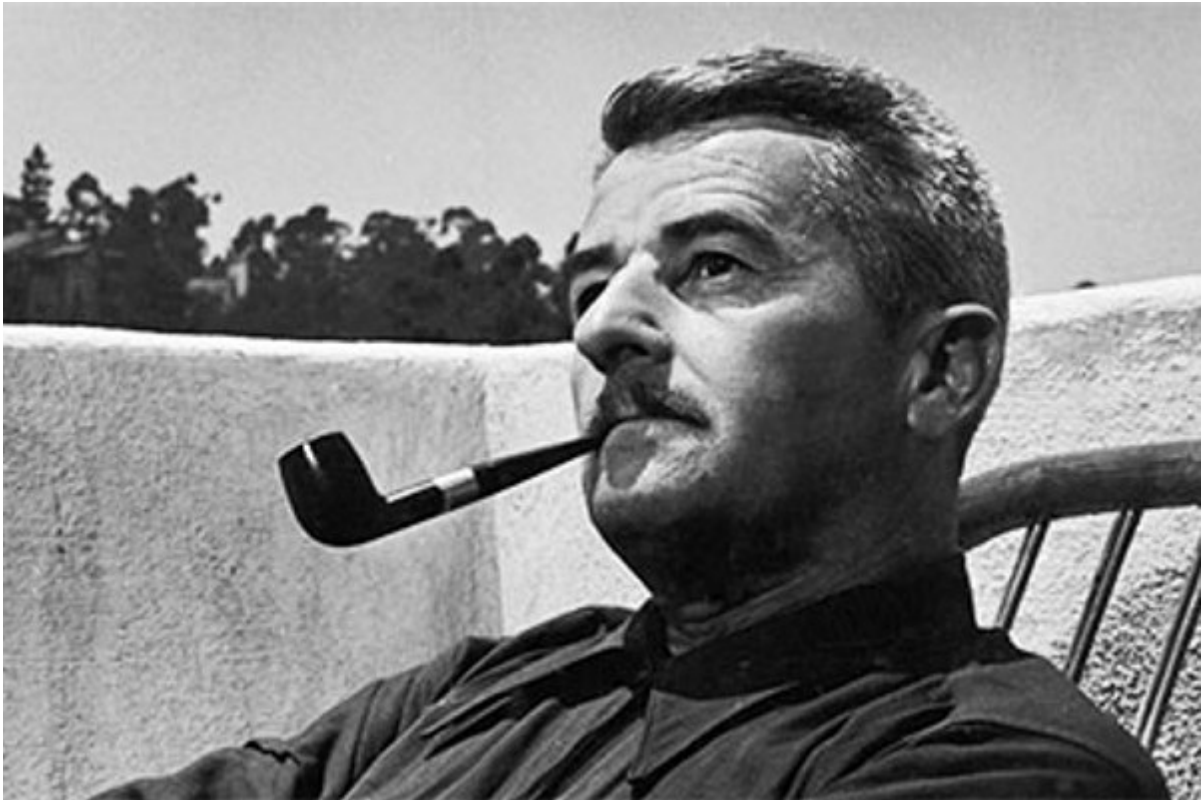
—Ese es el truco, exactamente —susurró exultante, y escuchó al otro lado una soñolienta voz masculina.

—¿Fairchild? Siento mucho molestarle, pero por fin lo tengo —una voz ahogada y confusa llegaba desde el otro lado, pero él siguió, impasible—. He aprendido del error de esta noche. El problema es que no he sido lo bastante audaz con ellas: me ha dado miedo asustarlas. Escuche: la traeré aquí, no aceptaré un no por respuesta; seré cruel y duro, brutal si es necesario, hasta que suplique mi amor. ¿Qué le parece?... ¿Hola? ¿Fairchild?

Un intervalo lleno de una interferencia remota. Luego una voz femenina dijo:

—Eso es, chico grande, sé duro con ellas.

FIN



WILLIAM FAULKNER (Oxford, EE. UU, 1897 - Oxford, EE. UU. 1962). Premio Nobel de Literatura en 1949, es uno de los escritores esenciales del siglo xx, autor de obras maestras del calibre de *El ruido y la furia* (1929) o *¡Absalón, Absalón!* (1936), y con una producción endiabladamente sólida: *El ruido y la furia* (1929), *Mientras agonizo* (1930), *Santuario* (1931), *Luz de agosto* (1932), *El villorrio* (1940), *¡Desciende, Moisés!* (1942), etc. La mayoría de sus novelas transcurren en el mítico condado de Yoknapataphwa, una suerte de quintaesencia literaria del sur americano.

Mosquitos (1927) es la segunda novela de William Faulkner tras *La paga de los soldados* (1926), antología de cuentos, y una de las menos conocidas. Una obra accesible y refrescante, escrita en un tono que resultará original, cuando menos inesperado para muchos seguidores de esta gran autor.

Tuvo también una importante contribución al cine, siendo guionista de películas convertidas en clásicos del Séptimo Arte:

- *Vivamos hoy* (1933) de Howard Hawks
- *Camino a la gloria* (1936) de Howard Hawks
- *Gunga Din* (1939) de George Stevens
- *Tener y no tener* (1944) de Howard Hawks
- *El hombre del sur* (1945) de Jean Renoir
- *El sueño eterno* (1946) de Howard Hawks
- *Tierra de faraones* (1955) de Howard Hawks

Además de su reconocimiento con el Premio Nobel, en 1955 recibió el premio Pulitzer por su novela *Una fábula*, en 1963, el premio Pulitzer por su novela *Los rateros* y El National Book Award (póstumo) por sus *Collected Stories*.

Notas

[1] Fairchild se refiere a los mosquitos, muy presentes a lo largo de la novela, aunque nunca nombrados de forma directa. *(Nota de los editores)* <<

[2] Hemos respetado el particular uso de la puntuación y de los espacios que Faulkner realiza en este capítulo. (*Nota de los editores*) <<